



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XX, Vol. CXIV, Núm. 1 (enero-febrero de 1961).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 985
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XX

1

ENERO-FEBRERO
1961

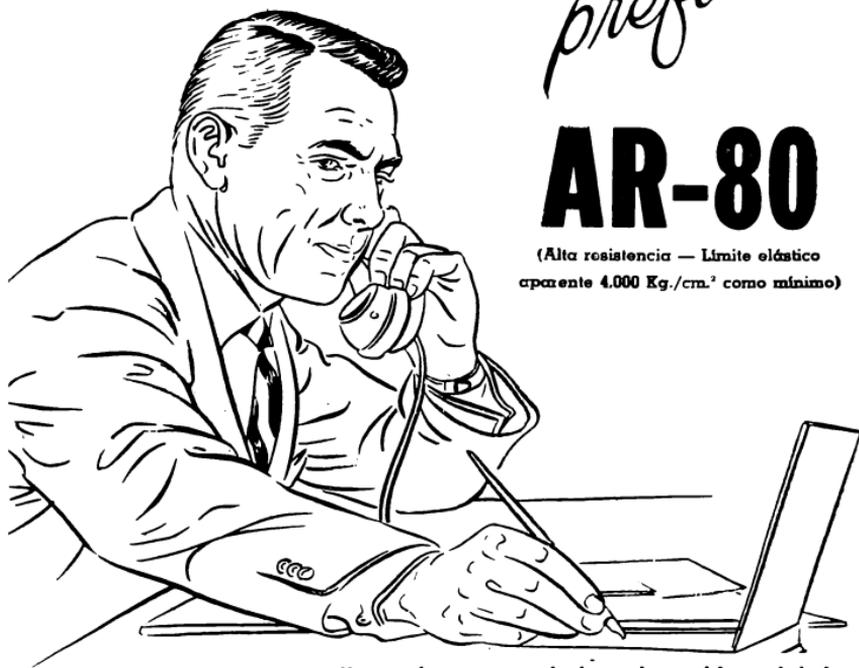
ÍNDICE
Pág. 3

AL HACER SU PEDIDO DE VARILLA CORRUGADA

preferida

AR-80

(Alta resistencia — Límite elástico
aproximadamente 4.000 Kg./cm.² como mínimo)



También suministramos Varilla
corrugada de grado estructural

Un producto nacional de indiscutible calidad,
fabricado con materia prima inmejorable y tratado
con las más adelantadas técnicas siderúrgicas para
responder, **SOBRADAMENTE**, a la confianza que en
él ha depositado la Industria de la Construcción.



**CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y
ACERO DE MONTERREY, S. A.**

DEPTO. DE VENTAS

ZONA MEXICO: Balderas No. 68 1er. Piso ZONA MONTERREY: Calzada Adolfo
Prieto al Oriente: 3-20-20

AR-80-1

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sobras, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que destierra por su inmensidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

- LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
- LA TIERRA Y LA EVOLUCIÓN HUMANA
- LOS GERMANOS
- LA CIVILIZACIÓN BIZANTINA
- CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
- EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORÍGENES DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO
- DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
- LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
- EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
- VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
- LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA
- LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGÜEDAD
- ISRAEL, DESDE LOS ORÍGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII «A. DE C.»
- EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACIÓN FRANCESA
- LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
- LA CIUDAD GRIEGA
- EL IRÁN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACIÓN CRANIA
- LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACIÓN
- ORÍGENES DE LA ECONOMÍA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
- LUIS XIV Y EUROPA
- EL LENGUAJE (INTRODUCCIÓN LINGÜÍSTICA A LA HISTORIA)
- LOS HITITAS
- LOS CELTAS Y LA EXPANSIÓN CELTICA HASTA LA ÉPOCA DE LA TENE
- LOS CELTAS DESDE LA ÉPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACIÓN CELTICA
- EL MUNDO ROMANO
- LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACIÓN DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
- LA FORMACIÓN DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
- LA ERA ROMÁNTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
- LA ERA ROMÁNTICA. LAS ARTES PLÁSTICAS
- LA ERA ROMÁNTICA. LA MÚSICA

ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPÓN

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.

Sirvase remitirme el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA. Dándome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA

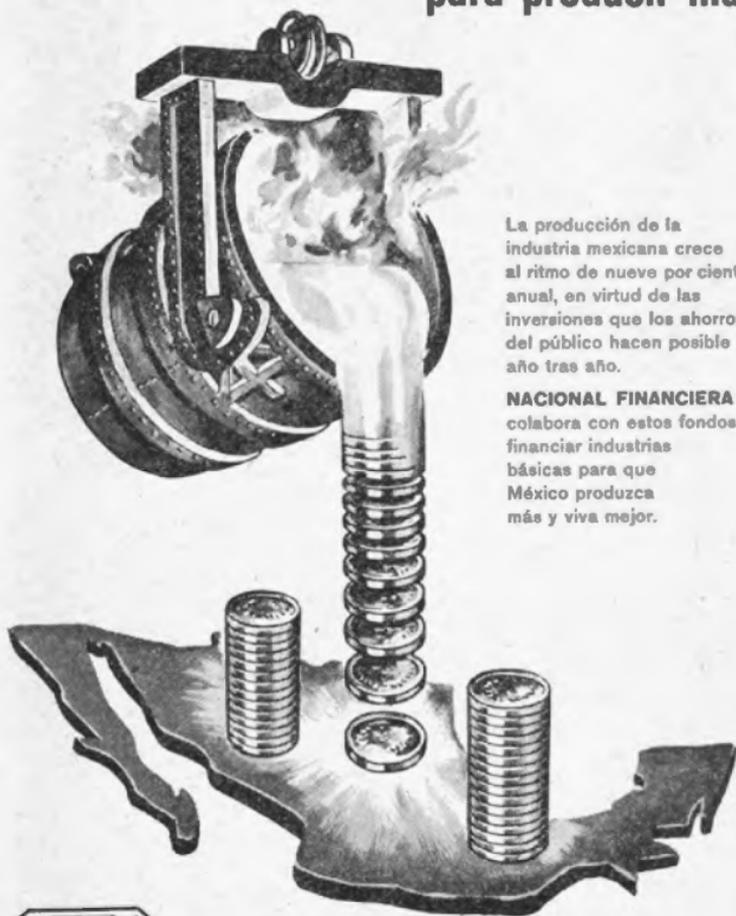
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 10

AVENIDA 5 DE MAYO 31-C

APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.

**La Industria utiliza los ahorros de Usted
para producir más.**



La producción de la industria mexicana crece al ritmo de nueve por ciento anual, en virtud de las inversiones que los ahorros del público hacen posible año tras año.

NACIONAL FINANCIERA colabora con estos fondos a financiar industrias básicas para que México produzca más y viva mejor.



NACIONAL FINANCIERA, S.A.



Si usted dispone de **RON BATEY**, lo demás es lo de menos, porque **BATEY** es el **RON PERFECTO!**

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto . . . no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos . . . ¡lo que importa es **RON BATEY!**

Vea y escuche "La Hora Batey con Paco Malgesto" todos los lunes a las 21.30 horas por **XEW-TV Canal 2**

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•
CAPITAL Y RESERVAS: \$317,275,216.23

•
ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•
VENUSTIANO CARRANZA NO. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

PLAZA DE LA REPUBLICA NUM. 35
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. Presidente: Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. Vicepresidente: Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Sub-Gerente:

Lic. Ricardo Torres Gaitán. Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
**FONDO DE INVERSIONES RENTABLES
MEXICANAS, S. A.**

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS



COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA DE LA
REVOLUCION MEXICANA DIRIGIDA POR
JESUS SILVA HERZOG

LA CUESTION AGRARIA (1910-1911)

	Precio:	
	Pesos	Dls.
El primer volumen contiene escritos de Oscar Braniff, Alberto García Granados, Lauro Viadas, Pastor Rouaix, Gustavo Durán, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez y Rómulo Escobar	20.00	2.00
La colección de folletos de la revolución mexicana dirigida por Jesús Silva Herzog, aparecerá un volumen cada tres meses. Suscripción por 4 números	70.00	7.00



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F. Tels.: 23-34-68 México 1, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:	Precios:		
	México	Espa- ña y Amé- rica	Otros países
	\$	Dls.	Dls.
"MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA", por Luis Yáñez Pérez con la colaboración de Edmundo Moyo Porras			
	(Agotado)		
"LOS DISTRITOS DEL RIEGO DEL NOR-OESTE", por Jacques Chonchol	20.00	2.00	2.25
"LOS BOSQUES DE MEXICO", Relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	20.00	2.00	2.25
"ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON EN MEXICO", por Javier Barajas Manzano	20.00	2.00	2.25
"DIAGNOSTICO ECONOMICO REGIONAL", por Fernando Zamora y un grupo de técnicos. Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional. Esta obra la distribuye Fondo de Cultura Económica	100.00	10.00	11.25
"LA DISTRIBUCION DEL INGRESO Y EL DESARROLLO ECONOMICO DE MEXICO", por Ifigenia Martinez de Navarrete	10.00	1.00	1.25
"NUEVOS ASPECTOS DE LA POLITICA ECONOMICA Y DE LA ADMINISTRACION PUBLICA EN MEXICO", por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	12.00	1.20	1.45

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel. 23-34-68

México 1, D. F.

¡SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!.

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



C E R V E Z A

LA BEBIDA POR EXCELENCIA

SANA

PURA

NUTRITIVA

LOS PUEBLOS MAS CIVILIZADOS CONSUMEN
PREFERENTEMENTE CERVEZA

MEXICO PRODUCE LA MEJOR CERVEZA
DEL MUNDO



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

C U A T R O
NUEVOS LIBROS DE
"CUADERNOS AMERICANOS"



	<i>Pesos</i>	<i>Dls.</i>
51. VIDA Y SENTIDO, por Luis Abad Carretero	35.00	3.50
52. PACTO CON LOS ASTROS, <i>Galaxia y otros poemas</i> , por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
53. LA EXPOSICIÓN, <i>Divertimiento en tres actos</i> , por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
54. EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS, por Jesús Silva Herzog	15.00	1.50



Apartado Postal 965

Tel.: 23-34-68

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Documentos para
**LA HISTORIA DEL MEXICO
 COLONIAL**

publicados por

FRANCE V. SCHOLLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
 PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
 239 pp., rústica, \$200.00

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
 ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
 141 pp., rústica, \$130.00

Vol. VI

MODERACION DE DOCTRINAS DE LA REAL CORONA
 ADMINISTRADAS POR LAS ORDENES
 MENDICANTES, 1623

Edición de 25 ejemplares fuera de comercio y 200 numerados,
 impresos en papel Corsican; 80 pp., rústica, \$100.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
 APARTADO POSTAL 8855

TELEFONOS: 12-12-85 y 22-20-85
 MEXICO 1, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.



Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

Obras de reciente aparición:

H. S. ELLIS y otros:
El desarrollo económico y América Latina
(Economía. 564 pp.)

J. ORTEGA Y GASSET:
Origen y epílogo de la filosofía
(Filosofía. 122 pp.)

E. FROMM:
La misión de Sigmund Freud
(Psicología y Psicoanálisis. 110 pp.)

R. G. COLLINGWOOD:
Los principios del arte
(Filosofía. 318 pp.)

E. ROYSTON PIKE:
Diccionario de religiones
(Sociología. 227 pp.)

J. WAHL:
Tratado de metafísica
(Filosofía. 688 pp.)

L. SPOTA:
El tiempo de la ira
(Letras Mexicanas. No. 61. Emp. 599 pp.)

M. ALTOLAGUIRRE:
Poesías completas —1926-1959—
(Tezontle. 294 pp.)

A. BARTRA:
Quetzalcóatl
(Tezontle. 188 pp.)

MAX HENRIQUEZ UREÑA:
De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo
(Tezontle. 256 pp.)

MATIAS ROMERO:
Diario personal
(Historia: 658 pp.)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XX

VOL. CXIV

1

ENERO - FEBRERO

1 9 6 1

MÉXICO, D. F., 1º DE ENERO DE 1961

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Agustín YÁÑEZ

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero-Febrero de 1961

Vol. CXIV

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
LUIS PADILLA NERVO. El problema del desarme. Convivencia pacífica o aniquilamiento total	9
MANUEL SÁNCHEZ SARTO. John F. Kennedy, el Presidente para una era nueva	28
BENJAMÍN CARRIÓN. Teoría y plan de la Se- gunda Independencia	49
VÍCTOR L. URQUIDI. Problemas fundamentales de la economía mexicana	69

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

DIEGO CÓRDOBA. Personalidad, obra y paradig- ma de Juan José Arévalo	107
---	-----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO. Filosofía y derecho	137
ALFONSO REYES. Un gran hombre de ciencia. Homenaje a H. Moissan	151

PRESENCIA DEL PASADO

JUAN COMAS. Las culturas agrícolas de Améri- ca y sus relaciones con el viejo mundo.	169
RICARDO DONOSO. Antecedentes de la emanci- pación hispano americana	179

DIMENSIÓN IMAGINARIA

	Págs.
JOSÉ AGUSTÍN BALSEIRO. Elegía a la muerte de Alfonso Reyes	221
JUSTINA RUIZ-DE-CONDE. Para una <i>vida</i> de Antonio Machado	223
ERMILO ABREU GÓMEZ. Diálogo de don Quijote	237
JORGE J. CRESPO DE LA SERNA. José David Alfaro Siqueiros, pintor	250
RAÚL BOTELHO GOSÁLVEZ. La escultura telúrica de Marina Núñez del Prado	267
PASCUAL PLÁ Y BELTRÁN. La pena y la nada	271
MAURICIO DE LA SELVA. Tres novelistas de nuestra América	283
Índice general del año de 1960	297



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
El Cotopaxi, a 6,005 m. de altura	64
Galápagos	"
Simón Bolívar	"
India ecuatoriana	65
Juan José Arévalo en 1960	112
De izquierda a derecha: Juan José Arévalo, Rómulo Gallegos y Jesús Silva Herzog	113
Alfonso Reyes, por David Alfaro Siqueiros	221
Autorretrato	256
Retrato de Angélica	"
Margarita Urueta	"
Revolucionario	"
Cuauhtémoc redivivo	"
El centauro de la Conquista	"
Cabeza de caballo	"
El sollozo	"
Mujer y niña en el desierto	"

	Frente a la pág.
Pedregal con figuras	256
El diablo en la iglesia	”
Aurora de México	257
Presentimiento	268
Toro	”
Gallo	”
Venus negra	269

Nuestro Tiempo

EL PROBLEMA DEL DESARME*

CONVIVENCIA PACIFICA O ANIQUILAMIENTO TOTAL

Por *Luis PADILLA NERVO*

I

LA reunión de esta Comisión es, en sí misma, el reconocimiento de la importancia primordial del desarme y la afirmación de que persistir en la búsqueda de soluciones adecuadas, mediante la negociación, es la única alternativa compatible con la supervivencia.

Hace un año, cuando se reunió por primera vez esta Comisión, los gobiernos aquí representados y la opinión mundial observaron con alivio y esperanza tres hechos positivos:

1º La decisión de las Grandes Potencias de reanudar consultas y negociaciones sobre desarme en el seno de un organismo creado por ellas.

2º El acuerdo unánime sobre la composición de esta Comisión de Desarme, en la cual están representados todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas.

3º La proclamación por los más altos portavoces de las Grandes Potencias de su voluntad de luchar por disminuir la tensión internacional, detener la carrera armamentista y evitar el peligro de guerra, esforzándose por lograr acuerdos constructivos para solucionar el problema del desarme general y completo bajo un control internacional eficaz.

La última Sesión Ordinaria de la Asamblea General, al adoptar resoluciones sobre el "Desarme general y completo", la "Prevención de una mayor difusión de las armas nucleares", y la "Suspensión de los ensayos nucleares y termonucleares";

* Discursos pronunciados en las Naciones Unidas el 16 de agosto, el 19 de octubre y el 2 de noviembre por Luis Padilla Nervo, jefe de la Delegación mexicana. El título y el subtítulo han sido puestos por la Redacción.

determinó una tregua en la guerra fría y creó una atmósfera propicia a la urgente tarea de negociar acuerdos de desarme satisfactorios para todos los Estados interesados.

Puede afirmarse que de los tres hechos positivos que antes mencioné, el segundo y el tercero continúan en plena vigencia; no así el primero, puesto que las Potencias han interrumpido —esperamos que sea por breve tiempo— sus negociaciones sobre desarme. Es sin embargo alentador comprobar que las Grandes Potencias, no obstante dicha interrupción, continúan afirmando su propósito de esforzarse por encontrar solución al problema del desarme.

Las negociaciones de las Diez Potencias, en Ginebra, duraron en conjunto solamente 65 días, y en ese período se celebraron 47 reuniones. Una tarea tan ardua no puede cumplirse en corto tiempo.

Los últimos infortunados acontecimientos no han disminuido sino agravado la importancia del problema y la necesidad de incrementar los esfuerzos de todos hacia el entendimiento y la concordia. Ha habido antes, hay ahora y habrá después, obstáculos que parecerán infranqueables; pero la formidable tarea —que en las Naciones Unidas se inició hace más de 15 años— no puede quedar inconclusa. Estando de por medio el destino de la humanidad, las Grandes Potencias no pueden detenerse, ni fatigarse, ni perder la paciencia. Entraron en el camino de la consulta y la negociación a sabiendas de que sería largo, difícil y sembrado de obstáculos; pero con la conciencia de ser éste el único camino de salvación, del cual es peligroso desviarse o volver atrás.

En las actuales circunstancias ¿qué es lo que puede hacer este organismo? ¿cuál puede ser la cooperación en esta materia, de las pequeñas y medianas potencias?

Los miembros de esta Comisión tienen el privilegio de hablar en nombre de los pueblos de todas las regiones del mundo. En todas partes el hombre común quiere lo mismo: quiere que las Potencias sustituyan la carrera de armamentos por la carrera de más altos niveles de vida para todos; quiere que las Potencias compitan por dar la prosperidad al mayor número; quiere que las Potencias busquen la victoria en la lucha contra la enfermedad y la ignorancia.

Los pueblos saben que el desarme ha dejado de ser una cuestión académica para convertirse en una meta posible de alcanzar, difícil pero necesaria. Cada día es más claro para to-

dos que el desarme es un condición inevitable y urgente de la convivencia mundial y la única alternativa de la guerra.

Los gobiernos no ignoran que una paz considerada como ausencia de choques armados no puede coexistir, mucho tiempo, con la carrera armamentista; los gobiernos saben que mientras más formidable sea el poder destructor de las armas que fabrican, más difícil será la decisión política de usarlas; pero ninguno puede ignorar, tampoco, el inmenso peligro de una conflagración por accidente.

Este peligro será mayor cada día si no se impiden a tiempo la difusión de las armas atómicas y la continuación de los ensayos termonucleares.

Este peligro crece en un clima de desconfianza y de temor y con el vano intento de buscar la seguridad en la transitoria superación de nuevas armas.

En uno y en otro lado hay quienes creen que de la continuación de las pruebas nucleares puede un día depender la salvación o la ruina. En cada campo hay quienes creen todavía en la posibilidad de la victoria para ellos y la destrucción para el enemigo.

La fuerza moral y política de la opinión mundial—que tiene un foro aquí—debe prevalecer sobre el estruendo y las tormentas de la guerra fría y ser un factor insuperable de orientación y de defensa de los valores permanentes.

La jurisdicción, la competencia y la utilidad de este organismo en materia de desarme son muy amplias, y su contribución puede ser de la mayor importancia; pero, si en la presente reunión de esta Comisión no se pudiera, por el momento, hacer otra cosa que afirmar, en nombre de la conciencia mundial, la urgencia de que las Grandes Potencias reanuden sus negociaciones y perseveren en la tarea de encontrar áreas de acuerdo que les permitan avanzar en el camino del desarme hacia las metas proclamadas por la Asamblea General, habríamos hecho bastante.

Tengo la convicción de que los representantes de las pequeñas y medianas potencias aquí reunidos, y los pueblos en cuyo nombre hablan, tienen puesta su fe en el porvenir y confían en que las grandes Potencias reanudarán sus negociaciones y realizarán los más grandes esfuerzos para "resolver constructivamente el problema del desarme general y completo bajo un control internacional eficaz".

Hace un año, al dar las gracias por mi elección como Pre-

sidente de este organismo y, posteriormente, en la declaración que a invitación del Comité de Diez hice en Ginebra el 15 de marzo, me permití expresar que: "casi no hay en la actualidad cuestión internacional importante, ya sea política o económica, cuya solución no esté condicionada, al menos en parte, por el desarme", y que "los acuerdos sobre desarme tendrían incalculables consecuencias en beneficio de la humanidad... liberando formidables energías humanas y recursos económicos que podrían dedicarse a programas de cooperación y desarrollo de inmensa trascendencia".

Estoy seguro de que este aspecto del desarme, entre otros, está en la mente de muchos de los representantes aquí reunidos, y de que el énfasis en este mismo aspecto aumentará dentro de pocas semanas, cuando demos la bienvenida, en la Asamblea General, a nuevos miembros de esta Organización.

Espero que nuestros esfuerzos puedan significar una colaboración con las Grandes Potencias para lograr una pronta reanudación de sus negociaciones, que las conduzca a la conclusión de importantes acuerdos de desarme.

Este es, hoy día, el anhelo imperioso de la humanidad.

II

LA importancia y urgencia de un problema tan grave como el desarme que domina todo el ambiente internacional y que afecta a todas las actividades y a todas las cuestiones que preocupan hoy día a los Estados nos han obligado a dar prioridad a este tema en el amplio programa de nuestras tareas.

No es aventurado anticipar que en el curso de este debate, la mayor parte de los 99 miembros de esta Comisión sienta la necesidad y tenga el propósito de intervenir en el estudio de este problema.

La carrera armamentista y su efecto concomitante, el creciente peligro de una guerra—que puede acontecer por error, agotamiento moral o accidente—interesa profundamente y alarma cada día en mayor grado a todos los pueblos y gobiernos del mundo, es además un asunto sometido por disposición expresa de la Carta a la jurisdicción última de la Organización de las Naciones Unidas.

No es por tanto un problema privativo de las potencias nucleares, ni de las que mantienen enormes efectivos armados,

ni de las que comparten la responsabilidad principal en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional. Todos por igual en este planeta tan pequeño y al mismo tiempo tan extendido por la ciencia y la técnica hacia nuevos y desconocidos espacios, somos actores y víctimas en este drama y tenemos el deber de hacer oír la voz de los pueblos que representamos y prestar nuestra cooperación grande o pequeña para la solución de este problema, conscientes de que la suma y coordinación de nuestras modestas aportaciones, constituye una formidable fuerza política y moral.

Es indudable que podríamos en esta Comisión examinar la situación actual del problema, podríamos comentar la actitud de las potencias, podríamos examinar los diversos planes elaborados por una y otra parte, podríamos estudiar las sugerencias sobre los procedimientos y mecanismos para reanudar los contactos y las negociaciones. Podríamos llevar a cabo un análisis objetivo de los puntos, de acuerdo entre los distintos programas de desarme, encomendando quizá su formulación a representantes de potencias que no sean las más directamente interesadas y responsables, con objeto de fijar bases mutuamente aceptables que les permita progresar hacia las metas que la Asamblea y la humanidad considera como condición de la supervivencia.

Mi Delegación ha hecho en el pasado sugerencias que ha considerado constructivas y se reserva el derecho de someter a la consideración de esta Comisión las que estime útiles y oportunas.

Estudiaremos sin prejuicio y con buena voluntad, cualquiera que sea su origen, las propuestas y sugerencias que aquí se presenten. En el entendimiento de que todas ellas son sometidas de buena fe y con espíritu constructivo. Por ahora, señor Presidente, en esta primera etapa del debate quisiera hacer solamente algunas observaciones de orden general sobre el ambiente y el tono favorable que, en mi modesta opinión, deberíamos todos contribuir a crear en esta Comisión. Quizás revele demasiado optimismo si expresamos la confianza de que nuestro debate se realice en tono menor, evitando en lo posible los relámpagos y truenos de la guerra fría. Todos sabemos que a la tempestad sigue la calma y a la noche el día y estoy seguro de que el humo de la pirotecnia dialéctica, no nos haría perder de vista las metas permanentes que codiciamos.

A pesar de la frustración que todos sentimos al interrump-

pirse las negociaciones sobre desarme y a pesar de que el clima actual es poco propicio, no sería justo calificar de fracasadas las negociaciones que han tenido lugar hasta la fecha.

Toda reunión para negociar, y cada intercambio de puntos de vista, sobre los diversos y complejos aspectos del desarme, cuando se realizan de buena fe, tienen el valor de un paso adicional, por pequeño que sea hacia la meta común.

Me atrevo a decir que hay más áreas de acuerdo entre las Grandes Potencias de lo que aparentemente trasciende a la opinión pública.

Todos los gobiernos aquí representados conocemos y somos parte de las resoluciones aprobadas unánimemente por los miembros de las Naciones Unidas. Una es la resolución de la Comisión de Desarme, aprobada hace apenas un mes, otra es la que aprobamos en la sesión plenaria de la Asamblea General que puso término al debate general. Creo firmemente que ambas resoluciones deben servir de inspiración y guía en nuestras deliberaciones sobre desarme y marcar el tono del debate en esta Comisión Política. Me atrevo a creer que es este nuestro deber si nuestro voto afirmativo no fue un mero gesto de deferencia ante el indudable sentimiento de la opinión pública mundial, sino la afirmación de nuestra profunda convicción y de nuestro propósito de ajustar la conducta a nuestras palabras.

Señor Presidente, se han propagado en ciertos sectores, tres ideas que, creo, son de extraordinaria peligrosidad:

- 1° que es posible una guerra limitada en extensión que pueda ser conducida mediante el uso de pequeñas armas atómicas de limitado poder destructor;
- 2° que el peligro para la humanidad disminuiría si se construyen armas atómicas "limpias" o se logra controlar los efectos de la fusión "amansando" la bomba de hidrógeno;
- 3° que educar a la población en la esperanza de que una adecuada defensa civil, la eficaz organización de la vida subterránea y la previa evacuación de las ciudades puede permitir la supervivencia de un gran número y en último análisis la recuperación futura de los Estados después de una guerra termonuclear.

Creo con lo afirmado por gran número de autoridades y expertos en la materia, que estas apreciaciones son erróneas, el

tiempo es escaso, la ocasión fugitiva, y cada día que pasa hace más próxima la inevitable entrada de nuevos miembros al club de las potencias nucleares. Es deseable por tanto evitar que se adormezca a los pueblos inclinándolos a desestimar el peligro real y haciéndoles creer que aún es posible, en caso de una conflagración nuclear, vencer al enemigo y supervivir.

Todos los hombres sinceros saben que el perfeccionamiento de las nuevas armas cuya potencia destructora aumenta cada día, ha hecho imposible que una parte de la humanidad se construya un destino y un desenlace distinto de la otra.

Los pueblos de todas las razas, creencias, organización política o económica han quedado sin remedio unidos en la vida o en la muerte. Cada día se acercan al cruce de los caminos y deben escoger y decidirse por uno de los términos de la alternativa, o se logra la paz o se perece. Ya no hay término medio.

Creo señor Presidente que debemos evitar utilizar los diversos planes o proposiciones específicos de desarme, como instrumento de guerra fría o como recurso para medir en votaciones prematuras y estériles el fervor partidista de las Delegaciones en esta Comisión. La viabilidad de un plan o sistema en materia de desarme, no depende de una mayoría de votantes, sino de la confianza recíproca y el acuerdo.

Nada avanzaremos repitiendo el relato de agravios anteriores, la historia se encargará de juzgar y dar su veredicto, siempre que la conducta de nuestra generación evite el desastre final y permita la continuación del proceso histórico. A nadie aprovecha exhibir ante la opinión pública una competencia de arrogancias o rigidez de actitudes. Es más fácil alejarnos de un posible entendimiento por actitudes irreconciliables, que ascender fatigosa y calladamente hacia la meta del acuerdo.

Debemos reconocer que la carrera armamentista es una carrera hacia la nada que no conduce a ningún puerto; al final de esta carrera sólo hay sufrimiento y desolación.

Es una carrera sin gloria ni galardón.

Valdría la pena considerar si no sería mejor principio de nuestros trabajos conformarnos con realizar por ahora una tarea modesta, como sería oír los distintos puntos de vista sobre los principios generales que deben presidir las negociaciones sobre desarme, examinar si no sería posible que todas las partes directamente interesadas *conviniere*n en ciertas directivas básicas mínimas, y sobre todo, llegar a un acuerdo sobre la determinación de los órganos en los cuales deberían proseguirse,

lo antes posible, las negociaciones internacionales con miras a lograr una solución constructiva del problema del desarme general y completo bajo un control internacional eficaz. El principal resultado concreto de nuestras deliberaciones debería ser la reanudación de las negociaciones interrumpidas. Expresamos la esperanza de que cuando se reúnan las condiciones adecuadas, pueda llegarse a conclusiones fructíferas en el seno de los mecanismos de estudio y negociación que de común acuerdo se establezcan.

Con este espíritu, mi Delegación examinará en su oportunidad los proyectos de resolución que han sido presentados y que se presenten y expresará sobre ellos su opinión. Creemos a este respecto que las proposiciones que tenemos ante nosotros han sido presentadas con seriedad, de buena fe, y no con el ánimo de crear obstáculos para llegar a un acuerdo. Como dijo el distinguido Delegado de Pakistán, los puntos comunes importantes entre unos y otros, no son de importancia menor, y por mi parte estimo que los puntos de desacuerdo se deben a una distinta concepción o evaluación de la importancia de algunos problemas. Pero, como digo, oportunamente expresaré mi opinión al respecto. Por ahora, inicialmente, sólo he querido referirme al ambiente y al tono que debe privar en el debate si hemos de alcanzar resultados constructivos, así como a la necesidad de encauzar nuestras deliberaciones hacia un acuerdo sobre el futuro mecanismo negociador y los documentos de trabajo que habremos de someterle. Pero por supuesto, mi Delegación se reserva el derecho de participar más adelante en el debate para dar a conocer su opinión sobre el fondo de los problemas conexos que tenemos ante nosotros.

El progreso alcanzado en los esfuerzos para concluir un acuerdo proscribiendo definitivamente los experimentos con armas nucleares, es visto con alivio y esperanza en todo el mundo. Es un buen augurio para el futuro y contribuirá a mantener viva nuestra fe y tenaz nuestra voluntad para avanzar en el cumplimiento de la misión que cada uno de nosotros debe contribuir a realizar.

Afirmemos con nuestros actos que el desarme es no sólo indispensable, sino posible.

Nuestro lema debiera ser: "Desarme con hechos".

III

EL día 19 del mes pasado, al iniciarse este debate dije en mi intervención lo siguiente: "Creo que debemos evitar utilizar los diversos planes o proposiciones específicos de desarme, como instrumento de guerra fría o como recurso para medir en votaciones prematuras y estériles el fervor partidista de las delegaciones en esta Comisión. *La viabilidad de un plan o sistema en materia de desarme, no depende de una mayoría de votantes, sino de la confianza recíproca y el acuerdo.*

"Valdría la pena, dije, considerar si no sería mejor principio de nuestros trabajos conformarnos con realizar por ahora una tarea modesta, como sería oír los distintos puntos de vista sobre los principios generales que deben presidir las negociaciones sobre desarme, examinar si no sería posible que todas las partes directamente interesadas *convinieran* en ciertas directivas básicas mínimas, y sobre todo, llegar a un acuerdo sobre la determinación de los órganos en los cuales deberían proseguirse, lo antes posible, las negociaciones internacionales.

"Es indudable que podríamos en esta Comisión examinar la situación actual del problema, podríamos comentar la actitud de las potencias, podríamos examinar los diversos planes elaborados por una y otra parte y podríamos estudiar las sugerencias sobre los procedimientos y mecanismos para reanudar los contactos y las negociaciones. *Podríamos también, agregué entonces, llevar a cabo un análisis objetivo de los puntos de acuerdo entre los distintos programas de desarme...*"

Deseo ahora ampliar los anteriores conceptos.

Ante todo quiero anticipar una premisa sobre la que basamos nuestros puntos de vista y nuestras conclusiones:

Creo firmemente que ambas partes, esto es, las Potencias Occidentales y la Unión Soviética desean y buscan de buena fe y con ahinco el desarme. Si en el pasado, cuando sólo existían armamentos convencionales de poder limitado, podía quizá sostenerse que a alguna Gran Potencia no convenía el desarme, esta premisa es sencillamente inconcebible hoy en día. Como se ha dicho aquí la situación actual es cualitativa y cuantitativamente distinta que en el pasado. En los últimos cuatro o cinco años, la humanidad ha llegado a la convicción cierta, indubitable, de que una conflagración nuclear sería un holocausto sin vencedores ni vencidos; de que el costo de los armamentos modernos resulta ya un fardo intolerable para todos por igual; y

sobre todo, el mundo se ha dado cuenta de que los nuevos medios de destrucción y los modernos sistemas de lanzamiento, generan, por su misma naturaleza, los peores peligros y tensiones que sufrimos en la actualidad. Paradójicamente, los instrumentos por los que los Estados buscan seguridad se han convertido en el más grave peligro para su seguridad. Esta nueva convicción universal, la cual constituye un fenómeno relativamente nuevo, es nuestro mejor aliado y acabará por triunfar de todos los obstáculos. Para nosotros, el deseo y los esfuerzos universales por el desarme han llegado a alcanzar un carácter axiomático.

¿Por qué pues, existiendo un interés común, no se encuentra un punto de partida común?

El problema básico sigue siendo el mismo hoy en día que hace quince años. Como el desarme total y completo no se puede llevar a cabo de golpe, en una sólo operación, sino por fases, cada una de las partes teme quedar en desventaja en algún momento del proceso del desarme y con razón se niegan a correr ese riesgo. Las dos concepciones actuales, incorporadas respectivamente en las proposiciones occidental y soviética, reflejan cada una por su lado el temor de que el proceso gradual del desarme cree un desequilibrio que pueda ser favorable al adversario.

Se ha hablado mucho de la desconfianza recíproca como factor principal del fracaso. Obviamente la desconfianza está en el centro de esta cuestión, pero debemos entender esta desconfianza meramente como el temor de quedar en desventaja militar y no como un fenómeno que tenga su asiento fuera del campo del desarme. En el pasado, se hizo hincapié, quizá con exceso, en la necesidad de resolver los problemas políticos pendientes entre los protagonistas como un requisito indispensable para avanzar en materia de desarme y se exageró el papel que tiene la oposición de los sistemas políticos y sociales como un obstáculo para lograr un acuerdo. No sería ocioso recordar al respecto que en Latinoamérica, algunos países destinan más de la cuarta parte de su presupuesto nacional a la defensa; considerando sus escasos recursos financieros, esta verdadera carrera armamentista representa quizá un esfuerzo proporcionalmente conmensurable al que desarrollan las grandes potencias, y ello, a pesar de que su ideología es afín, sus sistemas políticos y sociales semejantes, y de tantas tradiciones y vínculos comunes. Al invocar este ejemplo quiero meramente indicar que

el problema no es tanto de concepción básica inicial, de oposición esencial. La solución correcta consistirá, tanto en el plano mundial como en el regional, en encontrar fórmulas cada vez más perfectas, cada vez más justas, cada vez más equilibradas, para que las medidas graduales de desarme, conjuntamente con las medidas graduales de control, no creen una desventaja militar en favor de uno de ellos. Desde este punto de vista, el problema es técnico, o si se quiere político-técnico, pero susceptible de solución mediante fórmulas razonables que están a nuestro alcance.

No obstante la preocupación que todos sentimos por la interrupción de las negociaciones sobre el desarme, no sería justo calificar como un fracaso los esfuerzos que en la materia se han realizado hasta ahora. Creemos que se ha adelantado mucho desde 1946. Recordemos que entre los primeros planes presentados en aquel entonces, por una y otra parte, difícilmente podría encontrarse un solo principio convergente. Hoy en día, si no se ha logrado un acuerdo, hemos por lo menos delimitado el campo dentro del cual debe buscarse el acuerdo. Sabemos por lo menos que ningún plan será aceptable si no se toman en cuenta ciertos postulados mínimos básicos, que con el tiempo han sido aceptados por todos. Esto representa un adelanto no despreciable.

En su forma más simple estos postulados son los siguientes: 1. El desarme tiene que realizarse por fases y en un orden convenido; 2. Cada fase debe realizarse dentro de plazos especificados; 3. Dentro de cada fase, debe existir un equilibrio entre las diversas medidas de desarme, de manera que ninguna de las partes quede en desventaja dentro de cada fase; 4. No puede haber desarme sin control, ni control sin desarme correlativo; la extensión del control debe ser proporcional a la extensión de las medidas de desarme dentro de cada fase; 5. Las medidas de desarme y las medidas de control deben entrar en vigor simultáneamente; 6. Las medidas progresivas de desarme y de control deben conducir al objetivo del desarme general y completo; 7. Por último, debe existir un mecanismo internacional para mantener la paz y la seguridad internacionales, una vez que se logre el desarme general y completo, que ofrezca a todos los Estados garantías razonables de que actuará imparcialmente y de que tomará en cuenta los legítimos intereses de todos los Estados. La aceptación uni-

versal de estos postulados representa una sólida base para proseguir las negociaciones.

Creemos que las dos tesis incorporadas en los respectivos proyectos de resolución tienen su parte de razón y no nos parece inasequible que logre establecerse un puente entre ellas. Ambas descansan en el fondo en la misma preocupación de que en algún momento pueda crearse un desequilibrio favorable al adversario. Es comprensible que las Potencias Occidentales no deseen embarcarse ineluctable y fatalmente en una ruta sin escalas, hasta su término final, sin tener la garantía de que en cada etapa y respecto de cada medida, el control funciona eficazmente, antes de seguir adelante, y sin tener en su caso, oportunidad de rectificar la ruta convenida de antemano. Esta preocupación nos parece legítima, sobre todo si se piensa en la posibilidad de que nuevos descubrimientos puedan cambiar radicalmente el cuadro convenido desde antes.

Por otro lado, dado que una y otra parte llevan la delantera en campos distintos, y en vista de las muy grandes dificultades para encontrar un perfecto equilibrio y equidistancia, dentro de cada etapa, entre las diversas medidas de desarme, es también explicable que la Unión Soviética esté renuente en aceptar medidas parciales de desarme, sin tener la seguridad de que las etapas y medidas subsiguientes, que en cierto modo actúan como compensatorias de las anteriormente tomadas, efectivamente se adoptarán. Es el eterno temor de quedar en desventaja.

Permítaseme emplear un símil, señor Presidente, para expresar mi punto de vista sobre esta cuestión, en la inteligencia de que reconozco que "comparación no es razón" y de que no le atribuyo más importancia que la de ser un símil gráfico de la situación.

Este edificio de las Naciones Unidas fue construido cooperativamente entre muchos Estados. Intervinieron muchos arquitectos e, inclusive, probablemente, sus diversos elementos arquitectónicos y decorativos fueron elaborados en diversos sitios. En todo caso, no se hizo de golpe, sino por etapas, dentro de plazos especificados. Aun cuando las diversas etapas se llevaron a cabo sucesivamente, nos parece obvio que ninguna de ellas, pudo haberse elaborado aisladamente, en forma autónoma por así decirlo, sino dentro de una secuencia predeterminada y dentro de un plan general y completo aprobado de antemano. Así, los cimientos, que fue la primera etapa, se cal-

cularon en cuanto a anchura, profundidad y resistencia, teniendo en cuenta lo que vendría encima. No se echaron los cimientos sin saberse a ciencia cierta si después se edificaría lo demás y sin desconocerse el número y peso de los pisos proyectados. Pero por otra parte, entre etapa y etapa de la construcción, puedo controlarse el cumplimiento de las especificaciones convenidas, e inclusive, hubo la posibilidad de tomar en cuenta, antes de seguir adelante con el plan, si los avances tecnológicos no aconsejaban alguna modificación al plan general previsto.

Así ocurre en el desarme, según nos parece. Es difícil eludir la necesidad de que se convenga de antemano en ciertos principios rectores y básicos de un programa general y completo de desarme. Digo deliberadamente "programa" y no tratado, porque por ahora no es indispensable decidir esta cuestión. Pero tiene que haber *acuerdo* sobre ciertos principios que lleven al objetivo final. No parece probable que pueda convenirse en medidas parciales y aisladas, si queda en la incertidumbre cuáles van a ser las etapas subsiguientes, si la adopción de futuras medidas, complemento de las primeras, depende de que se celebren ulteriores negociaciones y de que éstas tengan éxito. Pero por otra parte, esto no quiere decir que el paso de una etapa a otra de una medida a otra, dentro de un programa general, sea automática y fatal, aun en el caso de que desde el principio se firmara un convenio. En el acuerdo inicial pueden convenirse las *modalidades y garantías* para pasar de una etapa a otra. Nos parece obvio que el programa general, además de contener disposiciones sobre las medidas de desarme y de control que se aplicarán gradual y sucesivamente en cada etapa, preverá también que cada nueva etapa, o aun cada nueva medida de desarme y cada nueva medida de control, no se empezarán a poner en ejecución, sino hasta que esté concluida a satisfacción de todos la fase anterior. Es decir, el paso a cada nueva etapa hacia el desarme general y completo estará *condicionado*, estará sujeto a la condición de que operen eficazmente los mecanismos de control puestos en práctica y de que esté concluida la etapa anterior. El camino del desarme tendrá que recorrerse por etapas sucesivas, *pero no por etapas autónomas, ni tampoco por etapas automáticas*.

Por otra parte, es obvio ya que los problemas del desarme y el control están indisolublemente ligados. Todos han aceptado que el control debe ser proporcionado a la extensión de

las medidas de desarme. Consecuentemente, creemos que los estudios técnicos sobre control deberían relacionarse concretamente, y llevarse a cabo en función, de los principios que convengan ambas partes dentro del programa general sobre desarme.

INDEPENDIEMENTE de lo que piense cada delegación sobre el fondo de las dos tesis en presencia, es indudable que la Asamblea se encuentra ante un problema grave que no puede resolver simplemente mediante una mayoría de votos en favor de una u otra. Esto sería un obstáculo más en las negociaciones. Ambas partes afirman por igual que las negociaciones concretas deben fundarse en ciertas directivas o principios, pero una y otra sostienen que su respectiva concepción del problema es la que debe servir como base o guía de las mismas. Esta situación ofrece serios peligros y la Asamblea no puede resignarse a no darle solución.

Mi Delegación desearía al efecto hacer algunas sugerencias:

1. Hasta ahora, los países que no han estado asociados a las discusiones directas, es decir, los Estados que no forman parte de uno u otro campo dentro de la Comisión Paritaria de Diez Estados, no han tenido oportunidad de presentar soluciones sobre el fondo. Mejor dicho, no se les ha encomendado la responsabilidad directa de presentar fórmulas sobre el fondo. Si bien esta tarea compete primordialmente —y subrayo el término primordialmente a las potencias con mayor capacidad militar, los demás Estados también pueden tener algo importante que decir. Su ausencia constante, prolongada y sistemática de las negociaciones, visto el problema con una perspectiva de quince años, es uno de los peores rasgos de las negociaciones sobre el desarme. Los numerosos países medianos y pequeños no sólo representan una considerable fuerza política y moral, sino que pueden constituir un rico acervo de ideas y soluciones y un factor de moderación y conciliación. Proponemos que se les de la oportunidad de contribuir también a resolver el problema. Nos parecería aconsejable que se encomendara al órgano donde están representados todos los Estados miembros, esto es, a la Comisión de Desarme, la tarea de formular con la mayor precisión posible, en un término

breve, quizá de unos tres meses, las áreas de acuerdo entre las posiciones de las dos partes, las áreas de desacuerdo, y sobre todo, recomendar posibles soluciones para echar un puente entre los dos planes y principios antagónicos respecto de la manera como debe llevarse a cabo todo el proceso del desarme y del control, desde su iniciación hasta alcanzar el objetivo final del desarme general y completo. La Comisión de Desarme podría llevar a cabo esta tarea utilizando los procedimientos y tomando en cuenta los factores que estimara adecuados.

2. Sugerimos que *no se sometan ahora al voto de la Asamblea General las dos proposiciones* que reflejan estas dos posiciones antagónicas. Como hemos dicho más de una vez, un voto mayoritario sobre posiciones de fondo, en materia de desarme, es no sólo inútil, sino perjudicial. Esto lo hemos venido diciendo consistentemente desde 1951, cada vez que se ha planteado este problema, y creo que los acontecimientos nos han dado la razón. Por otra parte, creo que el clima político y otras circunstancias transitorias son poco propicias para ello en estos momentos. Por último, antes de que la Comunidad Internacional emita un pronunciamiento definitivo, debería esperar hasta que se de a otras voces, cada vez más numerosas, la voz de los países medianos y pequeños, una oportunidad de intentar un acercamiento entre las posiciones divergentes.

En cierto modo lo que propongo es posponer la decisión sobre el fondo que ahora se le pide a la Asamblea que adopte, para que esa decisión se tome dentro de unos meses, quizá en un clima político más favorable y contando con un elemento nuevo, como sería la aportación meditada de Estados que hasta ahora no han participado directamente, concretada en sugerencias que tiendan a conciliar los diversos puntos de vista.

3. La jurisdicción de las negociaciones sobre el desarme debe volver a las Naciones Unidas, ya que interesa por igual a todos los miembros de la Comunidad Internacional, aunque como dijo con razón el Delegado del Canadá los distintos miembros tienen tareas diferentes que realizar. La jurisdicción principal ya está imputada por así decirlo, o si se quiere centralizada, en un órgano plenario, de las Naciones Unidas, como la Comisión del Desarme. El principal Comité Negociador y los órganos técnicos que se creen deberían, por tanto, informar a la Comisión del Desarme.

4. Los mecanismos sobre desarme *deberían actuar sobre bases permanentes*. En más de una ocasión, las negociaciones

se han interrumpido y ha sido necesario esperar hasta la siguiente Asamblea o aun más tiempo para volverlas a *echar a andar*. Casi cada año se suscita una nueva discusión sobre cuál debe ser el órgano negociador y su composición. Ante la urgencia de resolver el problema del desarme, esta solución no parece la mejor. Como dijo recientemente el Primer Ministro de la India, señor Nehru, el tiempo se ha convertido en el elemento esencial del problema. No debería haber más interrupciones que los recesos inherentes a la naturaleza y complejidad de esta clase de negociaciones. La gravedad y urgencia del problema requiere que el desarme sea concebido y tratado ya como una tarea de tiempo completo.

5. En lo que toca a la composición del órgano negociador básico, pensamos que debería comprender, además de las dos partes, cierto número de Estados que hasta ahora no han participado directamente en las negociaciones.

6. Por último, la Comisión del Desarme debería estimular y auspiciar otras actividades conexas a su tarea principal, estudiando el problema del desarme no sólo con criterio funcional, sino también regional. Independientemente de las repercusiones económicas del desarme en el ámbito universal, es posible y necesario estudiar también en ciertas regiones con características propias, en Africa, Asia y la América Latina, por ejemplo, planes que permitan desviar de los armamentos a las obras de desarrollo económico, grandes recursos financieros y energías humanas.

También podría estudiarse el problema del eventual establecimiento de "áreas de paz" en determinadas regiones, a que hizo referencia el distinguido Ministro de Relaciones Exteriores de Irlanda.

Señor Presidente:

El tema del desarme se inscribió en el temario de la Asamblea General con el objeto de que fuera discutido por los Miembros de las Naciones Unidas. Se ha repetido en diversos tonos que este tema interesa a todos los Estados por igual, y que era indispensable *oír* al respecto a los pequeños y medianos países.

Hace dos semanas que se desarrolla el debate general y hemos escuchado a un gran número de Delegaciones expresar sus puntos de vista. Se han hecho durante este debate muchas consideraciones, análisis y sugerencias de indudable impor-

tancia. ¿Qué piensa esta Comisión hacer con todas esas sugerencias? ¿Quién hará su análisis y estudio? ¿Tendrán algún efecto estas sugerencias en el ánimo de las Grandes Potencias? ¿La opinión mundial expresada por medio de las Delegaciones que aquí han hablado tendrá alguna influencia benéfica en el planteamiento, desarrollo y solución del problema?

Si no encontramos respuestas afirmativas a estas preguntas, ¿qué valor tiene nuestra participación en este debate? Cerca de cien gobiernos, lejos o cerca unos de otros, expresión de pueblos distintos, opuestos o semejantes se han unificado en el propósito común de meditar sobre el mismo tema. La aportación de cada uno, grande o pequeña, integrada a la aportación de los demás, es la expresión de la voluntad y el pensamiento colectivo. ¿Se la tendrá en cuenta o se la desconocerá?

Los que hemos visto nacer y crecer esta Organización y llegar a la adolescencia con sus quince años de vida, recordamos algunos procedimientos de sus primeros años que deseáramos ver emplear ahora. En otros tiempos, por ejemplo, era frecuente la formación de subcomités o grupos de trabajo compuestos por los autores de proposiciones y enmiendas, con el mandato de esforzarse por ponerse de acuerdo en un texto común. ¿Qué hacemos ahora? Ahora las proposiciones contrarias no son consideradas como bases de una posible síntesis, sino como posiciones excluyentes entre las cuales es preciso elegir. Las proposiciones opuestas son tratadas como ultimátums; no se busca la síntesis, sino el combate y la victoria, pero cuando esto acontece el resultado de la pugna es el callejón sin salida, el *impasse* y el alejamiento del acuerdo.

Señor Presidente, sería interesante y larga la lista de citas sacadas de los discursos que hemos oído, en los cuales se invita, se alienta o se exige a los medianos y pequeños países, para que cooperen y ayuden a los grandes a resolver el problema del desarme. ¿Con qué objeto se inscribió este tema en el programa de la décimoquinta sesión? No fue exclusivamente para que las Grandes Potencias se repitan unas a otras lo que ya se dijeron en Ginebra en el Grupo de Diez. No fue exclusivamente para que las 89 potencias restantes escuchemos nuevamente el diálogo entre los cinco y los cinco.

Los proyectos de resolución que han sido presentados por las partes en pugna, fueron presentados antes de que las medianas y pequeñas potencias expresaran sus opiniones y sugerencias sobre el desarme, y éstas por lo tanto no fueron tenidas

en cuenta. Los proyectos de resolución que las Grandes Potencias nos han presentado, pudieron formularse *después* de oírnos y *no antes*; y ahora podrían ser modificados y enmendados, tomando en consideración las más importantes sugerencias que aparecen como común denominador en los discursos pronunciados en este debate.

Señor Presidente, la opinión pública formula una pregunta que debe tener respuesta.

¿Qué haremos cuando el debate general termine? Hace unos días indicó usted que terminado el debate discutiríanse específicamente las proposiciones presentadas y procederíamos a votarlas.

Este es, sin duda, el procedimiento ortodoxo; se apoya en la costumbre, en la rutina, en el reglamento y en la ley de la gravitación. Pero, ¿entonces, para qué ha servido este debate? Si no intentamos la síntesis, la conciliación o el estudio más cuidadoso, ¿para qué ha servido este debate?

¿Pueden las posiciones mantenerse incólumes, idénticas a sí mismas antes y después del debate? ¿Pueden permanecer impermeables a la corriente de opinión, distantes una de otra como fortalezas hostiles? ¿Acaso no ha pasado nada aquí durante las últimas tres semanas?

Quizás se diga que si los miembros de esta Comisión no son capaces de ofrecer a las Grandes Potencias una solución aceptable para ambas, no les queda otro camino que alinearse políticamente en favor de una u otra de las proposiciones presentadas, aun sabiendo que nuestro voto no resolverá el problema, sino que aumentará la contrapuesta rigidez de las Potencias y no tendrá otro sentido que una profesión de fe política y un acto de presencia.

Es natural que preguntemos, ¿por qué, señor Presidente, hemos de encontrar aquí, en sólo tres semanas una solución aceptable para las potencias, o resignarnos al *impasse*? ¿Por qué no podemos continuar buscando la solución, mediante el estudio cuidadoso de todos los planes de desarme propuestos y sugerencias existentes?

Si las Grandes Potencias ayudadas por gran número de técnicos y asesores y apoyadas por la maquinaria de sus respectivos órganos gubernamentales, no han podido todavía, a pesar de múltiples esfuerzos y de largo tiempo transcurrido, encontrar y convenir en una serie de principios básicos, mutua-

mente aceptables como indiscutible punto de partida, ¿por qué nosotros, las medianas y pequeñas potencias, no habremos de disponer del tiempo razonablemente necesario para intentar el estudio adecuado y sacar las conclusiones correspondientes? ¿Cuántos de entre nosotros, señor Presidente, hemos tenido el tiempo y la tranquilidad indispensables para una tarea tan importante como el estudio de los planes presentados el 15 de marzo, el 2 de junio y el 27 de junio; de las actas de los debates en el Comité de Diez y el valioso acervo de sugerencias y proposiciones ofrecidas en los debates de la presente Sesión?

Lo que acabo de indicar me lleva a las siguientes conclusiones:

1º Debemos realizar un esfuerzo en la dirección indicada por el señor Delegado de la India, en el sentido de formular una serie de directivas aceptables para ambos grupos de potencias, y que sirvan de punto de partida a una reanudación inmediata de las negociaciones.

2º Si lo anterior no fuese realizable ahora, debe continuarse este esfuerzo en la Comisión de Desarme, donde están representados todos los 99 miembros de las Naciones Unidas, y la cual presentaría a las Grandes Potencias antes de una fecha límite, la opinión de las demás y sus sugerencias destinadas a facilitar la pronta reanudación de negociaciones.

3º Los proyectos de resolución presentados y que no cuentan con el apoyo de ambas partes, no serían puestos a votación sino remitidos a la Comisión de Desarme para los fines indicados en el punto anterior.

Mi Delegación considera, señor Presidente, que si siguiéramos el camino que me he permitido sugerir, daríamos un paso modesto, pero constructivo para proseguir adecuadamente y con probabilidades de éxito la tarea que es urgente realizar en materia de desarme.

Por lo que hace a los temas 69 y 73 creo, señor Presidente, que podríamos continuar con fruto, aquí mismo, nuestros esfuerzos encaminados a evitar que se realicen nuevos experimentos con armas nucleares y a prevenir una mayor difusión de dichas armas. Estos dos aspectos de la competencia armamentista entrañan peligros inmediatos y futuros de extraordinaria gravedad, pero que afortunadamente, estamos todavía a tiempo de controlar si nuestra voluntad y buena fe se aplican a ello sin reservas.

JOHN F. KENNEDY, EL PRESIDENTE PARA UNA ERA NUEVA

Por *Manuel SANCHEZ SARTO*

OPORTUNO es meditar sobre las recientes elecciones presidenciales norteamericanas, y hacerlo en forma llana y objetiva, midiendo gestos y palabras, para no añadir leña a la hoguera verbal de la que tan mal parada ha salido, durante el pasado decenio, la convivencia entre las naciones del mundo. La brevedad del tiempo transcurrido desde la jornada electoral nos ha privado de la conveniente perspectiva, y limita el buen éxito de nuestro empeño.

No hemos contado sino con publicaciones periódicas, pues los libros sobre la materia —salvo excepciones contadas— están henchidos por el ardor apasionado de la lucha, y desvían más que ayudan. Pero, además, los libros sobre esta época de fulgurante dinamismo y de constante cambio, envejecen antes de nacer a la publicidad. Nada perdemos, por otra parte, apoyándonos en publicaciones que tienen —como la revista y el informe— la calidez del suceso mismo, y la auténtica presentación de las opiniones más encontradas, una de las revelaciones más indiscutibles de la democracia.

Nadie negará la índole acerbamente crítica de nuestro tiempo; pero eso no ha de ser motivo para nuestra desesperanza, pues quien tenga sensibilidad fina estará oyendo nacer, en esta hora, las briznas y brotes de una nueva era. Es la hora de pocas palabras y mucha acción, si queremos —cada uno en su campo— deshacer tantos y tantos entuertos; es la hora en que la voluntad de progreso se ha adueñado del mundo entero, y reclama con impaciencia sus derechos inalineables; es la hora de la evaluación y la eficacia —única medida de acierto; es, por fin, la hora en que no pueden ir por un camino las frases prometedoras, y por otro las acciones mentirosas.

Salimos de una era en que la cooperación mundial no existía; en que el comercio de hombres, recursos e ideas sólo se

lograba a un nivel cada vez más bajo, lindante con la estabilidad de la muerte. Queremos entrar en otra era de comprensión y ansia de armonía, en que la coordinación ahorre tiempo, evite conflictos y dilapidaciones, y ponga en nuestros labios el gusto de la paz perdida.

Con esa esperanza comentamos el caso de las elecciones presidenciales norteamericanas, por la gran lección que ofrecen, no sólo para los ciudadanos de los Estados Unidos, sino para los ciudadanos del mundo.

I

Escenario y resultado de la elección presidencial

DE acuerdo con su Constitución política, los Estados Unidos de Norteamérica eligieron su trigésimoquinto Presidente el día 8 de noviembre de este año bisiesto, es decir, en el martes inmediato al primer lunes del citado mes. La elección ha favorecido a John Fitzgerald Kennedy, oriundo de Massachusetts, de 43 años de edad—el más joven Presidente de la historia norteamericana y el primer católico romano que accede al ejercicio del Poder Ejecutivo de la Unión.

Los informes no oficiales arrojaban al finalizar la semana de la pugna electoral 66.898,019 votos populares, escrutados para los dos grandes partidos: de ellos, 33.593,374 favorecían a Kennedy, y 33.304,645 correspondían a Nixon. Una victoria muy estrecha, y en sus términos numéricos casi coincidente con el pronóstico emitido, la víspera de la jornada electoral, por el National Broadcasting System, con un porcentaje de 50.5 para Kennedy, y 49.5 para Nixon.

Doce Presidentes lograron, en la historia electoral norteamericana, su triunfo, sin mayoría de votos populares: tal ocurrió, entre otros, con John Quincy Adams en 1824, con Abraham Lincoln en 1860, y, en tiempos más cercanos a nosotros, fue el caso de Cleveland en 1884, de Wilson en 1912 y 1916, y de Truman en 1948. Y es que el poder decisivo corresponde, según el artículo II, sección 2, de la Constitución norteamericana, al Colegio Electoral, compuesto, en cada Estado de la Unión, por un número de compromisarios igual al de los Senadores y Representantes de la respectiva entidad federativa, en las Cámaras de la Nación. En sesión conjunta de

ambos Cuerpos legislativos, el Presidente del Senado —constituido por dos titulares en representación de cada uno de los 50 Estados de la Unión—, abre los sobres con las actas, y escruta los votos de cada Estado para los dos puestos de Presidente y Vicepresidente de los Estados Unidos, haciendo la correspondiente declaratoria si uno y otro cuentan con la mayoría absoluta del número total de electores compromisarios. En caso de empate, la Cámara de Representantes elige por votación mayoritaria al Presidente de la Unión, y si nuevamente se produjese empate, la elección resolutoria se haría entre los cinco candidatos con mayor número de sufragios, por mayoría de votos emitidos a razón de uno en representación de cada Estado de la Federación. Seguidamente se elige como Vicepresidente al candidato que alcanzó mayor número de votos para ese puesto, y en el improbable caso de producirse un empate, entre dos o más candidatos, el Senado elegirá por votación mayoritaria absoluta al definitivo.

Prevalece en Norteamérica ese complicado sistema desde la Declaración de Independencia, adoptada por el Congreso en 4 de julio de 1776. Después de transcurridos casi doscientos años, sigue subsistiendo —en espera de una necesaria enmienda constitucional— un principio afirmatorio del poder sustantivo de cada Estado, frente a la Federación misma, y tendiente a evitar que por el libre juego de la elección popular directa, determinados Estados de la Unión, con sus grandes masas de votantes, anulen la expresión de voluntad de muchas pequeñas entidades federativas.

Mientras Henry Cabot Lodge formaba aún parte del Senado, y Eddy Gossett, de Texas, figuraba en la Cámara de Representantes, introdujeron un proyecto Cabot-Gossett, de enmienda a la Constitución, respecto al vigente sistema electoral. En virtud de una de las principales innovaciones del proyecto, cada candidato presidencial se atribuiría "la misma proporción de votos que hubiese alcanzado en el voto total" [o popular]. La propuesta de enmienda, rechazada por la mayoría demócrata, seguramente hubiese sido introducida de nuevo si Nixon hubiese sido designado Presidente de la Unión. Kennedy se pronunció vigorosamente, siendo Senador, en contra de la enmienda.

En 21 de noviembre de 1960, trece días después de la elección presidencial, los cálculos más viables atribuían en el Senado una mayoría, compuesta de 64 curules, a los demó-

cratas, frente a 36, retenidas por los republicanos. En la Cámara de Representantes mantendrían, según las expectativas, 259 puestos los demócratas, con 178 de los republicanos.

Desde el 8 de noviembre fue reduciéndose el estrecho margen de Kennedy —por los votos de ausentes, principalmente en California—, hasta presentar, en los primeros días de diciembre, un porcentaje de 50.2 a 49.8. Sin embargo, y pese a la posibilidad de ciertos desplazamientos en los votos colegiados de unos pocos Estados en disputa, todas las probabilidades se conjugan para asegurar —salvo inesperadas contingencias— que el Presidente electo será confirmado en 19 de diciembre por el Colegio Electoral de los Estados de la Unión, y tomará posesión de su cargo en 20 de enero de 1961 ante el 87º Congreso de los Estados Unidos, reunido en Washington desde el día 4 del mismo mes.

Estados Unidos y el liderazgo de Occidente

AL término de la Primera Guerra Mundial los Estados Unidos de Norteamérica asumieron velozmente la indisputable y eminente posición de primera potencia financiera y económica del mundo, acreedora, a un tiempo, de vencedores y vencidos, en ese gran conflicto bélico universal. Poco más tarde, desde 1932, con la designación de Franklin Delano Roosevelt, las elecciones norteamericanas dejan de ser un asunto exclusivamente interno, respecto a un gran país, para convertirse, por razón de sus complicados y profundos efectos, en un acontecimiento trascendental frente al mundo entero. Con cada nueva administración norteamericana el ámbito de resonancia del resultado electoral se ha hecho cada vez más gigantesco, y más cargado, por añadidura, de dificultades y sinsabores para la humanidad entera.

No me propongo el difícil cometido de historiar en detalle la meteórica trayectoria del mundo hasta los días, preñados de amenazas, en que vivimos. Considero, sin embargo, conveniente a nuestro objeto, referirme con brevedad a un importante episodio de la historia contemporánea norteamericana, por la hondura de sus proyecciones hasta el presente y para el futuro.

En 1938 el brillante columnista norteamericano Walter Lippmann pronunciaba en sus conferencias de la Universidad

de Chicago estas proféticas palabras: "En nuestro tiempo, hemos de testimoniar el hecho palmario de que existe una potencia nueva destinada a ser la sucesora de Roma y de Britania como dispensadoras de paz, y que su misión es prepararse a sí misma para lograr la realización de ese destino. . ."

En ese preciso momento se estaba reclamando para los Estados Unidos de Norteamérica el liderazgo del mundo llamado "occidental"; una designación que venía no por el señalamiento unánime de los países componentes de esa constelación todavía amorfa, sino por el imperativo mismo de la propia pujanza económica y financiera norteamericanas.

No se le ocultaban a Walter Lippmann las dificultades y compromisos de su ambiciosa propuesta. "Aunque muchos norteamericanos —decía— vean hoy la idea con disgusto, no pueden sustraerse a ella. Su grandeza, su posición y su poderío entre los pueblos de la tierra, implican que el país debe aceptar su destino. Tiene que asumir igualmente, enormes cargas y pesadas responsabilidades".

La Segunda Guerra Mundial (septiembre de 1939 a mayo de 1945) no hizo, al respecto, sino confirmar esa idea y ahondar sus raíces. Tres años más tarde, en enero de 1948, en su discurso de toma de posesión del cargo de Presidente de la Unión norteamericana, Harry S. Truman desarrollaba el principio lippmaniano, dándole proporciones de doctrina, al materializar el "Punto IV" el empeño de Norteamérica por llegar, con su "asistencia técnica", a todos los rincones de la Tierra. Junto a su contribución financiera, mayoritaria, a la Organización de las Naciones Unidas, los Estados Unidos se lanzaban como país, por cuenta propia, a un gran programa de ayuda, concebido dentro del marco de una institución bilateral, cuyos tentáculos alcanzaban al mundo entero.

Poco después se preparaba y entraba en rápida acción el Plan Marshall para Europa. Al frente de él fue colocado como eminente Administrador del programa, Paul G. Hoffman —actualmente Director del Fondo Especial de Asistencia Técnica de la O.N.U.—, a cuya férrea voluntad se debe en gran parte el lisonjero éxito de la restauración del Occidente europeo, arrasado por la Segunda Guerra Mundial. También Hoffman veía la necesidad de la misión norteamericana. En su libro *Peace can be won* ("La paz puede ganarse") captaba, sin embargo, los peligros de esa ambiciosa cruzada: "He aquí —afirma en su obra— una terrorífica trampa: porque al crear esta

forma de autodefensa para los países del Occidente de Europa, estamos poniendo en tela de juicio las libertades mismas que tan celosamente queremos defender...". "Los hombres que gobiernan la política de otras naciones libres están, sin excepción, deseosos de colaborar con nosotros; pero sin excepción, también, rechazarían cualquier intento de dictadura por nuestra parte". ... "No podemos —afirmaba Hoffmann, además— comenzar a cumplir nuestras obligaciones globales, sin una política en que coincidan los dos partidos norteamericanos"... "Hoy no ha de existir al respecto una política exterior demócrata, o una política exterior republicana. No puede haber sino una política exterior norteamericana. Tal es nuestra responsabilidad primordial". La campaña presidencial de John F. Kennedy ha demostrado que esa meta se halla, a la terminación del doble período del Presidente Eisenhower, más distante que nunca.

Activos y pasivos

EVIDENTEMENTE el aparato productivo norteamericano ha crecido en proporciones fabulosas. En 1948 —según datos de la revista *Newsweek*— el producto bruto nacional de los Estados Unidos se cifraba en \$262,000 millones; doce años más tarde, el nivel alcanzado es de \$500,000 millones. En la primera fecha, Europa registraba \$150,000 millones, y actualmente \$340,000. En ese mismo lapso creció el producto nacional del bloque soviético de \$150,000 millones a \$400,000.

El mundo en la sexta década

PERO durante los dos períodos de la Administración del Presidente Eisenhower, el mundo ha asistido al desencadenamiento de nuevas fuerzas y al surgimiento de incesantes dificultades: la guerra de Corea (terminada en 1953); el auge de la China continental; el problema de Suez; la crisis de Berlín; la pérdida fundamental de Indochina; el conflicto de Argelia; el despertar de África la constitución de un vigoroso bloque neutralista como una tercera fuerza, y la demanda creciente y urgente de una Junta "en la Cumbre". A esto se añaden, por último, los problemas de orden interno: la discriminación ra-

cial; la amenaza de una depresión económica, el problema del oro; la agitación en la América Latina.

El Presidente electo, Mr. Kennedy, ha señalado vigorosamente en su campaña el decaimiento del prestigio norteamericano en el exterior, y las inconsecuencias de la política económica, social y administrativa en el ámbito jurisdiccional de la Unión. Los Estados Unidos necesitan, a su juicio, proponerse una "nueva frontera", devolver al país la confianza en sí mismo, recuperar ante amigos y adversarios la respetabilidad y la potencia constructiva, sin perder de vista el logro de una paz estable y digna. Ofrece como prendas de su optimismo los arrestos de la juventud y la cautela de su manera estratégica; trata de rodearse de las colaboraciones más señeras en todos los campos, sin anteponer a esa consideración primordial los compromisos electorales que han mellado otras administraciones, y él, en cambio, no ha contraído.

Antes de proceder, con brevedad, pero en buen orden, a un examen objetivo de problemas y soluciones, en el sector interno y en el ámbito internacional, subrayemos desde luego que ningún otro Presidente inicia, como Mr. Kennedy, una Administración bajo signos tan ominosos. Tanto mayor será su triunfo si logra eliminarlos, y si, al hacerlo, conquista de paso el respeto y la admiración de todos.

El panorama interno

GRANDES son, sin embargo, los obstáculos alzados en su camino. Uno de ellos es la subsistencia, en el Congreso, de una coalición "conservadora", integrada por representantes demócratas del Sur y congresistas republicanos del Norte, grupos estos más fuertes y numerosos en el próximo Congreso que en el de la Administración Eisenhower, y a los cuales se yuxtapondrán, con sus particulares reclamaciones y formas de presión, los obreros organizados y los granjeros del país; colaboradores eficientes, los primeros, mediante su gigantesca organización sindical, en el reñido triunfo del 8 de noviembre; dolidos los segundos por una larga espera —la de la Administración de Benson— en que las enormes ganancias en productividad, traídas por el progreso de la tecnología, no han tenido como contrapartida, sino el crecimiento de inventarios, la restricción de las áreas de cultivo, y la amenaza de un porvenir cada vez

más incierto. Otro obstáculo, el del déficit presupuestal, al que —dentro del ambiente nada propicio de las últimas semanas— nada ayudarán las ideas presidenciales respecto a incrementos de gastos gubernamentales en defensa, educación, áreas deprimidas, eliminación de zonas de tugurios, programas de cuencas hidrológicas, ayuda económica a países extranjeros, organización de "Cuerpos juveniles" en misión de paz al exterior, seguro médico como parte del programa de Seguridad Social, disminución de las tasas de interés en el crédito hipotecario para la construcción de viviendas, salario mínimo federal de \$1.25 por hora, mejoras en el régimen de pensiones de vejez, intentos de estabilización de salarios y precios, lucha vigorosa contra la creciente desocupación. . . , y otros muchos proyectos, cuyos lineamientos generales fueron diseminados durante la campaña electoral.

Norteamérica, de nuevo en acción

EN su juvenil entusiasmo estima el Presidente electo que frente al clima de recesión efectiva y depresión larvada, característica de los últimos años del mandato del Presidente Eisenhower, su propio lema: "América, de nuevo en movimiento" generará —vía erogaciones gubernamentales—, ingresos más amplios y crecientes, reanimación de las actividades económicas, y, en fin de cuentas, nuevos y espontáneos ingresos fiscales, completados con los proventos de un proyecto encaminado a cerrar herméticamente los orificios por donde fluye la evasión fiscal que, con su gran volumen, ha contribuido a acrecer la carga tributaria de los contribuyentes honorables.

La ambiciosa magnitud de esas y otras fáciles promesas electorales inclinaría al escepticismo ciudadano, si no estuviese consolidada por un calculado plan de acción, donde este "Nuevo Trato" de signo rooseveltiano, va a ser impulsado por cerebros y equipos humanos de infatigable tenacidad. Las ocho semanas a transcurrir desde el día de la consulta electoral hasta la fecha de ascensión al poder, están siendo furiosamente empleadas por el Presidente electo para forjar la maquinaria —hombres e ideas— que ha de transportarle en cinco meses al umbral de la eficacia esperada, en el orden interno, para su plan global.

Cambios de táctica y estrategia

EN su número del 12 de noviembre, la revista *Business Week* presenta un dramático cuadro de los cambios que irán operándose en la política gubernamental. Las acciones de índole táctica, que vienen desarrollándose en relación con estas metas accesorias, se basan en una concepción clara y certera. El Presidente va a ejercer su cargo, personal y directamente, sin los filtros y pantallas de la Administración, ahora por terminar, han empañado el horizonte real, y adormecido las mentes de los hombres a cargo de las supremas decisiones.

El grupo superestructural de los consejeros políticoeconómicos del Presidente electo, en asuntos internos, cuenta con expertos de la talla de los Profesores Paul Samuelson (MIT), sobradamente conocido y estimado en los círculos universitarios de la Economía mundial; Richard Lester (Princeton); J. Kenneth Galbraith (Harvard), autor de *El capitalismo norteamericano* y del "bestseller" *La sociedad opulenta (The Affluent Society)*, publicadas en castellano por la Editorial Ariel, de Barcelona; Archibald Cox (Escuela de Leyes, de Harvard), coordinador del equipo, y Henry H. Fowler, antiguo movilizador de la defensa durante el mandato del Presidente Truman.

En su —única— reunión del 25 de septiembre convinieron los referidos economistas en que la actividad de los negocios norteamericanos era demasiado lenta, y revelaba claros síntomas de una tendencia a empeorar. Al recomendar su magno programa de acción se dieron plena cuenta de que se producirían temporalmente situaciones deficitarias, aunque menos abultadas que las inevitables en el caso de una política más timorata e irresoluta, pues si una gran recesión se produjera, los ingresos fiscales registrarían un pavoroso descenso. Advirtieron también que ese simultáneo ataque masivo no permitiría acción inmediata en algunos proyectos, los cuales requerirían la aprobación del Congreso; pero consideraron buena la táctica de realizar una presentación programática global, como un factor de indudable estímulo para la reactivación del proceso económico del país.

Según referencias fidedignas, Mr. Kennedy juega con sagacidad encomiable los mejores recursos de su personal sicología. Atiende con serenidad y paciencia los consejos de quienes pueden darlos, y luego, rápidamente, compone su propia y firme decisión. Es cauteloso, como lo prueba la parsimonia y

lentitud con que prepara las designaciones de sus colaboradores, según lo exige la delicadeza de su misión presidencial, todavía no en ejercicio, y lo aconseja el reducido margen de su victoria. Por una incongruencia de las leyes, corresponde al Presidente cuya gestión termina en enero, formular el Presupuesto para el año fiscal que se inicia en 1º de julio de 1961 y concluye en el de 1962: el candidato para la Dirección del Presupuesto en la Administración venidera, coopera ya intensamente con el actual Director Maurice H. Stans, de la Oficina Ejecutiva del Primer Mandatario. Entre tanto Mr. Kennedy piensa, y aguarda el momento en que el poder total vendrá a sus manos, y a la vez la oportunidad soñada para evaluar ocho años de historia de su pueblo, y dedicarse a hacer la suya.

Un cambio fundamental

EL 21 de noviembre, la revista *U. S. News & World Report* publicó una detallada entrevista de uno de sus redactores con John Kenneth Galbraith, asesor economista principal del Presidente electo. Gracias a esas amplísimas declaraciones—cuya lectura íntegra resulta por demás obligada para nuestros economistas en posiciones clave—podríamos penetrar bien a fondo, si la oportunidad lo permitiese, en las entrañas de un cambio auténticamente revolucionario de la conducción de la política referida a las actividades y maquinaciones de la Economía. De sus provocativas ideas entresacamos, por vía de ejemplo, algunas de las más destacadas.

Prevalencia de la política monetaria

PARA el Profesor Galbraith en ningún otro país como en los Estados Unidos ha jugado la política monetaria un papel tan decisivo, durante ocho años enteros, con el resultado de que los precios industriales (con referencia a 1947-49 como base) han registrado un incremento de 113 a 128, y los precios del acero—cuyas plantas producen hoy, en promedio, a menos del 50% de su capacidad—aumentaron, durante largo tiempo, a razón de casi un 10% anual. Sin el simultáneo descenso de los precios agrícolas, el alza de las cotizaciones industriales y su efecto sobre la economía hubiesen sido muy serios.

Durante estos últimos años "la política económica de los Estados Unidos ha dependido sustancialmente de la manipulación del tipo de interés, efectuada por la Reserva Federal": un instrumento al cual se le asignaron, por obra y gracia de un falso tecnicismo, poderes taumatúrgicos, cuando, en concreto, nadie podía predecir, con aproximación siquiera, sus consecuencias finales, distintas, por supuesto, en diferentes sectores de la economía.

La gran empresa pudo, casi en dos terceras partes de sus necesidades, financiarse a sí misma. En cambio las altas tasas de interés cerraron el acceso al crédito al constructor, al granjero, al pequeño hombre de negocios, a los distritos escolares, a la financiación de los municipios. Pero el volumen de la actividad económica ha crecido, como la cifra de población; y cuando la economía y la producción crecen, se incrementa correlativamente la necesidad del gasto. "Necesitamos —dice Galbraith— una tasa de desarrollo que mantenga la ocupación a nivel cada vez más alto, a medida que aumenta, año tras año, la fuerza de trabajo. Se trata pues, en nuestro problema, de un caso de capacidad: si el gasto total se ajusta a la capacidad de la economía, no sobrevendrá la inflación... Es indudable, por tanto, que en el mundo entero es más fácil incrementar los ingresos públicos sobre la base del crecimiento del ingreso, con las mismas tasas impositivas, que elevando los impuestos sobre una economía estática, estancada".

Temor al cambio, y decisión para efectuarlo

BASTARÁ esta somera muestra para advertir cómo, frente la ranciedad altanera de las viejas e ineficaces maneras de hacer economía, economía estancada para ventaja y privilegio de unos pocos, Galbraith nos saca al aire libre, al aura fresca de la satisfacción de muchos, de todos si es posible: un cambio, un cambio de mentalidad, naturalmente inconcebible y nefando para quienes de él son incapaces.

Royal Brandis, Profesor de Economía en la Universidad de Illinois, menciona en el párrafo final de su libro *Economics: Principles and Policy*, un divertido suceso: "En una audiencia del Congreso, acerca de la Fundación Nacional para la Ciencia, un congresista expresó la opinión de que el Gobierno no debería ofrecer estímulos financieros en las Ciencias sociales,

con inclusión de la Economía, porque si algo equivocado y falso existiese en nuestra organización social, mejor sería que no llegásemos a descubrirlo”.

Acaso pueda tildárenos de optimistas, pero cuando la vida y las ideas están cambiando, ¿por que hemos de empeñarnos en manejar instrumentos inservibles y desacreditados, por qué asustarnos ante la perspectiva de emplear otros más idóneos, cuando el primer camino sólo nos conduce a la crisis actual, y *acaso* el segundo nos permitirá superarla? He ahí, a juicio mío, la importancia del mensaje de Kennedy, y de sus valientes colaboradores científicos y prácticos. No faltarán, respecto a su Administración, motivos de discrepancia, divina e inalineable virtud del hombre que piensa: pero entretanto, tal es nuestra sospecha de sumirnos, al paso actual, en una oscura caverna sin salida, que esperamos la nueva Administración con el deseo de vernos transportados a una senda de luz, de luz nueva.

Así piensan los tradicionalistas

ALUDÍAMOS, párrafos atrás, al Director de la Oficina del Presupuesto norteamericano, Mr. Maurice H. Stans. En una conferencia por él profesada en Atlantic City, el 10 de octubre próximo pasado, cantaba las excelencias del viejo sistema, y los peligros del que ahora se ofrece al país y al mundo. Presentaba entonces sus ideas como puras convicciones personales, sin referencia a un interés partidista: pero tal parece que visaba con su argumentación a la tesis del Presidente electo. “Hemos abandonado—decía—las tradicionales creencias en la sobriedad, la parsimonia y la confianza en nosotros mismos, a cambio de engendros económicos que prometen más, a cada ciudadano, con cargo a una mesa Federal, cargada de viandas. . . . Los partidarios de un incremento en las atribuciones gubernamentales adoptan ahora la tesis del crecimiento económico forzado, como excusa para abandonar nuestra presente política de responsabilidad fiscal. . . Cada uno de los proyectos ofrecidos tiene, evidentemente, sus méritos, pero, tomados en conjunto, constituyen un monto muy superior a lo que podemos financiar, en un momento dado, con los recursos disponibles” . . . “Si éstos resultan insuficientes, la única solución es contraer deudas (la de los Estados Unidos—según datos del confe-

reciente, asciende en la actualidad a \$285,000 millones, cuyo servicio de interés absorbe 11 centavos de cada dólar recaudado vía impuestos); sólo así se puede hacer frente al fabuloso incremento del Presupuesto nacional, que ha crecido de \$3,000 millones en 1930, a \$40,000 en 1950, y a casi \$80,000 en 1960.

Una lógica elemental nos muestra cómo si la megalocéfalia gubernamental es lo importante, su máximo nivel de crecimiento ha ocurrido en la última década, la de la Administración del Presidente Eisenhower; y algo más, también, que los efectos perversos de tal fenómeno no cesarán cuando en 20 de enero tome posesión de su cargo el actual Presidente electo, sino que trascenderán a un período más o menos largo de la Administración de Mr. Kennedy, gravando a ésta con un legado de problemas por los cuales no es responsable.

Rigidez y flexibilidad del plan nuevo

LA más deseable virtud de un programa de acción gubernamental, empresario o de cualquier otra naturaleza, consiste en ser rígido en sus principios fundamentales y razonablemente flexible en su operación. La razón es obvia: sea cual fuere la perspicacia, la luminosidad de previsión puesta en juego por quien formula el plan, no puede medir con exactitud o aproximación idóneas sino los factores y recursos por él conocidos. Otros muchos, sin embargo, pertenecen al reino de lo imponderable y lo imprevisto. Entra, entonces, en juego un nuevo e importante elemento: el de la correcta estrategia, capaz de lograr, con los mismos medios—gracias a una sagaz combinación de factores favorables y adversos—, efectos imposibles de alcanzar mediante la operación aislada de cada recurso y la simple suma de todos ellos. Y esto no es todo: la nueva organización de disponibilidades no vale sólo por su simple diseño: necesita ir servida por una excepcional mentalidad directora, que elija la coyuntura precisa para su puesta en juego, resuelva la profundidad de la intervención, y mueva, para capitalizar un mínimo acierto, sin dilación, sin indecisiones, las fuerzas auxiliares justamente necesarias para resolver el enigma en sus términos más satisfactorios. El problema está bien planteado en cada minuto: la respuesta es la acción.

Existe, además, otro tipo de sorpresas: tumores de desa-

rollo subrepticio que inesperadamente explotan con toda su virulencia. El Presidente Eisenhower encontró uno, de su especialidad precisamente (la guerra de Corea), al iniciar en 1953 su primer mandato presidencial. Mr. Kennedy ha corrido igual suerte: una ave traviesa ha colocado en el pequeño nido del triunfo electoral el huevecillo contaminado de un gran problema: la cuestión del oro, esto es la cuestión del dólar, que es la cuestión de una economía y la de todas, y, acaso, la cuestión de la paz universal.

II

Realidad y falacia del dinero

SEGÚN Mark Twain "la falta de dinero es el origen de todo mal". De acuerdo con los seguidores —lejanos y actuales— de Alexander Hamilton (1757-1804), un reducido y poderoso grupo de gente adinerada logrará contrarrestar las aberraciones de grandes masas de votantes, que pesan financieramente muy poco en la economía, pero pueden imponer su voluntad política a los ricos mediante el ejercicio de su derecho electoral. Para Thomas Jefferson (1743-1826) y sus partidarios, en cambio, no es saludable para la democracia que el poder político sea proporcional a la masa de dinero poseído o comandado por los individuos. Queda, ahora, en libertad cada lector para decidir si en nuestro propio mundo, o en el de los norteamericanos, predomina y predominará, o no, la concepción hamiltoniana sobre la de Jefferson. Lo cierto es que Kennedy sabe historia, en particular historia política de su país, y que no ha olvidado una de las grandes frases de Hamilton: "Nuestro Gobierno es de poder, como el rival de otro poder".

Durante muchos decenios, hasta la gran depresión mundial de los treinta, el oro, como patrón monetario, fue considerado como espejo de la prosperidad y reverenciado por pueblos e individuos. Después, durante la vigencia del patrón de cambio oro, el dólar billete gozó de un prestigio parecido. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos juntaron en Fort Knox la más gigantesca reserva de oro, en toda la historia: 25,000 millones de dólares. Para el resto del mundo ello significó un permanente drenaje de signos de capacidad adquisitiva real, expresada en la "escasez de dólares"

(*dollar gap*). Colmar esa laguna constituyó una preocupación fundamental de los gobernantes europeos, y de los países en vía de desarrollo. Los Estados Unidos quisieron ayudar a las naciones en desastre y pudieron hacerlo: durante una década. Norteamérica estuvo a la altura de su misión de liderazgo, y en el último quinquenio, los pueblos occidentales europeos, restaurados, pudieron recoger con la rehabilitación de sus economías, la cosecha del Plan Marshall.

Para el demagogo dictador argentino, Juan Domingo Perón, el problema de la escasez de dólares sencillamente no existía, o, por lo menos, él lo escamoteaba a los ojos de los "descamisados". En cierta ocasión, hablando en un mitin ante los electricistas de Avellaneda, les planteó la cuestión de este modo: "Dicen que el dólar escasea, y el peso argentino está bajando: pero, ¿habéis visto alguna vez un billete de dólar? —¡no, no!—dijeron los obreros. Entonces, replicó Perón, ¿qué os importa que el dólar suba o baje?"

La sangría del oro

DESDE 1949 las tenencias de dólares norteamericanos, por parte de Gobiernos, bancos centrales y privados, así como de particulares, fuera de los Estados Unidos, han ido creciendo desde \$5,000 millones en el referido año, hasta 19.5 mil millones en fines de noviembre de 1960.

De acuerdo con los datos fidedignos en la *International Financial Statistics*, revista mensual del Fondo Monetario Internacional (número de noviembre de 1960) la reserva oro norteamericana era en 1950 de \$22.82 miles de millones; en 1953, de 22.09; en 1956, de 22.06; a fines de 1959, de 19.51; en septiembre del año actual, de 18.73 las existencias áureas en la víspera de la elección presidencial, alcanzaron un nivel 18.6 mil millones. Las reservas han declinado en 600 millones durante los meses de agosto a octubre de 1960; en 900 millones desde principios de ese mismo año, y en 42 mil millones desde fines de 1957. Correlativamente se han incrementado las respectivas tenencias oro en Suiza, Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, y en menor cuantía en los países del Benelux.

De esa suma destina el Gobierno norteamericano \$11.6 mil millones de sus tenencias oro a respaldar sus emisiones de billetes en circulación y los depósitos de tenedores extranjeros,

en territorio norteamericano. Ello deja tan sólo un excedente de \$7.0 mil millones para responder de los reclamos sobre \$19.5 mil millones, antes indicados, o sea un déficit de \$12.5 mil millones. Lo peor del caso para los Estados Unidos es que la herida sigue sin restañar, y semana tras semana el déficit aumenta.

¿Dónde está la raíz del problema, expresado en el creciente deterioro de la balanza de pagos? En sus transacciones comerciales los términos de la relación favorecen a Norteamérica: los Estados Unidos venden hoy al exterior por valor de \$27.7 mil millones, y compran al extranjero por \$21.8 mil millones, beneficiándose en consecuencia con un superávit de \$6.1 mil millones. Pero si se suman (en la balanza de pagos) todas las partidas de pagos y cobros al extranjero, los Estados Unidos pagan al exterior \$32.9 mil millones, y reciben del exterior tan sólo \$28.6 mil millones: el resto, \$4.2 mil millones, representan, para un año, el déficit en la balanza de pagos.

Ese déficit representa dólares—o su equivalente oro—que no retornan a su origen, ni tienen contrapartida física: son los gastos en que incurren los Estados Unidos por asistencia técnica y donativos en dinero y en especie, gastos militares en el exterior, e inversiones norteamericanas en el extranjero. Son... el precio del liderazgo de Occidente.

En un editorial de *The Economist*, de Londres (29 de octubre de 1960), se afirmaba lo siguiente: "el déficit actual de los Estados Unidos en balanza de pagos es de tal modo el resultado de pagos no comerciales, que su curso futuro resulta impredecible para cualquier economista, por perspicaz que éste sea". Y añadía: "El peligro mayor no es, digámoslo una vez más, que los Estados Unidos se vean obligados a devaluar el dólar, sino que se vean forzados, o así lo crean, a actuar para defenderlo".

Por espacio de tres años y hasta la fecha, los Estados Unidos no tomaron acción alguna para atajar ese problema: por el contrario, mantuvieron su posición, por respetables consideraciones de prestigio. Durante todo ese tiempo y aun a últimas fechas, las autoridades políticas y bancarias norteamericanas siguieron manteniendo su inquebrantable fe en la capacidad productiva y en la solidez estructural de su sistema económico. Pero el *gold rush* de los últimos meses ha patetizado la inconsecuencia suicida de confiar en que las fuerzas

espontáneas de recuperación solucionarían el problema; era indiferible, por tanto, una drástica intervención gubernamental.

En efecto, han hecho crisis muchas cosas: la sangría del oro se ha traducido en pérdida de la confianza en el dólar; masas de ambos signos de valor componen gran parte de las reservas bancarias europeas; pero, además, los tenedores privados, de dólares norteamericanos, no fían mucho en el prestigio del signo monetario estadounidense. La convertibilidad en oro, es por otra parte, bien difícil, pues Norteamérica no la practica, desde 1934, sino para saldar sus déficits en balanza comercial, y únicamente a través de los bancos centrales; un pequeño mercado de oro en Londres se ha visto asaltado, a su vez, por una fuerte demanda de particulares y especuladores, que, por unos días, elevaron el precio oficial de la Tesorería norteamericana (\$35 por onza oro), a \$40.60 en el mercado libre.

La Banca suiza considera inevitable, a la larga, la devaluación del dólar, en términos de oro, y aconseja a los tenedores de billetes y depósitos norteamericanos comprar metal áureo; los estadounidenses lamentan que el Gobierno de los Estados Unidos no haya intervenido hace ya dos años, en el mercado de Londres; para los alemanes, esta intervención, aun tardía, debe efectuarse ahora.

En el consenso general, una posición es clara: "Se exige al dólar, soportar, por sí solo, demasiadas cargas". El día 14 de noviembre Alemania Occidental anunció que estaba dispuesta a responsabilizarse por un programa de ayuda al extranjero, con un monto de 500 a 700 millones de dólares al año, pero rechazó la demanda de la misión norteamericana (R. Anderson, Secretario del Tesoro, y C. D. Dillon, Subsecretario de Estado), cuando ésta requirió que Alemania se hiciera cargo, en lo sustancial, de los gastos de mantenimiento de las fuerzas americanas estacionadas en territorio germánico, y solicitó la ayuda directa de la Banca alemana occidental a la Tesorería estadounidense.

Una intervención drástica, en la curva final

EL día 16 de noviembre, el Presidente Eisenhower anunciaba, en una conferencia de prensa reunida en Augusta, la acción resuelta adoptada por el Gobierno para aligerar la pre-

sión sobre el dólar, con un programa extenso dividido en dos etapas: una, de orden de ejecución inmediata, otra de intervenciones más drásticas si fuesen necesarias, llegando hasta la devaluación del dólar.

La primera serie de medidas comprende ya acciones cuyos efectos serán trascendentes no sólo para los súbditos norteamericanos, sino para los ciudadanos mismos de la mayoría de los países del mundo. Son las siguientes: Repatriación de unos 284,000 familiares de las fuerzas armadas y técnicos civiles, estacionados en países extranjeros; reducción del personal de misiones norteamericanas en el exterior; insistencia sobre los aliados para que en mayor escala se hagan cargo del costo de la ayuda exterior; restricción del uso de dólares de ayuda norteamericana para comprar productos de terceros países; limitación de envíos de productos norteamericanos sustituibles, a los ciudadanos estadounidenses en misión militar o civil; reducción de las compras de artículos militares en países extranjeros; fomento de las exportaciones norteamericanas, y obtención de rebajas de tarifas aduaneras por otros países, manejo de los excedentes agrícolas, de tal suerte que no interfirieran con las ventas normales de productos agrícolas norteamericanos.

Si estas medidas no fuesen suficientes, se pondrán en juego, en forma complementaria, las que siguen: Limitaciones al turismo norteamericano en el extranjero; restricciones al gasto de turistas en el exterior; elevar las tasas a la importación de productos extranjeros en los Estados Unidos, y adoptar, en su caso, otras medidas de mayor restricción; reducción de la ayuda al exterior; restricción de las inversiones en el extranjero, por empresas y personas norteamericanas; restringir la flotación de emisiones extranjeras en los Estados Unidos; devaluar el dólar, en términos de oro; elevar las tasas de interés para atraer capital extranjero a Norteamérica; pagar a las tropas norteamericanas en el exterior, en moneda local; repatriar parte de las tropas norteamericanas actualmente estacionadas en otros países.

Causa asombro, por lo pronto, la vastedad de estas medidas. Muchas de ellas no podrán ser ejecutadas sino después de largas deliberaciones con los interesados o perjudicados; otras —como la del retiro de familiares— requerirán varios años para consumarse; algunas desencadenarán efectos que requerirían una piramidación de medidas adicionales; casi todas pro-

vocarán acciones retaliatorias. Del conjunto, en el improbable caso de su total ejecución, derivaría un nivel más bajo para el comercio internacional de bienes, servicios, intercambio de personas e ideas; sobrevendría, además, una mella sustancial para el prestigio norteamericano, y no digamos para su función de liderazgo, amén de un refuerzo para las ideas de aislacionismo norteamericano, agazapadas todavía, pero no extinguidas.

Con la idea de salvar el edificio, esas medidas pueden causar su destrucción y ruina. En su obra *Los sueños*, el magnífico señor don Francisco de Quevedo y Villegas trae a juicio a los *arbitristas* del siglo XVII español, que le sugieren soluciones peregrinas para los grandes problemas del Imperio: "Arbitrio para tener inmensa cantidad de oro y plata sin pedirla ni tomarla nadie". "Arbitrio fácil y gustoso y justificado para tener gran suma de millones, en que los que los han de pagar no lo han de sentir; antes han de creer que se los dan", etc.

Llamábanse hiearbitristas, contradiciéndose los arbitrios los unos a los otros, y cada uno sólo aprobaba el suyo. Pues estando encendidos en esta brega, entraron de repente muchos criados, dando voces, desatinados, que se abrasaba el palacio por tres partes, y que el aire era grande. Coge la *hora* en este susto al señor y a los arbitristas. El humo era grande y crecía por instantes. No sabía el pobre señor qué hacerse. Los arbitristas le dijeron que se estuviera quedo, que ellos lo remediarían en un instante. Y saliendo del teatro a borbotones, los unos agarraron de cuanto había en palacio. . . Los otros, con picos, derribaron una torre. Otros, diciendo que el fuego en respirando se moría, deshicieron gran parte de los tejados, arruinando los techos y destruyéndolo todo. Y ninguno de los arbitristas acudió a matar el fuego y todos atendieron a matar la casa y cuanto había en ella. Salió el señor, viendo el humo casi aplacado, y halló que los vasallos y gente popular y la justicia habían ya apagado el fuego. . .

III

ADMIRO desde ahora la fortaleza del Presidente Electo al frenar sus ímpetus y guardar juicioso silencio ante unos planes, más indicados para el comienzo de una administración

que para sus horas de agonía. Si toda esa acción *post mortem* fuese capaz de ganar victorias, como Babieca —el caballo del Cid Campeador— apenas quedaría base y coyuntura para llevar a la práctica el programa internacional desarrollado por Mr. Kennedy, candidato presidencial, y desglosado ya, en una brillante entrevista, por su asesor áulico Mr. Chester Bowles, graduado de la Universidad de Yale, Administrador de Precios en la Segunda Guerra Mundial, Gobernador de Connecticut, Embajador en la India, Congresista, Presidente, en 1960, del Comité de la Plataforma Democrática.

En términos generales, su criterio en los cruciales problemas internacionales del momento —Castro, la U.R.S.S. y China, el desarme nuclear y el general, la tercera fuerza de los países neutralistas, el anhelo de paz— llevan en su enfoque y tratamiento por Mr. Bowles un hilo de trasfondo que los ensarta a todos: los errores de información y acción en que han incurrido tirios y troyanos durante la última década, y la necesidad de restituir las cosas a un nivel de sensatez y buena diplomacia, para buscar un plano de discusión del cual salga aventajada la causa —*última Thule*— de la paz mundial; de una paz que nada gana con expresarse en mutuas deprecaciones ofensivas, propias de los sucios arrabales del bajo mundo.

Aún estamos a tiempo: grande es el daño causado, desde las alturas, por los desplantes y groserías de todos. Pero por las cumbres suele correr un fuerte viento, y cuando con paciencia veamos limpio el aire, será la hora de afirmarnos en el suelo de la realidad de los de abajo, junto a los millones de seres humanos que en todo el mundo padecen hambre, miseria, ignorancia y abandono, en un universo de abundancia. Será la hora de recordar, como Kennedy lo hizo —en su plática en el Club Nacional de la Prensa, en Washington, 14 de enero de 1960—, la sabia receta del Presidente McKinley: "Poner la oreja tan cerca de la tierra, que se nos llene de los insectos que pululan en la hierba".

Envío

HACE ocho años, en este mismo generoso regazo editorial de *Cuadernos Americanos*, publiqué un artículo titulado "La elección presidencial norteamericana: augurio y esperanza". Ni uno ni otra se me cumplieron. Mi país de nación, Espa-

ña —gemelo en mi cariño de esta otra patria admirable de adopción, México— no mereció de los jefes del mundo el gesto de liberación que merece.

Hora es, señor Presidente electo, de remediar el desafuero y sinrazón de la supervivencia del dictador que a España des-gobierna. El pastorcillo de mi relato de entonces, 1952, se admira del nacimiento de muchas nuevas naciones, independientes y libres. No incurra usted en la omisión de mi patria, si quiere hacer honor a sus creencias religiosas, incompatibles con la tiranía. No deje mucho tiempo a mi pastorcillo canturreando, una y otra vez, sin esperanza, la canción de Antonio Machado:

Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

TEORÍA Y PLAN DE LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

Por Benjamin CARRIÓN

ANTECEDENTES

EN el primer cuarto del siglo XIX, casi todas las colonias españolas de América, del Norte, del Centro y del Sur, conquistan su emancipación de la Metrópoli, su *Primera independencia*. La gran ráfaga liberal que se inicia con la guerra libertadora de las colonias inglesas, hoy Estados Unidos y adquiere valor universal con la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, despierta de su sueño de más de tres siglos a las colonias españolas de este Hemisferio.

A pesar de que las aduanas coloniales estaban cerradas para la entrada de las nuevas ideas, estas —como ayer, hoy y mañana— se dieron modo de penetrar mediante la iniciativa inteligente, casi siempre heroica, de criollos audaces y geniales, mezcla de héroes y de apóstoles. Casi siempre de mártires. El venezolano Francisco de Miranda, el neogranadino Antonio de Nariño, el quiteño Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo. En México, el Licenciado Verdad, Fray Servando, Talamantes. En el Perú, Hipólito Unánue. Valdivia y muchos otros en Chile, en Bolivia, en el Río de la Plata. Nombres grandes como Rivadavia, Mariano Moreno, ilustran la etapa precursora de esa noble y grande patria argentina.

Antes que ellos, ya se habían filtrado también por todos los resquicios, las ansias de independencia y de justicia. Héroes indios, hazañas criollas. Túpac Amaru en el Perú, las revoluciones de las Alcabalas en Ecuador y Colombia, las luchas araucanas en Chile. Y, como iluminación redentora, las luchas de los grandes españoles evangelizadores, que tienen su significación más alta en el Obispo de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas.

Las respuestas populares a estas "incitaciones" históricas van produciéndose mediante los llamados "gritos de independencia"; desde el primero en Quito, el 10 de Agosto de 1809, seguido por las acciones insurgentes de México, Caracas, Bogotá, Buenos Aires. Hoy, justamente nos hallamos festejando, sucesivamente en las distintas patrias latinoamericanas, los sesquicentenarios de esos "gritos".

Ciento cincuenta años. Tiempo de meditar, de hacer examen de conciencia sobre las etapas transcurridas, que no siempre fueron, desafortunadamente, de avance por los caminos de la libertad. Y poco, casi nada logrado en el plano de la justicia, de la democracia económica y social. En el plano de la incorporación de todos los hombres de todas las patrias fraternas, a un *status* por lo menos humano.

En el primer momento, después de la emancipación política de España, aparece la realidad expresada en un dístico desilusionado y desilusionador:

*"Ultimo día del despotismo
y primero de lo mismo".*

Y más duramente aún, con valor negativo y fatalista de tragedia griega, la palabra desoladora del Genio:

"He arado en el mar".

¿Emancipación prematura? Muchos lo sostienen así. Yo creo en cambio que nunca es demasiado temprano para que los hombres sean hombres, vale decir libres. ¿Que empeoramos con la emancipación, con la primera independencia? Derrotismo, hipocresía. Lo que sí es verdad comprobable es que, a la colonialidad lejana de la Corona Española, muchas veces paternal y benévola, siguió la colonialidad criolla, ávida, rapaz, cuyo fin inmediato, por no decir único, fue la explotación al máximo de tierras y hombres. La Corona aguardaba los galeones llenos del "oro de las Indias", sin saber mucho la manera de obtenerlo. La pseudo aristocracia criolla, engreída, petulante, cruel, sí necesitaba imponerse por el terror, por la humillación, por la sangre.

Las instituciones coloniales de la encomienda, la mita, el diezmo y la alcabala, que fueron siempre, durante la Colonia, modos de explotación humana, se convirtieron en formas de

abuso y de crueldad a causa de la brutalidad de los aplicadores. Pero se convirtieron en bárbaros sistemas de aniquilación y destrucción del hombre y la riqueza, en manos de los criollos urgidos de dinero y poder, que recurrieron a sistemas de fanatización, de alcoholismo, de hambre.

La Corona Española quería, como todo sistema colonial, obtener los más abundantes recursos de las tierras y las gentes lejanas. Se llegó, para hacerse perdonar el abuso, a sostener que los pobladores de las Indias no eran hombres, no tenían ánima inmortal, eran "*bruta animalia*". La polémica de Valladolid entre Fray Juan Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé de las Casas, que duró el corriente de los años 1550 y 1551, trajo como consecuencia el triunfo de De las Casas, "*homo natura factiosus et turbulentus*". Su tesis fundamental decía: "Todas las gentes del mundo son hombres".

El pensamiento y la lucha de De las Casas, estaba inspirado principalmente en la doctrina del sabio dominico Francisco de Vitoria, cuyo pensamiento estrictamente jurídico es hasta hoy fuente segura para luchar por la justicia. Antes o después de De las Casas, Fray Antonio de Montesinos, Fray Marcos de Niza, el Obispo Julián Garcés, el Canónigo Palacios Rubios, Fray Bernardino de Minaya, muchos más, lucharon por un poco de justicia y libertad para los pobladores primitivos de América, obtuvieron que se humanizaran un tanto las Leyes de Indias y se dictaran las Leyes Nuevas y las Novísimas.

Después de la emancipación o primera independencia, en la América Española se instauró el juego fatídico que ha hecho pasar, en forma casi sincrónica a nuestros pueblos —me refiero particularmente a mi Patria, la República del Ecuador— de la revuelta en sus variadas formas a la dictadura. Con olvido casi permanente del supremo deber de construir estas patrias para la libertad, la justicia, el progreso y el bienestar humanos. Con olvido casi permanentemente del pueblo.

Olvidada, por colonial y retrasada, la Legislación Española de Indias, nos dedicamos a copiar, casi literalmente en constituciones y leyes, la conformación jurídica y social de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Transplante de instituciones democráticas sin posibilidad de aplicación a pueblos impreparados para ellas. Y lo que es peor aún, transplante demagógico, sin la menor intención de aplicarlo. Esa insu-

perable *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, introducida en Nueva Granada en forma clandestina por Antonio Nariño, provee de palabras sonoras a la farsante oratoria de caudillos, demagogos y pretores y engaña los oídos de nuestros pueblos ingenuos durante siglo y medio.

El caso de mi país: el Ecuador

HE de concretarme al caso de mi Patria, la República del Ecuador, donde ha surgido este MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE LA SEGUNDA INDEPENDENCIA hace apenas un año, no constituido aún con características de partido político, pero ya viviente y activo, singularmente entre las juventudes de obreros y estudiantes.

Un poco antes de la muerte de Bolívar, su sueño genial de una gran patria latinoamericana estaba destrozado. Hombres de la independencia, generales de la gesta magna, se repartieron el botín, cobraron la soldada en forma de una parcela de la gran patria común. Por lo menos Nueva Granada y Venezuela iniciaron su vida emancipada con sus hombres, nacidos en su suelo, pertenecientes a su historia. Las demás parcelas fueron distribuidas entre los soldados triunfadores: mi patria fue requisada por un venezolano, Juan José Flores, la hijuela hereditaria llamada Perú, le tocó a un ecuatoriano, el Mariscal José de la Mar; el lote altoperuano, hoy Bolivia, fue destinado a un venezolano, grande y bueno éste sí: el Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, cuyo interés por mi país, el Ecuador, le costó la vida en la encrucijada caminera de Berruecos.

Juan José Flores, un mulato de Puerto Cabello, fue el fundador de la actual aristocracia ecuatoriana. La aristocracia criolla fue decapitada en la trágica inmolación del 2 de agosto de 1810. Flores es igualmente el fundador de la actual plutocracia también. Hace alianza con esa pseudo aristocracia, con esa plutocracia real, mediante matrimonio que lo enlaza con una familia entroncada con los próceres del 10 de agosto —cuyo proceso se juzgó aquí en Bogotá y cuya publicación está haciendo mucha luz sobre aquellas gentes y aquella jornada. Funda así el "genízaro Flores", según la expresión del tirano Gabriel García Moreno, una dinastía que, con pequeños parentesis, se ha mantenido en el Poder. Son las "*veinte familias*"

que entre las dos grandes regiones, la Sierra y la Costa, vienen gobernando a mi país, destruyendo o esclavizando a su pueblo.

Es así como un país de indios, en proporción mayoritaria, de mestizos cada vez más numerosos y unos pocos blancos, es gobernado con un sistema de falaz democracia transplantada que es tan mala cuando asume caracteres de dominio pretoriano o castrense; o los de dictadura unipersonal aparentemente civil; o los engañosos de una democracia representativa, que sólo representa los intereses de las minorías dominadoras. Y un perpetuo gran ausente: el indio. Más de la mitad de la población de mi país.

El hombre ecuatoriano

UNA población de cuatro y medio millones de habitantes, se distribuye en campos y ciudades de las tres regiones, Costa, Sierra y Oriente. El por ciento mayor de esta población corresponde al tipo humano del campesino indio. El criterio estricto de composición étnica, influye poco en esta afirmación. Se refiere principalmente a características económico-sociales. La ubicación de este campesinado se halla primordialmente en los valles interandinos, en las altas montañas donde se le permite al habitante humano. En el litoral es numeroso también, pero asume características diversas y una denominación especial: el montubio. En el oriente se halla el aborigen en estado puro, integrado por tribus generalmente nómadas. La ciudad rechaza al indio o lo absorbe en las artesanías o en los trabajos de la construcción. Dos millones de indios, aproximadamente. El mestizo ocupa el segundo lugar en número. Se lo halla ya en los poblados y en las ciudades, en las cuales está constituyendo una inconforme y desheredada clase media, de la cual se espera en el futuro el movimiento redentor de todo el pueblo ecuatoriano. El negro constituye una minoría muy escasa, que ocupa la Provincia de Esmeraldas, en la frontera litoral con Colombia y algunos valles subtropicales, como Catamayo y el Chota. Apenas llegará al tres por ciento de la población total, o sea algo más de cien mil personas. El blanco —o el que hace vida de blanco— representa un escaso quince por ciento de la población total, y es el que alimenta la casta dominante, que sale de su seno.

El Ecuador es, pues, con México, Guatemala, Perú y Bo-

livia, un país de predominante población indígena. Aun cuando los censos no nos den aún indicaciones precisas y convincentes, porque en mi país la calidad, de denominación de indio es todavía un estigma vergonzoso, inconfesable. El indio, su *status* real, es seguramente el fundamental problema de justicia que tiene que resolver aún el Ecuador. Sobre él recayó durante la Colonia, la injusticia colonialista de España. Sobre él sigue gravitando, a pesar de leyes de transplante, la injusticia mayor de la República. Hasta aquí, sus aliados principales han sido los novelistas, alguna vez los ensayistas, los poetas. En forma extraordinaria, los pintores. Pero ellos, que han hecho la denuncia lacerante ante el mundo, han conseguido muy poco todavía. Por el indio, para el indio, el Ecuador necesita urgentemente, su Segunda Independencia.

La tierra

PAÍS de extraordinarios contrastes, el Ecuador ha mantenido durante Colonia y República, separadas y distantes sus dos principales regiones: Costa y Sierra. Su región Oriental, ha sido objeto de mutilaciones fraternales, en aras del panamericanismo, ante la faz consentidora o indiferente de sus hermanas de la América Latina.

El régimen de la tierra, su estatuto, su estructura real son, en el Ecuador, fundamentalmente feudalistas y latifundiaros. Las tierras habilitadas al comercio humano, las que están cerca de las ciudades y pueblos, las que tienen caminos, agua de regadío, fertilidad, las que son buenas para la agricultura económica y rentable, están concentradas en muy pocas manos. Las estadísticas al respecto, son reveladoras y desconsoladoras. En mi país el que trabaja la tierra, no es dueño de la tierra. El dueño es el gamonal, el latifundista, que goza de sus rentas en Europa o Estados Unidos, o el gran explotador que, para mantener el dominio de la tierra, interviene en la función pública, ya corrompiendo ejércitos—cosa que felizmente hemos superado en los últimos años—o manejando con dinero, influencias, clericalismo, alcohol, la fácil, la mentirosa aritmética del voto.

La primera independencia consolidó, en vez de corregir, los abusos coloniales en el régimen de aprovechamiento de la tierra. Remató las garantías sin límites a la propiedad pri-

vada exclusiva, de acuerdo con el viejo Derecho Romano. Alejó al pobre de la posibilidad de llegar a tener un pedazo de tierra para trabajarla. Que no se diga que hay legislación generosa y justiciera. En veces la hay, pero jamás se cumple. Las cargas coloniales de la encomienda, la mita y otras fórmulas de esclavitud del campesino ante el señor feudal, dueño del latifundio, se han diversificado y agravado dentro de la vida republicana. El famoso régimen del *huasipungo*, mísera parcela concedida como limosna al indio, es la comprobación de la servidumbre que crea el latifundismo y el régimen feudal de la tierra que aún perdura.

La Geografía

LA geografía ecuatoriana, a la que brevemente hemos hecho referencia, explica muchas de nuestras constantes y de nuestras variables históricas. Tierras bajas y cálidas en todo el extenso y fértil litoral. Tierras altas y frías en toda la región interandina. Tierras nuevamente cálidas, húmedas, en la vertiente oriental. Pero todo bajo un denominador común determinado por la latitud y corregido por la altitud: trópico.

Somos, pues, un país tropical, ecuatorial. Con trópico de tierras bajas y trópico de tierras altas. Con la mala fortuna de que, estando viviendo esta llamada civilización occidental, cuya raíz y origen se encuentra en las zonas templadas, en los países nórdicos, cuyos sociólogos, economistas, políticos, nos han predicado y convencido de que lo tropical es signo de inferioridad. Que el trópico es tierra para negros y "subdesarrollados". Que los países tropicales deben ser siempre colonias, "haciendas", de los países imperialistas y ricos. Que nuestro destino es el de siempre, ser productores de materias primas, "estados-peones".

Contra ello ha de insurgir, principalmente, el Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia en mi país. Proclamar la excelencia del trópico y probarla en la acción, en la política, en la economía. Y no ser menos que nuestros hermanos de Africa, que han resuelto irrevocablemente, hacer oír su voz y hacer sentir su presencia en el panorama universal.

La Historia

LA historia ecuatoriana, como la de buena parte de los países hispanoamericanos, ha oscilado entre la dictadura y la desorganización, entre el pretorianismo heredado de la independencia y la plutocracia heredada de la dominación colonial española.

En realidad, la vida política en el Ecuador no se ha canalizado—a pesar de las instituciones copiadas, transplantadas—por los cauces democráticos de tipo occidental, o sea por la vía de los partidos políticos organizados. Sus períodos políticos podrían delimitarse así:

Primero. De 1830, fecha de la separación de Colombia, para beneficio personal del General Juan José Flores a 1845 en que este usurpador fue echado definitivamente del país. Características: pretorianismo extranjero con fines de inmediata explotación, a cargo del referido General Flores. Quince años.

Segundo. Período marxista. Características: ensayo inicial de una república plutarqueana, en la que las virtudes ciudadanas, la austeridad, la cultura, el nacionalismo patriótico trataron de imponerse. Dura desde el nombrado 6 de marzo de 1845, una de las fechas más puras de la Patria, hasta 1860, en que hace su aparición fatídica el tirano Gabriel García Moreno. Quince años igualmente.

Tercero: Período garciano, desde la entronización del tirano en el poder, hasta su eliminación trágica por el machete de Rayo, el 6 de agosto de 1875. Características: el más ambicioso ensayo de un estado teocrático en la América Latina, con eliminación de muchas libertades esenciales, como la de cultos, pensamiento, expresión. Entrega total al Vaticano. Guerras inmotivadas a Colombia. Solicitud de auxilio al Perú, que estaba en beligerancia con el Ecuador. Pedido a Napoleón III para que acepte al Ecuador como colonia francesa. Quince años también.

Cuarto. Período posgarciano. Características: ensayo democrático y elecciones libres en el primer momento. Aparición de un intento de partido social-cristiano, con el nombre de Partido Progresista. Caos interno e internacional. Duración, veinte años; desde la caída del tirano hasta el triunfo liberal del General Eloy Alfaro en 1895.

Quinto. Período alfarista, con predominio liberal. Carac-

terísticas: afirmación de la nacionalidad, establecimiento de los derechos humanos y las garantías ciudadanas, notable progreso material y elevación del nivel del país por la educación y la cultura. Separación de la Iglesia y el Estado, laicismo en la enseñanza, intentos de justicia por lo menos protectora—para la raza indígena—, elevación de la voz internacional del Ecuador, proyecto de un Congreso Interamericano en México, combatido por poderes interesados. Duración: desde 1895 hasta 1912, en que se sacrificara al gran reformador en la pira trágica del 28 de enero de 1912: diecisiete años.

Sexto. Plutocracia bancaria liberal-conservadora, desde la inmolación de Alfaro y sus tenientes hasta el 9 de julio de 1925. Características: paz relativa a la sombra de las instituciones liberales de Alfaro. Desastre económico a causa de la desaparición del único producto exportable, el cacao, a causa de enfermedades que lo destruyeron. Impreparación del país para la crisis de la Primera Guerra Mundial. Descontento general, que lo capitaliza el ejército para dar el golpe militar del 9 de julio, a pretexto de regenerar al país y, como siempre, de "salvarlo". Duración: trece años.

Séptimo. Período juliano. Características: pretorianismo acentuado, dictadura militar con participación civil, parcial o totalmente. Aparición de los movimientos de izquierda, de tipo socialista y, en muy pequeña escala, comunista. Golpes y contragolpes castrenses. Caos generalizador. Duración: desde el Golpe de Estado o Cuartelazo del 9 de julio de 1925 hasta octubre de 1935 en que asume el poder, por primera vez y mediante elecciones, el Dr. José María Velasco Ibarra. Diez años.

Octavo. Período o era velasquista, dentro de la cual nos hallamos y que dura, exactamente, veinticinco años. Dentro de este período, se han producido golpes de Estado, reunión de dos Asambleas Constituyentes, con las correspondientes constituciones, inclusive la actual. Un período transitorio y dos gobiernos de período completo. Uno liberal-conservador, a cargo del señor Galo Plaza Lasso y otro social-cristiano, a cargo del Dr. Camilo Ponce Enríquez.

Con vista de este somero esquema, no hay temor de afirmar que la realidad política vivida por mi país, escapa a la canalización democrática de los partidos políticos. Y que acaso el setenta por ciento de la ciudadanía nacional, no milita

en los partidos y realiza su vida cívica, cada vez que hay elecciones, con la vaga calidad de "independientes".

Con vista de las consultas electorales de los últimos doce años, se puede establecer en forma aproximativa, este reparto proporcional de votos:

Partido conservador y grupos afines	Veinte por ciento
Partido socialista (hoy dividido)	Trece por ciento
Partido liberal	Nueve por ciento
Partido Comunista	Uno por ciento
Independientes de centro-derecha	Seis por ciento
Independientes de centro-izquierda	Cuarenta por ciento
Sin posible clasificación	Once por ciento

El velasquismo, fuerza mayorista en el país, recluta sus efectivos en las tres últimas denominaciones. Por lo menos, así lo hizo en la última elección presidencial y legislativa.

El Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia que, como tal, no ha participado aún en consulta electoral alguna, se está nutriendo con las fuerzas jóvenes de obreros, campesinos y estudiantes. Y podría absorber los efectivos actuales, inseguros y móviles, de los partidos liberal, socialista y a los independientes de izquierda. Es la indiscutible fuerza del futuro ecuatoriano.

La economía

EL colonialismo imperialista actual ha inventado una palabra duramente peyorativa: "países subdesarrollados". Dentro de esa denominación está incluido, junto con las islas indonesias, el Congo, Nigeria, el Sudán, mi país la República del Ecuador. Y no nos hagamos muchas ilusiones: también ella comprende a México, Brasil, Argentina, Colombia. También ella comprende a todos los países al Sur del Río Bravo, a toda la América Latina. País "subdesarrollado" es mi país.

Con esa denominación se cubren todas las prácticas colonialistas a que se nos tiene sometidos. Somos unas semicolonias. Somos países dependientes. Nuestra economía productora de materias primas, agrícolas o mineras, nos convierte en *estados-peones*. Somos países que, con el trabajo rudimentario de nuestras manos ajenas a la técnica, con la sola energía-trabajo-hu-

mano, producimos una riqueza que nos es pagada a precios fijados por el comprador extranjero, inexorablemente bajos. Con los cuales, compramos mercancías elaboradas en el extranjero, con esas materias primas nuestras pagadas a precios irrisorios; y las compramos caras, al precio que nos las quiere suministrar el vendedor, generalmente el único vendedor. Si es que las quiere. Y en la cantidad —a esto se llama cuota— en que las quiere.

En una proporción abrumadora —en el Ecuador casi en totalidad— lo que producimos nos lo compra *un solo comprador*. Y lo que necesitamos, en bienes manufacturados, nos lo vende *un solo vendedor*: los Estados Unidos de Norteamérica. Nos compra barato este comprador único, en precios fijados por él. Nos vende caro, este vendedor único en precios fijados por él.

¿Qué otra cosa es esto, sino colonialismo? ¿Qué es esto, sino dependencia?

En torno a este absurdo sistema económico de convivencia, surgen implicaciones inevitables hasta hoy, de carácter político e internacional.

Una de ellas, acaso la más grave, es la representada por la acción absorbente de los grandes *trusts* monopolistas que asumen, con caracteres dominantes, el rol de representantes de los países colonizadores, constituyendo así la expresión visible del imperialismo económico.

Mientras la historia de la colonización española —desde luego también explotadora y rapaz— ostenta motivos o incitaciones de orden civilizador o evangelizador, que en ciertos momentos la ennoblecen y elevan; en cambio la colonización imperialista actual, trata de encubrir todos sus abusos con una palabra grande en sí, pero solamente palabra: Democracia. A la que se le ha vaciado su sentido, porque igualmente sirven para sostener dictaduras infames en todos los continentes, singularmente en la parte "subdesarrollada" del Continente Americano, la nuestra; como para impedir los empeños independentizadores de países pequeños, ya por la construcción económica, ya con la presión diplomática —en lo que casi siempre somos cómplices los países "hermanos" —ya finalmente por medio de los conocidos y trágicos "desembarcos" de infantes de marina. Acaso lo más grotesco entre los métodos imperialistas, consiste en el apoyo prestado a caricaturas de independencia, prefabricadas en las metrópolis colonialistas, para así dominarlas

mejor. Esa es la historia de las "independencias" en los últimos tiempos acordadas a muchas colonias europeas de Asia, Eurasia, Oceanía y, sobre todo, África. Países poblados de razas de color, a los que, como a nosotros, se considera "subdesarrollados" también. El trágico y heroico caso del Congo, es un caso evidente de aplicación de este último ardid del colonialismo. Solamente que el despertar de esos pueblos está produciendo irremediables fracasos del imperialismo. Allí está, doloroso, heroico, el caso de Argelia, tan noble como era nuestro caso hispanoamericano hace ciento cincuenta años.

El Ecuador es un país predominantemente agrícola. Escasamente minero hasta hoy, acaso por regulaciones o conveniencias de los grandes *trusts*. La economía de la región interandina, constituida principalmente por cultivos de cereales y gramíneas y por una promisor ganadería bovina o ovina, alimenta casi exclusivamente el consumo doméstico, el mercado interior. De allí no se derivan renglones productores de divisas. No es una producción exportable todavía. En cambio, la producción de la región litoral, constituida por frutas—el Ecuador es hoy el primer exportador de bananos del mundo—café, cacao, arroz, maderas finas y en especial palo de balsa, palmeras oleaginosas, agricultura y selvicultura tropical en suma; es la proveedora de divisas, es la que alimenta la exportación, el comercio exterior ecuatoriano. Desafortunadamente, la maldición de la monocultura primordial, en etapas sucesivas—cacao, arroz, banano—ha causado serias perturbaciones en la economía general del país. La crisis profunda que en los años diez al veinte trajo consigo la desaparición casi completa del cacao a causa de enfermedades como la "escoba de la bruja" y la "monilla", combinada con la Primera Guerra Mundial, causó un tan hondo y duradero impacto del que solamente ahora se está convaleciendo. Pero hemos caído en la monocultura del banano, ligeramente atenuada por los nuevos cultivos de cacao y recientes plantaciones de café, arroz y frutas tropicales. El banano, caído dentro de la economía monopolista, está ya produciendo serias dificultades al comercio exportador ecuatoriano.

Propósitos de la Segunda Independencia

EL Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia quiere, en mi país, obtener la libertad económica total en

el ámbito nacional como en el internacional. Superara así el "subdesarrollo" en que se le quiere mantener indefinidamente, por medio de insalvables obstáculos a sus esfuerzos de industrialización, para mantener así el régimen colonialista cerrado del comprador único y el vendedor único. Las dos cosas, venta y compra, en las cuotas y los precios señalados por el imperialismo.

La Segunda Independencia aspira, con elemental lógica histórica y geográfica, a buscar la unidad económica, la comprensión y el acercamiento políticos de los países "subdesarrollados" y débiles, frente a los monopolios internacionales, al imperialismo político. Condena, por lo mismo, al sistema derrotista practicado en la América Latina con frecuencia: unirse al fuerte contra el débil, al poderoso y esclavizador contra el que quiere ser libre, junto al que atropella la justicia contra el que tiene la justicia. Por lo mismo, el Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia aspira a que en América Latina no se repitan —como ha ocurrido en lo que va de siglo— casos tan desconsoladores como la soledad de Colombia en 1903, cuando su desmembración, la soledad de México en 1914 cuando la toma de Veracruz e invasión de su territorio, la soledad de Nicaragua cuando el crimen inaudito del asesinato de Sandino, ese mártir, precursor de la Segunda Independencia, la soledad de la República Dominicana cuando se le impuso, para proteger intereses monopolistas extranjeros, una dictadura nefasta que hasta hoy ensucia el mapa americano, previo el consabido desembarco de infantes de marina, la soledad, la infinita soledad de Guatemala cuando en Caracas, en la X Conferencia Interamericana, se la entregó maniatada a la inmolación, por haber osado hacerle a su pueblo un poco de justicia con la Reforma Agraria, la soledad de Cuba, acorralada por sus propias hermanas, por el crimen de querer ser libre política y económicamente.

Y en párrafo aparte, la soledad inmensa y duradera de mi país, el Ecuador, cuando en los años de 1941 y 1942, no tuvo de su parte una voz fraternal que la ayudara, y todos los hermanos concurrieron, como a una comida de las fieras, al mayor despojo territorial que país alguno excepto México, haya sufrido en este Continente de la democracia, la libertad y la justicia. . .

El Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia

cia, aspira a que la América Latina fortalezca el tono de su voz, haga oír su propia, su auténtica palabra en el concierto universal. Que no sea el eco obediente y medroso de intereses distintos, de política distinta, de imperialismos que la tienen sojuzgada económicamente. Aspira a que la América Latina no se escude tras un pobre criterio de fatalidad geográfica, para disminuirse a sí misma, para renunciar a su posición indeclinable, derivada de fundamentales conceptos, como son el de su cultura propia, su propia economía, su propia raza. Porque la América Latina, hija de la generosidad ibérica en materia de estirpe, ofrece al hombre de todas las latitudes el ejemplo fortalecedor de ser un Continente mestizo, sin discriminaciones salvajes contra el negro y menos aún contra el indio.

El Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia, sostiene que el criterio de lo continental, útil, conveniente, no debe prevalecer por sobre las categorías esenciales de cultura, religión, estirpe, justicia y libertad. No puede aceptar que, a título de mantener un pacto regional, probablemente interesante, lo sacrifiquemos todo los pequeños países de Latinoamérica. Y sacrifiquemos algo que es superior a todo: la lealtad a nosotros mismos, a nuestra propia causa. Y sacrifiquemos nuestros profundos intereses, nuestra suprema voluntad de ser libres, de ser nosotros mismos.

El Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia, se inspira en el pensamiento y el mensaje de los creadores de las patrias latinoamericanas. Nuestro ideario fundamental tiene su raíz profunda en el pensamiento y la acción de los grandes libertadores. Grande entre todos, el Genio de la Libertad, Bolívar. Junto a nosotros, el mandato de esos grandes heroicos y casi siempre sacrificados forjadores de pueblos: los curas heroicos, Hidalgo y Morelos, San Martín, O'Higgins, Morazán, Artigas, Bonifacio, Caldas, Unánue, Espejo. Y luego, en la obra de la construcción y la reforma, Juárez, Sarmiento, Alfaro, el apóstol iluminado José Martí. Los hombres de la Revolución Mexicana, que ya realizaron su Segunda Independencia, que se encuentra en marcha. Y ahora, los hombres de la Sierra Maestra, de la Reforma Agraria, de la Segunda Independencia cubana.

Nuestro Movimiento quiere dar la batalla por la justicia económica y social de nuestros pueblos. Porque las gentes todas

en nuestro Continente, coman, se vistan, tengan techo, vida por lo menos racional, posibilidades de acceso a la educación y la cultura. Lucha frontal contra la miseria, la desnutrición, la desnudez en que se debaten cual más cual menos todos nuestros pueblos. Que deje de ser trágica verdad la "geografía del hambre" que ha puesto ante nuestras conciencias la voz clara de Josué de Castro. Mapa de la miseria y del hambre, en el cual se halla mi patria, la República del Ecuador.

Vivimos una época desconcertante en la que se ha producido una aún insalvable distonía entre el progreso de la técnica, fabulosamente acelerado, y el progreso moral y mental, que ha sufrido cambios apenas perceptibles. Vivimos la era atómica y no tenemos la ética de la era atómica. Vivimos la era de los cohetes y proyectiles teledirigidos y no tenemos la ética para su aplicación o su exterminio. Vivimos la era de los *sputniks* y la conquista de los espacios siderales, y no tenemos la ética que guíe su aprovechamiento pacífico. Para nosotros las "subdesarrollados": latinoamericanos, africanos, indonesios, asiáticos, esa formidable marcha de la técnica, solamente se ha presentado con caracteres lejanos, de noticia amenazante y peligrosa. Por la radio, la prensa, la televisión, conocemos que las grandes naciones de la tierra, guías del hombre de esta hora de la historia, han dedicado todo su poder científico a inventar artefactos diabólicos de destrucción y de muerte, con los que, como si tuvieran en sus manos la quijada del burro de Caín, se amenazan como los hombres de las cavernas. Sin importarles el que, al destruirse ellos mismos, cegados por la estupidez y el odio, nos arrastren en la vorágine letal, a los pequeños, los pobres, los "subdesarrollados", que vivimos deslumbrados, sometidos a su vesania. Sin acordarnos de Hiroshima y Nagasaki, que son los pesebres de Belén de la actual civilización. . .

Esta tremenda encrucijada histórica, en que se ha puesto en juego la vida de la especie humana, exige que sea escuchada la voz de la América Latina. Pero su voz auténtica. No la que se suma a intereses desdeñosos, extraños y adversarios. Con profundo dolor, con desesperanza, los hombres libres de América Latina, contemplamos el espectáculo triste de que en las asambleas de Estados, tanto mundiales como continentales, la voz nuestra está ausente, la voz de nuestros pueblos no se oye. De cuando en cuando, los votos vergonzantes en contra de los pueblos débiles que aspiran a ser libres: Contra Argelia, contra

Cuba... Con los ojos vendados, seguimos atados a los carros que se pasean a orillas del abismo.

El Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia, proclama el indeclinable imperio de la justicia como base de la amistad y la solidaridad de todos los países de América Latina. No se comprende que dentro del ámbito continental se tolere el triunfo de la violencia como suprema razón de unos pueblos sobre otros. El Quinto Evangelio sarmentino: LA VICTORIA NO DA DERECHOS, es un burla, un sarcasmo en el sistema interamericano, si se consagra lo cometido contra mi país el 29 de enero de 1942 en Río de Janeiro. Mi país no cree en la verdad de la O.E.A., que consintió y sigue consintiendo. Mientras eso no se corrija, el pueblo de mi patria—piensen lo que piensen sus gobiernos—no forma parte de este consorcio de injusticias "fraternales". Hoy, el Gobierno de mi patria está hablando con la voz de su pueblo. El Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia está con el gobierno de mi patria.

El momento político actual de la América Latina, ofrece una fácil y obvia comprobación objetiva: nuestros países, nuestros pueblos, su conducta política, no puede ya enmarcarse dentro de los cánones tradicionales de los partidos políticos importados de Europa durante las luchas de la Primera Independencia. Ni la esencia, ni las formas orgánicas ni las denominaciones históricas. Con excepción de dos o tres países, entre ellos Colombia y el Ecuador, los nombres históricos de liberales y conservadores—aun el más moderno de socialistas—han desaparecido completamente de las plataformas políticas. En México, tenemos el P.R.I. (Partido Revolucionario Institucional), y el P.A.N. (Partido de Acción Nacional). En Cuba, auténticos y ortodoxos, antes del gran Movimiento Revolucionario actual del 26 de Julio. En Venezuela, Acción Democrática, Unión Revolucionaria Democrática y C.O.P.E.I. En el Perú, el A.P.R.A., y el Partido Demócrata de Nicolás de Piérola, frente al vetusto Partido Civil, máscara del más cerrado conservadurismo. Igual cosa ocurre, con las variantes adecuadas, en los demás países: Chile, Argentina, Brasil y Bolivia. En Uruguay y Paraguay, Colorados y Blancos se dividen en electorado.

Pensamos nosotros que esos cambios denominativos, no son simples alardes de *snobismo* político. Creemos que expresan cambios profundos del pensamiento, la sensibilidad, la



El Cotopaxi, a 6,005 m. de altura.



Galápagos.



Simón Bolívar.

India ecuatoriana.



actitud política de nuestros pueblos. Es la nueva realidad que reclama nuevo nombre. A esos cambios denominativos es preciso mirarlos con más buida penetración socio-política. Para descubrir que la cantidad de futuro que tienen por delante estos —de un futuro que ha de ser forjado por ellos mismos—, exige nuevas y distintas incitaciones agrupativas, que contemplen principalmente la indeclinable resolución de vivir vida propia, mejor y más justa, dentro de moldes políticos surgidos de su auténtica realidad humana.

Pensamos nosotros que esos cambios denominativos envuelven todos un pensamiento y una palabra grande: REVOLUCIÓN.

Ha llegado la hora

CREEMOS nosotros, los del Movimiento Revolucionario de la Segunda Independencia que ha llegado la hora, profunda, inaplazable, de desencadenar la ofensiva por incorporar, revolucionariamente, a los ideales de la Primera Independencia, los de la justicia social y económica para nuestros pueblos. Esta batalla ha tenido ya etapas precursoras en distintos países de la América Latina.

En el Ecuador, esa lucha ha realizado dos hazañas valiosas, infortunadamente malogradas: el 6 de marzo de 1845, un gran movimiento popular nacionalista, capitaneado por dos hombres grandes, el poeta Olmedo y el estadista Rocafuerte, arrojó del poder al sátrapa labioso Juan José Flores, en nombre del bienestar del pueblo y de la libertad. Cincuenta años después, el 5 de junio de 1895, Eloy Alfaro, seguido por el pueblo, arroja del poder a los conservadores, teócratas, latifundistas, e instaura un liberalismo reformista en el Ecuador.

La Reforma, en México, cuyo capitán impenetrable, el indio zapoteca Benito Juárez, después de derrotar al imperialismo europeo que le quiso imponer—aliado a pedido de los conservadores—un emperador extranjero, dictó las leyes políticas y sociales más avanzadas de su tiempo. Igual cosa puede decirse de la obra de Sarmiento en Argentina, a pesar de su marcado europeísmo. De la de Batle y Ordóñez en el Uruguay. Y, como significación continental, el apostolado de José Martí.

La Segunda Independencia se halla en marcha en México, desde la Revolución que, si bien solamente democrática y antirreeleccionista en sus comienzos maderistas, adquiere contenido social después del Plan de Ayala y el grito zapatista de Tierra y Libertad. Que se va consolidando, con algunos tropiezos, a través de la obra de Carranza, Obregón, Calles; y ese gran revolucionario de valor continental, que es Lázaro Cárdenas.

La Segunda Independencia se está realizando ahora en Cuba, a la que se trata de poner en cuarentena, en complicidad con las "hermanas latinas", tras una cortina de calumnias. Mientras la Isla Maravillosa, está más transparente y clara, tras una cortina de luz.

Plan de la Segunda Independencia

PPRIMERO. Cambio total de la estructura agraria del Ecuador y, en consecuencia, abolición de los sistemas feudales de explotación de la tierra y liquidación del latifundismo. Auténtica Reforma Agraria, que, dentro del marco constitucional o con reformas de la Ley Fundamental, destruya el régimen de acaparamiento de la tierra y modere los excesos de la propiedad privada del viejo Derecho Romano, haciendo prevalecer en todos los casos la función social de los medios de producción. Entrega de la tierra ecuatoriana a quienes hayan de trabajarla.

Segundo. Lucha contra el hambre y la miseria, en las ciudades y en los campos. Incorporación del campesino y del indio al desarrollo económico y social de la nación. No más siervos ni alcoholizados por el fanatismo y por el mismo Estado. Lucha porque todos los habitantes del Ecuador, por el pan, la libertad y la cultura, conquisten y conserven su categoría elemental de hombres. No más cargas tributarias que las eluda el rico y que las pague el pobre. Profunda reforma tributaria en consecuencia.

Tercero. Defensa del capital humano de la patria. Batalla contra el tugurio miserable e insalubre en ciudades y campos. Lucha por la salud, el descanso y la alegría del hombre ecuatoriano. Seguridad social en todas las etapas de la vida. Nivel de vida por lo menos humano para todos los habitantes del territorio nacional.

Cuarto. Independencia del hombre ecuatoriano por el goce integral de los derechos humanos, conquistados por la humanidad en siglos de civilización en la paz y de guerras por la libertad. Libertad de hablar, de pensar y practicar el culto religioso. Todas las libertades menos la libertad para morir de hambre o delinquir.

Quinto. Igualdad de los hombres dentro del territorio ecuatoriano. Ni privilegios ni discriminaciones de índole racial, económica y social. Igualdad de los sexos ante la ley, la vida y la cultura. Participación activa y efectiva de la mujer en los asuntos públicos.

Sexto. Plena independencia e igualdad internacional del Ecuador en su vida de relación con todos los pueblos del mundo. Libertad de vender y de comprar a quien ofrezca mayores ventajas, sin tolerar límites a su libertad económica, ni por razones ideológicas, ni por razones geográficas. Rechazo de la intromisión de poderes extraños en la conducta de la vida nacional. Defensa absoluta del derecho de no intervención.

Séptimo. Adecuación de las estructuras políticas y legales, a la nueva realidad del pueblo ecuatoriano, sin someterse servilmente a modelos extraños ni pretender que el país se amolde a instituciones que no corresponden a sus necesidades. En consecuencia, implantación de una democracia viva, cuya raíz salga de la tierra y del hombre ecuatorianos. Que corresponda a las esencias profundas de un pueblo que quiere vivir vida humana, con derechos efectivos para todos, con justicia, igualdad y libertad para todos.

Octavo. Insurgencia contra el subdesarrollo, principalmente económico, sin descuidar lo político y lo moral. Lucha contra el colonialismo y el imperialismo en todas sus manifestaciones. Mantenimiento de los principios de la primera independencia frente a todo poder extraño que pretenda sojuzgarnos. Lucha por la Segunda Independencia en lo relativo al implantamiento efectivo de la democracia económica y social, tanto en el frente interno como en el exterior.

Noveno. Adhesión a la vida de relación interamericana y, principalmente, latinoamericana. Pero con sujeción a la igualdad y la justicia. No más pueblos amos y pueblos sirvientes en América y el mundo. No más pueblos a quienes, como el nuestro, se le impone la mutilación de su territorio y su esperanza, en aras de un sistema panamericano hecho de bellas palabras, ajenas a la objetividad y a la verdad.

Décimo. Lucha sin tregua por la paz de los hombres. Junto a las naciones pequeñas y esclavizadas, que quieren libertad. Junto a los pueblos que piden justicia, autodeterminación, independencia. Y para conseguir la cooperación y la paz verdaderas, lucha contra la injusticia en todas sus manifestaciones, lucha por la dignidad de la persona humana. Pan, cultura, libertad.

Creemos que, a los ciento cincuenta años de la primera independencia, que fue principalmente emancipación política de la metrópoli; ha llegado la hora de la SEGUNDA INDEPENDENCIA, que entraña la justicia social y la profunda y verdadera democracia económica.

(Ensayo leído parcialmente en el Seminario de Líderes Políticos de Bogotá, el 26 de octubre de 1960).

PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA ECONOMÍA MEXICANA*

Por *Victor L. URQUIDI*

TRATO de ofrecer a continuación algunas ideas sobre problemas fundamentales de la economía mexicana. No será posible en tan pocas páginas abarcar mucho, ni profundizar gran cosa. Además, a cambio de presentar más bien los conceptos centrales y dar unidad al conjunto de mi exposición, sacrificaré la mención de muchas cifras y datos concretos, confiando en que no por ello se debilita la argumentación.¹ Empiezo por una introducción alusiva al progreso reciente de la economía mexicana, seguida de un examen de los siguientes puntos: la influencia de la economía mundial en la mexicana, la visión mexicana del desarrollo agrícola y los términos del desenvolvimiento industrial. Más adelante, me ocupo de la significación del sector público, la distribución del ingreso y la estrategia monetaria y financiera del desarrollo, para terminar con una breve estimación de conjunto.

El progreso económico reciente de México

LA economía mexicana se halla en franco proceso de transformación y de crecimiento. Nadie lo duda. Además de decirnoslo la simple observación de los hechos y su comparación con épocas pasadas no muy lejanas, lo confirman los índices y cifras que el economista emplea para medir el desarrollo, aun descontando la imperfección de esos números.

En términos generales, la economía mexicana se ha triplicado en los últimos veinte años. Se estima que el ingreso real

* Texto de dos conferencias dadas en el Colegio Nacional, 14 y 17 de noviembre de 1960.

¹ Se encontrará al final un apéndice en que se presentan algunos índices significativos y se enumeran las fuentes principales de diversos datos citados en el texto.

ha aumentado durante ese período a una tasa media anual acumulativa de alrededor del 6 por ciento; frente a un incremento demográfico de cerca del 3 por ciento, tal crecimiento supone un ingreso por habitante también casi 3 por ciento mayor cada año. El aumento de la producción ha sido bastante equilibrado: todos los sectores o ramas principales de actividad económica se han desarrollado a un ritmo semejante, con la sola excepción de la minería. El producto agrícola, el industrial, el del transporte y otros, son hoy de tres a cuatro veces, en unidades reales, lo que fueron en 1940. La productividad media del capital —del equipo y el resto de la riqueza tangible— se ha elevado. La técnica ha mejorado de un modo general. Se han multiplicado los medios de comunicación, la capacidad de generación de energía eléctrica, las superficies de cultivo bajo riego y muchas otras instalaciones que representan esfuerzos intensos del pasado y rendimientos acrecentados del presente y del futuro. El efecto recíproco de esta mayor disponibilidad de obras de infraestructura económica ha sido, sin duda, muy benéfico para todas las ramas de actividad y ha contribuido a elevar la productividad y el ingreso.

Semejante dinamismo de la economía mexicana, a partir de 1940 tiene, por supuesto, antecedentes en el período anterior: el posrevolucionario y los años treinta. En esa época se iniciaron muchas de las obras públicas que tanto han contribuido a la integración del mercado nacional y al aumento de la producción. Y ya desde entonces se advertía cierto impulso industrial. Pero, en su conjunto, durante la veintena de años anteriores a 1940, a causa de la lenta transformación interna y por factores externos, particularmente desfavorables, la economía mexicana se mantuvo casi estancada. Es probable que apenas se haya hecho frente al aumento demográfico y al parecer la producción agrícola fue bastante rígida. El "milagro" de la economía mexicana se ha realizado más bien en las dos décadas más recientes.

La estructura demográfica de México también se ha modificado en la forma característica de las economías dinámicas. Hoy es mayor que hace veinte años la proporción de la población total que tiene ocupación productiva. Más aún, de las personas que tienen entre 15 y 64 años de edad, la proporción que trabaja es bastante mayor que en 1940, lo que revela una absorción considerable, en actividades que generan ingreso,

del potencial de mano de obra del país; de modo particular, se advierte un incremento muy rápido del número de mujeres que trabajan. Desde el punto de vista de la clase de ocupación, la población económicamente activa dedicada a la agricultura y a las actividades afines a ésta se ha reducido en proporción al total. Dicho de otro modo, el desarrollo económico se ha caracterizado por una incorporación mayor de mano de obra a la industria, al transporte, al comercio, a los servicios y a las actividades gubernamentales, que a la producción agropecuaria. Casi la mitad de la población activa de hoy se gana la vida en esas otras actividades, en comparación con poco más de la tercera parte hace dos décadas y aún menos en períodos anteriores; no obstante, la mano de obra agrícola del país se ha incrementado más de un millón de personas aun en los últimos diez años. El dinamismo demográfico de México, acelerado a partir de 1940, sigue siendo muy intenso pese al crecimiento de las ciudades y al efecto que éstas tienen en la natalidad.

Si se analiza la naturaleza del desarrollo industrial de los últimos veinte años, se comprueba también una transformación que coloca a México entre los países que van alcanzando una base sólida para la satisfacción futura de un nivel de vida bastante más crecido. Bastan unos cuantos ejemplos. La capacidad de producción de acero, casi insignificante hace dos decenios, se ha quintuplicado tan sólo en los últimos quince años. La capacidad instalada de generación de energía eléctrica es ya más de cuatro veces lo que fue en 1940. La industria química puede producir hoy varias veces los volúmenes que le permitía su capacidad de hace apenas una década. La industria de derivados del petróleo ha tenido un crecimiento ininterrumpido. Ha nacido la industria mecánica, en múltiples ramas que la estadística no alcanza aún a captar. Se producen muchas clases de equipo. Se dan los primeros pasos para fabricar vehículos. La diversidad de nuevos bienes de consumo hechos en México salta a la vista. Todo ello ha permitido, además, fortalecer la economía exterior del país, al reducir, en muchos casos en forma radical, la proporción que las importaciones representan en el consumo y facilitar así el uso creciente de las divisas en los bienes más esenciales que aún es menester traer del extranjero.

Todo este crecimiento y toda esta transformación han venido acompañados de una ampliación de la educación y de un

mejoramiento de las condiciones sanitarias que se refleja en las menores tasas de mortalidad. Asimismo, los servicios de bienestar social se han difundido profusamente y se ha reducido la inseguridad en el trabajo y en el ingreso individual. Nadie negará que el progreso cultural y social de México ha sido grande.

Todo esto, y en particular porque el progreso mexicano abarca tantos campos, responde en su sentido más amplio a lo que el mundo de hoy llama un desarrollo económico y social integral: no el simple incremento de una cifra estadística representativa, sino un cambio de la estructura de la producción y de las relaciones sociales, y el ascenso a un nuevo plano cultural, técnico y humano.

La transformación económica de México no se ha librado, sin embargo, de numerosas y graves dificultades, muchas de las cuales quedan ocultas si se atiende uno sólo a las cifras globales y a las apreciaciones de conjunto. Los problemas y los obstáculos tienen a veces una larga trayectoria y se proyectan al futuro. Advertirlos hoy con más precisión debería ser el primero y más urgente de los pasos a dar, aun para aquilatar la experiencia pasada; adentrarse en ellos permitirá establecer bases para un mejor planteamiento de la política de desarrollo económico. A los cincuenta años de haberse producido cambios sociales y políticos radicales que hicieron posible, en un orden jurídico que alteró el sistema y el concepto de la propiedad privada y de la función del Estado, alcanzar el nivel de vida actual, interesa también tratar de saber si podemos darnos por satisfechos de lo logrado y de las tendencias presentes de la economía, o si las metas económicas que aún nos falta alcanzar exigirían un concepto reformado de las relaciones sociales y de la forma de administrar y aprovechar los recursos y la potencialidad productiva del país.

La exposición que se hará a continuación no pretende ser sino una guía para ayudar a comprender más cabalmente dónde está situado México en la etapa actual de su desarrollo y qué caminos se vislumbran o pueden abrirse de aquí en adelante.

Influencia de la economía mundial

FORMAMOS parte de la economía mundial y por lo tanto debería comenzar por examinar los problemas que de ello derivan,

puesto que la exportación nos da en gran parte los medios con qué progresar, y de fuentes del exterior nos vienen recursos adicionales para nuestro desarrollo.

La economía mundial no ha sido siempre muy dinámica. Pero incluso cuando lo ha sido en general, su repercusión en la economía mexicana por la vía del comercio exterior no por fuerza ha llevado en sí el mismo impulso ascendente. Los países que se industrializaron en el siglo pasado necesitaron en un principio de las materias primas y los alimentos de otras partes del mundo, y México, fue por cierto, uno de los países que más intensamente participaron, durante el último cuarto del siglo XIX y la primera década del actual, en la expansión del comercio entre las regiones poco desarrolladas y las zonas industriales de Estados Unidos, Canadá y Europa noroccidental. Bastará este ejemplo: la importación mundial de productos primarios creció en todo ese período a una tasa media acumulativa de 3.3 por ciento al año (en Estados Unidos y Canadá al 4.7 por ciento y en Europa noroccidental, excepto Inglaterra, al 3.6 por ciento). En un período aproximadamente igual, anterior a la Primera Guerra Mundial, la exportación total mexicana de mercancías, compuesta en su mayoría por productos primarios, aumentó a razón de 7.2 por ciento anual. Había entonces una liga más estrecha que ahora entre el progreso de las naciones económicamente adelantadas y el comercio exterior de las áreas subdesarrolladas; por su parte, la exportación de productos primarios mexicanos representaba una participación creciente en los mercados mundiales de esa época, fenómeno quizá no igualado por otras naciones de América Latina o aun de otras regiones.

En la actualidad, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, el panorama es distinto. Los países industriales se han vuelto más autosuficientes y han desarrollado su técnica al grado de poder sustituir el uso de algunos productos primarios por otros y con artículos fabricados por ellos mismos. Además, se han multiplicado en diversas partes del mundo las posibilidades de producción de materias primas y muchas de las compras antes hechas a un país determinado se hacen ahora a otros países. Ello explica, en parte, por ejemplo, el estancamiento de la minería mexicana de exportación y la situación precaria del café y otros productos. Los mismos países altamente desarrollados, de modo notable Estados Unidos, son

a su vez competidores en el mercado mundial de ciertos artículos; tal es el caso del algodón, que para México ha dejado de ser el elemento dinámico por excelencia que fue hasta hace pocos años.

En todo este complejo fenómeno del comercio internacional de productos primarios, no sólo se advierte debilitamiento desde hace varios años, sino que, salvo para algunos productos minerales, se prevén tendencias de consumo mundial a largo plazo que son bastante poco alentadoras. No es que la producción industrial de los países más adelantados no crezca. Según un estudio reciente de las Naciones Unidas, dicha producción aumentó entre 1938 y 1958 a razón de 4.5 por ciento anual en un conjunto de países industrializados de Europa occidental, América septentrional y Oceanía, y se elevó el producto por obrero ocupado; y en los años de posguerra 1948-1953 el incremento alcanzó a ser de 6.3 por ciento al año. Pero el volumen de importaciones mundiales de productos primarios, en un período aproximadamente igual, casi no ascendió; hasta 1953, su tendencia fue inferior a 0.5 por ciento anual de incremento acumulativo. Los países industrializados necesitan cada vez menos para su propio crecimiento, lo que, economías como la de México, han considerado hasta ahora como sus exportaciones principales. A esto se añade el letargo industrial de algunos países, en los últimos cinco a ocho años, sobre todo de los Estados Unidos, que constituye nuestro principal mercado.

La importancia de estos fenómenos está, por supuesto, en el hecho de que en la etapa de crecimiento acelerado de nuestra economía de los últimos veinte años, las exportaciones han representado uno de los elementos más dinámicos y en cierto modo el motor de todo lo demás. La demanda externa fue incentivo directo para aumentar la producción agrícola y el volumen de ocupación; los ingresos creados en esa forma fortalecieron el mercado interno y los ahorros correspondientes se desviaron en parte a la industrialización. A su vez, el Estado derivó de ese proceso mayores ingresos fiscales con qué ampliar la capacidad productiva del país. Por más esfuerzo interno que México haya hecho, no puede negarse el papel extraordinario que en nuestro desarrollo general ha representado la exportación. Por ello, tiene que ser motivo de preocupación el que desde 1955, en gran parte de los precios inter-

nacionales declinantes, se encuentre estancada y que sólo el aumento del turismo alivie esta situación, si bien en medida muy escasa. La economía mundial, con todo y turismo, no está dando a México los mismos impulsos de crecimiento que antes.

No hay que concluir que esta perspectiva sea irremediable. La economía industrial de los países más adelantados puede volver a tomar un ritmo más veloz y pudieran tomarse medidas internacionales efectivas de estabilización de precios. México, por otro lado, puede diversificar aún más su exportación y ganar nuevos mercados. El turismo podría crecer con mayor rapidez. La zona latinoamericana de libre comercio permitirá, además, exportar manufacturas en forma creciente. No obstante, interesa destacar, en cuanto al cuadro general del desarrollo económico mexicano, la influencia siempre importante para México de las tendencias de la economía exterior y la repercusión menos positiva que esas tendencias van teniendo en nuestra economía interna.

La visión mexicana del desarrollo agrícola

EL desarrollo económico supone, como es bien sabido, elevar la proporción del ingreso nacional que se destina a crear nueva capacidad de producción, a fin de obtener, gracias a ese proceso de inversión del ahorro nacional, un mayor número de bienes y servicios con qué mejorar las condiciones de vida. Pero no sólo interesa el monto total de la inversión anual, sino su composición: cuánto se destina al sector agrícola, cuánto a transportes, cuánto a edificar fábricas e instalar maquinaria, cuánto a construir viviendas, escuelas, hospitales, etc.

Para los fines de un análisis general, basta considerar dos grandes sectores: el agropecuario y el industrial. En un país poco desarrollado, el primero es, excepto en cultivos de exportación, el sector pobre y de baja productividad, y el segundo, en caso de existir en grado significativo, se desenvuelve con graves limitaciones de mercado, de tecnología, de personal calificado y de dirección, y otras más, aunque la productividad por obrero ocupado suele ser mayor que en la agricultura. El sector industrial crea demanda de alimentos y materias primas del sector agrícola y éste consume parte de los productos de aquél. Existe entre ambos interrelación y acción recíproca. Los dos, sin embargo, están vinculados a la economía internacional,

de manera que parte de la demanda de productos agropecuarios proviene del exterior y las necesidades de equipo agrícola y ciertos materiales para la agricultura tienen que importarse, mientras que el sector industrial origina también demanda de equipo y materiales importados e, indirectamente, demanda de muchas clases de bienes de consumo que la propia industria nacional no está en posibilidad de satisfacer.

En la economía de la segunda mitad del siglo XIX, en un país como México la producción y las inversiones se orientaban, con pocas excepciones, de acuerdo con las llamadas fuerzas del mercado. Si la demanda externa de ciertos productos agropecuarios crecía, su producción aumentaba y se hacían inversiones para ampliarla más; en cambio, la estrecha demanda interna de otros, dada por las condiciones sociales y económicas de la población, no era aliciente para invertir en producir artículos básicos en mayor cantidad o con mejores técnicas. La inversión en la industria se encontraba asimismo restringida por las escasas posibilidades de competir con los productos manufacturados importados y por el casi nulo poder de compra de la población rural. Mientras la exportación creciera a gran ritmo, la demanda de importaciones de bienes de consumo podía satisfacerse, desde luego, sin contratiempos monetarios. Pero en cuanto la exportación perdiera dinamismo cambiaban los términos del problema y se hacía más necesario estimular por medio de medidas positivas de gobierno el desarrollo de la industria.

Este proceso ya venía ocurriendo en México cuando sobrevino la Revolución, que modificó la estructura del mercado interno, dió movilidad a la mano de obra, cambió el régimen de propiedad agraria y despertó un marcado nacionalismo industrial. Las fuerzas "naturales" de la economía dejaron de ser criterio rector exclusivo y las reemplazó en parte el criterio social o colectivo, que más tarde habría de empezar a llamarse político de desarrollo económico. El Estado asumió la responsabilidad de orientar directa e indirectamente gran parte de la inversión agrícola, la industria o cualquier otra, a fin de alcanzar objetivos de interés general y generar un proceso de crecimiento nacional ininterrumpido, hasta donde lo permitieran las incidencias de la economía internacional.

La economía mixta producida por la Revolución Mexicana, análoga, salvo en el régimen agrario, a otras economías

mixtas surgidas después de la Primera Guerra Mundial, funcionó en un principio, sin embargo, con notorio descuido de la interrelación fundamental entre agricultura e industria que un crecimiento equilibrado e intenso requería. Haya o no habido comprensión del problema, el hecho es que mientras se hicieron esfuerzos importantes por desenvolver la industria desde los años posrevolucionarios inmediatos, la producción agrícola apenas si logró un escaso adelanto, ciertamente inferior al necesario. Hasta principios de la Segunda Guerra Mundial, la producción agrícola de México experimentó un aumento medio anual de apenas un 1.5 a un 2 por ciento. La superficie total cosechada parece no haber aumentado, en promedio, a razón de más de 1 por ciento anual. Sólo el incremento de las áreas de riego, que en 1940 constituían todavía un total pequeño, denotó algún cambio cualitativo importante en esa primera época. Para atender a las necesidades básicas de la población hubo que importar alimentos.

Durante la guerra y sobre todo en la posguerra, la situación general de la agricultura cambió muy considerablemente. Desde 1945 se registra un incremento medio anual de alrededor del 6 por ciento. Pero si se analiza esta cifra se encuentra que el sector dinámico de la actividad agrícola ha sido más bien el destinado en lo principal a los mercados externos. La producción para éstos—dominada por el algodón y el café—creció tres veces más aprisa que la producción para el mercado interno, aun incluyendo en esta última el trigo. Debilitados como están ya los mercados internacionales de productos agrícolas, el desenvolvimiento general de la agricultura mexicana dependerá crecientemente de la posibilidad de hacer ascender la producción de cereales y productos pecuarios. En realidad, los problemas del maíz y de la carne siguen siendo fundamentales en México y son los que, a su turno, más afectan el poder de compra de la población rural.

En los últimos veinte años se han obtenido, sin duda, mayores rendimientos agrícolas, aunque menos en el maíz que, por ejemplo, en el trigo o el algodón. Las áreas de cultivo se han ampliado y el riego, aunque destinado en gran parte a cultivos de exportación, ha tenido efectos muy positivos. Un tercio de la superficie total de cultivo en México está bajo riego. El control de inundaciones en las zonas bajas ha sido otro factor significativo. Las técnicas han adelantado, se emplean

mejores semillas y los servicios agrícolas se han extendido. El transporte ha creado nuevas posibilidades de producción. La ganadería se ha repuesto del azote de la fiebre aftosa. Las condiciones sociales, culturales y políticas de la vida rural han favorecido el progreso agrícola. El hombre de campo se ha reivindicado y además de poseer tierras tiene a su alcance la organización de su actividad con la ayuda del Estado y del crédito bancario. Y, sin embargo, continúa existiendo rigidez en la oferta de productos agrícolas para el mercado interno.

Dado que la absorción de mano de obra en la industria y otras actividades parece estarse acelerando y que el ingreso del trabajador industrial y del habitante de la ciudad será mayor y creciente, puede preverse una necesidad de aumentar la disponibilidad de alimentos; de no satisfacerse con la producción nacional, tendrá que cubrirse con importaciones. Desde el punto de vista de las perspectivas del comercio exterior, habría, sin embargo, que procurar destinar la mayor proporción posible del producto de las exportaciones y el turismo a otras importaciones menos sustituibles. Es a todas luces indispensable para México acelerar la creación de una agricultura productiva, flexible, bien orientada y próspera, capaz de responder a la estructura de demanda de sus productos que la industrialización y el crecimiento urbano han ido conformando, y capaz de constituir un mercado generalizado y sólido para las industrias de bienes de consumo y otras. De lograrse, ello traería consigo una mejor distribución del ingreso familiar que, como se verá después, es otro de los grandes problemas de México.

La solución, que corresponde a los especialistas estudiar en forma detallada, tiene que estar en manos del Estado, el cual debe crear las condiciones y establecer los alicientes necesarios y orientar sus inversiones y sus recursos crediticios hacia donde haga falta. Los principales capítulos en que es preciso intensificar y ampliar los esfuerzos hechos hasta ahora no son difíciles de identificar. Son la educación rural y la enseñanza de técnicas agrícolas; la organización eficaz, por medio de sistemas cooperativos, de ejidatarios y agricultores dueños o beneficiarios de parcelas individuales, a fin de remediar los defectos del minifundio donde éste exista y de elevar la producción aun en los casos de unidades de explotación suficientemente extensas; la asesoría técnica en materia de cultivos y la orientación de la labor agrícola en función de las situaciones del mercado; la ampliación y difusión del crédito

bancario y el mejoramiento de los servicios de comercialización y de transporte; y la creación de actividades complementarias que robustezcan el ingreso de la familia rural y permitan emplear productivamente el tiempo muerto. Todo ello supone, además, dar mayor impulso a la investigación y a la experimentación, así como a la formación de personal técnico y especializado, y mejorar en general los servicios gubernamentales. Encierra también la necesidad de una planeación de conjunto en que las proyecciones de la agricultura se armonicen con las industriales y otras. En este marco general, las inversiones del Estado en la agricultura, sean obras hidráulicas, desmontes o mecanización, podrán orientarse conforme a criterios racionales de desarrollo.

Los términos del desenvolvimiento industrial

LA industrialización en sí no necesita hoy en día justificarse. Es el único medio de lograr una elevación permanente del nivel de vida, y mientras algunos teóricos se entretienen en disquisiciones bizantinas sobre la división internacional del trabajo, la experiencia de todos los países subdesarrollados muestra que el progreso principal de los últimos años se debe al crecimiento industrial. Es más, como lo indica un trabajo reciente de las Naciones Unidas, salvo durante el período de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra inmediata, la tasa anual media de incremento de la producción industrial ha sido mayor en los países subdesarrollados que en los países de más alto nivel de vida y grado superior de industrialización.

Lo que, en cambio, admite discusión es la falta frecuente de armonía entre el desarrollo industrial y el agrícola, y la clase o, mejor dicho, el contenido estructural de la industrialización. Es importante recordar que, históricamente, los países subdesarrollados principiaron a acometer su desenvolvimiento industrial conforme a los cánones clásicos: se establecieron, sin intervención del Estado, o con muy poca, fábricas capaces de transformar un recurso o una materia prima cruda, a veces para exportarla en estado semielaborado y en ocasiones para consumo interno en su forma acabada; en estos últimos casos se admitía la conveniencia de una protección arancelaria transitoria y de alguna medida de fomento crediticio. Según estas ideas, todas las industrias que requieran protección mayor y

más duradera, para las que hubiera que importar la materia prima o que supusieran mayor intervención del Estado, debían considerarse como antieconómicas. Sus productos debían importarse a cambio de la especialización en producir y exportar artículos primarios.

Los acontecimientos mismos —entre ellos las guerras y la gran crisis económica mundial de los años treinta, y un nuevo sistema de ideas derivado de la consideración global del desarrollo económico— permiten plantear la necesidad de la industrialización en otros términos, menos fatalistas. La demanda mundial de productos primarios tiene en general poca elasticidad; crece lentamente, en parte porque el impulso industrial de los países más adelantados es débil y en parte por sustituciones e innovaciones técnicas, a las que ya se hizo alusión, cuyo efecto es también negativo para los exportadores de productos básicos. Pero con las exportaciones de materias primas, por débiles que sean, hay que pagar las importaciones de manufacturas de todas clases, y la demanda de éstas en los países subdesarrollados tiene por característica la de ser muy elástica. Resulta por ello aconsejable, para mantener el equilibrio con el exterior, evitar la importación de algunas manufacturas, a fin de dar preferencia en el gasto de divisas a las que representan técnicas más difíciles, sobre todo equipo y maquinaria, o a las que sean insustituibles. La industrialización es, en consecuencia, un medio de conservar el equilibrio de los pagos entre el país y el resto del mundo.

Otra función decisiva de la industrialización es la de dar empleo más productivo a la parte de la población rural que el progreso técnico de la agricultura vuelve redundante, así como a la que emigra del campo a los centros urbanos por otras razones. De no absorberse en la industria, dicha población ingresa a las filas de los subocupados, que no representan productividad alguna para la economía y constituyen un lastre social y económico.

La industrialización es el instrumento más eficaz con que se cuenta, además, para valorizar la producción agrícola y para acelerar la transición de una economía rural de subsistencia a una comercial y técnica. La demanda industrial de productos agrícolas es un aliciente permanente, y la industria puede proveer a la agricultura de los implementos y materiales con qué responder a aquella demanda.

Sin agotar la enumeración de los efectos de la industrialización en el desarrollo general, está fuera de toda duda, en fin, que sólo la sociedad industrial puede crear el espíritu de modernización técnica y adelanto científico que hoy caracterizan las etapas culturales más altas.

De lo anterior, interesa recalcar especialmente que, lo que puede compeler a un país a industrializarse con intensidad y extensión no previstas en la economía política clásica, es la estimación conjunta y consciente que se haga de dos fenómenos fundamentales de una economía subdesarrollada: uno, la disparidad entre lo que desee importar y lo que pueda vender al extranjero, y el otro la necesidad de absorber la población rural excedente. Estos dos argumentos, que pueden llamarse el del equilibrio exterior y el de la prevención de la subocupación, respectivamente, son los más valederos, desde el punto de vista económico, para explicar el proceso de industrialización. Son condiciones que en mayor o menor medida se dan en cualquier país subdesarrollado. Están, desde luego, presentes en México.

La industrialización mexicana ha sido bastante rápida y relativamente reciente. Antes de 1940, según algunos índices, la producción industrial se elevó a una tasa media de alrededor del 5 por ciento anual, si bien a partir de niveles muy bajos en el período posrevolucionario inicial. Debe recordarse que en 1940 la capacidad de producción nacional de acero no era sino de 195,000 toneladas, para dar un solo ejemplo. La guerra y algunas medidas de estímulo interno promovidas por el Estado hicieron crecer y diversificarse la producción industrial, y se desarrolló una política general de fomento industrial mucho más completa y firme que en épocas anteriores. El auge algodonerero y cafetalero de posguerra contribuyó, por su parte, junto con otras mejoras agrícolas, a orientar ahorros privados a la industria. Y el Estado se encargó de que no faltaran ni energía ni combustibles en ningún momento. Se inició el proceso de sustitución de importaciones, y se empezó a absorber mano de obra en la industria.

Según algunos indicadores oficiales, la producción industrial ha aumentado en los últimos quince años a una tasa media anual acumulativa de alrededor del 6 por ciento, semejante a la del ingreso global. Sin embargo, hay motivos fundados para suponer que los índices hasta ahora empleados subestiman la realidad, sobre todo en los últimos dos quinquenios.

En todo caso, cabe plantearse la pregunta de si, aun contando con que la tasa verdadera sea mayor, el ritmo de industrialización es suficientemente rápido para satisfacer la condición de contribuir a absorber la población rural excedente, y la de reemplazar importaciones con la intensidad necesaria para conservar el equilibrio exterior. Es posible y aun probable que nuestra industrialización sea todavía demasiado lenta.

De ser cierto, de ello derivan varios otros problemas. Lo primero en que debe reflexionarse es que parte de la lentitud se debe al poder de compra insuficiente de las grandes mayorías de la población, entre ellas la rural. Si el ingreso medio rural mejorara considerablemente, muchas industrias productoras de bienes de consumo de primera necesidad funcionarían a plena capacidad y se obtendría así un incremento de producción de manufacturas sin incidir apreciablemente en el volumen de las importaciones, ya que sus materias primas—en la industria textil, de calzado y de indumentaria, en la de productos alimenticios elaborados y otras— son, en lo principal, nacionales. Es posible, desde luego, que se redujeran así los costos de esas industrias. Además, se crearía mayor mercado para fabricar en el país las propias refacciones industriales y aun el equipo necesario para ampliaciones futuras. Un progreso agrícola generalizado estimularía también otras industrias, productoras de maquinaria para las labores del campo y para el beneficio y la elaboración ulterior de muchos artículos primarios. Tendría, por añadidura, un efecto muy positivo en las industrias de la construcción. Mientras no ocurra todo esto, las industrias de bienes de consumo irán saturando ciertos mercados urbanos limitados y a veces suntuarios donde la competencia exterior es más fuerte, y continuarán, como hasta ahora, creciendo a un ritmo poco mayor que el de la población, digamos alrededor de 4 por ciento anual. Esto no es aprovechar las potencialidades de consumo del país ni hacer frente a las necesidades de la población.

Hay otros sectores de la industria donde los problemas son de distinto orden. La manufactura de bienes de consumo duradero—por ejemplo, equipos domésticos, muebles, televisores, etc.— tiene la ventaja de dirigirse a demandas elásticas; pero mientras no se integre nacionalmente origina una demanda de importaciones de partes sueltas y materiales que pesan en el conjunto de las compras que México hace al exterior. En estos

casos, el ensanchamiento que se necesita tiene que ser vertical para aumentar la ocupación y eliminar importaciones, y horizontal para lograr de manera económica los beneficios de la tecnología moderna. Este sector debería ser, evidentemente, objeto de planeación, a fin de lograr el máximo de aprovechamiento de equipos y procesos de gran densidad económica de la propia industria, prever las repercusiones en otras industrias y hacer frente a ellas con oportunidad, y poner los productos, a costo más bajo y mediante modelos estandarizados, al alcance de grupos más amplios de la población. Se ha avanzado un poco en México por este camino, pero la tarea que se avecina será todavía prodigiosa. El caso más complejo y voluminoso—cuya etapa actual de desarticulación es sumamente antieconómica—es el de la fabricación de automóviles.

Tratándose de los bienes de capital el problema es parecido. Dichos bienes pueden ser equipo de transporte—cuya demanda futura puede proyectarse con menos dificultad y en los que la solución es semejante a la de la industria automovilística y se vincula a ella—, o pueden ser maquinaria industrial, agrícola, para la construcción, etc., cuya demanda es muy diversa y muy difícil de prever con precisión. Esta última es la clase de productos cuya importación menos puede sustituirse a la corta; su producción, además, tiene que ir respaldada por larga experiencia, una fuerte inversión en tecnología, mercados bastante grandes y recursos financieros abundantes. Generalmente, un país subdesarrollado procura reservar sus divisas para importar el máximo de maquinaria y equipo. No obstante, si se tiene industria siderúrgica no hay motivo por el cual no se deba adelantar en la fabricación de máquinas y sus partes. México está entrando en esta etapa y se abre con ella un campo por ahora ilimitado.

El sector más vulnerable e incierto entre los bienes de producción, es, sin embargo, el de los productos intermedios, o sea los que sólo son materia prima o semielaborada consumida en la fabricación de otros bienes, sean éstos de consumo o de producción. En el concepto moderno de la industrialización no es indispensable que se disponga de todas las materias primas en el país; hay motivos económicos suficientes para justificar la producción inicial de un artículo a base de materiales importados, sobre todo si éstos son semielaborados o resultado de una técnica avanzada. Pero tarde o temprano deberá buscarse la forma de sustituir su importación por producción na-

cional. De otra manera, dichos materiales se volverán elementos de la importación total en extremo dinámicos y por lo tanto absorbentes de una proporción considerable de las divisas. Por ejemplo, en México, en los veinte años recién transcurridos el volumen de las importaciones de materias primas metálicas ha aumentado a razón de un 7 por ciento anual acumulativo y el de las no metálicas —que comprende productos químicos— al ritmo aún mayor de 9 por ciento anual. Con excepción de los combustibles, cuya sustitución ha sido rápida en los últimos años, y la maquinaria industrial, ningún otro grupo de importaciones ha aumentado tan velozmente. Más del 40 por ciento de las importaciones mexicanas son materias primas y semimanufacturadas. En consecuencia, para contribuir al equilibrio exterior y para aumentar la ocupación, se requiere obtenerlas o fabricarlas en el país.

Este aspecto de la sustitución de las importaciones ha avanzando ya, en los últimos dos quinquenios, en la rama química, la siderúrgica y otras que muestran tasas muy elevadas de incremento de la producción. Sin embargo, es preciso ampliar aún más esas industrias de productos intermedios y hacer frente, en proporción creciente, a la demanda futura previsible. Se trata de un proceso difícil, porque hay que hacerlo en competencia continua con el producto importado que es generalmente imprescindible mientras la demanda interna exceda a la producción nacional, y porque en un sector de tecnología moderna que progresa en forma rápida. Un producto químico considerado hoy como adecuado, puede quedar totalmente desplazado mañana por otro distinto y más barato, y las instalaciones para producir el primero quedarían obsoletas. Además, la escala de producción necesaria suele ser grande y el mercado interno previsible puede no justificarla hasta pasado algún tiempo; de ello hay ejemplos, tanto en productos metálicos como en químicos y otros. Un progreso firme y generalizado en la fabricación de productos intermedios, aunque en gran parte lo efectúe la iniciativa privada, requiere una coordinación general continua, supervisada por el Estado, para que responda a las necesidades superiores de un programa de industrialización y de desarrollo económico. No hemos alcanzado esta etapa aún en México.

Tres aspectos más de la industrialización merecen mencionarse, aun cuando sea brevemente. Si la industria y la agri-

cultura están enlazadas entre sí, las relaciones de interdependencia de las distintas ramas industriales son aún mayores, por la misma naturaleza técnica de los procesos industriales. El desenvolvimiento industrial tiene por ello que ser generalizado y no confinado a unos cuantos sectores, a fin de derivar el máximo aprovechamiento de la capacidad de producción y dar uso a subproductos, a la vez que para crear una demanda múltiple que a su vez incite nuevas inversiones industriales. Este es un argumento complementario importante a favor de una planeación adecuada de desarrollo industrial.

Otro aspecto de gran importancia que una política de desarrollo industrial no puede descuidar es el de la formación acelerada de obreros calificados, supervisores de nivel medio, técnicos e ingenieros y personal administrativo y directivo. Por más que hayamos hecho en México a este respecto, nunca habremos invertido suficientes recursos en el elemento humano.

Por último, debemos reflexionar con seriedad acerca de los problemas de la innovación tecnológica en la industria. Varios años de experiencia y dedicación obtenidos en la formación de dos o tres pequeños institutos de investigación que trabajan con recursos aún minúsculos, no han tenido todavía mucho eco en la industria. La situación de servidumbre tecnológica en que se encuentra un país como México puede tener consecuencias muy graves de orden económico. En primer lugar, no aprovechamos industrialmente y de la mejor manera muchos recursos naturales propios. Además, imitamos, en un mercado de escaso poder de compra, los diseños tecnológicos correspondientes a países de gran densidad de ingresos; esto ocurre lo mismo en bienes de consumo que en maquinaria. Por otro lado, el uso casi exclusivo de tecnología extranjera nos hace depender en forma ya onerosa del pago de procesos y servicios técnicos del exterior, así como de regalías sobre patentes. No es probable que México pueda remediar esta perspectiva en corto tiempo, pero se daría un paso adelante si tanto el Estado como la industria apoyaran e impulsarían en escala varias veces mayor la investigación tecnológica y científica nacional.

Las consideraciones hasta aquí expuestas en forma tan sintetizada acerca de los problemas de la industria no son, por supuesto, sino ingredientes de una política general de desa-

rrollo industrial que en México todavía no se ha definido, pese a la satisfacción que en muchos pueda producir el progreso de los últimos años.

Significación del sector público

A PARTIR de nuestra Constitución de 1917, el Estado es el principal promotor del desarrollo de la economía y el guardián de la riqueza nacional. Vivimos, además, en una economía mixta, en que el Estado asume importantes funciones productivas y de inversión por su propia cuenta o en conjunción con la iniciativa privada. La casi irrestricta propiedad privada del liberalismo anterior a la Revolución cedió el paso a modalidades especiales en varios sectores, sobre todo el agrario, y se han promulgado disposiciones que reservan al Estado el monopolio de algunas actividades económicas. Se practica en México una extensa y variada reglamentación pública de la actividad económica privada.

En virtud de todo ello, para los fines de un examen de los problemas del desarrollo económico debe precisarse que el "sector público" de nuestra economía abarca no sólo las entidades de gobierno, que recaudan impuestos y ejercen presupuestos, sino también los organismos públicos descentralizados y las empresas industriales, comerciales, financieras y otras de las que el Estado es dueño o en que participa apreciablemente. Estos organismos y empresas, en su mayor parte, efectúan, sea en forma directa o por intermedio de otros, inversiones en actividades que son fundamentales para el crecimiento económico del país y el mejoramiento social; y actúan a la vez como productores de una parte del ingreso nacional.

¿Cuál es el alcance, en términos cuantitativos, de semejante sector público ampliado? Por desgracia, pese a la importancia del fenómeno, nuestro progreso estadístico no ha alcanzado aún a representar, en un sistema de cuentas nacionales, la incidencia total de la actividad gubernamental. Sólo se dispone de información respecto a los ingresos y egresos presupuestales de los gobiernos federal, del Distrito, estatales y municipales (éstos últimos un tanto estimativos), pero no la relativa a los ingresos y gastos corrientes del conjunto de organismos y empresas de producción y comercio del Estado o de participación estatal. Es decir, podemos conocer la gravi-

tación fiscal del sector público sobre la economía privada, y su aportación a ésta en forma de servicios gubernamentales, mas no la contribución de las empresas y entidades estatales y paraestatales al ingreso nacional o a las partes de éste provenientes de los sectores industrial, agrícola, petrolero, de transportes, etc.

Respecto a la tributación, sabemos que el Estado absorbe en México apenas un poco más del 10 por ciento del producto nacional bruto, proporción por cierto inusualmente baja en comparación con otros países, que hace suponer que la acción fiscal en México es leve en su conjunto y que escapan a ésta porciones y clases de ingresos que llegan a una suma de consideración. El gasto corriente total es aún más bajo que el ingreso fiscal, pues parte de este último se destina a costear inversiones del sector público; dicho en otros términos, al no extender el Estado sus gastos corrientes hasta el límite de sus recaudaciones fiscales—y, de paso, al no proveer al país de los servicios gubernamentales que se necesitan con la amplitud requerida—se efectúa un ahorro público, de la colectividad, con el cual se incrementa, mediante inversiones también públicas, la capacidad de producción nacional. En México, con poco, el Estado en verdad hace mucho, contrariamente a lo que se supone.

El excedente de ingresos fiscales sobre gastos corrientes no es, desde luego, la única fuente de financiamiento de las inversiones del sector público, aun cuando importante, pues cubre alrededor de la tercera parte (en la posguerra inmediata, cuando apenas se iniciaba el crédito externo, constituía más del 70 por ciento). La reinversión de los ingresos netos o utilidades de los organismos y empresas estatales representa hoy día un recurso tan considerable como la aportación fiscal. El ahorro privado, parte del cual el Estado absorbe mediante la emisión de títulos, es una de las fuentes menos significativas. Y, en cambio, son de creciente importancia proporcional los recursos crediticios a mediano y a largo plazo obtenidos del extranjero. Gracias a todos estos medios se lleva a cabo en México un volumen de inversión pública bruta que varía entre un 4 y un 6 por ciento del producto nacional, pero que en los últimos años ha declinado. Quiere decir esto que, desde el punto de vista de la inversión, con todo y el uso de créditos externos, la incidencia del sector público de la economía no es aún muy grande.

Se refuerza esta afirmación al observar la inversión privada. A partir de la posguerra, el volumen de ésta, según algunas estimaciones, se ha incrementado con bastante mayor rapidez que el de la inversión pública, al grado de constituir ya cerca de dos tercios del total anual, en comparación con 60 por ciento o menos hace unos diez años. Sin embargo, tampoco puede decirse que la inversión privada signifique un esfuerzo de capitalización muy intenso, pues una porción no despreciable de ella —quizá más de la quinta parte— está representada por construcciones residenciales, que, aun en el caso de que fueran todas de tipo medio y popular, no incrementan sino indirectamente la capacidad de producción del país. Luego, la acción conjunta de la inversión privada y la pública, esta última en proporción declinante, parece ser algo débil. Un coeficiente global de capitalización nacional de 13 a 15 por ciento no debe ni puede dejarnos muy satisfechos. Necesitaría incrementarse de un 18 a 20 por ciento para asegurar una tasa general más elevada de aumento de la producción.

Plantear un coeficiente de inversión total mayor lleva a dos preguntas: ¿debería elevarse la inversión privada, la pública, o ambas? ¿Cómo mejorar la productividad media de la inversión? Confiar en que fuera exclusivamente la inversión privada la que asegurara el ritmo más elevado de crecimiento sería exponerse, por una parte, a que no se cumplieran las metas deseadas y, por otra, a que las clases de inversión que se efectuaran no fueran las más útiles para el desarrollo general del país. Las metas podría no cumplirlas la inversión privada por muchas causas, pero principalmente porque hay sectores como el agrícola, el de energía y combustibles y el de transporte en que no corresponde o no es muy probable que se amplíe esa clase de inversión. En cuanto a la utilidad social de la inversión privada, sería poco valioso, por ejemplo (y exagerando), que el incremento ocurriera solamente en residencias de lujo de los balnearios marítimos u otros.

En consecuencia, un programa articulado de desarrollo económico requeriría elevar la inversión pública, y no sólo para ampliar la capacidad de producción en los sectores que no sean atractivos para el capital privado, sino porque México dista mucho de contar con la suficiente infraestructura pública para facilitar y estimular grandemente las inversiones privadas de carácter industrial. La estructura de nuestra economía es de

tal naturaleza, que, pese a todo lo hecho hasta ahora, si el Estado no se ocupa de seguir ampliando los medios de comunicación, la capacidad eléctrica, las áreas de riego, los servicios de agua y otros de utilidad general, la inversión privada no podrá prosperar. Lejos de contraponerse la inversión pública y la privada, ésta última necesita de aquélla.

Pero la inversión pública probablemente deba llegar a mayores alcances, inclusive en el campo industrial. Hay ejemplos, cierto que algunos discutibles en cuanto a su eficacia, de empresas industriales del Estado establecidas para poner en marcha una nueva actividad sustitutiva de importaciones. Una política de desarrollo que se preocupe por mantener un ritmo de crecimiento industrial de magnitud suficiente para asegurar el equilibrio exterior y absorber el excedente de población rural no puede verse frustrada o entorpecida por la falta de iniciativa o de impulso de la empresa privada; en esos casos, el Estado no debería vacilar en crear las instalaciones industriales, cuya necesidad sea previsible, con la salvedad obvia de que deberían ser manejadas con la máxima eficacia.

No es concebible, resumiendo, que sin actividad inversionista del sector público más intensa que hasta ahora pueda realizarse el desarrollo de los sectores agrícola, energético, de transporte y aun industrial que demanda el mejoramiento del nivel de vida. A lo cual habría que añadir las necesidades insatisfechas, y las que crecen de año en año, en materia de vivienda obrera, construcción escolar, suministro de agua potable, servicios hospitalarios, sociales, etc.

A quienes piensen que la inmensa tarea de ampliación de la capacidad productiva del país pudiera confiarse a la inversión privada, hay que plantearles el problema en sus términos reales, en función de urgencias inaplazables de desarrollo. No debe éste sacrificarse a una mera posibilidad teórica. El libre juego de las fuerzas de la economía privada no podría dar por resultado, por más atinados que fueran sus impulsos individuales de inversión, una suma total de inversiones que correspondiera en monto y en estructura a las exigencias del crecimiento. Es la economía pública la que tendrá que llevar la carga principal y abrir las brechas de desarrollo por las que después pueda pasar el resto de la economía nacional.

Sin embargo, el sector público mexicano es pobre en recursos, lento y complicado en su proceder, falta de coordina-

ción interna y con frecuencia ineficaz en la ejecución de sus programas. Tenemos aún en México una organización de gobierno y de administración que parece hecha para otras épocas, cuando el desarrollo económico era tal vez de carácter más espontáneo. ¿Pueden y deben las tareas de coordinación de la política de desarrollo dejarse libradas a arreglos parciales, a apremios, a improvisaciones "político-técnicas", sin evaluación económica suficiente? ¿Pueden, en esta etapa crítica de nuestra evolución nacional, excusarse nuestras deficiencias de planeación del desarrollo diciendo que trabajamos "a la mexicana" y dando a entender que confiamos en la buena suerte? El haber descubierto, como ha ocurrido en los últimos años, que nuestros problemas de crecimiento son cada día más complejos y de difícil solución, no nos ha llevado con igual rapidez a la formulación de una política de desarrollo que sea integral y se exprese en metas cuantificables y medios de acción asequibles a la opinión pública, que el ciudadano común y corriente comprenda con facilidad. Se habla, por cierto, de planeación, a veces de un sector de la economía, otras de una región; pero hay que concluir que no es sino una planificación física, es decir, de obras sin contenido económico claro. Se carece todavía de una concepción global del desarrollo del país—una que vaya más allá del período presidencial en turno—, y son insuficientes aún los estudios en que debe fundarse.

Debido a que la información con que se cuenta respecto al sector público de nuestra economía se refiere exclusivamente a la inversión y a los recursos fiscales, se pierde de vista con bastante frecuencia que tan importante como efectuar inversiones o recaudar impuesto es adoptar una política económica que, por medio de la acción administrativa central, regional o de organismos descentralizados, permita alcanzar los objetivos que se pretendan con la obra emprendida inicialmente. Para dar el ejemplo clásico en México: una presa que no vaya acompañada de trabajos de drenaje, de una utilización racional del agua, de servicios de extensión agrícola, del mejoramiento del transporte local, de sistemas adecuados de comercialización de las cosechas, de información sobre mercados, etc., podrá ser un monumento magnífico a la visión del estadista y a la capacidad extraordinaria del ingeniero mexicano, pero no por fuerza una aportación definitiva a la productividad del país. Otro ejemplo más actual: la construcción de caminos admira-

bles a los lugares de interés turístico, de hoteles modernos y otras facilidades materiales, sin un conjunto de ideas racionales y medidas coordinadas para elevar la corriente de turismo, nos dejará tal vez con gran satisfacción estética acerca de nuestros centros de recreo, nuestra herencia arqueológica y nuestros bellos edificios coloniales, pero no contribuirá a que obtengamos de los recursos invertidos los medios con que acelerar el desarrollo económico general. En México, la obra terminada se toma con demasiada frecuencia por problema resuelto. La planeación, debería ser obvio, no consiste solamente en hacer inversión pública e inducir la privada, sino también en crear condiciones que permitan obtener de la inversión el mayor rendimiento para la colectividad, no sólo hoy, sino mañana.

La distribución del ingreso

EL poco vigor fiscal del sector público es efecto, y también causa, de la distribución del ingreso que prevalece en México. No es, claro está, la causa única, ni el solo efecto. Las raíces de la distribución desigual e injusta del ingreso se encuentran en muchos otros factores, algunos de índole social e institucional y otros relacionados con el proceso mismo de desarrollo. Una de las funciones de un sistema tributario, y del sector público en general, es la de ayudar a corregir la mala distribución del ingreso, y no sólo por justificaciones éticas sino por sólidas razones económicas atinentes al desarrollo. Si, como en México, el sistema tributario no desempeña esa función y, a su vez, los servicios que presta el Estado mediante sus gastos corrientes no compensan suficientemente el reducido ingreso de la mayoría de la población, se cae en un círculo vicioso en que la concentración del ingreso nacional y de la riqueza industrial y urbana en pocas manos imprime a la estructura fiscal características que probablemente acentúan la desigualdad. Y ésta, por sus efectos en el equilibrio exterior de la economía, por las formas suntuarias e improductivas de consumo y de inversión que fomenta y por la estrechez de poder de compra que representa en los sectores rural y urbano mayoritarios, se convierte en un obstáculo al desarrollo económico.

La distribución del ingreso en México es insospechadamente desigual si se tienen en cuenta la revolución social por

la que el país ha pasado y la naturaleza tan diversificada del desarrollo económico de los últimos veinte años. Pero hay tres elementos estructurales, aparte de muchos otros, que en parte la explican: la rigidez relativa de la producción agropecuaria, la elevada tasa de incremento demográfico —que impone un suministro creciente de mano de obra no calificada— y la insuficiencia del ritmo de industrialización. En consecuencia, no debería extrañarnos. Aun así, es una distribución asombrosamente impresionante.

Hay motivos para suponer que la distribución del ingreso en México empezó a empeorar desde 1925, a juzgar por datos indirectos, entre ellos el consumo aparente por habitante de los principales alimentos. Pero el grado de desigualdad a que se ha llegado no se conocía con precisión hasta hace muy poco, gracias al estudio revelador publicado últimamente por Ifigenia de Navarrete, que aprovecha resultados de algunas encuestas de la Dirección de Estadística y otras informaciones. Se calcula que en 1957 el 46 por ciento de las unidades familiares mexicanas tuvo ingresos (incluidos servicios y bienes recibidos en especie) inferiores a 500 pesos mensuales y percibía en conjunto apenas la séptima parte del ingreso personal total del país. Aproximadamente otro 40 por ciento de las familias, que ganó apenas entre unos 500 y unos 1,300 pesos al mes, obtuvo casi un tercio del ingreso total. Un grupo reducido de clase media, constituido por un 14 por ciento del número de familias, con ingresos entre 1,300 y 5,400 pesos mensuales, recibió otro tercio del ingreso global. Queda, en fin, la cuarta parte del ingreso en manos del 2.3 por ciento de las familias cuyo ingreso medio fue superior a 5,400 pesos mensuales.

Comparada esta distribución con la de 1950, los cálculos de la señora de Navarrete indican que el 20 por ciento de las familias con ingresos medios más bajos —hasta aproximadamente 300 pesos mensuales— estaba en mejor situación entonces; que la mitad del número total de familias, pero todavía con ingresos inferiores a 500 pesos al mes, incluido el primer grupo, tenía en 1950 una participación un poco mayor en el ingreso personal global que la que registró en 1957; que si se alargan las categorías hasta abarcar el 80 por ciento de las familias, con límite de ingreso medio de unos 800 pesos en 1950 y 1,100 en 1957, esta conclusión sigue siendo válida; y que sólo el 20 por ciento restante que recibió los ingresos más

elevados, pero muy particularmente la clase media, logró obtener una parte mayor en 1957 que en 1950.

Estamos, pues, muy lejos de haber incorporado a la gran mayoría de la población a las categorías de poder de compra que podrían sustentar una industria de bienes de consumo muy extendida y dinámica. México es uno de los países donde el ingreso está más desigualmente distribuido, y como algunos datos regionales de que se dispone indican que las zonas rurales del centro y del sur del país, donde se encuentra la mitad de nuestra población, son las de menor ingreso familiar relativo, la esencia del problema radica en gran parte en la agricultura, cuyo rezago ya ha sido señalado. Se confirma así el diagnóstico por dos caminos distintos. Pero por supuesto que la industrialización, pues lo comprueban los datos, es el factor característico hasta ahora de una elevación sustancial del ingreso familiar nacional medio, y debe seguirse acelerando, como ya se dijo. Desarrollo agrícola e industrialización se demuestran una vez más como fenómenos inseparables.

La estrategia monetaria y financiera

HAN pesado siempre sobre el desarrollo económico mexicano las preocupaciones monetarias y financieras. En los años veinte es probable que una atención excesiva —pero explicable— a la estabilidad monetaria y al saneamiento de la deuda exterior hayan impedido dar mayor impulso al desarrollo. De cualquier manera, de entonces data el establecimiento de un sistema de instituciones bancarias del Estado que, ampliado a varios campos nuevos, ha sido con el tiempo un instrumento importante del desarrollo.

La utilidad del sistema de banca oficial se ha demostrado repetidamente y de diversas maneras. En los años en que salía México de la depresión del comercio exterior de los treinta, la política de fomento monetario, entonces seguida con tino, estimuló el crecimiento industrial y amplió la infraestructura económica del país. Durante la Segunda Guerra Mundial, las medidas de regulación monetaria evitaron que la inflación de origen externo llegara a peores extremos, aun cuando, por otra parte, no fue secundada por una política presupuestal lo bastante adecuada. En épocas más recientes, la política monetaria y la fiscal se han combinado de mejor manera y, dentro

de normas de prudencia excedidas rara vez, han dejado de ser factores de perturbación económica. Su contribución más importante ha sido la de crear confianza, impedir desbocamientos especulativos y asegurar la estabilidad monetaria, sin dejar de alentar el crecimiento general del país. En especial, han permitido desviar recursos financieros hacia el sector público y canalizar los fondos a largo plazo venidos del exterior.

Sin embargo, en los últimos quince años han sobrevenido dos devaluaciones del peso (consideradas las de 1948 y 1949 como una sola); la de 1954 fue radical y casi inesperada, con consecuencias sociales inmediatas muy graves. Y de 1955 en adelante, al lado de la política monetaria cautelosa, el ritmo de crecimiento general ha sido ligeramente menor, en parte por la influencia de los mercados internacionales atónicos. ¿Estaremos destinados a desarrollarnos con rapidez, pero con devaluaciones?, ¿o a una estabilidad relativamente estéril? ¿Debemos ser siervos de las finanzas, o habrán éstas de obedecer los dictados de un desarrollo más positivo?

En la vida económica, nada hay que presente tan falsas apariencias como lo monetario y financiero. Tras estos fenómenos está siempre lo real, fundamentalmente los recursos, la producción, la organización y el trabajo. En una política de desarrollo, la función de la política monetaria y crediticia no es mantener un volumen dado de medio circulante o una cifra predeterminada de reserva monetaria, sino dar la fluidez necesaria a la actividad productiva y facilitar el monto necesario de inversión pública y privada. La estabilidad del circulante sin incremento de la producción y de la inversión sería un objetivo engañoso, como lo sería una reserva monetaria inflexible que obligara a frenar el crecimiento. Los verdaderos límites de la política monetaria los dan dos categorías de factores: por una parte, la elasticidad relativa del proceso productivo, y por otra, la proporción del ingreso total que se ahorra.

El primero de estos grupos de factores encierra todas las complejidades del desarrollo económico. Lo ya realizado en materia de inversión determina en gran parte la elasticidad futura del sistema, como también intervienen la estructura de la capacidad de producción y la interrelación entre los distintos sectores, cuya capacidad se ha incrementado. La absorción tecnológica, la eficiencia productiva y la escasez relativa de mano de obra son igualmente elementos determinantes. Desde este

punto de vista la función de la política monetaria y financiera debería ser la de ayudar a acentuar los puntos de flexibilidad y, es obvio, a reducir los nudos de obstrucción. Ello supone más que medidas de regulación cuantitativa, el uso de instrumentos de dirección del crédito en manos del Estado y al servicio de los planes de desarrollo. Sólo el Estado puede juzgar de las necesidades superiores de crédito para lograr las metas convenientes de desarrollo. En este orden de ideas, por ejemplo, la única manera de llevar el crédito en México a la economía agrícola en cantidad adecuada es a través de instituciones bancarias gubernamentales suficientemente dotadas de recursos.

La capacidad de ahorro de un país es la otra categoría principal de factores que deben orientar a la política monetaria interna. En principio, el ahorro pudiera parecer un factor dado e invariable. La política monetaria, se dice, no puede crear ahorros para el desarrollo. La distribución del ingreso como la que padece México supone que sólo un sector reducido de la población, el de mayores ingresos, tiene capacidad de ahorro, por lo que una política de estímulo monetario no por fuerza absorbería ese ahorro y sí, en cambio, crearía demanda adicional que, ante producción inelástica, acentuaría tendencias inflacionarias que el desarrollo lleva en sí. Pero el ahorro de las personas no es sino una parte del ahorro de la comunidad; otra, el de las empresas en su conjunto, puede ser estimulado por una política crediticia flexible y bien orientada. La formación de ahorros y la consecuente expansión industrial se ve frecuentemente estorbada por falta de acceso de las empresas al sistema bancario, lo que a su vez puede determinar una concentración del ahorro en empresas que requieran menos expansión o sean menos importantes para el desarrollo económico, pero que constituyen, al parecer, mejores sujetos de crédito. El sistema bancario y las medidas de regulación necesitan enfrentarse más positivamente a este problema, a fin de desempeñar el papel que demanda el desarrollo económico.

No está exclusivamente al alcance de la política monetaria lograr estos resultados. Es preciso que venga en su ayuda la fiscal. Un buen sistema tributario impediría muchas formas sustantivas de consumo y aun de inversión de los sectores de ingresos elevados y tendría el efecto de elevar la tasa de ahorro transformando parte del privado en público. El gasto presupuestal que se hiciera con los recursos impositivos incrementa-

dos contribuiría a corregir la distribución del ingreso y a favorecer la ampliación del mercado nacional; ayudaría a vencer las rigideces de oferta ante las cuales se inhibe la política monetaria; y permitiría, entre otras cosas, dotar de recursos suficientes a instituciones de crédito que tengan objetivos especiales que cumplir en el desarrollo económico. La política fiscal, a través de medidas tributarias adecuadas, es también capaz de influir favorablemente en el ahorro de las empresas y, en consecuencia, en la capacidad de financiamiento de la expansión industrial. Un sistema impositivo, siendo riguroso, puede a la vez ser estimulante del desarrollo y de la iniciativa.

Las consecuencias de una reforma tributaria en México serían incalculables. Aparte de los efectos benéficos a que se ha hecho referencia, permitiría hacer de la política monetaria un instrumento más eficaz; equivaldría a llenar el otro platillo de una balanza excesivamente inclinada en contra del banco central. Pero, sobre todo, haría posible dar al sector público un vigor renovado, con todo lo que significa para adentrarse en la solución de los problemas de desarrollo, cuyos términos se han venido planteando hasta aquí. Sería inclusive un medio de asegurar un mayor uso de créditos del exterior si ello se estimare necesario.

El robustecimiento del fisco mexicano, mediante reformas de conjunto, constituiría la mayor garantía de la estabilidad monetaria externa sin interrupción del desarrollo económico. Salvo una fluctuación adversa violenta y duradera de la economía internacional, el equilibrio exterior de la economía mexicana depende en forma cada día más manifiesta de la manera en que se prosiga el desarrollo económico, de la congruencia de la política que se adopte en favor de éste y de la consistencia del conjunto de medidas que la compongan. El crecimiento, como ya se ha visto, comporta grandes cambios estructurales. Si la economía interna no responde con mayor producción y productividad, la demanda se ejerce sobre el resto del mundo, es decir, sobre importaciones. La intensidad del aumento de éstas depende de la distribución del ingreso, de la política tributaria, del fomento agrícola, de la etapa de desenvolvimiento industrial del país y, en general, de la calidad de los programas de desarrollo. Hacer de éstos un conjunto de objetivos y medios compatibles entre sí es, en el fondo, la mejor defensa contra un posible desquiciamiento monetario exterior. En esas condicio-

nes, además, el respaldo que en cualquier momento fuere necesario por razón de la situación económica internacional o por cualquier fluctuación imprevista o fortuita, sería más asequible y eficaz.

Necesidad de una consideración de conjunto

ESTÁ implícito en todo lo anterior que si hemos de continuar progresando con mayor rapidez que en los años precedentes, es indispensable que reconozcamos la interdependencia de todos los diferentes aspectos del desarrollo económico. El mejoramiento de la actividad agropecuaria, la expansión industrial, la ampliación de la inversión pública y la privada, el ensanchamiento de los servicios públicos, la corrección de la distribución desigual del ingreso, la sustitución de importaciones, el fomento de la exportación y el turismo, la mejor orientación de la política monetaria y financiera, la reforma tributaria, el progreso social, son elementos y partes del desarrollo que se apoyan mutuamente, pero que no se rigen por una ley natural que por fuerza produzca armonía y resultados óptimos.

No somos, ni podremos ser, un país aislado de la economía mundial, ni está en nuestras posibilidades abstraernos de las tendencias y fluctuaciones del comercio internacional. Es ésta una variable exógena en nuestro sistema, y aun cuando pueda preverse su influencia en un momento dado, debemos estar preparados para acomodarnos a sus desplazamientos. Por lo pronto, la perspectiva de los mercados exteriores parece más bien un tanto débil. Pudiera cambiar, sea por reavivamiento de las tendencias industriales de otros países o por mayores necesidades de productos primarios de naciones que hasta ahora han participado poco en el comercio mundial, o bien porque se adopten medidas internacionales efectivas de regulación de los precios y de equilibrio de la oferta y la demanda mundiales. Pero mientras eso no ocurra, el estímulo que la economía mexicana reciba del exterior no será tan significativo como en el pasado.

Es evidente también que los cambios estructurales de nuestra economía nos han colocado en una situación nueva. La industria se ha vuelto más diversificada y compleja, y su evolución ya justifica una integración más cabal que permita reducir progresivamente la proporción que las importaciones de pro-

ductos intermedios representan en el consumo previsible de los mismos. Sólo mediante mayor coordinación del desarrollo industrial y, en los casos necesarios, con iniciativa pública, es probable que se llenen las lagunas más importantes. La agricultura, por su parte, requiere satisfacer de manera creciente la demanda industrial de sus productos y en forma más flexible las necesidades alimenticias de la población. El progreso agrícola sería a la vez uno de los instrumentos más eficaces para corregir por su base la distribución del ingreso, pero no sin que se acelere a la vez la industrialización para absorber la población rural excedente.

No estamos en México precisamente en una encrucijada, aunque sí tal vez en uno de esos recodos del camino donde no se alcanzan a recordar con toda precisión las incidencias y dificultades del recorrido anterior, ni a ver bien los peñascos que quizá estorben nuestro paso acelerado por la ruta venidera. Lo que hayamos realizado con acierto en los planteamientos y en la ejecución de nuestro desarrollo económico hasta ahora —que es sin duda mucho—, debemos hacerlo mejor; lo que, reflexionando con serenidad, consideremos que no ha sido suficiente o propio, debemos corregirlo. Seamos cautivos del futuro, no esclavos de nuestro pasado.

A P É N D I C E

Se presentan, en los cuadros que siguen, algunos de los índices estadísticos en que se apoya este trabajo.

Las fuentes principales de esta información y de otros datos que se citan en el texto son:

Producto nacional, ramas principales de la producción, inversión pública y privada, importación y exportación y turismo: elaboraciones a base de cifras del Banco de México, la Nacional Financiera, la Dirección de Economía Rural y la CEPAL.

Población y fuerza de trabajo: Dirección General de Estadística.

Importación mundial de productos primarios, 1876-80 a 1913 y 1938 a 1953: P. L. Yates, *Forty Years of Foreign Trade* (Londres, G. Allen and Unwin, 1959). Exportación mexicana de mercancías, 1879 a 1911: El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato: comercio exterior de México, 1877-1911* (México, 1960).

Producción industrial de los países desarrollados, 1938-1958: Naciones Unidas, Oficina de Estadística, *Patterns of Industrial Growth, 1938-1958* (Nueva York, 1960, Publ. Núm. 59-XVII-6).

Sector público: Comisión Mixta del Gobierno de México y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior* (México, Nacional Financiera, 1953); Banco de México, Informes anuales correspondientes a 1958 y 1959; Centro de Investigaciones Agrarias, *Los distritos de riego del Noroeste: tenencia y aprovechamiento de la tierra* (México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1957); y datos de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, la Secretaría de Obras Públicas, Petróleos Mexicanos y la Comisión Federal de Electricidad.

Distribución del ingreso: Ifigenia M. de Navarrete, *La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México* (México, Instituto de Investigaciones Económicas, Escuela Nacional de Economía).

I. Población y fuerza de trabajo En millones

Años	Población total ^a	Población económicamente activa				No agrícola	Fuerza de trabajo (15-64 años)
		Total	Hombres	Mujeres	Agrícola ^b		
1940	19,654	5,858	5,426	432	3,733	1,773	10,966
1945	22,510	—	—	—	—	—	—
1950	25,793	8,272	7,052	1,127	4,824	3,448	14,124
1955	29,080	9,313	7,979	1,334	5,076	4,237	—
1960	34,626	11,497 ^c	—	—	5,981 ^c	5,516	18,582 ^c

^a De 1930 a 1940, la población total creció a una tasa media anual de 1.7%. De 1940 a 1950 dicho crecimiento fue de 2.76% al año y de 1950 a 1960, de 2.99%.

^b La participación de la población agrícola en el total de la económicamente activa bajo de 63.7% en 1940 a 58.3 y 52.0% en 1950 y 1960, respectivamente. El dato de 1960 es una estimación.

^c Estimación.

II. Producto nacional

	1940	1945	1950	1955	1959
Producto nacional bruto (Millones de pesos, a precios de 1955) Índice: 1940 = 100)	33,096	49,308	66,444	84,000	101,472
	100	149	201	254	307

	1940	1945	1950	1955	1959
<i>Por actividades</i>					
(Indices: 1940 = 100)					
Producción agropecuaria	100	120	177	240	301
Producción industrial	100	163	218	292	362
Minería	100	106	105	120	126
Energía eléctrica	100	122	175	279	387
Petróleo	100	118	174	235	371
Construcción	100	184	219	260	325
Transporte	100	143	197	271	330

III. Comercio exterior y turismo

(Indices, 1940 = 100, a base de valores a precios constantes de 1955)

	1940	1945	1950	1955	1959
Exportaciones	100	123	159	222	263
Relación de precios del intercambio	100	124	135	121	93
Capacidad para importar generada por las exportaciones	100	153	215	267	244
Turismo	100	102	263	431	535
Importaciones	100	205	248	326	355
Destinadas al consumo	100	191	215	289	304
Destinadas a la inversión	100	223	295	379	427
Importaciones de materias primas	100	186	233	288	379 ^a
Metálicas	100	167	218	282	349 ^a
No metálicas	100	194	240	291	390 ^a

^a 1958.

IV. Inversión pública y privada

(Indices, 1940 = 100, a base de valores a precios constantes de 1955)

	1940	1945	1950	1955	1959 ^a
Inversión Total	100	217	268	316	367
Pública	100	200	298	283	319
Privada	100	230	245	341	403

^a Estimación.

V. Carreteras

	1940	1945	1950	1959
Longitud de carreteras transitables en todo tiempo.				
Kilómetros	7 196	14 058	21 239	47 820
Indice, 1940 = 100	100	195	295	665

VI. Desarrollo agrícola

	1940	1945	1950	1955	1959
Producción agropecuaria					
Indice, 1940=100	100	120	180	240	301
Producción agrícola	100	132	206	305	336
Para el mercado interno	100	131	169	227	246
Para exportación	100	143	613	1,164	1,323
Producción ganadera	100	77	81	105	131
Superficie cosechada					
Miles de Has.	5,914	6,429	8,575	10,516	12,042
Indice, 1940=100	100	109	145	178	204
Superficie de riego					
Miles de Has.	271	631	1,187	2,844*	
Indice, 1940=100	100	233	438	1,049*	

* 1957.

VII. Rendimientos agrícolas

	Promedio 1940-44	Promedio 1945-49	Promedio 1950-54	Promedio 1955-59
Rendimientos por Ha., (Índices: 1940-48 = 100)				
Algodón	100	111	133	179
Caña de azúcar	100	103	103	114
Maíz	100	113	129	139
Frijol	100	110	130	167
Trigo	100	108	127	182

VIII. *Desarrollo industrial*

	1940	1945	1950	1955	1959
Producción industrial					
Índice, 1940=100	100	163	218	292	362
Acero:					
Capacidad					
Miles de tons.	195	282	454	1,038	1,378 ^a
Índice, 1940=100	100	145	233	532	707
Producción					
Miles de tons.	146	215	333	725	1,338
Índice, 1940=100	100	147	228	497	916
Sosa cáustica:					
Capacidad					
Miles de tons	—	—	11	25	72 ^a
Índice, 1950=100	—	—	100	237	685 ^a
Producción					
Miles de tons.	—	—	5	23	39 ^a
Índice, 1950 = 100	—	—	100	425	733 ^a
Fertilizantes:					
Producción					
Miles de tons.	—	—	67	194	279 ^a
Índice, 1950 = 100	—	—	100	291	419 ^a
Refinación de petróleo:					
Capacidad diaria					
Miles de barriles	118 ^b	—	224	266	300 ^c
Índice, 1938=100.	100	—	191	226	255
Energía eléctrica:					
Capacidad instalada					
Miles de Kw.	681	720	1,290	1,930	2,740
Índice, 1940=100	100	106	186	284	403

^a 1958.

^b 1938.

^c 1960; estimación.

IX. *Distribución del ingreso personal*

A. Distribución en 1957

Ingreso medio mensual por familia	% del número total de familias	% del ingreso personal
Hasta 460 pesos	46.1	13.8
De 563 a 1,310	37.8	29.7
De 2,004 a 5,435	13.8	32.5
11,592 pesos	2.3	24.0

B. Distribución comparada, 1950 y 1957

% del número total de familias (en orden ascendente de ingreso medio)	Ingreso medio por familia (pesos de 1957)		% del ingreso personal total	
	1950	1957	1950	1957
20	Hasta 311	Hasta 304	6.1	4.4
30	De 348 a 440	De 350 a 485	13.0	11.2
30	De 504 a 788	De 632 a 1,128	21.1 ^a	23.0 ^a
20	De 989 a 12,329	De 1,658 a 11,765	59.8	61.4

Fuente I. M. de Navarrete, *op. cit.*, cuadros 11 y 12.

^a El porciento acumulado hasta este grupo inclusive es de 40.2 en 1950 y 38.6 en 1957.

X. Ingresos efectivos del sector público

Años	Gobierno Federal	Distrito Federal	Estados y Territorios	Municipios	Total ^a
Millones de pesos					
1957	8,082	810	1,285	376	10,553
1958	8,802	937	1,387	433	10,559
1959 ^b	9,322	1,027	1,523	466	12,339
Porcientos del producto nacional bruto (a precios corrientes)					
1957	7.8	0.8	1.3	0.4	10.3
1958	7.7	0.8	1.2	0.4	10.1
1959 ^b	7.6	0.8	1.3	0.4	10.1

^a Comprenden una proporción muy pequeña de ingresos duplicados, por razón de transferencias entre las distintas clases de entidades.

^b Cifras preliminares.

*Hombres de Nuestra
Estirpe*

PERSONALIDAD, OBRA Y PARADIGMA DE JUAN JOSÉ ARÉVALO

Por *Diego CORDOBA*

La política y los intelectuales

EN algunas de las repúblicas de nuestra América Latina, víctimas periódicas de la insurgencia de soberbios dictadores, parece que la democracia ya comienza a encontrar sus carriles en el juego libre de los partidos políticos, sin los cuales no puede subsistir ni consolidarse. Pero no podría decirse lo mismo de muchos de sus intelectuales, a veces renombrados hombres de letras, para quienes la política sigue siendo una especie de Casandra tentadora que les promete elevadas posiciones en la burocracia, sin los deberes y responsabilidades del ciudadano.

Procedentes, por lo común, del seno de nuestras universidades o de nuestros institutos técnicos, estos intelectuales alardosos de una estricta independencia política, con su conducta dudosa y un tanto cínica, infieren notorio mal ejemplo a los jóvenes que creen en las responsabilidades éticas de la cultura y en los principios de la democracia.

Tras la afanosa conquista de un ministerio, del gobierno de algún Estado, de una embajada o de otra alta posición oficial, dichos intelectuales se convierten en sudorosos cortesanos palaciegos o adulan desde la prensa y el discurso al jefe del Estado. Sin escrúpulos se ponen incondicionalmente a su servicio y nada les importa que, en ocasiones, el gobernante sea un dictador repudiado por el pueblo. En todo se prestan a ser sus cómplices, lo acompañan en los desacatos a la ley y al decoro de la nación y ni aun ofendidos por el autócrata en su dignidad personal, son capaces de renunciar el alto cargo que desempeñan. Peculan, se enriquecen y hasta venderían, por solidaridad con él, el destino político y económico de sus respectivos países.

Son los políticos que se consideran intachables e intocables, de tal manera que cuando el dictador cae de su pasajero poderío, a veces sin las justas sanciones del pueblo, retornan orondos a convivir en la sociedad, creyendo que han honrado a la República, y lo que han hecho es traicionarla en sus intereses y en los deberes del ciudadano. Son los intelectuales indignos que representan al pie de la letra el anverso del amargo y ya tan repetido apotegma de Bolívar: "El talento sin probidad es un azote".

¿De quién —podría preguntarse—, es la responsabilidad de esta actitud inmoral y antipatriótica de nuestros hombres de letras? Don Francisco Bulnes, el gran escritor mexicano, agudo crítico de la Revolución, escribía lo siguiente en su obra *El porvenir de las naciones latinoamericanas*: "Lo primero que debe procurar una nación que aspira a la libertad, a la honradez, al respeto universal, a un puesto decoroso en la civilización y aun en la vida, es tener y conservar a sus grandes intelectuales independientes, libres, intactos en su soberanía individual, con medios para subsistir sin necesidad de venderse a un protector, nacional o extranjero, que los deshonor".

NUESTROS pueblos, desde que asumieron su independencia política contaron con grandes intelectuales, escritores, maestros, profesionales, ciudadanos de reconocida responsabilidad que se transformaron en estadistas y no rehuían los afanes y sacrificios de la política, sino que, antes bien, la servían con patético desprendimiento. Fueron los primeros guías cívicos de sus generaciones, los que impulsaron el proceso de nuestra cultura social y se enfrentaron a poderosos intereses, enemigos de la dignidad de nuestras repúblicas soberanas, y a los infames dictadores propincuos a negociar con la patria.

No es propósito de estos comentarios acerca de los deberes de los intelectuales al servicio del Estado, hacer recuento de la vida y la obra de aquellos patricios que representaron la probidad política de nuestra América. Apenas si recordamos, a manera de ejemplos luminosos, a algunas personalidades que desempeñaron elevados cargos políticos con intachable conducta ciudadana, fueron verdaderos adalides de nuestras instituciones democráticas, de nuestra soberanía y del decoro en las letras. "Nuestra dignidad consiste en el pensamiento", ex-

presó Pascal, y con esto trazó de una vez, la línea vertical del buen ciudadano.

En el largo decurso de su existencia de nación independiente, México bien pudo enorgullecerse de muchos de sus varones preclaros en el aspecto ético a que vengo refiriéndome, como de un José María Luis Mora, cuyo pensamiento liberal resplandece hasta nuestros días y quien fue tan íntegro, como ideólogo y como ciudadano, que decidió expatriarse antes de plegarse a los halagos tentadores del partido conservador; Argentina pudo vanagloriarse de un Sarmiento, que de su largo exilio chileno y por sus sufrimientos de patriota y sus luces de civilizador, fue llamado por su pueblo a ocupar la Presidencia de la República; Venezuela, de un Cecilio Acosta, "el casto Cecilio", admirable humanista, todo candor republicano, que se negó a aceptar un ministerio al dictador Guzmán Blanco y vuelto en cólera contra él, convirtió su pluma de paloma en garra de león, y Puerto Rico, la isla todavía mártir, de un Eugenio María de Hostos, el infortunado apóstol de la independencia de sus queridas Antillas. Varios años trahumó Hostos por distintos países de América del Sur sembrando lecciones de ética y de dignidad nacionalista, hasta el grado de que en el Perú rechazó indignado los 200,000 pesos con que el contratista Mr. Meiggs, con el pretexto de que esa suma sería "para la libertad de Cuba", pretendió acallar su campaña de prensa contra la leonina concesión del Ferrocarril de Oroya; Cuba, de José Martí, su imponderable libertador, el permanente paradigma de la pureza en las letras, y Ecuador, de un Juan Montalvo, el anti-García Moreno.

Todavía, hasta mediados de siglo podíamos presentar al mundo una brillante pléyade de intelectuales al servicio del Estado, intachables en todas sus costuras. México a un Justo Sierra, el de la austera sentencia republicana: "Podré estar engañado, pero no se engañar", con lo que el esclarecido cultor y político se adelantaba al pensamiento de Ortega y Gasset: "El hombre que aparece ante los demás dedicado al ejercicio intelectual no tiene derecho a mentir"; Colombia a un Marco Fidel Suárez, el sabio e impoluto Presidente de la República, que renunció a su período constitucional sólo por una mínima y pérfida sospecha en el manejo del Tesoro; Perú, a un Manuel González Prada, gloria perdurable de sus letras y hasta su muerte insobornable rebelde contra todas las injusticias sociales; Venezuela a nuestro Rómulo Gallegos, que enalteció la

magistratura civil decidiéndose, sereno y enérgico, a ir a la cárcel o a la muerte antes que renunciar el mandato constitucional de su pueblo; Costa Rica a un García Monge, el inolvidable don Joaquín, fundador y director de *Repertorio Americano*, vida de maestro, de obrero y de santo, consagrada por más de cincuenta años a la dignificación del periodismo; Argentina a un Alfredo L. Palacios, caso insólito en la responsabilidad de la ciudadanía americana bien entendida, porque tan pronto como se entera de la epopeya revolucionaria de Fidel Castro, vuela en avión desde su país para hablar con el pueblo cubano y conocer su realidad social y política; comprueba el peligro que corre la patria de Martí ante el imperialismo fronterizo y regresa a Buenos Aires a defender con su pluma la amenazada soberanía de la isla caribense, y Guatemala a un Juan José Arévalo, ex Presidente de la República, de cuya múltiple personalidad de político, de gobernante y de maestro voy a ocuparme en este ensayo.

Noticia biográfica

EL 10 de septiembre de 1904 nace frente al mar Pacífico tan prominente guatemalteco, en el pintoresco burgo de Taxisco, en la costa sureña de su país. Hace los estudios primarios en su pueblo nativo, luego en la Capital de la República, y en la ciudad de Chiquimula. Ya adolescente entra en la Escuela Normal, obteniendo en 1922 el título de maestro y se inicia en las actividades didácticas, al mismo tiempo que estudia el bachillerato. Lo concluye y en seguida se inscribe como alumno en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde sólo puede terminar el primer año debido a las circunstancias políticas, características de la aberrante y sombría dictadura de Manuel Estrada Cabrera.

El estudiante, además del magisterio, desempeña modesto cargo en la Secretaría de Educación. Es de vivaz inteligencia, de brillante imaginación, un enamorado de las letras, y escribe artículos, versos y hasta una obrita teatral titulada *Don Chema*, en que critica graciosamente al General Orellana, sucesor de aquel dictador. Escribe también y publica un libro de texto muy práctico para enseñar a leer a los niños, y a esfuerzos de laboriosidad y de ahorros el inquieto mocetón realiza uno de sus primeros sueños juveniles: conocer Europa y en efecto visita

Holanda, Bélgica, España y decide parar un tiempo en París, que entonces era el paraíso terrenal para ilusos escritores, poetas y artistas. Recorre universidades y colegios, museos, bibliotecas, teatros y con su talento precoz y su ya seductora simpatía conquista buenas relaciones de amistad. Pero pronto se le agotan los escasos recursos económicos y regresa a Guatemala. Desembarca en Veracruz en 1926 y sube a la estúpida ciudad del Anáhuac, ansioso de conocerla. Tiene ocasión de tratar a ilustres mexicanos y sobre todo a José Vasconcelos, el poderosísimo Ministro de Educación en el gobierno del General Obregón. Vasconcelos lo invita con insistencia a que se quede en México y preste en el magisterio sus servicios a la revolución, pero el indeciso viajero lamenta no complacerlo y sigue a Guatemala, donde se entera de la confusa política del General Chacón, quien ha sucedido a Orellana, y en vez de un cargo público que le ofrecen, prefiere ser nombrado subdirector del Colegio Cervantes, instituto particular. A los pocos meses de estar ahí gana una beca y se le designa Argentina para que vaya a perfeccionar sus estudios de maestro.

Ya Arévalo tiene fuerte vocación de educador; pronto adquiere y domina nuevos conocimientos, se orienta y resuelve dedicarse exclusivamente a la Pedagogía y a la Filosofía. Es uno de los más sobresalientes alumnos de la Facultad de Humanidades en la Universidad de La Plata y tras de seis años de estudios recibe el primer título de profesor, pero el hombre culto siempre quiere saber más y continúa sus disciplinas hasta coronarlas con el doctorado en Humanidades.

El generoso concepto que tiene de la vida y sus ardientes ideales de demócrata, así como sus ya sólidos conocimientos pedagógicos, le acercan estimación y afectos y es gratisimo tertulio en los más distinguidos círculos universitarios y literarios de la gran nación del Sur, donde su tesis de doctorado *La Pedagogía de la personalidad*, ensayo original y de profundo contenido ético, se comenta y celebra. Son ya sus amigos, entre otros eminentes filósofos argentinos, Alejandro Korn, Francisco Romero, Coriolano Alberdine... , y se amista también con el sabio maestro dominicano don Pedro Henríquez Ureña, excelente ensayista y crítico de arte que está residiendo en Buenos Aires, después de haberlo hecho en México donde dejó surcos luminosos de sus revelaciones culturales.

Arévalo está ufano de su orla de doctor de filosofía y retorna a su patria, a la que ya tanto ha honrado. Retorna,

como él mismo ha escrito, "voluminoso de optimismo", resuelto a participar en la política militante y confiado en la redención de su pueblo tras la larga y espontosa tiranía en que lo habían sumido Estrada Cabrera y sus discípulos. Y al poco tiempo de su llegada, sube al poder de general Jorge Ubico, alzado ya en pequeño Napoleón tropical, pero todavía un caudillo de esperanzas para el pueblo guatemalteco, y hasta para los jóvenes que creen en él, como el mismo Arévalo. Este, sin embargo, es tratado con recelo y cuando más llega a ser oficial mayor en la Secretaría de Educación. Va a entrar poco a poco en el drama clásico y humillante del intelectual indoamericano al servicio de nuestros ignaros y soberbios dictadores, y está ya sometido a prueba. Un día el Ministro lo llama y, en tono melosamente solemne, le comunica que el señor Presidente desea que el "profesor Arévalo" pronuncie el discurso de orden con motivo del aniversario de la Independencia Nacional. No debe olvidar el panegírico del señor Presidente, ni tampoco el elogio al Ministro, y Arévalo se zafa el lazo con fina habilidad política. Pero el Ministro, al poco tiempo insiste. Ahora se trata nada menos que del cumpleaños del señor Presidente y "el profesor Arévalo" es el elegido para que ofrezca el suntuoso homenaje al topoderoso tirano. El patriota, tocado en su sensibilidad cívica, rechaza el encargo y como es una excepción en la concupiscente Guatemala de entonces, queda en cuarentena política. . .

La conjura que en 1934 se desata contra Ubico y que pudo dominar bañando en sangre a su país, predispone a Arévalo a abandonar su cargo burocrático. Lo indigna y atormenta saber que en dicha conjura han caído algunos de sus mejores compañeros de juventud y corriendo graves peligros, en octubre de 1936, logra regresar a la Argentina, convencido de que por el momento la implacable tiranía de Ubico es una fortaleza intomable.

En su periplo marítimo pasa por Puerto Limón, Cristóbal, La Guaira, Cartagena y llega a Hamburgo, y de regreso conoce Lisboa, Río de Janeiro, Montevideo y arriba a Buenos Aires, su querido Buenos Aires, donde sus viejos amigos lo acogen con afecto y le abren de nuevas las puertas de la cultura. Arévalo participa en la organización de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán, bajo la dirección de su generosísimo y sabio maestro Guagliamone, y se le nombra profesor de In-



Juan José Arévalo en 1960.



De izquierda a derecha: Juan José Arévalo, Rómulo Gallegos y Jesús Silva Herzog.

roducción a la Literatura, de Ética y de Lógica. Admitido en riguroso concurso, alcanza luego el profesorado adjunto de Ciencias de Educación de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires y, en 1941, es llamado por la recién fundada Universidad de Cuyo (Mendoza, San Luis, San Juan) para que desempeñe la Dirección Técnica de la Escuela Normal para Maestros. Con otros honrosos cargos distinguen las Universidades argentinas al pedagogo guatemalteco.

El 4 de junio de 1943 insurge en la República del Plata la revolución que afecta inmediatamente a todas las universidades, y el doctor Arévalo, que había obtenido "la ciudadanía" por merecimientos de cultura y moral cívica, no titubea ni un segundo y se asocia a la protesta de los universitarios de Mendoza. Mal visto por la dictadura militar, que más tarde hará de Juan Domingo Perón el *Deus ex machina*, sólo el decidido apoyo de aquellos universitarios ilustres lo sostiene en sus cargos, y hasta se le nombra profesor de Pedagogía y Psicología en la Universidad de Tucumán.

AL contrario de muchos de los políticos indoamericanos en el destierro, Juan José Arévalo no ha perdido el tiempo. Ha vivido lejos del mundillo de intrigas de sus compatriotas y de los ocios de la estulticia. Estudia, trabaja, escribe, crea, publica en Buenos Aires valiosos ensayos políticos, pedagógicos y de filosofía y se mantiene en correspondencia con sus amigos de Guatemala. Está pendiente del proceso democrático en todos nuestros países y una hermosa sorpresa lo salva a tiempo del callejón sin salida en que lo ha colocado la dictadura argentina.

En abril de aquel mismo año, 1943, el heroico pueblo salvadoreño derroca a su gobernante, el sanguinario y a la vez teósofo Maximiliano Hernández Martínez, quien ametralla a miles de campesinos bajo el infame pretexto de ser "comunistas", y este movimiento revolucionario se extiende a Guatemala. El pueblo también se levanta airado y en el mes de julio derroca al dictador Ubico. El día 4, en tanto el doctor Arévalo sustenta su cátedra de psicología en la Universidad de Tucumán, recibe el jubiloso mensaje del Partido Renovación Nacional de su país en que le ofrece la candidatura a la Presidencia de la República. El día 6 la acepta, renuncia en

seguida a la simbólica "ciudadanía argentina" y se dispone a la vuelta a la patria. En este corto lapso, el Frente Popular Libertador, que agrupa a todos los demócratas guatemaltecos, le reitera dicha candidatura y a mediados de agosto el maestro en el exilio parte a su país, a la trascendente aventura política. Pero antes, como elocuente testimonio de los servicios que ha prestado a la noble nación del Sur, recibe el siguiente mensaje de los estudiantes universitarios de Tucumán. "Al profesor Juan José Arévalo: Hombre cuya vida regida por principios que hacen honor a América y a la humanidad, no desmentidos en momentos decisivos para la cultura y su destino, nos alienta y reconforta. Sus alumnos, con la promesa de imitarlo en la lucha por la reivindicación de la Patria Argentina: Tucumán, 3 de agosto de 1944".

El escritor y el unionista

JUAN JOSÉ ARÉVALO es un gran escritor político y, hoy, el líder máximo de la soñada unión centroamericana, que para él "no es un mito: es una posibilidad a corto plazo".

En sus excelentes *Escritos filosóficos y pedagógicos*, en sus *Escritos políticos y discursos presidenciales*, en *Istmania: Tierras del Istmo* y en tantos valiosos ensayos, en estilo varonil, claro, preciso, a veces elegantísimo, estudia y analiza, desde planos superiores de investigación histórica y de crítica social, los problemas políticos y económicos de Guatemala y del Istmo, sin olvidar los de la cultura que también atañen a los demás países de la América Latina. No es posible en este modesto ensayo, limitado a la generosa hospitalidad de *Cuadernos Americanos*, realizar una exégesis ni una revisión completas del pensamiento político del maestro y filósofo guatemalteco, por lo que sólo pondré de resalto lo más fundamental y vívido de su obra en lo que respecta a educación y unionismo centroamericanos, que han sido y son sus dos constantes preocupaciones.

La desintegración de lo que después de la colonia constituyó las Provincias Unidas de América Central, suscita en Arévalo una exposición que en todo coincide con las mismas causas históricas que provocaron también la tripartición de la Gran Colombia. "Los celos regionales, casi lugareños, de las zonas distantes que miraban con desagrado el predominio del Estado y de la ciudad de Guatemala —escribe el historiogra-

fo— sembraron la idea del separatismo, explotados con fortuna por caudillos inferiores. Por otra parte las guerras intestinas habían socavado la armonía y la unidad nacional y los Estados empezaron a proclamar su independencia, consumándose el doloroso desmembramiento, que acabó con la gran nación centroamericana, para dejar cinco pequeñas repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica”.

“El primer Estado que se independizó fue Nicaragua, que lo hizo en abril de 1838 (si bien la República sólo fue normalmente fundada en 1854). Honduras siguió su ejemplo en octubre del mismo año, y Costa Rica en noviembre siguiente. Guatemala se declaró independiente en abril de 1839, pero la República sólo se fundó en 1847. El Salvador, último Estado sobreviviente, se constituyó en República en enero de 1841. Más tarde, la joven República de Panamá, independizada de Colombia, en 1904, se suma por su situación al grupo de países de la América Central, si bien la construcción del gran canal interoceánico le ha dado caracteres jurídicos, económicos y sociales un tanto diversos de los de las restantes Repúblicas del Istmo”.

“Desde aquel momento —continúa Arévalo— cambió fundamentalmente el panorama social de los pequeños países. Reducidos a un territorio estrecho, limitadas al mínimo sus posibilidades económicas, perdida su jerarquía política ante el resto del Continente, fortalecido sin medida el poder ejecutivo en desmedro de los otros poderes públicos y confundida lamentablemente la función política con la profesión militar, la vida interna asumió caracteres distintos: los países cayeron en un apagamiento de la vida cívica, cultural y económica”.

“De ahí nacieron, los Estados ‘islas’. La nación centroamericana devorada por frecuentes y espantosas guerras intestinas, poco o ningún tiempo tuvo para organizar su vida jurídica y económica, y para superar el deplorable nivel cultural que heredó de la colonia. Dividida en cinco Repúblicas, las guerras continuaron entre Estado y Estado y las revoluciones se convirtieron en la ocupación preferida de los habitantes del Istmo. Es de imaginarse que en estas condiciones, la riqueza pública y la atención oficial y popular no podían ponerse con tranquilidad y eficacia al servicio de la educación del pueblo y del desarrollo del comercio, la industria y las artes. El único beneficio notable que esta ruptura de la Federación ha traído, es, quizás, el de que por ella ha desaparecido el gran desnivel

que en todos los órdenes de la vida existía entre Guatemala y los restantes Estados. Ha habido cierta 'búsqueda de nivel', quizás no logrado por algunos Estados, pero que parece enorme beneficio para todo el Istmo. En nuestros días hay hasta una superioridad de Costa Rica sobre Guatemala, particularmente en lo que se refiere a la estructura étnica de la nación y a las prácticas democráticas de sus habitantes. Y El Salvador desarrolla una vida agrícola e industrial en pleno florecimiento".

Obsérvese que el político guatemalteco, entero en su pasión de unionista y sin mezquindades propias de ignorantes y absurdos regionalismos, concibe una patria grande centroamericana, como la concibió Bolívar para América del Sur, una patria que sólo podrá alcanzar la unidad política, económica y cultural, dentro de las normas de la educación y la democracia. Así se comprende que reconozca y valore en Costa Rica el ejemplo a seguir por las demás repúblicas istmeñas. En una carta, datada en octubre de 1937, desde La Plata, Arévalo le decía a su amigo el profesor Salvador Umaña, de San José, lo siguiente:

Considero a Costa Rica como el único jirón de la patria grande donde se ha guarecido la cultura, el decoro cívico, el respeto público, la democracia honesta, valores estos que andan deshechos cuando no corrompidos o negados en las cuatro restantes porciones de un país que fue grande y que volverá a serlo muy pronto. Particularmente la educación pública ha venido a rodar por el suelo, ahora que se ha descubierto en ella un poderoso instrumento para avasallar las conciencias y disciplinar el servilismo congénito de las masas infantiles. En otros años la labor de la escuela era de más nobleza y de más lustre: limpiar las almas de los niños y orientar la adolescencia hacia la personalidad. Ahora parece que el menester educativo, en esta nueva era media que se incia debe proponerse domesticar los espíritus y encomendarles la adoración a un César. Costa Rica—agrega— se ha salvado de muchas desgracias, al parecer endémicas del trópico. Su educación pública es un modelo.

Arévalo recorre la historia del fracaso de la Federación Centroamericana, desde que la fundó, en 1840, el insigne libertador y mártir Francisco Morazán hasta que desapareció en 1848, y culpa de este acontecimiento político a los viejos par-

tidos: el conservador y el liberal, que actuaron desde la Independencia. El primero, apegado sacramentalmente a los dogmas de la colonia, y el otro, amante de las nuevas ideas y en torno de la pugna habida entre ambos partidos, en la que agonizó, por fin, la Federación. Arévalo, en 1944, habiendo ya aceptado su candidatura a la Presidencia de la República, da el golpe de gracia a los partidos tradicionales de Guatemala con este sensato comentario: "El conservatismo y el liberalismo son doctrinas que en América florecieron y murieron en el siglo XIX. El conservatismo fue la doctrina política de los guatemaltecos de 1822 que recibieron gratis la independencia y que por eso mismo, conservando al propio Gabino Gainza, instauraron una República o un remedo de República, en la que lo fundamental era la conservación de los modos españoles de vida, de pensamiento, de organización y de trato con el indígena. Este conservatismo de lo español, empezó a quebrarse con Mariano Gálvez y consiguió ser debilitado con Justo Rufino Barrios y Miguel García Granados. Así, al llegar al poder las ideas liberales en 1871, entró en liquidación aquel sistema neocolonizante de 1821 y comenzó a proyectarse una liberación nacional, una auténtica independencia guatemalteca que pudo triunfar de haber contado el movimiento liberal con hombres más o menos sanos en lo moral y más firmes en sus convicciones políticas. Pero el liberalismo de 1871 fue sólo doctrina, fue simplemente esa doctrina de la emancipación nacional frente a los sistemas del coloniaje. En la práctica, desgraciadamente, el liberalismo fue ya desde entonces y sigue siendo hasta hace pocos días, un disfrazado sistema de coloniaje en que con palabras bonitas y retórica ampulosa se aplicaban los mismos métodos de gobierno de coloniaje y el conservatismo de 1860".

Para Arévalo, Guatemala entró al siglo XX como un conglomerado social y una estructura estatal sin contenido político. . . "No ha sido liberal ni conservadora. Para llamarse liberal bastaba pronunciar un discurso el 30 de junio al pie de la estatua de Justo Rufino Barrios, repitiendo el mismo vocabulario altisonante del siglo pasado. Para llamar a uno conservador bastaba llevar el apellido Aycinena o que se le viera concurrir a misa los domingos. Y ésto explica porqué Guatemala ha vivido en todo el siglo XX, exceptuando algunos 'recreos' fugaces, bajo la plena dictadura, aislada del mundo mo-

derno, censurados la correspondencia, el ingreso de libros y revistas y la visita de personalidades americanas y europeas. Hemos vivido en el corazón de América —añade el patriota— como si estuviésemos en el corazón de África. . . De ahí que seamos el único país de América en donde se sigue creyendo que el liberalismo es algo vivo y que el conservatismo es un peligro”.

El apasionado unionista que es Arévalo comprende la necesidad de encontrar el camino para que las cinco pequeñas Repúblicas hermanas progresen social y económicamente, puedan desatarse los lazos del coloniaje imperialista y sacudirse para siempre a los tiranos; y se entrega a luchar por la democracia en Guatemala, y hasta concibe un socialismo basado en una filosofía que eleva espiritualmente la vida y al hombre. Como estadista de visión de maestro quiere que el guatemalteco lea, se eduque, se supere, se personalice y se haga un ciudadano completo, conscientemente digno, y como el guatemalteco los demás centroamericanos. Esa ha sido y seguirá siendo su tarea de reformador social. En 1936, cuando Ubico se afinaba aún más en los férreos estribos de la dictadura, Arévalo escribió en la Argentina su interesantísimo ensayo *Las Cuatro Raíces del Servilismo*, que en 1945 publicó en Guatemala —tremenda catilinaria montalvina contra el régimen corruptor de aquel déspota— y el cual dedica a la juventud de Guatemala “para que tenga conciencia —le dice— de una de las más funestas taras de la sociedad y procure en lo futuro preservar a nuestra nación de vergonzosas recaídas”.

No vamos a analizar aquí este ensayo de estupenda audacia en el campo de la psicología y de irrefutable pragmática pedagógica. Baste insertar lo que el propio maestro se pregunta y se contesta:

¿En qué orden de fenómenos podríamos ubicar el servilismo para investigar su esencia? Parecería un fenómeno puramente ético, pero toda ética descansa en un basamento ideológico y las ideologías no se explican cabalmente sino cuando se conoce la atmósfera psicológica que las alimenta. Pero también sabemos ya, por disputa secular, que no hay psicología sin amparo biológico, por donde podemos también suponer que el servilismo no sea una zona vertical sino algo transversal en la esfera del espíritu.

No puede florecer el servilismo—agrega—sin una biología raquítica. El servilismo es flor marchita de una naturaleza enteca. El servilismo es, por eso, actitud de adultos, de personas que ya se dieron cuenta perfecta de su incapacidad orgánica. La juventud no es nunca servil. Ella cree en la absoluta potencia de sus capacidades. La juventud es un producto de vigor y por eso es un vigor. Pero cuando del joven empieza a brotar el adulto, arrastrado por los nexos inexorables que crea la vida social, entonces brota la primera duda en forma de tímido análisis. Si el resultado de este análisis arroja el dato de un déficit orgánico, entonces el varón se siente un poco femenino, el adulto un poco niño, la personalidad un poco incompleta y el sujeto, así desvalido, empieza a buscar un amparo en el amplio mar sin puerto que es para él el servilismo.

El servilismo, por eso, es substancia biológica, es decir, merma de biología. Antes que cobarde, el servil es incapaz. Lo que en la hembra 'entregarse al amado' significa cumplir una función natural, en el servil ese entregamiento implica una prostitución de la esencia varonil. Hay, pues, en el servilismo un dramático fondo de renunciamiento al propio sexo. El servilismo es legítima inversión sexual.

Eran entonces los años de los grandes y pequeños dictadores, fascistas o nazistas. En Europa aparecen los Mussolini y los Hitler, son los maestros, y en América los Ubicos, los Trujillo, los Somoza. Su tesis filosófico-política Arévalo la aplicaba al déspota guatemalteco, pero con el propósito de estremecer la conciencia agónica de su pueblo; y decía: "El caudillo es un varón a quien se 'supone' capaz para la cosa pública, pero que en realidad sólo es capaz para enamorar hombres". Y considerando al servilismo como enfermedad social y problema de intersicología, le señala sus cuatro raíces: la biología, la sicología, la erótica y la estimativa.

De su agudo ensayo dice el mismo Arévalo:

Sicología quisimos hacer y sicología creemos haber hecho. Sicología entre persona y persona, sicología de grupos, es decir, intersicología. Ya sabemos que los temas psicológicos son inagotables; no pretendemos haber dejado exhausto el nuestro. Pero sí creemos haber puesto los alfileres primeros, indispensables para marcar las proporciones, los límites, las raíces mayores de esa flor spuria del espíritu humano, razón y causa de todos los

imperios, de todas las matanzas, de todas las violaciones, que la historia censura para orgullo de nadie y enseñanza de los futuros césares. Las masas arrastradas por las bajas pasiones. La guerra como doctrina de salvación. La mutua humillación, la desconfianza mutua como conducta internacional.

Esta tesis arevalista, que tiene antecedentes en escritores latinoamericanos que se preocuparon por nuestra moral cívica, y en cada uno de nuestros países combatieron a dictadores, tiranos y gobernantes afectos al servilismo, hace ya siglos afloraba en el rectorado humanístico del filósofo francés E. de Boetie, quien en su famoso "Discurso de la Servidumbre Voluntaria" exclamaba indignado:

Pero Dios mío, ¿qué puede ser? ¿Cómo decimos que se llama? ¿Qué desgracia es o qué vicio, o, más bien, qué desgraciado vicio es este de ver a un número infinito de hombres no obedecer, sino servir; no ser gobernados, sino tiranizados no teniendo bienes, parientes, ni hijos, ni la misma vida que sea de ellos? Sufrir el pillaje, las concupiscencias, las crueldades, los asesinatos, no de un ejército, no de una banda de bárbaros contra el cual podrían derramar su sangre y dejar la vida, sino de uno solo, y no de un Hércules o de un Sansón, sino de un homúnculo, y, con frecuencia del más vil y afeminado de la nación; no acostumbrado al polvo de las batallas y ni siquiera, a duras penas, a la arena de los torneos, que no puede por su escasa fuerza mandar a los hombres, sino además incapaz totalmente de servir virilmente a la más pequeña mujercilla.

Las cuatro raíces del servilismo, tan valiente estudio de psicología política, al ser publicado en Guatemala produjo en toda Centroamérica justa excitación en el pueblo y bajo el influjo moral del Presidente Arévalo, el Congreso de la Nación —no estoy bien seguro— creo que discutió o aprobó una resolución declarando al servilismo delito público.

En toda su obra de escritor político, tanto antes como después de haber sido Presidente de Guatemala, conmueve, sobre todo, en Arévalo su pasión por la unidad centroamericana y su empeño en llevar la cultura al pueblo. Por eso en su estudio *Marco social de la educación en nuestra América*, publicado en 1939, en Tucumán, ya recomendaba a estadistas y maestros de escuela no olvidar "que país de cultura centralizada quiere

decir país desgarnecido, expuesto a desmembramientos futuros en perjuicio de la unidad nacional y en beneficio de naciones espiritualmente más vigorosas y previsoras". E insiste en que Centroamérica no hallará solución a sus problemas vitales en tanto se mantenga subdividida como hasta hoy. En 1945, en otro importantísimo ensayo suyo: *Istmania; Tierras del Istmo*, publicado en Buenos Aires, escribe:

De manos de España pasamos a manos de Inglaterra y de manos de Inglaterra a manos de los yanquis. En las tierras del Istmo, los blancos no hemos sabido nunca lo que es la independencia.

El reformador piensa entonces en una sola, posible y definitiva solución para transformar el estamento social, la evolución colectiva de los países centroamericanos. Considera que existen dos tipos de organización social: la monoestructura y la poliestructura. Los países que se desarrollan dentro del primer sistema giran solamente en torno de la Administración Pública y de esta omnipresencia en su vida general se deriva la hegemonía del Poder Ejecutivo, que Arévalo llama "el gigantismo del Poder Ejecutivo", y por tanto recomienda organizar a las repúblicas del Istmo, de acuerdo con el sistema poliestructural, en el que los diversos y numerosos organismos y estamentos que lo integrasen funcionarían con una máximum de autonomía pero concurriendo todos a un mismo fin: el engrandecimiento de la patria.

La escuela es la llave mágica que abriría ese nuevo destino a dichos países monoestructurados y desde luego atrasados. Pero la escuela que efectivamente llegue al pueblo, no sólo a las ciudades. Según el educador, lo que tácita y universalmente se entiende por cultura, es uno de los órdenes que más se han resentido en Guatemala por la agitada vida política y militar del Istmo y por la ruptura de la Federación. No entiende Arévalo por cultura "la existencia de personalidades insignes que llevan una vida heroica y se encierran insularmente en su biblioteca, en su laboratorio, en los archivos, o en su propio espíritu, para pensar y obrar en franco divorcio con el medio hasta producir creaciones dignas de nuestra admiración, pero puestas al servicio de ideales personales elegidos con grosero olvido de las necesidades y aspiraciones colectivas"; ni "la apa-

rición casual de individuos geniales, espíritus escogidos por el destino, que sin conexión estrecha con el ambiente cultivan y hacen prosperar las ciencias, la historia, la filosofía, el arte'. Él sólo entiende por cultura —sin ánimo de presentar posturas definitivas— "la espontánea y pareja floración de los sentimientos populares que llegan en su libre poder genésico hasta desembocar en formas artísticas de claros tintes colectivos y de evidente filiación nacional; la espontánea y pareja formación intelectual de las masas que en lento ascenso consiguen superar a sus antecesores individuales y colectivos; la espontánea y pareja actividad de las familias, de los grupos, de los centros de educación popular y de los educadores de toda especie, que en concurso fervoroso vuelven sus ojos a las jóvenes generaciones para hacerlas partícipes de los bienes espirituales de que goza ya la colectividad, iniciándolas en su propia actividad creadora; la espontánea y pareja actividad de los centros de cultura superior (las universidades entre ellos) que sin más contralor que su propia tradición, su alta jerarquía moral y espiritual y la calidad de sus dirigentes y servidores, están llamados a recoger, depurar, conservar, revisar, renovar, crear y difundir los más puros bienes de la nacionalidad". El ilustre maestro acepta por cultura "cierta atmósfera de dignidad colectiva, material y espiritual, que no aparece como obra de un trabajador individual, no está al servicio de ningún gobierno, no es patrimonio de ninguna clase social ni está, por eso mismo, supeditada a las alternativas del acaso político o económico". En síntesis, cree en lo que la filosofía moderna llama "cultura humana".

Con estas premisas admite a la cultura como fuerza social en marcha, anterior, superior, posterior al individuo como fuerza social que sirve de base y de fondo a todas las contribuciones individuales, y cuya trayectoria se reconoce como una perpetua elevación del nivel en la vida de los pueblos. Y declara sin reticencias que en este sentido "la cultura en América Central no ha logrado todavía llegar al nivel alcanzado en otras regiones de la América Latina".

El abandono de su viejo sistema monoestructural, una cultura que podríamos llamar popularizada y la unidad política y económica deben formar el asiento para que las naciones del Istmo logren su avance en la democracia. "Convertido el Istmo de nuevo en una gran República —expresa el sociólogo— sus

países habrán cancelado automáticamente el gigantismo del Ejecutivo, y salvados así los mayores obstáculos, el pueblo se hallará en espléndidas condiciones para sedimentar su experiencia y realizar por sí mismo su programa cultural".

Con amor de patriota y energía de reformador socialista, habla el doctor Arévalo de sus pueblos centroamericanos, "bellos, dulces, hospitalarios y *los más unidos de América*", como escribió Porfirio Barba Jacob, el grande e inolvidable poeta colombiano, que vivió en ellos y tanto los quiso. Y al concluir su estudio, convencido de las calidades espirituales indispensables para el resurgimiento colectivo de los países del Istmo, el estadista —nos dice— transformado en poeta mayor:

En sus masas populares hay vetas de nobleza moral que pueden ser cultivadas por generaciones libres de toda tutela; perduran las mejores virtudes caballerescas que la hidalguía española dejó como herencia al continente; hay un profundo apego a la tierra y una voluntad de trabajo que conmueven; vibra en el ánimo de las masas cierta sensibilidad que no ha logrado todavía su cabal expresión artística; se adivina en todos los momentos un fondo de religiosidad que se nutre en el embrujo de los paisajes y se exalta en el espanto de las catástrofes volcánicas. Las razas aborígenes exhiben una infinita paciencia y una ingenua bondad que pueden ser convertidas en fértiles colaboradoras para cualquier programa de resurgimiento. Todos esos finísimos elementos se hallan diseminados en las sociedades que pueblan las tierras del Istmo. Pero no habrá cultura superior posible, no habrá resurgimiento espiritual que empuje, mientras no se reconstruya la federación política. Esta federación, necesidad imperativa del pueblo centroamericano, acabará automáticamente con los caudillos todopoderosos, con las individualidades egoístas y voraces que ponen a su servicio la riqueza pública, con los gobernantes rústicos que carecen de inquietudes espirituales y gravitan torpemente hasta en las vidas privadas. No habrá cultura superior posible mientras los órganos propios de elevación espiritual (la escuela, el magisterio, la imprenta, la universidad, etcétera) no gocen de una efectiva autonomía que los ponga en condiciones de actuar en exclusivo servicio de la nación, sin humillaciones impuestas por los gobiernos, sin vejaciones provenientes de un capricho individual.

El gobernante y el maestro

CONOCÍ, en 1946, al Dr. Juan José Arévalo, quien ya desde el 15 de marzo del 45, había tomado posesión de la Presidencia Constitucional de su país. El gobierno revolucionario de Venezuela, presidido por Rómulo Betancourt, me había acreditado ante él, en el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, y entonces tuve la feliz suerte de amistar con el gran Presidente de Guatemala y de ver de cerca su obra de magistrado civil.

Cuando llegué a desempeñar aquel honroso cargo, todavía en los círculos más importantes de la vida guatemalteca se comentaba con entusiasmo el estupendo discurso en que Arévalo, al tomar posesión de la Presidencia, había hablado al país. Era una voz nueva, austera, valerosa, prometedora de la transformación social de Guatemala, que estaba en mora con la democracia, como él mismo dijera en aquel discurso.

El Presidente había expuesto un programa de gobierno auténticamente revolucionario, con ancho espíritu constructivo y humano, y lo llevaba al hecho con precisos golpes de inteligencia política y al ritmo de su permeada sensibilidad social. Comenzó por instaurar, lo que él llamara en dicho discurso "el período de simpatía con el hombre que trabaja en los campos, en los talleres, en los cuarteles, en las industrias, en el comercio" y equiparó al hombre con el hombre. "Despojó al guatemalteco de su antiguo miedo culpable a las ideas generosas y agregó la justicia y la felicidad al orden, convencido de que nada sirve el orden a base de injusticia y humillación. Revaloró cívica y legalmente a sus compatriotas y todo pudo hacerlo de común acuerdo, sin violencias, ni mezquindades ni prejuicios", tal como debe ser el gobierno de un maestro.

Así Arévalo emprende una magna proeza política en una pequeña nación, de economía pobre, yugulada secularmente por los poderes del feudo, de la espada y la clerecía, tatuada en los hondones por las infamantes cicatrices de la última tiranía, la tremenda y añosa de Ubico, que, por fin, había terminado en octubre de 1944; y con extraordinaria responsabilidad de reformador auspicia y garantiza la libertad de pensamiento y de reunión, la libre organización de los obreros y sanciona un justiciero Código del Trabajo, acontecimientos éstos que, desde que era República, no había conocido el pueblo de Guatemala; siembra la letra en las masas analfabetas;

facilita a la mujer los mismos derechos civiles que al hombre; extirpa el cáncer de los bárbaros caciquismos que tanto había formentado Ubico; moderniza y democratiza al ejército; respeta la independencia absoluta del Poder Judicial, y, en efecto, al iniciar su régimen, manda cortar los hilos telefónicos de la Presidencia, por donde el autócrata sometía a sus intereses y caprichos la majestad de la Justicia y une así el latido de su pueblo a la marcha de la revolución en el poder.

Educador por vocación y patriotismo, hace construir las espléndidas Escuelas Federación con moderno y humano contenido pedagógico; da carácter autónomo y ecuménico a la Universidad de San Carlos y crea numerosas becas para que jóvenes guatemaltecos vayan a perfeccionar sus estudios en otros países. Plena de firmeza democrática, de decoro y de fraternidad interamericana la política exterior de su gobierno. Como amigo de México, abre la etapa más fructífera y más cordial que haya existido en las relaciones políticas, culturales y económicas entre los dos países hermanos y fronterizos, y con integridad de estadista forjado en las pasiones fecundas de la democracia, niégase a reconocer al régimen espúrio del somozismo en Nicaragua y, más tarde, el del tortuoso Generalísimo de la República Dominicana dictaduras que aún hacen de sus respectivos países feudos heredados. Con esa actitud, tan suya, Arévalo se adelantaba a la tesis uruguayovenezolana que ya se halla en estudio y pronto tendrá que discutirse o aprobarse en lo Organización de los Estados Americanos y declara en importantísimo documento:

Los gobiernos han tenido la costumbre de discutir el reconocimiento o no reconocimiento de un gobierno emanado de un golpe de fuerza, violatorio del orden constitucional, pero no se han puesto a pensar en que las farsas electorales constituyen el peor tipo de golpe de Estado que un gobierno puede asestar a la libre voluntad del pueblo. No debemos inmiscuirnos en la vida interna de los países amigos, por graves que sean los hechos. Todos los pueblos tienen una hora improrrogable en que resuelven por sí mismos las situaciones extremas. Pero los gobiernos americanos, juramentados en la defensa de la democracia, no estamos obligados a otorgar nuestra amistad a gobiernos que en esta América han trocado las formas republicanas por las formas monárquicas.

Además, Guatemala, por primera vez en su historia política, vio en su Palacio de Gobierno a un Presidente que repartía tierra al campesinado y se enfrentaba sin miedo a las seculares extorsiones extranjeras del capitalismo imperialista. El petróleo —¿Qué va a hacer usted con el petróleo?, le pregunta un embajador norteamericano. Y él le responde:—El petróleo es de los guatemaltecos.

Política grande, política de humana democracia, no cabía otra política en el pensamiento y en la acción de un maestro como Arévalo. Sin demagogias convulsivas ni mítines prefabricados y con plena fe en su obra, en poco tiempo logró transformar el ámbito social de la nación, así como la sicología del guatemalteco, dándoles personalidad cívica y escuela de superación política. Espiritualiza a su pueblo. Lo arma de esperanza y de confianza en sí mismo. Para otros vanidosos gobernantes indoamericanos, mercaderes de patria, dejaba el atuendo material de las recepciones palaciegas y el urbano espectáculo faraónico de las costosas obras públicas, liquidadas al precio vil de la entrega de la riqueza nacional. "No hay unión más difícil que la del espíritu y la acción —escribió Maurois. La acción sin el espíritu no es humana". Y a esta filosofía política se entregó Arévalo. Llegó a más el civilizador: convirtió en ciudadanos al militar y al campesino, al potentado y al obrero y despertó en todos el orgullo de ser guatemaltecos, de decir: soy guatemalteco, el amor al trabajo y a la creación.

Apegado a la ley y forjador de una cultura, dio majestad a la República, respetó las tradiciones heroicas y respetó las letras. Trató al ejército como a un cuerpo necesario, imprescindible para la defensa de las instituciones democráticas y la soberanía nacional, no como apoyo irrestricto de dictadores, y lo que no logró Joaquín Costa que entendiera su pueblo español, ni entienden muchos de nuestros pueblos influidos todavía por la vieja herencia castrense y clerical que les legó la Madre Patria, Arévalo se lo hizo entender al pueblo guatemalteco, porque el honor y la seguridad de la nación "no se halla en manos de los soldados, sino que están en las manos de los que aran la tierra, cavan la viña y plantan el naranjo; en las de los que pastorean la cabaña, arrancan el mineral y forjan el hierro; de los que equipan la nave, tejen el algodón y conducen el tren; de los que represan la lluvia y construyen los puentes; de los que estampan los libros y acaban la ciencia; están

en lo que hacen los hombres y los ciudadanos educando a la niñez".

Pero lo más alto en la conducta de quien fue gran Presidente Civil de Guatemala ha sido un íntegro respeto a la moral pública. Después de la campaña electoral, realizada libremente en 1951, entrega el poder a su sucesor, el coronel Jacobo Arbenz, y sin ambiciones personales ni complejos de caudillo o de "hombre necesario", sale del Palacio de Gobierno como un simple ciudadano. Viaja por varios países. Visita México y es agasajado por amigos y admiradores. Luego va a América del Sur a reanudar sus lecciones de educador de pueblos. Y cuando en 1954, inconfesables intereses políticos y económicos, nacionales y extranjeros, dirigidos desde la Casa Blanca derrocan al régimen constitucional de Arbenz, acusado de *comunista*, el ex Presidente Arévalo vuelve al exilio y en pobreza diáfana, como toda su vida de maestro y de gobernante, se dedica de nuevo a su devoción de enseñar. Es profesor de Filosofía y de Pedagogía en Montevideo, luego en Santiago de Chile y actualmente en Caracas, en la Universidad Central de Venezuela. Y como rotunda protesta contra aquel atentado imperialista a las instituciones republicanas de su país, publica tres libros de combate: *Guatemala, la democracia y el imperio*, con prólogo del escritor costarricense profesor Vicente Sáenz (1954), *Fábula del tiburón y las sardinas* (1956) y *Antikomunismo en América Latina* (1959), que forman la trilogía en que se admira la posición política de un Arévalo de dimensión continental, decidido antiimperialista defensor de nuestra América y de nuestra democracia; trilogía en que comprueba cada una de sus acusaciones con citas y estadísticas que no admiten réplica.

A PESAR de su obra de civilizador y de su honestidad en el manejo del erario público, las fuerzas conservadoras de Guatemala, las fuerzas vivas, que yo siempre he llamado las fuerzas muertas, han sido y son los poderosos enemigos del doctor Arévalo. En 1949 corporaciones del ejército en comandita con el clero y con la United Fruit Company, por enésima vez, se levantaban contra la democracia que aquel Presidente había dado a Guatemala sin haber derramado una sola gota de sangre. Los jefes y oficiales de la conjura habían sido predilectos servidores del dictador Ubico, algunos, hasta favorecidos por la

noBLEza política del doctor Arévalo. Se peleó en los cuarteles, en las casas, en las calles de la aterrada capital chapina. Hubo muchos muertos y heridos y la reacción armada llegó hasta sitiar el Palacio de Gobierno.

Gravísima situación para un profesor universitario, para un filósofo de la paz, de la concordia, de la cultura. Sin embargo, el Presidente Arévalo no se amedrentó. Hizo de su sede oficial una fortaleza y él mismo, acompañado de su guardia de honor y de algunos oficiales, funcionarios y amigos fieles, tomó el fusil o la ametralladora, decidido a vencer a la barbarie o a morir frente a ella. La lucha encarnizada se prolongó desde el 18 hasta el 20 de julio siendo bombardeado el palacio por aviones importados de los Estados Unidos del Norte. Temíase el final de la democracia en Guatemala. Y el pueblo inerte nada podía hacer por salvar a su Presidente, pero éste resistió hasta el heroísmo, seguro de dominar a los traidores, y lo logró. Daba así a nuestra América un recio ejemplo cívico de la responsabilidad de un verdadero Presidente Constitucional. . . Conservo al respecto un testimonio importante acerca de aquellos sucesos. Mi inolvidable y cultísimo amigo, el doctor Carlos Da Silveira y Martín Ramos —ya difunto—, entonces Ministro Plenipotenciario del Brasil en Guatemala a poco de dominada la conjura, me escribía en carta histórica:

Yo me encontraba en esos momentos en el Palacio de Gobierno gestionando asuntos de mi Cancillería y tuve necesidad de hablar con el Presidente, por lo que me tocó presenciar la defensa que éste hizo de su gobierno. Yo lo vi, sin perder ni un instante su majestad ni su buen humor, convertirse en un 'general' y saqué de esta coyuntura la lección de que cuando un gobernante se siente responsable de su pueblo hay que matarlo para que rinda la bandera. . . En mi ya larga carrera de diplomático esta inesperada presencia mía al lado del Presidente de Guatemala, la considero como la más honrosa peripecia que me haya deparado el destino. . . Arévalo, querido amigo, tiene tanta personalidad que no cabe en Guatemala ni en Centroamérica.

Hombre ponderado y de suma prestancia, no obstante ser un gigantón, como nuestros samanes tropicales, el doctor Arévalo —estoy casi seguro de ello— ignora que tiene corazón de niño. Recuerdo que una tarde encontrábame en ciertas ges-

tiones diplomáticas cerca de la Cancillería guatemalteca, cuando de pronto observé que del hermoso parque que se halla situado frente a dicha Cancillería, dos agentes policiales eran retirados violentamente de su guardia. ¿Qué ocurriría? Era que los energúmenos, horrendas reliquias del ubiquismo, no permitían que varios niños patinaran por dicho parque, y el Presidente, que desde uno de los balcones del Palacio de Gobierno, había visto indignado la odiosa escena, como si fuera un paternal maestro de primeras letras, había dado aquella orden contra los policías, al mismo tiempo que hacía llegar a su presencia a los azorados niños, a quienes recibió con cariño y en tono sonriente les dijo:

—Sepan ustedes que no estamos en los tiempos de Ubico. Ese parque es de ustedes, para que jueguen, corran, patinen, destrocen.

La vuelta a Bolívar

Los enemigos políticos y los opositores ideológicos de Arévalo lo acusan de comunista, sobre todo en Centroamérica y en los Estados Unidos del Norte, y yo me pregunto: —¿Podría ser comunista el político que ha destacado como uno de los más fieles intérpretes y seguidores del pensamiento americano de Bolívar, a quien precisamente no pocos voceros de la cultura soviética, seguidores de Carlos Marx, han negado su obra de libertador y de unionista? ¿Podría ser comunista el gobernante que públicamente ha señalado que los dos primeros enemigos de la democracia son el nazismo y el comunismo, y hasta declarado que "los comunistas organizados en partidos políticos sin lograr hacerle ningún beneficio concreto a los trabajadores americanos, pueden sí llegar a perjudicarlos"? No, Arévalo es un anticolonialista, un antiimperialista insobornable, de alas abiertas hacia toda nuestra América explotada por el capitalismo extranjero, antes y después de haberse formado en Repúblicas, y que él considera su patria grande. Un nacionalista profundamente demócrata, de sentido humano y universal. Como escribió mi inolvidable compatriota, el notable ensayista Mario Briceño Iragorry, que fue líder del nacionalismo en Venezuela:

Defender la integridad de la casa, los muros de la ciudad, los linderos de la Patria, no constituye negación del valor ecumé-

nico de hombre. Con tal defensa se intenta apenas determinar distritos precisos al derecho de los hombres, de las familias, de los pueblos, de las repúblicas. El problema de la universalidad entraña una paradoja. No se pueden sumar para la realidad unitiva de las naciones sino pueblos enteros. Sumar repúblicas, colonias y factorías es tanto como sumar gatos y ratones. Mientras más igualmente pujantes sean las voces de los socios, mayor equilibrio habrá en sus determinaciones. Mientras más enteros sean los pueblos que concurren a la anfictionía de las naciones, más seguro será el buen éxito de los acuerdos. Lo que quiebra la armonía son las diferencias engendradas por la mala distribución de la justicia. Las naciones tienen, como las sociedades comunes, un orden de derechos. Jamás se ha mirado correcta la actitud del vecino poderoso que se meta a juro en nuestro predio para lucrar con nuestras siembras. Por demás insolente y vejatorio se considera aquel derecho de pernada de que se dijeron titulados los fieros señores feudales.

Entre los pueblos existe, aunque incumplido, un orden que indica a cada cual lo que es suyo. Es simplemente lo que se busca en la relación del pequeño con el grande. Si el más alto quiere tener bien cubiertos los pies, labre en el día la larga manta y no intente desnudar al vecino indefenso. Nacionalista se llama la actitud de quien defiende su manta y procura mantener en el orden internacional la digna posición que asegura su categoría de nación independiente, a la patria de que es hijo. Ese nacionalismo sin agresión ni chovinismo tiene comienzo en la casa, en el pueblo, en la región. . . Ese fue el nacionalismo americano de nuestros libertadores: Hidalgo, Morelos, San Martín, Juárez, Martí, Bolívar. . . , la expresión más concreta de nuestra tan combatida democracia, que es y será siempre distinta a la de la vieja y hoy repartida Europa y a la de los Estados Unidos del Norte. Y es, sobre las bases de esta democracia nuestra que Arévalo es un nacionalista centroamericano.

Recuerdo que cuando, el 20 de febrero de 1947, en mi carácter de Representante Diplomático de Venezuela, imponía al entonces Presidente de Guatemala, la Condecoración de la Orden del Libertador, le expresé lo siguiente: "En uno de vuestros discursos, en que os referíais a los problemas de América, habéis dicho que hay que volver a Bolívar", y al hablar de la democracia, díjele: "tengo plena fe en ella, porque he podido

comprobar que la democracia es el único poder político que ha hecho permanente y ascendente la grandeza de las naciones, elevando el nivel de vida económica y cultural de sus mayorías, garantizando y haciendo respetar los legítimos derechos de los ciudadanos y repartiendo por igual todas las oportunidades en la lucha por la existencia. Este sistema, que tanto analizó el Libertador, es la única fuerza creadora en política que puede favorecer nuestra ansiada unidad de pueblos y extirpar de raíz en nosotros mismos, que tenemos idéntico origen, los complejos de inferioridad, que anulan la acción autónoma de las naciones débiles en sus conflictos con las naciones poderosas"; y ya, al concluir mi discurso, agregué: "Con la íntima satisfacción de un demócrata sincero, que en 1942 rehusó la representación diplomática de Venezuela ante la dictadura (de Ubico) que oprimía entonces al digno pueblo de Guatemala, vengo a cumplir la honrosísima y gratisísima misión de imponer el Collar de la Orden del Libertador. . . , no sólo como testimonio elocuente de respeto al gran amigo de mi país y de su actual revolución libertadora, sino también al culto, honesto y progresista Presidente de Guatemala que con fervorosa eficiencia de civilizador, está haciendo de su bella patria limpio espejo de democracia. . . Hay una circunstancia que debo poner de resalto: es ésta la primera vez que un gobierno de Venezuela confiere tal galardón a un Presidente guatemalteco".

El magistrado, al contestar mi discurso, entre nobles y atrevidos conceptos americanistas, definió así su posición bolivariana:

Fue en oportunidad en que vino a Guatemala el Excelentísimo Presidente de Chile, el 7 de noviembre de 1945, cuando pronuncié la frase afortunada que os gusta recordar y que tanto eco tuvo en los países del Caribe: *Se impone en América la vuelta a Bolívar*. . . Pero aquella no fue sólo una frase. El Gobierno de Guatemala, este Gobierno, cree en Bolívar y cumple fielmente los mandatos del Libertador. Para nosotros, las fronteras son conceptos políticos y no realidades físicas. Las fronteras dentro del ideal bolivariano, sólo son pretextos para distribuirnos la empresa americana de dignificar al hombre americano. Por estos motivos, este Gobierno ha vuelto a abrir el tema grandioso de la federación de Centroamérica, para suprimir fronteras inventadas en el siglo XIX por caudillos lugareños, que se creían superiores a la patria. Por estos motivos, este Gobierno se hace presente

en cualquier punto de América... Por lealtad a Bolívar, este Gobierno postula la doctrina moral de que en América no pueden perdurar colonias europeas. Por esta lealtad a Bolívar, nuestros militares se convirtieron en libertadores y protectores de las masas populares... y no estaremos tranquilos hasta que no se instale nuevamente en Panamá el Congreso concebido por Bolívar para defensa de los bienes comunes y para impulsar la lucha por nuestra independencia que empezó el 806 con Miranda y no ha terminado todavía.

Vuestras palabras de fe en una democracia con profundo sentido social y económico, indican que también los venezolanos viven en esta hora bajo el signo de Bolívar, que analizó y ejerció la democracia, iluminándola con su espada libertadora y con su palabra de filósofo. Este ancho anhelo de justicia social que mencionais como nota similar en nuestras dos revoluciones, es un anhelo bolivariano: es la fe bolivariana en la potencia creadora del pueblo...

Creo con vuestra excelencia que Venezuela está viviendo la hora más culminante de su historia política, después de aquella en que la sangre venezolana se derramó generosa desde el Orinoco hasta Ayacucho y por muchos años. Concorre Venezuela en estos momentos, a restaurar la democracia continental, americana, en horas de pelea social contra las supervivencias del coloniaje. Concorre Venezuela con el caudal del talento de sus hijos, a formar la nueva estructura continental americana, cuya fisonomía no ha de ser más que americana y nada más que democrática. Nada más que democrática, porque repugnan a la índole social americana las *izquierdas europeas* de sentido e impulso destructores y vengativos y las *derechas coloniales* de espíritu mercantil y procedimientos esclavistas. Y nada más que americana, porque repugna a la índole moral de este Continente la existencia de territorios usufructuados como colonias por potencias de ultramar.

Han transcurrido más de 13 años de este discurso de Arévalo y él prosigue en la guardia bolivariana. No se ha apagado su voluntad de trabajar, día a día, por nuestra unidad política, cultural y económica. No ha interrumpido su honesta rectoría de maestro de América, y en sus últimos libros de combate contra el imperialismo y en sus conferencias de exaltación a la democracia, ha definido, aún más, su posición de federalista centroamericano integral, por donde —contra lo que

predican sus enemigos— no podría pensarse en que los problemas, los conflictos y el futuro de nuestros pueblos, tengan para él otra jurisdicción que la que les demarcan la propia geografía, la historia y la cultura común. De ahí que en la Conferencia de Cancilleres, reunida en Río de Janeiro, en 1947, el representante diplomático de Guatemala resumiera en esta forma la política internacional del entonces Presidente Arévalo: "Sostenemos la tesis de que los problemas de América deben resolverse con voluntad y pensamiento americanos. Inoficioso resultaría resaltar aquí las enormes diferencias que hay entre la vida de otros continentes y el nuestro, que, por fortuna, ha sabido sustraerse a sus odios tenebrosos y a sus ambiciones de dominio. Sin menoscabar nuestra autoridad conferida a los organismos de las Naciones Unidas, podemos resolver en familia nuestros problemas regionales. Si por empecinamiento especial no pudiésemos hacerlo así, siempre quedan los organismos mundiales con la autoridad conferida en tratados especiales, y, en particular, en la Carta de las Naciones Unidas".

Esa política internacional de Arévalo desde la Presidencia de Guatemala, es la misma política que asume hoy en el largo destierro y que asumirá seguramente en caso de volver a gobernar a su país. Es la misma política, la misma doctrina de Bolívar.

Aventura del Pensamiento

FILOSOFÍA Y DERECHO*

Por *Antonio GÓMEZ ROBLEDO*

DEL diuturno silencio en que había estado, en lo tocante al magisterio, ha venido a eximirme la elección que de mi persona os habéis dignado hacer para ocupar, en vuestra egregia compañía, la cátedra más alta del país. Con temor y temblor entro en este selecto cónclave que la prudencia política del Presidente Ávila Camacho erigió entre nosotros para dispensar al pueblo mexicano aquello de que ha menester tanto como del pan y la luz, o sea la ciencia y la sabiduría.

Es sin duda la mayor distinción que puede recibir todo aquel que ha vivido y amado la vida intelectual; todo aquel para el cual es el espíritu la realidad última y la instancia suprema. No podría decir nada más para encarecer el honor y la responsabilidad que de vuestro sufragio he recibido, y cuyo sentimiento fue tan vivo en mí al recibir la noticia de mi designación en aquel Río de Enero, como lo impone decirlo así la memoria veneranda de Alfonso Reyes.

El ajetreo en que he andado últimamente en servicio de la República, como humilde colaborador en el generoso designio de nuestro Gobierno de preservar la paz americana, me ha disuadido de presentarme esta vez ante vosotros con un tema que pudiera dignamente ofrecer a vuestra ilustrada consideración, sino sencillamente —y acaso sea la forma más espontánea de la gratitud— con una desnuda mostración de mí mismo; con una efusiva confesión y profesión de lo que pretendo que sea, en los pocos o muchos años que me depare aún la Providencia, mi cátedra en el Colegio Nacional.

De derecho y filosofía me habéis visto ocuparme, alternativa o simultáneamente, en el decurso de mi vida, y no han faltado por cierto los críticos benévolos (de los otros no quiero acordarme, porque la salud espiritual está en razón directa de

* Discurso de ingreso a El Colegio Nacional pronunciado por su autor el 7 de noviembre de 1960.

la capacidad de olvido) que no han dejado de preguntarme en qué voy a acabar o por qué voy a decidirme al fin. A esto pudiera responder por lo pronto que según queda consignado en aquel célebre diálogo platonizante del maestro Antonio Caso, la jurisprudencia y la filosofía son dos nobles hermanas, y en el dominio del espíritu, que yo sepa, no rige venturosamente la ley de la monogamia. El mayor peligro que se corre cuando se quiere ser fiel a una vocación ambivalente, es el de no llegar a ser lo que hoy se llama un *scholar* ni en uno ni en otro campo; pero en un país como el nuestro, no ciertamente subdesarrollado, pero tampoco superdesarrollado culturalmente, importa más, creo yo, que el mismo individuo, si puede hacerlo y le nace del alma, se proyecte para fecundar territorios dispares del pensamiento y de la acción, antes que dejar tras de sí esas obras del especialista que de pronto parecen definitivas, pero que en pocos años más —y a veces es mucho decir— habrán sido superadas cuando no arrumbadas. Con aquello, en cambio, con la dilatación del ánimo a todos los horizontes de la vocación, se habrá lanzado a todos los vientos la semilla que un día germinará en campos que de otra suerte habrían quedado yermos.

Buen ejemplo, me parece, de estas vocaciones fluviales, son los tres últimos claros difuntos del Colegio Nacional: difuntos en el sentido prístino del término, del que ha cumplido con su deber hasta el fin. José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, por más que la fama de los tres haya traspasado con justo título nuestras fronteras, ninguno de ellos fue precisamente un héroe del especialismo, sino que iluminaron por igual, a su modo cada uno, lo universal y lo mexicano, lo clásico y lo actual, la política, la literatura y la filosofía. Fueron grandes mexicanos no sólo por lo que de México en concreto intuyeron y revelaron, sino porque dilataron la conciencia nacional para hacerla cada día más receptiva de todo lo que en la historia nos ha dejado la creación humana.

Evoco sus sombras ilustres no por un deber protocolar, ni apenas por el sentimiento de gratitud que guardo a algunos de entre ellos, sino porque de ellos me siento hermano en el ideal de vida que estoy procurando delinear. Como nuestros maestros los griegos, de ellos y de mí, he amado con igual pasión la idea en su pureza arquetípica y en su concreción histórica y vital; y así he ido, alternativa o simultáneamente, con-

templando la idea y trabajando por su realización, según lo han permitido mis capacidades y la buena o mala suerte, esta *tyche* de que tanto aprecio hacían los antiguos, sin excluir al supuesto racionalista que fue Aristóteles. De aquí, en suma, la aparente dualidad, sustentada en una unidad radical, de mis labores filosóficas y jurídicas, pues si la filosofía es ante todo una contemplación, una *theoria* (y no una *praxis*, como lo cree el materialismo dialéctico) el derecho por su parte es la realización en el Estado de dos ideas supremas, una en superlativo relativo, la otra en superlativo absoluto, que son la idea de la justicia y la Idea del Bien.

No faltará quien diga que apenas la primera, la idea de justicia, tiene que ver con el derecho; pero la verdad es que por sí sola no es sino un esquema formal cuyo contenido le viene de los valores vigentes en cada comunidad, que el legislador acata y realiza, o según el término augusto consagrado en el libro VI de la *República*, de la Idea del Bien.

Permitidme que me detenga por unos instantes en la ponderación de cosas tan antiguas, pero que aquí y ahora considero absolutamente indispensables para declarar cabalmente cómo entiendo yo el papel del filósofo en la ciudad y el imperativo axiológico a que tampoco puede sustraerse el jurista, y cómo uno y otro oficio han tenido para mí el mismo apremio, en una inescindible síntesis vital.

Sobre el sentido preciso que pueda tener en Platón la Idea del Bien, se ha especulado y continuará especulándose hasta el infinito; pero lo cierto es, con apego estricto a los textos, que tiene ella una posición absolutamente señera y preeminente. No es una esencia ejemplar de nada en concreto, pero está "por encima de toda esencia en poder y majestad", pues del Bien reciben todos los objetos reales o posibles su inteligibilidad, su existencia y su esencia (*Rep.* 509 b). Es, prosigue diciendo el filósofo, como el sol del mundo inteligible, del cual a su vez depende de todo en todo el mundo sensible; y la comparación quiere decir más para un antiguo que para un moderno, como quiera que para aquellos hombres el sol es no sólo agente de visión, sino agente principal de vida y crecimiento, en concurrencia inmediata con el progenitor específico. "El hombre es engendrado por el hombre y el sol", dirá aún Aristóteles, por donde el Bien resulta ser, en conclusión, principio, vida y sentido de todas las cosas. "Et erant valde bona", había escrito

por su parte el autor del Génesis, en maravillosa coincidencia con el texto platónico.

Esta sublime intuición, la más alta tal vez en la historia universal de la filosofía, ha arrebatado a todos cuantos han podido asomarse a estas páginas, generación tras generación, revelándoles un mundo en que el valor tiene absoluta primacía sobre el ente (¿qué otra cosa, en efecto, es el Bien sino la síntesis suprema del ser y del valor y de todos los valores?); un mundo, dicho en términos más llanos, que no está allí dado de una vez por todas, cosificado y hermético, sino apenas como el ámbito ofrecido ilimitadamente a la proyección del espíritu, a la realización de esencias y valores percibidos en la intuición espiritual. Y por esto el entusiasmo se dispara con igual energía, como le ocurrió exactamente a Platón, a la acción y a la contemplación.

No es una casualidad, en efecto, que la revelación de la Idea del Bien se contenga precisamente en los libros de la República, en la primera teoría del Estado y de la educación que conoció la humanidad, y en la cual, con todo lo inactual o utópico que pueda haber en ella, continúa abrevándose hasta hoy el pensamiento político. Tan lejos está de haber sido un azar esta colocación, que por el contrario tenemos allí la clave del arte político, pues la primera condición que exige Platón en el gobernante es que por la larga y penosa educación que remata en la dialéctica —una dialéctica en la que entra tanto, o acaso más, el *eros* como el *logos*, como está patente en el *Banquete*— haya alguna vez podido clavar el "ojo del alma", de hito en hito, en la Idea del Bien.

Esta no menos excelsa concepción del hombre y del Estado ha sido, lo sabéis demasiado bien, burdamente ironizada, como si al hablar del filósofo-rey o del rey-filósofo hubiera abogado Platón por el gobierno de los filósofos en el sentido de la especialización libresca, o más prosaicamente aún, por el gobierno de los profesores. Y lo peor fue que el propio Aristóteles, llevado del prurito polémico contra su maestro, llegó a lanzar aquel donaire de mal gusto al preguntarse en qué le ayudaría al general, para ganar la batalla, el haber contemplado la Idea del Bien. Este fue un mal momento de Aristóteles, un empequeñecimiento malévolo de la concepción sublime. Porque Platón no despreció jamás la inteligencia técnica, antes por el contrario hizo largo acopio de las artes y ciencias de todo gé-

nero que han de concurrir en la formación del hombre de Estado; pero por encima de todas ellas, y para hacerlas servir a lo que deben servir, que es el bienestar humano, colocaba la visión inteligente y amorosa de los valores rectores de la conducta humana, en lo personal, en lo familiar, en lo político, y la voluntad inquebrantable de hacerlos prevalecer sobre toda otra consideración de poder o de estrategia, y esto y nada más era lo que estaba implícito en la intuición erótica del Bien.

Yo me pregunto ahora si el mundo no andaría mejor, no el mundo de la antigüedad clásica, sino este mundo de hoy en que estamos viviendo, si los responsables de sus destinos —y tanto más cuanto mayor es el poder que han llegado a concentrar en sus manos— pudieran intuir lúcidamente —y comunicar esta intuición a las masas—, ideales de vida verdaderamente altos y genuinos; si pudieran apelar más a la inteligencia y al corazón, en lugar de colocar simplemente dispositivos de emergencia, como si a una ideología y a una pasión que amenazan cada día más con desbordarse por el orbe entero, pudiera oponerse otro reparo eficaz fuera de la idea y del espontáneo entusiasmo de la voluntad.

¿No está allí, por ventura, la raíz última de la crisis por que atraviesa la democracia occidental, o como decía Aristóteles con insuperable propiedad, el gobierno y la comunidad de los hombres libres? Una democracia auténtica, cualesquiera que sean sus otras configuraciones accidentales, vive solo y en tanto que gobernantes y gobernados perciben y aman por igual los mismos ideales de vida, y mientras esta comunión espiritual se mantenga, importan poco todas las demás contrariedades y reveses. La democracia ateniense, por ejemplo, era aún perfecta y sólida, pese a la derrota militar, cuando sus ciudadanos iban asintiendo quietamente, en su pensamiento y en su corazón, porque lo percibían y lo compartían, a lo que les iba diciendo Pericles ante la tumba de los caídos; y por esto podían volver, como acaba la oración inmortal, tranquilamente a sus casas, porque no habían aceptado con la derrota el ideal espartano del despliegue unilateral de la virtud humana en la sola dirección de la fortaleza, sino que mantenían enhiesto el ideal del desarrollo armonioso de toda la energía espiritual, o como lo decía allí mismo Pericles, el "filosofar sin molicie". Cuando, por el contrario, como ocurrió al término de la Primera Guerra Mundial, y así en Oriente como en Occidente, los hombres acaban por cegarse a la intuición de la libertad, de

una libertad creadora y positiva, vienen a caer en los regímenes de fuerza y a no pedir, como en la leyenda del Gran Inquisidor, sino cadenas y pan.

Mucho tienen que hacer, por tanto, en este mundo de hoy, desgarrado y convulso, ni más ni menos que en aquellos tiempos, estos contemplativos amantes de la libertad, la paz, la justicia y la sabiduría. Deben ser vigías, atalayas o faros para mantener fija la vista del piloto en las constelaciones axiológicas que han de presidir su derrotero. "No corresponde a los científicos, a los expertos, a los especialistas y a los técnicos —ha escrito Jacques Maritain— sino a los filósofos, procurar la justificación racional y la elucidación de la carta democrática". En el mundo de los principios, sin el régimen de los cuales los fines no podrán ser sino desastrosos, el filósofo ocupa la misma posición que el estadista en el orden práctico; y Platón, una vez más, luchó toda su vida o porque coincidieran en el mismo sujeto, o porque al menos se entendieran entre sí, los dos tipos humanos más altos que concibió él, y nosotros después de él, y que son el filósofo y el político.

"El espíritu es el arquitecto del Estado y de la sociedad". La frase no ha perdido nada de su frescura desde que por primera vez la profirió Aristóteles. Para el bien y para el mal lo ha sido invariablemente. Detrás de cualquier forma de Estado, aun de las aberrantes y las monstruosas, ha estado siempre una filosofía: tan cierto es que las ideas, quiérase o no, gobiernan el mundo. De aquí la simbiosis íntima que puede y debe existir entre política y filosofía; entre la teoría y la práctica, una y otra en su más alto momento. El bien, mientras más universal, más divino: en estos o parecidos términos solían expresarse en la España del Siglo de Oro. Pero el bien más universal es el que puede procurarse al hombre en la sociedad perfecta, como se decía entonces también, que es el Estado; y consecuentemente, no puede estar divorciada la procura de este bien de la dirección de la inteligencia, de los principios intuidos por ella al volverse a su horizonte más propio, que es el de lo universalmente válido.

Yo no diría, por lo demás, que este humanismo activo y beligerante, al servicio de la comunidad nacional y de la comunidad internacional, sea diferente del humanismo clásico, por lo menos en su apogeo. El teoretismo puro, el apoliticismo, aparecen apenas en épocas de decadencia, en ciertas filosofías, como el estoicismo, que si tuvieron el mérito de enalte-

cer la idea de humanidad, son en el fondo una deserción del deber ciudadano. Pero en las épocas por excelencia creadoras no fue así, y justamente los estudios más recientes sobre aquellos filósofos han puesto en claro, a lo que me parece, que la motivación práctica es anterior y condicionante de la actitud teórica, y que cosas tan aparentemente etéreas como la teoría de las ideas, la reminiscencia y todo lo demás, nacieron de la urgencia vital de encontrar un paradigma invariable para la realización perfecta de la justicia en la ciudad.

Si humanismo puede llamarse a todo movimiento o doctrina propugnadora del desarrollo integral del hombre, este es un humanismo de la más pura ley: un humanismo militante, como solía decir Alfonso Reyes; un humanismo al servicio de la justicia, de la libertad y de la democracia. Si remonta a aquellas fuentes venerables, si no omite esfuerzo alguno para imbuirse profundamente en aquellas lenguas y aquella literatura, es porque allí está todavía un minero inexhausto e inexhaustible de inspiración para el pensamiento y de energía para la voluntad, pero no para quedarse allí, en la que Ortega denominó tan admirablemente la beatería griega, sino para efundirse luego, con fuerza original, hacia todos los requerimientos de nuestro tiempo. Es un humanismo que se traduce en política, en el sentido más alto de la expresión: política sin miramientos, política nacional y política internacional.

No es éste, como lo estáis viendo, ni un humanismo anacrónico ni un humanismo que desprecie a la ciencia, indispensable al progreso humano como saber de dominio sobre la naturaleza. Pero que sea el hombre como tal, de dónde viene y a dónde va, no puede decirlo la ciencia, sino ese saber último que opera con sus propios medios, en el que intervienen tanto la inteligencia como el sentimiento, y al que tradicionalmente se ha llamado sabiduría. Y si por algo he abogado en mis escritos filosóficos, ha sido por la colaboración armónica entre ciencia y sabiduría, pues de otra suerte la ciencia usurparía una función que no le corresponde, y la metafísica por su parte, ignorante del progreso científico—como lo fue la escolástica en sus peores momentos—no sería sino un discurso en el vacío.

He ahí, en suma, lo que milita en primera fila en la campaña que algunos obstinados continuamos librando por la enseñanza de las humanidades clásicas en el ciclo de la educación, y con la flexibilidad o temperamento que mitiguen o vi-

goricen su aprendizaje, según haya de ser la profesión final del alumno. No es para entender los ergotismos de la Escuela, ni menos aún, ¿precisará decirlo?, como artículo de sacristía, sino para la formación integral del ciudadano en el Estado democrático. De la Ciudad Antigua venimos, nos plazca o nos desplazca; y si no hay en todo momento entre nosotros un grupo de hombres que puedan verla —como la veía Fustel de Coulanges al escribir sobre ella— con la visión más directa que pueda ser, con la que sólo dan su lengua y su literatura sin intermediarios; si esta visión, una vez más, llega a perderse, habremos perdido también e irremediamente la imagen hasta hoy mejor plasmada del hombre en la libertad, dueño de sí mismo y de su ciudad; de aquello, en fin, que está muy por encima de todo otro progreso o rendimiento técnico.

Es una convicción que tengo hace muchos años, y que se fortaleció más aún en mí durante la Segunda Guerra Mundial, cuando todos admiramos, en aquel año sombrío del 40 al 41, la heroica y solitaria resistencia de Inglaterra, por la cual se salvó, en su hora más crítica, la civilización occidental. No voy, naturalmente, a tener la pretensión de decir que haya sido el factor decisivo, pero no se me ha salido jamás de la cabeza que algo tenía que ver, en aquella voluntad resuelta de morir antes de capitular, el temple y la mentalidad de los egresados de Oxford o de Eton, los grandes centros humanísticos de la nación que actualmente marcha a la cabeza del mundo en el cultivo de las humanidades clásicas. En aquel solaz aparentemente inútil, entre textos griegos y latinos asimilados con lentitud y profundidad en la nebulosa quietud oxoniense, con los recuerdos de Pericles o de Mucio Scévola que se tornaban para ellos tan vívidos en la inactualidad de la arquitectura gótica por la que transitaban, percibieron aquellos hombres que la vida sin la libertad no tiene valor alguno, y que, como decía Valerio Máximo, era preferible ser pobres y perderlo todo con tal que la patria siguiera siendo próspera: "Malebant esse pauperes in diviti imperio. . ." Y aquella actitud la mantuvieron, en el diluvio de fuego de aquel año terrible, sin constricción alguna, antes respetando la libre opción de quienes no quisieron tomar las armas; y por último, apenas consumada la victoria, decretaron, como los atenienses antiguos, el dorado ostracismo político de quien los había llevado al triunfo, simplemente porque la comunidad había menester de otros dirigentes al advenir la paz.

Hoy ha ido aquella nación perdiendo fuera de ella cuanto debía perder: todo lo que en justicia no le pertenecía; pero ha tenido el talento de liquidar su imperio agrupando a sus antiguos dominios, hoy Estados soberanos, en la Comunidad Británica de Naciones, la más perfecta expresión jurídica y política, como decía Ortega y Gasset, después del Imperio Romano. Han podido hacerlo porque ha habido siempre entre ellos una clase, una selección de hombres formados en las *litterae humaniores*, para los cuales continúa siendo la persuasión racional el modo propio del gobierno, y el equilibrio interior más importante que la dominación.

Pero quizá no sea necesario ir tan lejos, pues entre nosotros mismos podría tal vez observarse otro tanto. Pienso sobre todo en la generación de la Reforma, la más republicana —con toda la reciedumbre romana de este término— de cuantas han pasado por México; la que mayor devoción tuvo por la cosa pública y mayor olvido del interés privado; la que más que otra alguna puede ostentar héroes del civismo puro, en nada inferiores a aquellos otros: Bruto, Catón, Cincinato, Régulo. A todos ellos los llevaba consigo Juárez, gran lector de Cicerón y bien formado en humanidades clásicas; y creo que no costaría gran trabajo el documentarlo también en los otros claros varones que con aquél fueron el paradigma hasta hoy insuperado de la civilidad mexicana.

No faltará quienes objeten la ilación de causa a efecto —en la cual, además no puede haber evidencia apodíctica— en los ejemplos que acabo de poner. Pero sea cual fuere su valor, lo que me parece para nosotros de importancia vital, en conclusión, es que no nos cerremos el acceso directo a una cultura que nos legó, como su fruto más espléndido, la más concertada representación del hombre, el despliegue completo de su energía espiritual, pero bajo la regulación de la sabiduría y la ley como expresión de la libertad.

Permitidme ahora, para concluir, que discurra un poco sobre la experiencia interior que determinó a su vez mi vocación de internacionalista, el aspecto de mi actividad práctica, como la filosofía lo ha sido el de mi actividad teórica.

A la lectura y meditación de Platón y Aristóteles vino a sumarse, en las horas de mayor embeleso de mi juventud, la de Francisco de Vitoria y Hugo Grocio: estos cuatro nombres creo que resumen las mayores influencias que he recibido en

mi vida. Reafirmaron los dos últimos mi vocación de jurista, sólo que no orientada ya hacia cuestiones de servidumbre y medianería, de las cuales el mismo Cicerón, con ser tan abogado, decía no casar mucho con su temperamento, sino hacia la justicia que no reconoce términos ni fronteras, por darse simplemente, como decía Grocio, en el género humano. Pero al propio tiempo, el derecho internacional ha tenido para mí otro encanto singular, y que consiste en que al practicarlo activamente, como lo he hecho por tantos años, el destinatario inmediato y último de mi actividad ha sido simplemente México, y la justicia a que he servido es la justicia de México, su soberanía y su prestigio más allá de sus límites espaciales por sobre todo el haz de la tierra. Aunáronse de este modo en mí, como para los griegos también, lo más universal y lo más entrañable, el culto de las ideas y el amor de la ciudad, y mis éxtasis eidéticos pararon en definitiva —si se me aprieta, como lo dije al principio, a parar en algo— en el servicio de mi patria. En algo de todo esto pensaba cuando en nombre del señor Presidente López Mateos tomé posesión de mi embajada bajo la Cruz del Sur: en que las embajadas helénicas, las extraordinarias por lo menos, las que iban a los juegos olímpicos, que eran los congresos internacionales de entonces, se designaban también con el nombre de *teorías*, y que el embajador, ni más ni menos que el filósofo, se llamaba también el *theorós*, el contemplador de la realidad que dejaba y de la otra realidad a que se encaminaba, a fin de trasladar una y otra fielmente, de su patria al extranjero y del extranjero a su patria, y que la amistad, la *philia*, como se decía entonces, pudiera nacer y medrar en beneficio recíproco de una y otra nación.

La lucha por la justicia es la misma razón de ser del derecho; aquello sin lo cual no valdría la pena ser jurista —o llamarse jurista, mejor dicho— simplemente para orquestar sumisamente los temas del poder arbitrario. Ahora bien, esta suprema dimensión del derecho —arte de lo bueno y de lo justo, como continúa siendo desde la inmortal definición de Celso— se me reveló sobre todo en el derecho internacional, y cabalmente cuando me di cuenta de que había surgido al calor y bajo el estímulo de la más bella, de la más espectacular lucha por la justicia que jamás se haya librado, la más patética además para nosotros los mexicanos. Adrede y reiteradamente me estoy sirviendo del término escogido por Lewis Hanke para titular uno de sus mejores libros; porque para el historiador

norteamericano, como para mí también, la *struggle for justice* por antonomasia, la lucha por la justicia en su mayor momento, fue la emprendida por el pensamiento liberal español y europeo: Vives, Vitoria, Santo Tomás Moro, para reivindicar la libertad nativa de los indígenas americanos, su dominio y soberanía sobre sus tierras, frente a la pretensión injusta del conquistador. Que los españoles por el solo hecho de haber descubierto a los indios, no tenían mayor derecho a su dominación del que habrían tenido los indios en la situación inversa, si hubiesen sido éstos los descubridores de Europa, fue lo que Vitoria afirmó tranquilamente, con estas propias palabras: *non plus quam si illi invenissent nos*. A propósito de mexicanos y españoles, y no de los actuales, sino del siglo XVI, quedaba de esta suerte afirmado el principio de la igualdad jurídica de los Estados, sea cual fuere su heterogeneidad de poder, cultura o cualquier otra, y consecuentemente, como hoy se reconoce con unanimidad absoluta, quedaba también fundado el derecho internacional.

Cuando leí las Relecciones de Vitoria, con el comentario de Barcia Trelles y con el otro comentario vivo de don Toribio Esquivel Obregón en su inolvidable cátedra de Historia del Derecho Patrio, comprendí que mi vocación de internacionalista estaba fijada para el resto de mi vida. Por fin veía el derecho, allá por el cuarto año de la carrera, bajo una perspectiva distinta de las argucias procesales al servicio de intereses privados; lo veía esta vez, por el contrario, como fuerza espiritual al servicio de la justicia de mi patria y de la paz del mundo, como un orden normativo de proyecciones radiantes e infinitas. Su misma imperfección técnica, en contraste sobre todo con el derecho civil, contribuía a hacérmelo más seductor, porque entraba en él, para apreciar las situaciones y configurar concretamente principios muy generales, todo el rico contenido de la política, la historia y la filosofía. Si alguna vez pude sentir, como diría Radbruch, la estética del derecho, fue entonces. Y así lo amé y lo he cultivado con la misma devoción que la filosofía, ni he sentido jamás, como no lo sintieron, que yo sepa, Vitoria o Grocio, que riñan entre sí, ni siquiera que discorden. "Porque todas las artes o disciplinas que se refieren a la cultura espiritual del hombre (*ad humanitatem*, dice el texto), tiene un vínculo común y están unidas entre sí como con cierto parentesco". Son palabras tomadas

del gran manifiesto humanista que es la oración ciceroniana *pro Archia*.

Es un amor que ha ido creciendo en mí con las experiencias que hemos vivido todos en los últimos años, porque hoy vuelve el derecho internacional—ha vuelto ya, mejor dicho— a aquel humanismo de que estuvo transido en su primer origen, cuando surgió como amparo y protección de los pueblos oprimidos. Vinieron luego épocas, es verdad, en que el derecho de gentes fue en gran parte un instrumental técnico al servicio de las potencias colonialistas, y el Estado, su único sujeto, un absoluto. De la última guerra, sin embargo, y como la reacción salvadora contra la barbarie nazifascista, viene el movimiento avasallador de la promoción de los derechos humanos, y el hombre, por ende, elevado a la condición de sujeto de derecho de gentes: no son ya especulaciones doctrinarias, sino realizaciones espléndidas del derecho positivo y afán cotidiano de las grandes organizaciones mundiales y regionales. Por lo mismo, y como lo demuestra abundantemente la riquísima literatura actual sobre derechos humanos, nunca como ahora fue necesario conocer al hombre para poder darle su estatuto jurídico universal; nunca como ahora ha tenido tanta vigencia y trascendencia el mandamiento socrático: "conócete a ti mismo"; nunca fue tan fuerte y tan profundo el ligamen entre antropología y política, entre filosofía y derecho. De aquí el interés apasionante del derecho internacional en el mundo moderno; mucho mayor, incomparablemente, que en aquella venturosamente superada era hegeliana de divinización y, por lo mismo, deshumanización del Estado.

Me ha parecido conveniente traer brevemente a colación mi especialidad jurídica en derecho internacional, porque me propongo consagrar a estos asuntos buena parte de mis cursos. Las humanidades en general: derecho, historia, filosofía, están servidas eminentemente por distinguidos miembros de esta corporación, pero falta aún tal vez, por lo menos con carácter más o menos sistemático, una cátedra sobre problemas internacionales, sobre aquellos, en especial, que mayormente afectan al interés nacional. Ahora bien, la formación de una conciencia internacional, y más cuando pensamos en el desarrollo que ha adquirido en otros países, es algo que en México está apenas en sus primordios, y es además una necesidad de urgencia impostergable. Por la destacada posición que con justicia ocupa nuestro país en el mundo, nuestras relaciones internacionales,

así en la diplomacia bilateral como en las grandes organizaciones mundiales y regionales, son cada día más intensas y complejas, y el mexicano necesita tener de ello la información más cabal que sea posible. No puede por más tiempo ignorar lo que por lejano que parezca estar en el espacio, es capaz en cualquier momento de afectar gravemente al destino nacional.

Estas han sido, en suma, a todo lo largo de mi vida, mis vivencias, mis maestros, mis "voces", como diría Juana de Arco: todo lo que en mí ha resonado y que quisiera devolver, en esta hora que es ya más de dar que de recibir, más de vivir para otros que para sí mismo, antes que caiga la noche y mientras haya sol en las bardas.

Es la hora de dejar fluir la represa interior, que en mí ha sido—si hubiera de cifrar en una sola expresión cuanto acabo de decir—el amor de la inteligencia. Por sobre todas las cosas la he amado, y todo lo demás en cuanto en ello resplandece o puede infundirse el orden y la claridad racional: la libertad en el espíritu, la justicia en la ciudad, la concordia en el mundo. Al servicio de la inteligencia y por su señorío, por la conquista de este reino interior de lo inteligible y por su proyección en la conducta, he pensado, he escrito, he sufrido y he gozado mis goces más altos. Ha sido la única o en todo caso la más avasalladora pasión de mi vida, mi "llama de amor viva", y en ella quiero consumirme. Comunicar a otros esta pasión lo habré de hacer aquí, por más que de otras muchas cosas pueda estar indigente. Menesteroso y grávido es todo amor auténtico, hijo de Poros y Penía; y dónde lo aprendimos, no hay que decirlo ya.

En las tradiciones de esta Casa parece estar el que la disertación inaugural sea también la primera cátedra del curso académico que en seguida habrá de impartir el recipiendario. Pero como en vista de las circunstancias y por acuerdo vuestro—no obstante haberme yo ofrecido a sustentarlo en este mismo mes—ha sido pospuesto para el próximo año lectivo, me decidí por no ejecutar ahora el primer movimiento, sino apenas un preludio al curso que en su oportunidad habré de dar, y al cual, a beneficio de inventario, me permitiré desde ahora denominar Meditación sobre la Justicia. Lo que, en efecto, habéis tenido la benevolencia de oírme, pone bien de manifiesto por qué he elegido este tema de la justicia, en que tan adecuadamente convergen el jurista y el filósofo, para inaugurar mi docencia, antes de descender a tópicos más concretos. Mis au-

ditores podrán quedar descontentos, y yo también por supuesto, del desarrollo del tema, pero de su elección no lo estoy. En la indagación de la justicia o a su servicio he vivido hasta hoy; y espero hacerlo hasta el fin. Para mí no hay retórica, sino apenas una comprobación deslumbrante en el encarecimiento de Aristóteles, según el cual ni Eos ni Vésper en comparación con la justicia, ni el lucero de la mañana ni la estrella de la tarde, son tan maravillosos. Por una vez rompe el filósofo su continencia expresiva su estricto apego verbal al pensamiento, para prorrumper en esta alabanza desbordante de la justicia.

No usurparé más sobre lo que habrá de venir a su tiempo ni entretendré más vuestra generosa atención. Hecho como estoy a informar y representar, he querido presentarme a mí mismo e informaros tan cumplidamente como ha sido posible, de por dónde irá más o menos el magisterio que os habéis dignado confiarme. Mi gratitud más profunda, señores miembros del Colegio, por haber tenido a bien elevarme con vosotros a esta tribuna máxima del pensamiento y la cultura nacional.

UN GRAN HOMBRE DE CIENCIA*

Por *Alfonso* REYES

Homenaje a H. Moissan

SEÑOR SUBSECRETARIO,

Señores:

Los alumnos de esta Escuela Preparatoria, depositarios por múltiples conceptos de todo un porvenir nacional, no hubieran podido mantener el gesto indiferente y la actitud inmóvil, al ser sabedores de la muerte de un sabio francés, cuyo egregio nombre, dentro de estas aulas, ha sonado en varias ocasiones despertando ecos de admiración; más que nadie tiene este grupo de espíritus vivaces derecho a expansiones y a entusiasmos; más que nadie tiene derecho a sentir y a emocionarse. ¡Como que es la ardiente sangre juvenil la que corre por sus venas!

Quede, pues, la cátedra por un momento abandonada y escapen de ella los tumultuosos rapaces, para que vayan a cubrir el sepulcro del sabio con las simbólicas siemprevivas; que ellos así manifestarán su gratitud y su admiración, y yo me consideraré muy honrado con ser humilde portavoz de tan sincero cuanto levantado sentimiento.

A algunos chocará, sin duda, la desproporción que hay entre el asunto y el que lo va a desarrollar; pero, me pregunto yo: ¿la antítesis misma no es una desproporción?, y la antítesis, ¿no sirve para que, por contraste brusco, resalten con vívido color, de un lado la cualidad, de otro el defecto? Si ello es verdad, y si mi empeño no es hacer mi propio panegírico, ¿qué

* Publicamos a un año de su muerte, el primer discurso pronunciado por el ilustre humanista mexicano en la Escuela Nacional Preparatoria, el 22 de marzo de 1907, cuando apenas tenía 17 años. El lector advertirá en algunos párrafos o frases la calidad del estilista en cierne.

importa que mi modesta personalidad se esfume y desvanezca en esta tribuna, si en cambio se ostenta la personalidad grandiosa del sabio francés?

Si atendéis únicamente a mi incipencia y a mi demérito, me declaro débil de antemano; pero si sólo paráis mientes en el entusiasmo que hoy me inspira me declararé fuerte.

Y vengo así: fuerte por mi entusiasmo y débil por mi incipencia, como cuadra a mi veneración por los hombres de valer y a mi torpe manera de expresarme.

Y quien me juzgue cuerdo cuando afirmo que, en estas ocasiones, la sinceridad es la condición primera, tendrá que convenir conmigo en que mi temerario propósito halla modo de disculparse en esa misma sinceridad; y quien me tache de equivocado que me perdone.

EN París y el año de 1852, nació Enrique Moissan. A la edad de 33 años, recibióse de doctor en ciencias y de profesor en Farmacia; su tesis versó sobre la serie del Cianógeno, y sus conocimientos no sólo le dieron la aprobación, sino que lo hicieron merecedor del puesto de profesor adjunto en la Escuela de Farmacia. Al año siguiente, alcanzó la honra de dirigir el curso de toxicología en la misma escuela; en 1888, la Academia de Medicina se vanagloriaba ya de contarle entre sus miembros de más subido mérito; en 1891, la Academia de Ciencias lo recibía en su seno, y, para colmo de honores, en el año de 1900, los vastos salones de la Sorbona resonaban con el eco de su sabia palabra; y en 1906 otorgábale la Academia de Estocolmo el premio que el generoso Nóbél designó para que fuese periódicamente concedido a todo aquel que de algún modo, ya en Bellas Artes, ya en Ciencias, ya en industrias o bien en cualquier otra forma de actividad intelectual contribuya al progreso de la Humanidad.

Porque, en efecto, Moissan en el año de 1886, logró resolver, después de algunos tanteos, uno de los problemas que más han preocupado a los hombres de ciencia, dándose así a conocer como eminente, si es que como talento laborioso no lo hubiera sido desde mucho antes.

Tratábase nada menos que de aislar el "fluor", ese extraño cuerpo, tan singular entre todos, por ser el elemento más comburente de que hasta hoy tenemos noticia —y se pudiera ase-

gurar que noticia definitiva—, cuya existencia se dejaba ya adivinar de tiempo atrás, y cuyas propiedades, por una verdadera profecía —científica se entiende— habían sido ya enunciadas 9 años antes en términos claros y precisos, por el docto y meritísimo profesor que honra la clase de Química de esta escuela, D. Andrés Almaraz, a quien cupo sin disputa la gloria de dar al nuevo halógeno el lugar que le corresponde entre los elementos comburentes, como lo prueba la clasificación que en 1880 propuso a la Academia de Historia Natural, clasificación que hasta el día metodiza los estudios químicos que aquí se efectúan.

Apenas siguiendo la secuela de múltiples e infructuosas tentativas, podríamos apreciar aproximadamente el valor del descubrimiento de Moissan, bajo el aspecto de su complicación; es decir, que mediríamos el poder del obstáculo, por el esfuerzo que requirió para ser destruido; pero tamaña tarea corresponde más bien a una monografía del "fluor" o a un escrito mejor informado, que no al mío humildísimo en que sólo me contraigo a los rasgos principales y definitivos del objeto que me ocupa.

Para aquellos que acostumbran considerar las cuestiones cuando ya están resueltas, no es fácil abarcar de un vistazo las innumerables fatigas que preceden a todo éxito; y hasta hay algunos ingenuos, que, en ocasiones análogas, exclaman llenos de candor y buena fe:

—¿Y era ésto, por ventura, vuestro irresoluble problema? ¡Vaya un portento! Yo hubiera razonado del mismo modo que quien lo resolvió.

Este sistema de juzgar las cosas sin colocarnos en las condiciones y en los momentos en que se verifican, es fuente inagotable de errores, y no puede menos de ser vitando para los criterios maduros.

Y sin embargo —y protesto no decir una sola exageración—, tan terrible plaga se apodera muy a menudo de inteligencias claras. En época no muy remota, vimos, como prueba de ello, que un historiógrafo compatriota nuestro, de indiscutible talento, pretendía que los hombres razonarían ante las importantes cuestiones sociales, con la seguridad con que puede hacerlo quien ha presenciado ya el desenlace de acontecimientos que entonces apenas se iniciaban.

Estemos, pues, prevenidos, y no nos asombre encontrar fáciles los problemas resueltos, toda vez que es una ley del

espíritu, hallar nada más dificultad en lo que se ignora, ya sea en parte, ya sea un conjunto.

El "fluor", el elemento comburente por excelencia, tiene poder para desalojar a todo cuerpo que encuentre en cualesquiera combinaciones. Así pues, ¡cuán difícil aislarlo! El problema iba tomando la apariencia de aquel acertijo con que se quebraban la cabeza los sabios de ayer, quienes armados con las extravagantes teorías de su hermética, porfiaban por descubrir un disolvente universal, hasta que algún buen "Sancho Panza" de recto juicio, les previno el peligro que correrían una vez que lo hubieran preparado, y las fatigas en que habían de verse antes de hallar un recipiente que no fuera disuelto por el extraño específico.

Porque, es claro: el "fluor" que es el más comburente, no podía ser aislado, sino escondiéndolo en algún rincón donde no hubiera cuerpo ninguno; de lo contrario se apoderaría de las sustancias vecinas, y no sería nada la tarea de seguir aislándolo interminablemente.

Edgardo Poe, ese genio sajón, nos habla de que hay soluciones a que nunca llega uno o porque peca de profundo, o porque peca de superficial.

¿Podrá comprenderse en el número de éstos el caso que hoy nos ocupa? ¡Quién lo sabe! Pero es el hecho que ocasionó más de un fracaso y que fue Moissan el único en dar con el procedimiento para aislar el "fluor" con ese sencillísimo procedimiento que asombra de puro sencillo, y que, sin embargo, necesitó, para ser descubierto, de tantos esfuerzos, de tan profundas investigaciones y de tantos años de observación asidua y metódica.

Helo aquí: en un tubo de platino en forma de U se encierra ácido fluorhídrico anhidro mezclado con una pequeña cantidad de fluor-hidrato de fluoruro de potasio que lo haga buen conductor. A través de unos taponés de criolita, penetran por los dos extremos del tubo los dos alambres de una pila de 30 a 50 elementos. Se hace pasar la corriente eléctrica que, obrando aquí en forma de energía calorífica, descompone al HF en H^2 que se va a la extremidad del tubo correspondiente al polo negativo y Fr^2 que se va al lado del positivo. Pero como el poder comburente del "fluor" es tal que a la temperatura ordinaria pudiera combinarse con el Pt, y como están satisfechas todas las condiciones que hacen posible una combustión, es a saber: cuerpo combustible, cuerpo com-

burente, contacto de ambos y actividad cualquiera (calor, luz, electricidad, etc.) que inicie el desequilibrio molecular, el "fluor" irá quemando al platino a medida que vaya quedando aislado.

Ocurriósele empero a Moissan —y esto es lo que constituye propiamente su descubrimiento— un medio infalible que impidiera la combustión. ¿Era demasiado alta la temperatura normal? Pues él la abatiría sumergiendo todo el aparato en un frasco lleno de cloruro de metilo, sustancia que, al evaporarse y debido a su extrema volatilidad, produce un enfriamiento de -50° .

¡Sencilísimo procedimiento que asombra de puro simple, y que sin embargo, exigió, para ser siquiera vislumbrado, tantos esfuerzos, tan profundas investigaciones y 80 años de observación perseverante!

Después de este éxito notable, fue nombrado, en 1881 como ya dije, miembro de la Academia de Medicina, y por méritos del propio descubrimiento se le adjudicó el honrosísimo premio Nóbel.

Moissan, sin embargo, no se conformará con haber aislado el "fluor". Ha salvado un valladar, y seguirá con rumbo a nuevas conquistas sin volver atrás la mirada un punto.

No parece sino que un brazo poderoso lo empuja hacia otras cumbres no menos alzadas.

Sigamos el curso de su vida y veremos que, desde la mesa de su laboratorio, mayores sorpresas nos prepara.

RENDIDA la jornada, recorrido un camino, toca hollar nuevos atajos, a quien se ha propuesto no hacer más estadas que la definitiva y postrera.

Así, el sabio: ya ejercitó y como que ensayó sus fuerzas en la primera grandiosa labor, y va directamente a la segunda.

Enrique Moissan, comenzó en 1893 sus estudios sobre el diamante. Acaso lo atrajo la obscuridad del enigma científico; acaso las arideces de la nueva caminata ejercieron su poder atractivo para seducir a aquel aventurero del pensamiento, acostumbrado ya a luchas y a desazones, y a preparar emboscadas a las poderosas verdades científicas.

Procediendo con ese método estricto que, dígame lo que se quiera, es inseparable de las inteligencias robustas, quiso

Moissan, antes que nada, estudiar los terrenos en que se encuentra la valiosa gema; quiso adquirir conocimiento absoluto del medio modelador, para después penetrar más fácilmente en la estructura del individuo modelado por ese medio.

En el gran laboratorio de la Naturaleza se operan a diario y sin la mezquina intervención del hombre, prodigios que no siempre es dable sujetar a la experimentación.

¿Cómo trasladar al gabinete del sabio la fuerza vital de los seres? ¿Qué Prometeo distinto del de la fábula puede arrancar su secreto a la creación, ni qué Jehová distinto del de la leyenda bíblica puede comunicar un soplo de vida a la arcilla inerte?

La tierra, ese gran huevo fecundado por el sol, como dice un deleitoso escritor contemporáneo, tiene gestaciones misteriosas que aún escapan a la vista perspicaz del búho de Minerva. Sin embargo, tarde o temprano disipará su mirada el cerco brumoso, de la misma manera que el rayo visual de Galileo, atravesando el tubo y los meniscos del telescopio, recorrió el telón de los abismos para ofrecer nuevos mundos a la contemplación.

Moissan, pues, sin desconcertarse ante la tarea que se imponía, quiso, según arriba dejamos apuntado, analizar los terrenos en que se halla el diamante, y al cabo de laboriosos estudios, formuló este pensamiento: cristalizando el carbón por solución ígnea en los metales se obtiene el diamante, que no es, según lo saben muy bien los que me escuchan, sino la cristalización cúbica del carbón, o lo que viene a ser lo mismo, el cuerpo de forma geométrica que resulta, cuando las partículas del carbón tienen tiempo de orientarse y distribuirse conforme a las leyes de simetría.

Tal idea debía llevar a su enunciador, por indirectos caminos, a lugares todavía ignorados.

Las experiencias que en lo sucesivo practicaría Moissan, necesitaban esencialmente de algún foco productos de energía calorífica, y como el hasta entonces conocido horno de Wilson, desperdiciaba mucho calor, en razón de ser un horno abierto, un horno sin cúpula, tuvo el pertinaz Moissan que construirse un horno eléctrico especial, dotando así, de paso y como sin fijarse, al ya invaluable tesoro de las ciencias industriales, con un invento de importancia tan trascendental, que acaso su mismo creador no llegó a valorar con justicia, sino algún tiempo después de haberlo ideado.

El rayo, desarmado primero por Franklin, cede más tarde su energía luminosa al conjuro de Edison, y se resuelve por último en portentosa fuente de calor bajo el mandato de Moissan. Y no es que la electricidad haya sido entonces empleada por primera vez como medio de calentamiento, sino que el horno eléctrico vino a ser, y es hoy por hoy, la forma definitiva y más ventajosa de ese empleo, ya que encerrando el calor, proporciona tal elevación de temperatura, como no la hubieran imaginado nunca los que, valiéndose de este o de otro sistema, derivados todos del procedimiento fundamental que consiste en oponer resistencias al paso de la corriente, producían una mediana elevación y una mediana cantidad de calor que, a fuerza de radiaciones, se perdía constantemente sin poder alcanzar ni con mucho los 3,000° centígrados del horno de Moissan.

Con breves palabras procuraré describirlo:

La bóveda que lo constituye es de ladrillo refractario en los pequeños hornos de gabinete y de cal en los industriales para evitar que el exceso de calor produzca una fusión. Cúbrela todo, en la parte exterior, una armadura metálica y las manos del operador sólo tienen acceso a la cavidad interna por una ventana cubierta con una capa de mica, para que se vea todo lo que sucede adentro, sin necesidad de abrir. Cualquier cantidad de calor que se produzca en esta caja cerrada, se conservará para mucho tiempo.

La pared interior está perforada para dar paso a un tornillo que, según el movimiento que se le imprima, subirá o bajará el platillo que soporta, sobre el que se coloca una copela de grafito destinada a guardar el cuerpo que ha de sufrir las descargas. Arriba y en dos costados opuestos, entran dos carbones que comunican con sendos polos de una pila eléctrica. La llama producida al estallar el arco voltaico, ha de cubrir por completo al cuerpo de la copela, y al efecto se moverá el platillo cuando fuere necesario; pero por si ésto no bastare, se hace uso, a las veces, de un imán que atrae la llama eléctrica a voluntad.

También posee el horno dos tubos laterales por los que se puede introducir gases cualesquiera, cuando se desee verificar reacciones en el seno de una temperatura elevada. La parte superior de la bóveda tiene una claraboya cerrada con tapón de fibra, por donde se puede echar alguna sustancia a la copela.

Construido, pues el horno eléctrico en tan ventajosas condiciones, empezó Moissan a realizar portentos.

¿Quién no se asombra al escuchar que "a la alta temperatura producida por el horno eléctrico, los metaloides y los metales considerados hasta ahora como refractarios resultan volátiles, y los compuestos más estables de la Química Mineral desaparecen, ya por disociación, por volatilización"¹

La mitológica Esfinge no pudo menos de entregar la clave de ciertos enigmas ante quien venía a arrebatárselos por sorpresa. En el interior del horno fueron muchos metales entregando el secreto de su fundición y su metalurgia se verificó admirablemente en ese cofrecillo mágico, donde más tarde y por prodigiosa manera, las piedras preciosas habían de cristalizar lo mismo que bajo las fuerzas de la Química Natural, para que ya nunca se repita que a la Naturaleza toca engendrar y al químico destruir.

Este descubrimiento vino a ser algo como una figura central de las que se desprendieran otras secundarias, aunque también de indiscutible mérito.

El horno eléctrico traía en la fragua de su vientre el germen de toda una nueva metalurgia y la promisión de nuevos triunfos científicos.

Así lo comprendió Moissan y habiéndose propuesto aprovechar su invento en todo su valor, llegó a obtener en el horno, Aluminio, que se prepara por electrolisis del óxido de aluminio disuelto en el fluoruro de aluminio fundido; Cromo, cuya preparación se alcanza reduciendo en el horno óxido de cromo en presencia del carbón (procedimiento Deville); manganeso que Bunsen preparó descomponiendo sesquicloruro de manganeso con la corriente eléctrica; y, fundiendo cal en presencia del carbón, el Carburo de Calcio, materia prima para la fabricación industrial del acetileno, que se produce fundiendo el carburo citado en presencia del agua.

A propósito de esto último, no será ocioso decir que, en el año de 1898, el químico Luis M. Bullier, amparado con una patente francesa, vino a esta capital solicitando que se le concediera patente mexicana por una fabricación industrial del Carburo de Calcio, fabricación de que se decía inventor, y que consistía en calentar en el horno de Moissan una mezcla

¹ Moissan, Memoria leída en la Acad. de Ciencias de París, el 19 de junio de 1893.

de carbón con un óxido del metal terroso o alcalino terroso que se quisiera transformar en carburo. El Carburo de Calcio obtenido por este procedimiento debía servir para obtener acetileno.

Sometida la cuestión al juicio de los peritos, Sres. Donaciano Morales, F. Río de la Loza y Andrés Almaraz, resultó, según lo demostraron los dos últimos, que ni tal descubrimiento era de origen reciente, ni tal empleo del Carburo de Calcio era nuevo, ni mucho menos se debían al Sr. Bullier la fabricación y el empleo precitados.

Maquenne, efectivamente, había ya empleado la acción del agua sobre el Carburo de Calcio para la producción del acetileno, y si esta producción no era propiamente industrial, se debía a que Maquenne no poseía aún el horno eléctrico, a que todavía Moissan (y no Bullier) no había aplicado ese horno a la fabricación del Carburo de Calcio, pues en cuanto lo hizo, dicha fabricación, en vista de ser tan fácil y económica, tomó carácter de industrial.

Con posterioridad a la rectificación que aquí se hizo en favor del invento de Moissan, se hizo en Alemania otra semejante con motivo también de la patente Bullier, y las razones que allá se dieron, son casi el duplicado de las emitidas aquende el Atlántico y en esta República por los Sres. Río de la Loza y Almaraz.²

EL horno eléctrico empezó ha poco a producir piedras preciosas, y de su interior extrajo la atrevida mano de Moissan, el zafiro, que tanto se emplea en artículo de joyería, y el carburo, que se obtiene fundiendo juntos el carbón y la alúmina con el silicio o con el boro.

Pero no creais que por distraerse de pasada en ir arrojando descubrimientos a diestra y siniestra como si fueran fecundas semillas, el sabio ha de olvidarse del objeto que es causa principalísima de sus desvelos, y a que dedicara sus últimas breves horas; no creais que Moissan ya no recuerda que el horno eléctrico fue inventado para fabricar el diamante. Muy al contrario; muchos esfuerzos le merecen sus estudios sobre esta

² Tócame aquí, manifestar mi agradecimiento al Sr. Lic. D. Indalecio Sánchez Gavito, que es la persona a quien debo todos los documentos relativos al asunto Bullier.

piedra, y si parece por un momento haberlos abandonado, sólo es porque tarda, sólo es porque el prestigio de todo descubrimiento no se entrega de buenas a primeras en las manos de cualquier advenedizo de la ciencia, sino que antes pone a prueba el mérito, y mide la talla intelectual de quien pretende ser descubridor.

Las tentativas de Moissan pueden resumirse así: siguiendo la teoría de que la cristalización del carbón por solución ígnea en los metales debería dar diamante, hizo uso en primer lugar de la fundición (carburo de hierro), y sólo pudo obtener una cantidad determinada de grafito, lo que realmente no reviste ninguna importancia científica. Empleó entonces el Fluoruro de Carbono con la creencia de que ése era el camino más seguro, y la ironía de un nuevo fracaso vino a azotar su frente: ¡sólo obtuvo carbón amorfo!, ¡sólo obtuvo hollín!

Juzgó entonces, y juzgó razonablemente, que los metales que al solidificarse aumentan de volumen en el mismo grado que la fundición de hierro, no producen la gran presión requerida para que pueda cristalizar el carbón.

Había necesariamente que usar de otros metales o que abandonar aquel problema, cuya solución estaba ya ante los ojos que la buscaban, y que a buen seguro no había de ser como los frutos que aparecían ante los ojos del atormentado Tántalo y que desaparecían con sólo que el héroe fabuloso tendiera el brazo para asirlos y arrancarlos del racimo. Antes bien se asemejaba a la fruta de aquella dichosa edad y de aquellos siglos dichosos "a que los antiguos pusieron el nombre de dorados", porque en ellos los árboles ofrecían de suyo su dulce y sazonado fruto a quien quisiera gozar de él.

Si Moissan no llevaba a término feliz sus pesquisas, en pos de sus huellas y aprovechándose de las conclusiones a que él había llegado, otro alcanzaría la meta anhelada. El enigma como que se iba a resolver por sí solo; el fruto, como que iba a caer del árbol de puro sazonado ¡Nada más justo que lo recibiera el que durante tantos años trabajó en preparar el advenimiento de aquella solución, el que durante tantos años trabajó en regar aquel árbol!

Con tal de hablar de Piedra Filosofal, el alquimista de otros días pasará horas y horas en paciente búsqueda sobre apollillados pergaminos, o acudirá a la observación de los astros como se lo enseñó el saber legado por los astrólogos de la re-

mota Caldea; revolverá bibliotecas y hojeará libros en que los viejos errores de la humanidad se han ido acumulando uno o uno; agotará inútiles conjuros, dibujará signos cabalísticos y abracadabras; someterá sustancias y más sustancias a la mágica acción del fuego para que escape en forma de flogisto, el espíritu que encierra; pedirá a la absurda transmutación de los metales la clave del enigma, y, ¡quién sabe si no llegue hasta evocar la ayuda del espíritu maligno, del ángel rebelde y castigado, para que éste echando ingredientes infernales en sus peroles, haciendo ademanes con su vara de virtudes y danzando en redor de las llamas, lo haga poseedor del ambicionado secreto, le enseñe la fabricación del oro artificial!

¡Cuán diferente el químico moderno!

El, desde que Lavoisier quitando a la balanza su restringido papel de instrumento de Física formuló el precioso aforismo que dice que la materia no se crea ni se pierde, sino que sólo se transforma, no intenta crear nuevas sustancias ni anular otras. Tan sólo penetra en la constitución íntima de los cuerpos, y luego que éstos le revelan las leyes de sus afinidades y de sus equilibrios moleculares, y luego que el estricto tribunal del análisis hace que cada elemento aparezca aislado, con sus propiedades bien definidas, su comburencia o combustibilidad, el valor de su molécula, su peso atómico. . . Luego que la fulgente llama del soplete indica con su coloración peculiar la naturaleza del cuerpo estudiado, después que los reactivos vertidos en probeta en probeta han manifestado como testigos presenciales todo lo que saben y todo lo que deben decir, el químico, sin invocar ayudas supraterrrestres, pide recursos a las teorías físicas, cada vez más inseparables de las químicas, y hasta la teoría de la cristalización viene en su apoyo para dirigirlo mejor al hallazgo definitivo de su nueva piedra filosofal: el Diamante.

Con tan eficaces medios —bien lo sabía Moissan— la empresa no puede resultar fallida; tendrá dificultades, ¿qué conquista del pensamiento humano no las ha tenido, y en ciertos casos mucho mayores, a decir verdad? Pero nada son los obstáculos si nos embarga la fe de nuestras propias acciones, y la convicción meditada de que son certeras.

Pronto halló el insigne francés un metal cuya solidificación debía producir diamante:

Saturó la plata, fundida en el horno eléctrico, con el carbón de azúcar, y después de abandonarla al enfriamiento, la

hizo sufrir la acción de los ácidos: en el fondo del recipiente, quedaron cristales microscópicos del sistema cúbico, incoloros o negros, de aristas curvas y de superficies convexas, cuyas propiedades organolépticas correspondían a las del cuerpo buscado. Aquello era el diamante: ¡la nueva Piedra Filosofal!

Los citados, no fueron todos los trabajos de Moissan, pero sí fueron los principales, y en ellos quedan comprendidos los otros como accesorios y auxiliares.

Haber descubierto el procedimiento para aislar el "fluor", le produjo un premio, y el hallazgo de la fabricación industrial del Carburo de Calcio significó algo más; un progreso. La fabricación de piedras preciosas, asombró y fue utilizada desde luego. La colaboración de Moissan en la Enciclopedia de Frermy, en que se expresan los adelantos de la Química en el siglo XIX, y el notable tratado de Química Mineral en 5 grandes volúmenes, y la fundación del Instituto de Química Aplicada, en que fue ayudado por Duval Poirrier, Besançon y otros; todas sus obras, todas diéronle satisfacción propia y veneración de los extraños, y a la humana ciencia le dieron adelanto crecido.

Pero el horno eléctrico, más que otra cosa, ya que sin él hubieran sido imposibles muchas conquistas, es un poderosísimo elemento que de ser aprovechado en mayor escala para lo venidero, ha de modificar de raíz el aspecto de la metalurgia, sustituyendo los viejos hornos de combustión. A medida que el tiempo corra, será el horno eléctrico más apreciado, y tal vez servirá para descubrir verdades nuevas. Compararía yo su importancia, tanto industrial como científica, con una interminable perspectiva vuelta de revés, en la que por singular ilusión óptica, las cosas aumentarán de dimensiones a medida que avanzáramos la vista.

Moissan consideró su obra, y como la halló bien hecha, no tuvo ni el más leve de esos remordimientos que han de tener a la postre los que malgastan su vida sin emplear en labor alguna la energía que les fue prestada temporalmente.

Dizque muy rápida corre la vida nuestra, pero hasta se antoja dudarle cuando vemos las grandes obras que se pueden acabar en ese corto tiempo. La virtud está en sacar provecho de ese instante, y es más fructuoso batallar en lides nobles,

que tumbarse con descuido a la vera de cualquier sendero, y plañirse allí de la brevedad de la existencia, y no tener ojos, sino para ver el minaz espectro de la Muerte.

¡Oh, y qué grande y qué justa debe ser la satisfacción de terminar con la vida como se termina con una empeñada y gozosa labor!

Una muerte como la de Moissan parece un triunfo, porque es la muerte del soldado de Maratón, que a todo correr trae noticia de la victoria y se derrumba exhausto después de agitar en el aire el simbólico laurel del triunfo.

A Moissan, como al sublime Carducci, lo vimos desaparecer cuando ya la magnificencia de su obra era universalmente sancionada.

Lo que no quiere decir que el premio Nóbel que se le concedió haya traído en sí el mérito que el insigne francés tenía en sus obras personales, ni que le haya dado derecho al renombre que tanto mereció. ¡No! Demasiado sabemos ya, porque demasiado nos lo repiten los que no ven en las grandes obras sino un medio para comprar los favores de la veleidosa Fama, que el premio y el mérito no andan siempre juntos, y que son cosas bien distintas.

La atención vulgar, que descuida ciertos asuntos, no advierte al pronto la influencia que puede ejercer sobre la civilización y el progreso humanos, la vida de un hombre como Moissan; pero esa acción no es menos poderosa por impresionar poco a las multitudes; éstas obedecen más bien al atractivo de la novedad, y muchos hay que saben de Moissan sólo porque fue condecorado con el premio Nóbel. Ellos le pagan ahora el condigno tributo de admiración que los entendidos le tenían pagado de mucho tiempo atrás, si por pagar se entiende sentir gratitud por esfuerzos que la merecen eterna. Y no es una de las menores fortunas hacer que esa atención vulgar se aplique a la contemplación de ilustres ejemplos.

Además, ya que no en todas ocasiones recibe los aplausos quien los ganó bien, regocijémonos de presenciar un caso en que desempeña papel importante esa equidad que, al decir de muchos, se deja ver tan poco que ya ni la recordamos cuando solemos encontrarla.

VENERADO y querido murió Moissan a principios del año en curso.

¿Acaso encontraría el anhelado paraíso que dicen los teólogos de antaño?, ¿acaso aquel montón de sustancias, por serie inexcrutable de transformaciones químicas y físicas, iría a formar la materia prima de un nuevo ser, de un nuevo pretexto en que la vida inmortal tiene de manifestarse, como afirman los filósofos de hogaño?

Unos escriben: "El alma es inmortal". ¿Por qué rechazar una idea tan dulce y consoladora?, ¿podremos creer en un primer ser justo y benéfico, sin creer a la vez que recompensará al hombre virtuoso que procura asemejarse?, ¿no es esta esperanza el sostén del hombre en su desgracia, su apoyo en su debilidad, su fortaleza en las virtudes? ¡Ah, sin duda! Es preciso que haya otro mundo en donde las crueles desigualdades de éste sean reparadas, en donde el hombre justo sea colocado en el puesto que le corresponde, en donde no haya opresiones, en donde no se persiga, en donde el hombre, en una palabra, sea igual al hombre, sin poder nunca ser atormentado ni envilecido. Es preciso que quien haya sufrido o muerto por la virtud, pueda decir a Dios: "¡Ser justo y bueno!, no me arrepiento de haber sido virtuoso". Thomas.

Y otras escriben: "No es una vana poesía. Es la exacta verdad. Nuestra muerte física no es más que un retorno al vegetal. Poco, muy poco es sólido en esta móvil envoltura de nuestro cuerpo: todo en ella es fluido y se evapora. Disueltos en el espacio en muy poco tiempo, somos ávidamente recogidos por la aspiración poderosa de las hierbas y el follaje. El mundo variado de verdura que nos rodea, es la boca, el pulmón absorbente de la Naturaleza que sin cesar tiene necesidad de nosotros y encuentra su renovación en la disolución animal. Ella espera, pero tiene prisa. Ella sólo deja lo que no necesita. Ella lo atrae todo amorosamente, lo transforma y lo embellece con una perfecta metamorfosis. Ella nos aspira por medio de las hojas y nos respira en forma de flores. . . Nada hay en este mundo más que la vida". (Michelet. Trad. de Blasco Ibáñez).

Discutan sobre tan profundas cuestiones quienes se juzguen armados para ello, y llamen en su apoyo, unos las verdades reveladas ante las que precisa creer de grado o por fuerza, otros los documentos de su ciencia; aquéllos las sutiles argumentaciones escolásticas, y éstos las razones que dicen inferir de la experiencia y de fenómenos positivos; defiendan los que así piensen, que allá de la vida, hay una vida a donde

vuelan las almas de los muertos, y niéguenlo quienes tengan la convicción de que con la muerte cesan todas las energías espirituales.

Pero en tanto que los filósofos bregan a brazo partido con enigmas de tamaña oscuridad, afirmemos nosotros aquello que está a salvo de interpretaciones contradictorias: que el sabio cuya es la vida que torpemente quisimos trazar, sintió por sus nervios la póstuma vibración vital, cuando saboreaba entre los labios, a fuer de oración, aquel verso con que el poeta venusino firmó ante los siglos admirados el decreto de su gloria, y que luego, echó la vida fuera con el último aliento, para bien merecer el dictado de inmortal, y para que nunca se lo perdone la burlada muerte.

Presencia del Pasado

LAS CULTURAS AGRÍCOLAS DE AMÉRICA Y SUS RELACIONES CON EL VIEJO MUNDO

Por Juan COMAS

SE ha publicado recientemente la versión española de una importante Etnología General;¹ su autor, Kunz Dittmer, es jefe del Departamento de Africa en el Hamburgisches Museum für Völkerkunde und Vorgeschichte.

El libro en su conjunto, comprendiendo 16 capítulos agrupados en 4 secciones (Historia y métodos de la Etnología, Fuerzas formativas de la vida étnica, Formas de cultura y Desarrollo de la cultura), motivará seguramente el comentario crítico de especialistas en los distintos problemas tratados. Recordamos al respecto que la edición original alemana de 1954 fue ya objeto de una amplia y sería revisión en castellano.²

Por nuestra parte sólo vamos a referirnos a una pequeña sección del libro (pp. 209-233) que aborda un tema del que ya nos hemos ocupado en otras ocasiones.³ Precisamente este breve artículo lleva el mismo título que el utilizado por Dittmer en su capítulo aludido.

Nuestro autor explica el origen de la agricultura en América como resultado de un exclusivo proceso de difusión desde

¹ DITTMER, KUNZ. *Etnología general. Formas y evolución de la cultura*, Fondo de Cultura Económica. México, 1960. 343 pp., 89 figs. y XXIV láminas.

² MENGHIN, OSVALDO. El desarrollo de las culturas; a propósito de una obra reciente. *Runa*, vol. VI, pp. 200-210. Buenos Aires, 1954.

³ COMAS, JUAN. Principales contribuciones indígenas precolombinas a la cultura universal. *Cahiers d'histoire mondiale*, tome 3, pp. 196-230. Neuchâtel, 1956. Reproducido en *América Indígena*, vol. 17, pp. 29-85. México, 1957.

COMAS, JUAN. L'Anthropologie américaine et le diffusionisme de P. Laviosa Zambotti. *Volume de homenagem ao Prof. Doutor Mendes Correa*, pp. 43-53. Porto, 1959.

Asia y Oceanía; para lo cual aduce una serie de argumentos que, en parte, consideramos erróneos o por lo menos equívocos. De ahí la conveniencia de examinar con detenimiento algunos de ellos —los más relevantes— aportando información complementaria que permita una mejor interpretación de los hechos.

I. Afirma Dittmer que el desarrollo de las culturas en el Viejo Mundo se presenta como "una curva constantemente ascendente, mientras que en América la evolución va a saltos", es decir, que en el Nuevo Mundo "la fase recolectora que por milenios había permanecido más o menos igual, llegó a ser *de repente* una muy desarrollada cultura agrícola"; sacando la consecuencia de que la agricultura en América tuvo que ser importada, ya que de lo contrario "habría que considerar a los amerindios increíblemente superiores en talento espiritual a los habitantes del Viejo Mundo, por lo que habría que llamarlos geniales" (pp. 211, 212).

La realidad es muy otra; en América se encuentran, como en el Viejo Mundo, horizontes prehistóricos con agricultura incipiente, es decir, unida a elementos culturales de tipo "cazadores y recolectores", de desarrollo anterior.

A modo de ejemplo señalamos que MacNeish al describir, en 1950 el resultado de sus excavaciones en el horizonte arqueológico de La Perra (Tamaulipas, México), expresó que se trata de un grupo semi-sedentario "who were dependent on both corn agriculture and food-gathering. Hunting was of minor importance".⁴ Con posterioridad el propio investigador confirmó esta economía mixta (recolección, caza y cultivo) del nivel agrícola incipiente de La Perra, especificando que el 76% de su alimentación correspondía a plantas silvestres, el 15% a animales y el 9% a plantas cultivadas (calabaza y maíz).⁵

Lo mismo cabe decir del Cañón del Infiernillo (Tamaulipas, México), donde en 1954 se encontraron restos de una cultura similar a la de La Perra, es decir, de cazadores-recolectores con agricultura incipiente de calabaza, chile y frijol, pero sin maíz.⁶

Recordemos en fin que también los estratos más profundos de Huaca Prieta, valle del Chicama (Perú), muestran una economía mixta basada en parte en la recolección de plan-

⁴ MACNEISH, RICHARD S., 1950, p. 93.

⁵ WILLEY, 1960, p. 78.

⁶ ARMILLAS, 1957, p. 39. WILLEY, 1960, p. 78.

tas y frutos silvestres, en la pesca y en ciertas plantas cultivadas como calabaza, ají, frijol, lenteja y algodón.⁷

Nos parece, pues, perfectamente comprobada la existencia en diversas áreas americanas de niveles culturales con agricultura incipiente, es decir, de pueblos que subsistían como cazadores-recolectores suplementando la dieta con los frutos de sus primeros ensayos de plantas cultivadas. Nada justifica por tanto esa supuesta aparición repentina de una "muy desarrollada cultura agrícola".

II. Para Dittmer "no existe en América ninguna forma silvestre de maíz"; y añade que en cambio las variedades antiguas del maíz pueden encontrarse diseminadas "durante períodos extensísimos de la Prehistoria en el Viejo Mundo, desde Persia, Turquestán, los países del Himalaya e Indochina hasta la isla de Hainan, frente a la costa sur de China y China Oriental". Y a continuación aduce razones "por las que no puede tratarse de una importación poscolombina y ni siquiera de una importación americana". 1) porque se encuentra en el interior de Asia, lejos de las costas; 2) porque se conoce el maíz en China Oriental desde 1570 d. C., "adonde llegó no a través del Pacífico, sino a través de China Occidental desde el Tibet (1540 d. C.)", recordando que los europeos habían llegado a América apenas 50 años antes (pp. 217, 218). Otras consideraciones que hace al respecto se basan esencialmente en lo que se acaba de resumir.

Estamos ante un problema amplia y seriamente investigado desde hace largo tiempo, no sólo por botánicos y arqueólogos, sino también por historiadores; la literatura sobre el particular es muy copiosa, sin que en realidad hubiera un consenso unánime en torno a la creencia del origen asiático del maíz.⁸ Por el contrario, frente a una mayoría que en todo momento creyó que se trataba de una planta autóctona del Nuevo Mundo, cabe citar puntos de vista contradictorios o más cautelosos. Al observar E. Anderson la semejanza entre ciertas variedades de maíz cultivadas en río Loa (norte de Chile) y en China revivió la clásica creencia de que el maíz de América procede del Oriente; y esa parece ser la posición adoptada por Dittmer.

⁷ BIRD, 1948, pp. 23-24.

⁸ Nos referimos a la época en que Dittmer redactaba su libro, o sea hacia 1950-53.

En realidad, como escribía con gran prudencia otro investigador, "problemas de este tipo son pocas veces susceptibles de una solución completa y definitiva", aunque personalmente se inclinaba por su origen americano.⁹ La opinión de Whitting es que: "Tal como están las cosas ahora, las probabilidades de que el maíz sea originario del Viejo Mundo son virtualmente inexistentes".¹⁰ Y Sauer, al reconocer que la determinación del lugar de origen del maíz se complicaba cada día más, indicaba "ni siquiera se puede atribuir con seguridad al Nuevo Mundo, en tanto estén sin resolver ciertos problemas referentes al Sureste de Asia".¹¹

Es decir, que Dittmer, con sus tajantes afirmaciones, no refleja el verdadero estado de la cuestión en ese momento. Y los acontecimientos posteriores lo demuestran sin la menor duda.

Silvia Rendón, en 1953, revivió en un breve artículo la posibilidad de un origen eurasiático del maíz, aludiendo no sólo a su existencia en la China del siglo XVI, sino aduciendo datos históricos y lingüísticos en favor de su presencia y cultivo en distintas regiones del Viejo Mundo en épocas que alcanzarían hasta los comienzos de nuestra era. Pero señalemos al mismo tiempo la documentada réplica que se dio a tales argumentos,¹² nulificando todo intento de reivindicar el maíz como planta originaria de Eurasia, tanto en su forma silvestre como en la cultivada.

El excelente y documentado estudio crítico de Ping-Ti Ho ("The introduction of american food plants into China". *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 191-201. 1955) confirma plenamente que el maíz fue introducido en China, procedente de América, "unas dos o tres décadas antes de 1550".

Nuevos e importantes hallazgos arqueológicos y experimentaciones botánicas y genéticas han permitido más tarde aclarar esta debatida cuestión. En efecto, el polen fósil recogido en el subsuelo de la ciudad de México, a más de 60 m. de profundidad, estudiado por P. Sears, K. Clisby y E. S. Barghoorn ha sido identificado como polen de maíz silvestre, localizado en capas pertenecientes al último interglacial con

⁹ MANGELSDORF and REEVES, 1945, p. 242.

¹⁰ WHITTING, 1944, p. 510.

¹¹ SAUER, 1950, p. 494.

¹² GÓMEZ, MARTE R., 1953. BERNAL, IGNACIO, 1953.

una antigüedad calculada en 60,000 años (1954) o en 80,000 años (1958).¹³

Algunas de las conclusiones que de tan valioso descubrimiento deduce Mangelsdorf son: 1) que el maíz es indudablemente una planta americana; 2) que Mesoamérica fue su centro de origen; 3) que el ancestro silvestre del maíz es maíz y no teosinte o *tripsacum* como se suponía anteriormente.

III. Veamos ahora el problema de la cronología, en cuanto al inicio de la agricultura en América.

Para Dittmer las investigaciones "han dado como resultado que el comienzo de la agricultura en América se encuentra a varios o muchos siglos de distancia del comienzo de la misma en el Viejo Mundo" (p. 211).

La agricultura en Meso y Suramérica se encuentra "a partir de ca. 1500 a. C.". En Norteamérica es, sin embargo, considerablemente más reciente, a partir de ca. 500 a. C. En Irán por el contrario se han realizado hallazgos neolíticos que datan de unos 6,000 años a. C. (p. 221).

Fecha que reitera más adelante al decir que el comienzo de las culturas agrícolas arcaicas de Meso y Suramérica se halla a mediados del segundo milenio a. C. (p. 231); si bien, por mera precaución, acepta Dittmer "que la agricultura americana comenzó unas cuantas centurias antes, es decir, en la primera mitad del segundo milenio a. C." (p. 232).

Por lo que se refiere al Viejo Mundo es correcta la fecha que para inicio de la agricultura menciona en Irán. En efecto, está comprobada la existencia de niveles culturales con trigo cultivado (*Triticum dicocum* y *T. monococum*) en Jarmo (Iraqi Kurdistan) correspondientes al séptimo milenio a. C.; mientras que las migraciones que desde las llanuras aluviales de Mesopotamia difundieron la técnica agrícola sólo han probado su presencia: en la cuenca del Danubio a fines del quinto milenio a. C.; en Suiza, norte de Italia, Francia, España e Inglaterra durante el tercer milenio a. C.; por Oriente la corriente migratoria difusionista de la cultura agrícola se estableció en el valle de Indu a fines del tercero y comienzos del segundo milenio a. C.; y en la región al sur del lago Aral la agricultura se inicia a mediados del segundo milenio a. C.¹⁴

¹³ MANGELSDORF, 1954, p. 409; 1958, p. 1313.

¹⁴ HELBAEK, 1959, p. 367.

Veamos ahora las fechas obtenidas en América para algunas de las estaciones prehistóricas *con niveles agrícolas*:

Cañón del Infiernillo, Tamaulipas, México, edad de dos muestras:

8200 ± 450 y 8540 ± 450 años, o sea que caen en el séptimo milenio a. C.¹⁵

Bate Cave, New Mexico: 5605 ± 290 años, lo que corresponde al cuarto milenio a. C.¹⁶

Fase Ocampo, en los mismos yacimientos de Tamaulipas, México; distintas muestras han dado fechas entre 3700 y 2600 años a. C.¹⁷

Fase La Perra, Tamaulipas (México) y Huaca Prieta, valle de Chicama (Perú), cuyos niveles agrícolas corresponden a unos 2500 años a. C.¹⁸

Ante estos datos concretos cae por tierra la afirmación de Dittmer señalando que el momento inicial de la agricultura en América alcanza como máximo la primera mitad del segundo milenio a. C.; acabamos de ver que aquí (Infiernillo, Tamaulipas) lo mismo que en Jarmo (Iraq) los comienzos de la agricultura se retrotraen hasta el séptimo milenio a. C.

No obstante, aun aceptando, como base de discusión, que Jarmo fuera "considerablemente más antiguo" que cualquier nivel agrícola americano, ello no probaría en modo alguno la posibilidad de un proceso de difusión de la agricultura hasta el Nuevo Mundo; en efecto, si se dice que para llegar al valle del Indu tardó varios milenios (hasta fines del tercer milenio), ¿cuándo habría arribado a América continuando su migración a través de Indochina, Malasia, Polinesia y el Pacífico? Sin que por ello intentemos postular que la velocidad de difusión sea directamente proporcional a la distancia.

IV. Como los partidarios de que la agricultura americana se inició independientemente de la del Viejo Mundo son arguyen que las principales plantas alimenticias indígenas son autóctonas (maíz, mandioca, patata, etc.), Dittmer trata de rebatirlo con el siguiente razonamiento: "hay que contar con la posibilidad de que las plantas alimenticias, traídas después de todo en muy pequeñas cantidades en las barcas de los pro-

¹⁵ CRANE and GRIFFIN, 1958, p. 1103.

¹⁶ MANGELSDORF, 1954, p. 409; 1958, p. 1314.

¹⁷ CRANE and GRIFFIN, 1958, pp. 1103-1104.

¹⁸ ARMILLAS, 1957, pp. 38-39. WILLEY and PHILLIPS, 1955, p.

bables inmigrantes, no podían florecer de inmediato, o que antes de que se adaptaran al nuevo medio fueran empleadas como alimento, de tal modo que se verían obligados a cultivar plantas aborígenes como sustituto" (p. 215).

Pero al mismo tiempo nos dice cómo se efectuaron esas inmigraciones transpacíficas y habla de "grandes barcas de tablones para la navegación por alta mar" y de que los austronesios solían "realizar sus desembarques en flotillas que podían transportar varios centenares de hombres, quienes en el punto en que se tomaba tierra representaban una furza militar considerable" (pp. 229-230).

Aun con tan sugestiva hipótesis, nos resulta absolutamente incomprensible que esas "grandes barcas" y esos "centenares de hombres" no llevaran consigo suficientes alimentos vegetales, y más aún argüir que como "no podían florecer de inmediato" buscaron plantas aborígenes sustitutas para cultivar; ¿cuántas semanas, o meses a lo sumo, exige la siembra de tubérculos o semillas y esperar su crecimiento, floración y madurez?, y ¿quién es capaz de fijar el lapso necesario para descubrir en un país desconocido plantas silvestres útiles, conocer su ciclo de vida, inventar una técnica para su cultivo y aprovechamiento como alimento?

Con esa misma obsesión difusionista por establecer relaciones directas entre rasgos culturales del sureste de Asia y América, nos dice Dittmer que China es el lugar de origen de una técnica que permite obtener harina, secando y moliendo el fruto verde de la *Musa paradisiaca*, previamente cortado en rebanadas, y que a este método probablemente "se le debe la preparación parecida del *chuño* en las altiplanicies andinas" (p. 216).

Hay aquí una lamentable confusión, ya que la técnica de preparación del *chuño*, o papa deshidratada, no tiene la menor relación con la que cita nuestro autor para obtener harina de plátano.¹⁹

V. Refiriéndose a la masticación de hojas de coca como costumbre indígena del altiplano andino y región amazónica, Dittmer intenta establecer un paralelo con la masticación de hojas de betel, tan difundida por el sur y sureste de Asia hasta

¹⁹ VALCÁRCEL, LUIS E. *Historia de la cultura antigua del Perú*, tomo I, vol. 2. Lima, 1949. 247 pp. (Sobre el *chuño* y su preparación, pp. 84-85).

Oceanía, llegando a la rotunda afirmación—sin más pruebas—de que "es imposible que esta costumbre se haya inventado independientemente por segunda vez en América" (p. 215).

Y nosotros preguntamos: ¿por qué imposible?, ¿hay alguna razón psicológica que lo impida?, ¿acaso las mismas necesidades fisiológicas que motivaron la utilización del betel como estimulante alcaloide en la región Sureste asiática, no pudieron presentarse en ciertas zonas del Nuevo Mundo dando como resultado la masticación de la coca?, ¿no tenemos otros ejemplos culturales de invenciones y descubrimientos convergentes, tanto histórica como contemporáneamente?

Por otra parte resulta mucho más incomprensible admitir que los supuestos inmigrantes transpacíficos "que realizaban sus desembarques en flotillas que podían transportar a varios centenares de hombres" (Dittmer, p. 230) no llevaran consigo el betel y sí únicamente la idea de lograr por masticación un estimulante, alcaloide. . . , ¡y se dedicaron en sus nuevas tierras a buscar inmediatamente el sustituto del betel!

ESTE breve comentario, rectificación en parte y complementando en otras ciertas afirmaciones de Dittmer relacionadas con el proceso del origen de la agricultura en nuestro Continente, no implica dejar de reconocer el mérito e importancia de la obra en su totalidad y lo útil que será la edición en castellano.

Tampoco debe interpretarse lo dicho como actitud anti-difusionista irreductible. No creo que la realidad coincida con ninguna de las dos posiciones extremas. Reitero lo dicho en otra ocasión: "los hechos demuestran que los elementos, complejos y rasgos culturales pueden transmitirse por ambos procedimientos, es decir, que en ciertos casos se deben a difusionismo y en otros se trata de invenciones o descubrimientos independientes y convergentes".²⁰

Compartimos la posición de Armillas al firmar que: "debe evitarse caer en generalizaciones basadas en especulaciones sobre el origen de la agricultura americana, tanto en un sentido de absoluto aislacionismo como de pura y simple derivación asiática. La hipótesis de origen independiente del cultivo, con la posible adición de algunos cultígenos recibidos por vía ma-

²⁰ COMAS, 1959, p. 51.

rítima, me parece conciliable con los datos actualmente conocidos".²¹

Terminamos haciendo nuestra la opinión de Menghin, quien al revisar la obra de Dittmer en su conjunto aludía "a la manera demasiado apodíctica con la cual expone muchas veces teorías discutibles", no resultando siempre fácil "distinguir si las afirmaciones de Dittmer representan la opinión generalmente aceptada, o la teoría de una escuela, o solamente su posición personal".²²

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, EDGAR. "A variety of maize from the Río Loa". *Annals of the Missouri botanical garden*, vol. 30, pp. 469-476. 1944.
- ARMILLAS, PEDRO. "Programa de historia de la América Indígena. Primera parte: América Precolombina". *Estudios Monográficos*, II. Unión Panamericana. Washington, 1957. 76 pp.
- BELTRÁN, ENRIQUE. "Plantas usadas en la alimentación por los antiguos mexicanos". *América Indígena*, vol. 9, pp. 195-204. 1949.
- BERNAL, IGNACIO. "Sobre el origen del maíz". *América Indígena*, vol. 13, pp. 303-306. 1953.
- BIRD, JUNIUS B. "Preceramic Cultures in Chicama and Viru". *A reappraisal of peruvian archaeology*, Assembled by W. C. Bennet, 1948, pp. 21-28.
- BRAIDWOOD, ROBERT J. "Near eastern prehistory. The swing from food-collecting cultures to village-farming communities is still imperfectly understood". *Science*, vol. 127, no. 3312, pp. 1419, 1430; 9 figs. 20 June, 1958.
- CRANE, H. R. and JAMES B. GRIFFIN. "University of Michigan Radiocarbon Dates II." *Science*, vol. 127, no. 3306, pp. 1098-1105. 9 May 1958.
- GÓMEZ, MARTE R. Sobre el origen del maíz. *América Indígena*, vol. 13, pp. 301-303. 1953.
- GRIFFIN, JAMES B. "Some prehistoric connections between Siberia and America". *Science*, vol. 131, no. 3403, pp. 801-812; 7 figs. 18 March 1960.
- HELBAEK, HANS. "Domestication of food plants in the old world. Joint efforts by botanists and archeologists illuminate the obscure history of plant domestication". *Science*, vol. 130, no. 3372, pp. 365-372. 8 figs. 14 August 1959.

²¹ ARMILLAS, 1957, p. 41.

²² MENGHIN, 1954, p. 210.

- MACNEISH, RICHARD S. "A synopsis of the archaeological sequence in the Sierra de Tamaulipas". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. XI, pp. 79-96. 1950.
- MANGELSDORF, P. C. and R. G. REEVES. "The origin of maize: Present status of the problem". *American Anthropologist*, vol. 47, pp. 235-243, April-June, 1945.
- MANGELSDORF, PAUL C. "New evidence on the origin and ancestry of maize". *American Antiquity*, vol. XIX, no. 4, pp. 409-410. April, 1954.
- , "Ancestor of corn". A genetic reconstruction yields clues to the nature of the extinct wild ancestor. *Science*, vol. 128, no. 3335, pp. 1313-1320; 13 figs. 28 November, 1958.
- PATÍÑO, VÍCTOR MANUEL. "El maíz chococito". Noticia sobre su cultivo en América ecuatorial. *América Indígena*, vol. 16. pp. 309-346. 1956.
- RENDÓN, SILVIA. ¿Fue el maíz originario de América? *América Indígena*, vol. 13, pp. 223-230, con 3 figs. 1953.
- SAUER, CARL O. "Cultivated plants of South and Central America". *Handbook of South American Indians*, vol. 6, pp. 487-543. Washington, 1950.
- , "Agricultural origins and dispersals". *The American Geographical Society*. New York, 1952. 110 pp. Resumen en castellano publicado por *Ciencias Sociales*, vol. IV, no. 21, pp. 126-136. Unión Panamericana. Washington, junio 1953.
- WHITTING, ALFRED F. "The origin of corn: An evaluation of fact and theory". *American Anthropologist*, vol. 46, pp. 500-515. October-December, 1944.
- WILLEY, GORDON R. and PHILIP PHILLIPS. Method and Theory in American Archeology. Historical Developmental Interpretation. *American Anthropologist*, vol. 57, no. 4, pp. 723-819. 1955 (Especialmente pp. 755-765).
- WILLEY, GORDON R. "New world prehistory". The main outlines of the pre-Columbian past are only beginning to emerge. *Science*, vol. 131, no. 3393, pp. 73-86. January, 1960.

ANTECEDENTES DE LA EMANCIPACIÓN HISPANO AMERICANA

Por Ricardo DONOSO

Dos palabras

LA conmemoración del sesquicentenario de la emancipación de Hispano América ha puesto de actualidad el tema en los dos hemisferios. Por iniciativa de las Academias de la Historia de Venezuela y de la República Argentina se han celebrado en el año que corre reuniones de especialistas en Caracas y Buenos Aires, en las que el apasionante tópicó ha puesto a contribución la aguda inteligencia de historiadores, sociólogos y hombres de letras. Una tercera reunión, verificada en Asunción del Paraguay en octubre pasado, dio ocasión a una nueva confrontación de punto de vista en la que participaron historiadores españoles y americanos. Una vez que los trabajos presentados a esas reuniones vean la luz pública, los estudiosos de la historia americana estarán en situación de juzgar sobre la importancia y novedad de los nuevos puntos de vista que se han llegado para dilucidar el origen y los factores de diverso orden que gravitaron en el acontecimiento.

Las páginas que siguen, presentadas como contribución a la reunión de Caracas, no tienen otro propósito que bosquejar un trabajo de mayor envergadura, y constituye el resultado de un laborioso trabajo de investigación, orientado en el propósito de considerar la emancipación americana como un proceso, que se desarrolla a lo largo de medio siglo, y que dio por resultado la ruptura de los vínculos económicos, sentimentales, políticos y psicológicos que unían las colonias a la metrópoli.

La expulsión de los jesuitas

TORRENTES de tinta han corrido para trazar y explicar la historia de la expulsión y expatriación de la Compañía de Jesús

de España y sus dominios americanos, pero los historiadores jesuitas han eludido algunos aspectos de ella, cuyas consecuencias gravitaron intensamente en el proceso emancipador, y sin cuya consideración resultan inexplicables algunos episodios de singular trascendencia. "Sólo después de ella se comenzó a hablar de independencia, ha escrito recientemente don Vicente D. Sierra en su *Historia de la Argentina*, y los primeros en hacerlo fueron jesuitas nacidos en el Nuevo Mundo".

Medida esencialmente política, sus consecuencias gravitaron en los campos social, cultural, económico, político, y sacudió en forma tan intensa el alma de los españoles americanos, que bien puede definírsela como el gran drama que señala un hito decisivo en la historia de la emancipación. Considerada como una injusticia atroz por los centenares de familias criollas, cuyos miembros habían vestido el hábito de la Compañía, el sentimiento de adhesión y respeto a la monarquía se debilitó y enfrió en todo el ámbito del mundo colonial hispanoamericano.

No menos importantes fueron las consecuencias en el terreno cultural e ideológico, en el cual los maestros de la Compañía habían dominado en forma incontrastable. ¿Qué pensaron las otras órdenes religiosas de la expulsión y de la supresión de la Compañía? El punto lo ha analizado el historiador Francois Rousseau, dejando constancia que, consultados los prelados españoles, 42, sobre sesenta, se pronunciaron contra la Compañía. La mayoría del episcopado español aprobó tanto la expulsión como la extinción de la Compañía. ¿Debemos explicarnos esta actitud como una expresión de servilismo hacia la Corona, se preguntaba, o era la manifestación de la cólera y de los celos que había acumulado a través de los años por su orgullo y espíritu intransigente?

Aún antes de obtener de Clemente XIV el breve de extinción, uno de los más apasionantes dramas de la historia diplomática moderna, que ha captado el interés de todos los historiadores, el gobierno de Carlos III había resuelto la ocupación, administración y liquidación de los bienes de la Compañía, verdadera razón de fondo de la expulsión y punto sobre el cual no se ha detenido la atención de los historiadores americanos con la prolijidad necesaria.

Por lo que al territorio de Chile se refiere, la Compañía de Jesús había concentrado en su manos las más valiosas ha-

ciendas del valle central del país, y su influencia gravitaba poderosa en la vida económica a lo largo de todo el territorio. Como fueron admirables administradores, monopolizaron no sólo la enseñanza de la juventud, sino que algunos rubros de la producción que contribuyeron a fomentar su riqueza. En varios textos documentales, que me sería fácil citar, se encuentra la nómina de toda la propiedad raíz que poseían y al liquidarlos años más tarde la Junta de Temporalidades quedó en descubierto la fabulosa riqueza que había acumulado en dos siglos.

Si del territorio de Chile pasamos al del Perú, óigase lo que escribía en el siglo pasado el historiador don Alberto Ulloa:

No puedo tener tampoco la pretensión de hacer aquí el bosquejo de lo que fueron los jesuítas del Perú en el largo período del Coloniaje; pero habrá de permitírseme indicar que en estos papeles de las Temporalidades es donde se halla la verdadera historia de la Compañía, donde se conoce el inmenso poder, la avasalladora influencia de esa orden religiosa en los sencillos pueblos de Sud América; donde se encuentra la raíz de multitud de acontecimientos y de vicios que más tarde nos han carcomido, y donde se siente con el imperio de la mayor evidencia, la justicia de las leyes que expulsaron de América a la Compañía de Jesús, para devolver a la masa social, por intermedio del poder público, el patrimonio que le fuera arrancado. Es allí, lo diré con franqueza, donde existe el proceso imparcial, estrictamente honrado e insospechable, de aquel famoso instituto, vampiro insaciable y monstruoso de nuestro organismo social, al cual supo quitárselo todo .

Existen todavía en el Archivo—agrega—extensas nóminas de los bienes raíces de que hablo, y a su lado, la Colección casi completa de las fundaciones piadosas, de los testamentos, y sobre todo, de los títulos orginarios de las respectivas propiedades. Cuando se les examina o recorre, el espíritu se abisma contemplando cómo llegaron aquellos sacerdotes a adueñarse de la mayor extensión de tierras cultivadas de la Colonia, del mayor número de haciendas y obrajes, de la más grande cantidad de capitales agrícolas y pecuarios, de los más selectos y valiosos edificios urbanos, y hasta de los mejores terrenos en la costa y sierra. Valles enteros les pertenecían y casi no había fundo agrícola del Perú que no les pagase censo o reconociese una servidumbre. Por mi vista ha pasado tal cantidad de expe-

dientes de ese género, que no peco de exagerado al decir que todas las haciendas de los valles de Ica, Chancay, Moquegua y la mayor parte de los de Trujillo, Santa, Puno, Cuzco, Huamanga y otros lugares eran suyas. He allí porqué afirmo, y ahora repito, que el examen de tales procesos es la más clara justificación del acierto con que los Reyes de España procedieron a su expulsión.¹

En la Memoria del Virrey del Perú, don Manuel Amat, se consigna un cuadro muy ilustrativo de los bienes que tenía la Compañía en el Virreinato del Perú, que lleva por título "Razón por mayor de las haciendas, estancias de ganados, posesiones y fincas vendidas y existentes, pertenecientes a los colegios que fueron de jesuitas, según los autos de sus tasaciones y remates, con expresión del contado que han exhibido los subastadores hasta mediados de Marzo de 1776" y en el que se consiga lo siguiente:

Todas las fincas, estancias y haciendas ocupadas a los regulares de la Compañía, 203, entre pequeñas y grandes posesiones de pan llevar, cañaverales y viñaterías, como también obrajes de labrar ropa de la tierra y algunas casas que no menos se secuestraron, lo que pertenecía a los colegios que se tienen mencionados, de que se deben separar 16 posesiones de los colegios de San Borja y San Bernardo del Cuzco, respecto de que estas fincas pertenecían a los Indios Caciques que educaban en San Borja, y a los colegiales en el de San Bernardo, y así quedaron 187, que evaluadas importaron 6.641,448 pesos 4 reales.

Se han vendido estas fincas, 89 en remates públicos, según las órdenes últimamente comunicadas de S. M., cuya suma es de 3,588,787 pesos 5½ reales, en que únicamente ha habido de contado 810,106 pesos 2 reales, quedando las demás cantidades para ir las descontando anualmente, con la calidad de dar en el entretanto el premio o interés respectivo. Se han aplicado 22 haciendas, según la mente de S. M., cuyo valor es la cantidad de 180,024 pesos 7 y medio reales, con advertencia que entre las fincas aplicadas hay un sitio contiguo al Colegio que fué del Cercado, que se destinó al Hospicio de Pobres, el cual igualmente no se ha tasado.

¹ MENDIBURU, MANUEL. *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Tomo I., págs. 465-466, de la edición de 1931.

Existen 92 fincas que están avaluadas en 1.893,730 pesos, $\frac{1}{2}$ real, sobre que se están siguiendo las diligencias para su enagenación.

Si del Virreinato del Perú apartamos la mirada y la volvemos al Virreinato de Nueva España, podemos observar los rasgos similares del fenómeno. La valiosa contribución del historiador Francois Chevalier, que ha estudiado con agudo talento la formación de los grandes latifundios en México, durante los siglos XVI y XVII, nos revela, con elocuencia impresionante, las proporciones que adquirió la actividad económica de la Compañía de Jesús. "Esta actividad temporal de los hijos de San Ignacio tiene a la vez algo de poderoso y de calculado, escribe, de espontáneo y de hábil. En el marco de las Indias inmensas, llega en ocasiones a lo grandioso, pues habiendo comenzado con nada, los jesuitas tuvieron muy pronto los más grandes rebaños de ovejas, los más florecientes ingenios de azúcar, las haciendas mejor administradas, sin hablar de la indiscutible superioridad de sus colegios y de sus misiones".

Ya desde la llegada a México del Virrey marqués de Croix, fue evidente el propósito de la Corte de investigar a cuánto montaban los bienes de la Compañía, y que no dejaba de pensar en la posibilidad de poner administradores en sus haciendas.

En el cuadro general de la actividad de la Compañía, que ha trazado el P. Gerard Decorme, S. J., con el título de *La obra de los jesuitas mexicanos*, se estudia con mucha acuciosidad la extensión de sus fundaciones, se bosqueja su contribución a la cultura y fomento de los estudios, se elogia su labor religiosa y misional, y se sostiene que si adquirieron algunos bienes fue porque los necesitaban para el florecimiento de sus establecimientos; pero el historiador no encuentra una información exacta del valor que alcanzaban sus bienes, ni la importancia que tenían en la vida económica del Virreinato.

Una contribución importante al estudio de este aspecto de la actividad de la Compañía encontramos en la publicación, hecha en 1949 por el Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, por el señor Víctor Rico González (*Documentos sobre la expulsión de los jesuitas y ocupación de sus temporalidades en Nueva España, 1772-1783*), pero es evidente que aún queda en los archivos un caudal de docu-

mentos para ahondar en el estudio de este apasionante capítulo de la historia política, social y económica del Nuevo Mundo.

No menos valiosa ha sido la publicación hecha por el historiador Chevalier al sacudir el polvo de los archivos a ese singular documento que lleva por título *Instrucciones a los hermanos jesuitas administradores de haciendas* (México, 1950), redactadas en cumplimiento a las órdenes expedidas por el quinto General de los Jesuitas, Padre Claudio Aquaviva, y que constituye la expresión de la experiencia que los jesuitas habían adquirido en la materia durante siglo y medio.

No se ha trazado hasta ahora un cuadro general de la riqueza que habían acumulado los jesuitas en sus manos a lo largo de dos siglos, ni estudiado con la detención necesaria la forma en que gravitaba su influencia en la vida económica en todo el vasto ámbito colonial hispanoamericano, pero las consecuencias de la expulsión fueron de tan honda trascendencia, al incorporarse sus bienes en manos de las familias criollas, que la ruptura de ese vínculo no dejaría de repercutir vigorosamente en el futuro.

Consecuencias de la expulsión

OBSERVEMOS en primer término, que esos cuantiosos bienes raíces, liquidados por la Junta de Temporalidades, pasaron a manos de los criollos y se incorporaron a la vida económica. Si, de una parte, las familias criollas clamaban por el regreso de sus hijos que gemían en el largo destierro, por otra no veían con buenos ojos la posibilidad de restablecimiento de la Compañía por la posibilidad de que ésta planteara la reivindicación de sus valiosas propiedades raíces.

Si del campo económico volcamos la mirada al terreno social y psicológico, fácilmente podemos advertir que el sentimiento de adhesión a la monarquía experimentó un intenso impacto, mientras los miles de criollos que habían vestido el hábito de San Ignacio, privados de su ministerio sacerdotal, sintiendo la honda nostalgia de sus tierras americanas, consagraron su actividad a evocar el lejano terruño, el paisaje y las costumbres, y con la redacción de sus obras inmortales contribuyeron a echar los cimientos de una teñida conciencia americana.

En la historia de Chile hay un documento emocionante,

humano y tierno, que a pesar de los siglos transcurridos, se lee con apasionado interés, y que nos levanta el velo de lo que sentían algunos de los hijos de San Ignacio después de veinte años de destierro. Es una carta digna de las antologías, que le escribía el Padre Manuel Lacunza y Díaz a su abuela, residente en Santiago, desde Imola, el 9 de octubre de 1788, en la que le contaba un sueño que había tenido con las impresiones de un viaje de regreso a su terruño. Documento de interés sentimental, histórico y psicológico, no sólo por su contenido, sino por provenir de un escritor que con el correr de los años alcanzó gran notoriedad, como uno de los más entusiastas propagandistas del milenarismo, con su famoso libro, traducido a las principales lenguas de Europa, que lleva por título *La venida del Mesías en gloria y majestad*.

España, auxiliada de las potencias borbónicas, había obtenido del Papa la supresión de la Compañía, y mientras se reñía aquella ardorosa jornada diplomática, el panorama internacional se ensombrecía con la rebelión de las Colonias inglesas de la América del Norte, que Carlos III y sus ministros no dejaron de alentar con toda su poderosa influencia. Sólo el conde de Aranda expresó sus recelos, por cuanto creía que cualquiera que fuese el resultado de la guerra, sería altamente peligroso para las Colonias españolas, que con el tiempo "por su posición y aumento de población, serían nuestros rivales". Pero pudo más el propósito de ver debilitada a Inglaterra, que contribuir a hacer surgir en el campo internacional una nueva nacionalidad, que aún más, contrajo el virus demolidor de la forma republicana de gobierno.

La impresión que esos acontecimientos causó en el alma de los españoles americanos fue tan intensa, que los hombres que seguían con atención el curso de la vida política europea vieron en ellos abierta la oportunidad de llegar algún día a la independencia de la metrópoli, y desde entonces comenzó a penetrar en lo más profundo de su alma una tenue luz de esperanza.

La ruptura de los vínculos económicos, sentimentales, políticos y psicológicos, que unían las Colonias a la metrópoli, no se produjo como una eclosión repentina, sino que se fue incubando a lo largo de medio siglo, de modo que el estudio de este proceso, no sólo desde el ángulo americano, sino de la repercusión que halló en la política europea, explica su maduración victoriosa.

La rebelión de Tupac Amaru y la de los comuneros de Nueva Granada

LA gran conmoción que sacudió a la América Meridional en el último cuarto del siglo XVIII, y que conocemos con el nombre de revuelta de los comuneros en el Virreinato de Nueva Granada, y rebelión de Tupac Amaru en el Alto Perú, iba en realidad a constituir el punto de partida del movimiento emancipador, y a poner en descubierto qué fuerzas subterráneas trabajaban fuertemente por quebrantar la estructura política que prevalecía en el mundo americano.

Las reformas económicas, políticas y administrativas planteadas por los primeros, y la violenta protesta de los aborígenes del Alto Perú contra la secular explotación de que venían siendo víctimas de parte de los Corregidores, dieron a esos movimientos un contenido social y político que no escapó a la perspicacia de las autoridades de la Corona, y para abatirlos puso en juego, no sólo el poder de la fuerza que tenía en sus manos, sino las artes todas de una sutil política florentina, en la que se reveló maestro consumado el Arzobispo Virrey de Nueva Granada don Antonio Caballero y Góngora, que asumió esas funciones el 15 de junio de 1782.

¿Hay connivencia entre la sublevación de los comuneros y la del Alto Perú?, se preguntaba el historiador chileno don Gonzalo Bulnes en 1927. ¿Tuvo la revuelta de la Nueva Granada aspiraciones de independencia?, agregaba.

Aun cuando la respuesta del eminente escritor era negativa, lo que nos interesa es estudiar, a la luz de nuestras investigaciones en los archivos europeos, las consecuencias que tuvieron en la política exterior de España, llevándola al arraigado convencimiento de que cuantos promovían el levantamiento desde el territorio americano, encontraban el poderoso apoyo de elementos extranjeros, particularmente de Inglaterra.

Algunos dramáticos episodios, apenas desflorados por los historiadores americanos, pero que se pueden documentar en forma abrumadora en los archivos españoles, iluminan con una luz intensa el proceso de la política peninsular. Esos episodios son los que dicen relación con las andanzas de don Juan José Marcano y Arismendi, detenido en Buenos Aires el 28 de enero de 1780, enviado en calidad de reo de Estado a la península, en la fragata *Colón*, que capturado por los ingleses y habiéndose fugado, cayó nuevamente en poder de los españoles. Mar-

cano se decía ex jesuita y las autoridades españolas lo consideraron como un influyente agente británico, que había promovido las rebeliones de Nueva Granada y el Alto Perú, y como tal juzgado y sepultado en las mazmorras del norte del Africa.

Conspiración de los ingleses para sublevar la América Meridional

Los otros episodios son los que dicen relación con las andanzas, proceso y muerte de don Luis Vidall y Villalta, agente de los comuneros en Londres; el jesuita don Juan José Godoy, y del coronel inglés Robert Hodgson, que hemos estudiado con la mayor detención en la documentación que se conserva en los archivos de Simancas y Sevilla.

El 28 de diciembre de 1780 comunicaba el Ministro Gálvez al Virrey de Buenos Aires que había llegado a conocimiento del Gobierno que los ingleses preparaban secretamente una expedición agresiva de dos mil hombres y quince mil fusiles, previniéndole tomara las providencias necesarias para poner en estado de defensa las costas, y que sin pérdida de tiempo comunicase la noticia al Virrey del Perú y Presidente de Chile.

En su respuesta, de 30 de abril de 1781, el Virrey Vértiz le llamaba la atención a la debilidad de las fuerzas militares de que disponía para la defensa del territorio de su mando, e insistía en destacar la intensidad con que se había difundido el espíritu de rebelión. "Semejantes procedimientos, son efectos de una general alteración y descontento que se ha introducido en estos dominios, le decía, tan rápidamente que no se oyen otras voces, ni se ven más que señales evidentes de la disposición que reina en los espíritus para seguir el mal ejemplo del día, mirando con indiferencia muchos los horrores que se cometen, y otros con satisfacción".

Marcano y Arismendi, fue juzgado rápidamente y mantenido primero preso en la fortaleza de los reales Guardias de Corps de Madrid, y enviado en seguida a las prisiones de Ceuta, donde murió en marzo de 1794.

¿Qué pensaron los hombres del gobierno de Carlos III ante la difusión de la rebelión? Floridablanca no vacilaba en recomendar el empleo de la fuerza y las sutilezas de la política, pero de que estaban convencidos que el movimiento emanci-

pador era un hecho fatal e inevitable, y que sólo cabía postergar el estallido, lo prueban numerosos documentos. Han discutido apasionadamente los historiadores la autenticidad de la memoria secreta presentada por el conde de Aranda a Carlos III en 1783, pero como apunta el historiador Whitaker, sólo el estudio de la nutrida correspondencia de ese importante hombre de Estado, conservada en su integridad en el archivo de Simancas, nos presentará en toda su integridad su pensamiento político. Pero ya en una carta a Floridablanca, de 12 de marzo de 1786, le decía:

Ya sabe Ud. como pienso sobre nuestra América. Si nos aborrecen no me admira según los hemos tratado, sino la bondad de los soberanos, las sanguijuelas que han ido sin número. . . y no entiendo que haya otro medio de retardar el estampido que el de tratar mejor a los de allá y a los que vinieren acá.

Insistía en que se debía enviar buenos funcionarios, encarar la reforma del sistema administrativo, y sugería la posibilidad de cambiar el Perú por el Portugal. En el alma de esos dos poderosos hombres de Estado, considerados poco menos que genios en su tiempo, comenzó a surgir la idea de que no compensaba sacrificar los intereses europeos de España por la conservación de su Imperio Colonial Americano, y sus conceptos despectivos han merecido la severa condenación de un historiador tan poco sospechoso de hispanofobia como don Carlos Pereyra.

En nuestro plan de trabajo, mi distinguido colega Ignacio Rubio Mañé afrontará el estudio del aspecto diplomático, al que ha consagrado una acuciosa investigación en los archivos de Londres, Madrid, Simancas y Sevilla, en el que puntualizará las negociaciones realizadas desde 1784 a 1786 para la evacuación por los ingleses de la costa de Mosquitos y para llegar a suscribir un Tratado general entre ambas potencias.

Tenía España desde antiguo fuertes temores acerca de los propósitos británicos de establecerse en la América Meridional, en la costa de la Patagonia, en el Estrecho de Magallanes y aun en la Tierra del Fuego, como medio de asegurar el paso hacia el Pacífico, y ya a principios de 1758 el Capitán General de Chile, don Manuel Amat, exteriorizaba sus preocupaciones a ese respecto insistiendo en lo desguarnecidas que se hallaban

las costas de ese océano y la insignificancia de las fuerzas navales de que disponía para repeler cualquier acto de agresión.

Esos temores se acentuaron un lustro más tarde, cuando los gobiernos de Francia e Inglaterra comenzaron a explorar las posibilidades que ofrecía la América Meridional y a organizar expediciones científicas, que en el fondo estaban movidas por un claro propósito político.

El ex jesuita don Juan José Godoy

EL episodio de la persecución y captura del ex jesuita don Juan José Godoy, incorporado por el historiador Medina entre los precursores de la Independencia de América, es bien revelador de los temores de la Corona española de que los ingleses estuvieran alentando a los jesuitas, y utilizándolos como fomentadores del descontento profundo que hallaron en las rebeliones de Tupac Amaru y de los comuneros sus expresiones más dramáticas. Aun cuando quedó sepultado en el mayor sigilo, es bien indicador de las inquietudes que habían prendido en el alma de los Ministros de Carlos III, del espíritu que animaba a algunos de los ex jesuitas, que se habían hecho resueltos enemigos de la monarquía española, y de cómo la esperanza de llegar a la independencia política había arraigado ya en muchos corazones.

De la personalidad y desventuras de Godoy se han ocupado los historiadores Medina y Batllori, pero desdeñando señalar algunas circunstancias, que revelan claramente su pensamiento político y tiñen de hondo dramatismo su aventura.

Partidarios activos de la independencia se conocen sólo dos, escribe el Padre Batllori: el mendocino Juan José Godoy de la provincia de Chile, y el peruano Juan Pablo Viscardo, natural de Pampacolca, en la jurisdicción de Arequipa, un tiempo escolar de la Compañía, más luego secularizado en 1769, antes de la extinción, sin que llegase nunca a ordenarse de sacerdote.

Incorporado entre los precursores de la Independencia, la fascinante personalidad del primero merece una detenida reseña.

El día de la captura de los jesuitas del Colegio de Mendoza, estaba en una hacienda y huyó a caballo hacia el Alto

Perú. En Charcas se presentó al Arzobispo, y delatado a los Oficiales reales, fue conducido al Callao con los misioneros de Mojos, y de allí embarcado para Italia con todos los hermanos de la provincia del Perú. Hasta la supresión de la Compañía, en 1773, permaneció en Imola, junto a los demás jesuitas chilenos, pero de allí a poco se estableció en Bolonia, donde también residía el que habría de ser famoso naturalista don Juan Ignacio Molina. Impelido por la inquietud de su carácter, viajó por casi toda la península, visitando Roma, Venecia, Ferrara, Florencia, Pisa y Liorna, pero en 1777 se estableció en este último puerto, considerando que su clima era más benigno. Allí permaneció cuatro años, hasta mayo de 1781, fecha en que se embarcó con rumbo a Inglaterra, sufriendo en el viaje un accidente, a consecuencia del cual se lastimó una ceja, cicatriz que se utilizaría como ficha dactiloscópica para identificarlo. Escribiéndole a uno de sus hermanos residente en Mendoza, le decía el 24 de septiembre de 1784: "Yo siempre suspiro por la América, y ya que no puedo ir por allá, pretendo ir a donde puedo".

Denunciado de estar preparando una revolución en Chile, Paraguay y Perú, fue sometido a una estrecha vigilancia por la Embajada de España en Londres, y al desaparecer de esta ciudad, en agosto del año siguiente, provocó tal ansiedad en la Corte de Madrid, que se envió de inmediato a las autoridades de la América Meridional una circular, el 7 de septiembre de 1785, para que se le buscara y detuviera.

"Un ex jesuita nombrado Godoy, decía ella, que se hallaba en Londres, y cuyas señas van adjuntas, se ha embarcado en aquella ciudad para algún destino de Indias, y habiendo recelos fundados que pueda llevar el objeto de sublevar o perturbar alguna de nuestras posesiones, lo aviso a Ud. de orden del Rey para que si arribase a las de su mando, procure descubrirlo y asegurarlo".

Poco más tarde, el administrador de Correos de Jamaica, don José Fuertes, que actuaba como agente confidencial, informaba al Arzobispo Virrey de Santa Fé, don Antonio Caballero y Góngora, que Godoy se hallaba en Charleston, en Estados Unidos. El Arzobispo Virrey y Fuertes urdieron entonces un plan para apoderarse de Godoy, enviando, a mediados de 1786, a Charleston, a Salvador de los Monteros, con el pretexto de adquirir efectos navales y hacer creer al ex je-

suita mendocino que los católicos de Jamaica solicitaban su ayuda espiritual.

Al hombre que se utilizó, capitán y dueño de la goleta *La amable Helena*, se proporcionaron un pasaporte, abundantes recursos y se le dieron instrucciones prolijamente estudiadas, expresión de la más sutil astucia florentina.

El caso es arduo realmente, decía desde Kingston, en Jamaica, el 9 de febrero de 1786, el agente Fuertes, pero como quiera que resulta un interés tan grande al Estado de asegurar la persona de un bien conocido mal vasallo, de carácter tan perjudicial como nos pintan al ex jesuita Godoy, he pensado seriamente en don Salvador de los Monteros, que es un excelente hombre de mar, capaz de llevar una intriga cual se requiere para el logro que deseamos, sin tener necesidad de nadie.

Fuertes decía que Godoy era hombre de mucha cautela y serenidad y que tenía premeditadas respuestas para todo. Sin embargo, Monteros, logró engañarlo como a un niño, meterlo en su goleta y conducirlo a Cartagena de Indias, diciéndole que las tempestades le impedían ir directamente a la posesión inglesa de las Antillas. Consciente de la importancia de la misión que se le había confiado, llevó un diario de navegación, desde el 3 de abril de 1786, en que arribó a Charleston, hasta el 18 de julio, en el que registró sus e conversaciones con el rebelde ex jesuita, en las que le hizo algunas confidencias y revelaciones sobre sus ideas políticas.

Llegado a Cartagena siguió el engaño y el pobre Godoy fue encerrado con disimulo en las cárceles de la Inquisición, a lo que no fue ajeno el Virrey Arzobispo.

Al paso que celebré infinito las noticias que tenía de estar asegurado este hombre díscolo, decía don Antonio Caballero y Góngora al Ministro de Indias, por las ventajas que pueden resultar al Estado de que no continúe en sus perversas intenciones, me entristecía no encontrar en esta Plaza ni seguridad ni secreto, para concluir una operación que, si se traslucía, podía todavía hacer nacer algunas ideas amortiguadas en los corazones de algunos mal contentos en el Reino. Esto me hizo nacer el pensamiento de valerme para este asunto del Tribunal de la Inquisición de la Plaza de Cartagena, y con la noticia de estar asegurado ya en poder de Monteros, hice un viaje expreso a

verme con los Inquisidores, para tener adelantado este paso, y habiendo quedado de acuerdo en todo ayer noche, efectivamente vino él por su propio pie, persuadido de que Monteros le traía a esconderle, por no incurrir en la pena de conductor de ex jesuitas, a la casa de uno de los inquisidores, don Bartolomé de Castro, quien con un aparato distinto del de su ministerio, hasta en el vestido, le obsequió, le ofreció tenerlo escondido en su casa, y le aseguró por último en una de las cárceles de dicho Tribunal, donde permanece hasta que V. E. se sirva prevenirme lo que debo hacer con él.

En cárceles de la Inquisición fue interrogado por el Oidor de la Audiencia de Santa Fé y Auditor General de la Guerra don Juan Moreno de Abendaño, pero Godoy, temeroso de la suerte que le aguardaba, negó terminantemente cuanto se le achacaba, en el sentido de haberse pronunciado en favor de la rebelión de América, de la licitud del contrabando y de haberse referido en términos ofensivos a la persona del monarca.

Los últimos años de Godoy fueron muy penosos. Tratado con la mayor severidad como reo del Estado, fue enviado de Cartagena a La Habana, y allí embarcado en partida de registro en la urca *Santa Balbina* con destino a Cádiz, a donde arribó a fines de septiembre de 1787. Recluido en el convento de San Francisco, que aún se conserva, el Ministro Porlier ordenaba dos meses más tarde al P. Guardián lo tuviera en reclusión segura, capaz de precaver cualquier riesgo de fuga. En diciembre fue sacado de allí y encerrado en el pavoroso castillo de Santa Catalina, donde falleció a mediados de febrero del año siguiente, 1788. "De resultas de una inflamación interna falleció antes de ayer en el castillo de Santa Catalina de esta Plaza, decía el Gobernador de ella al Ministro Porlier, el 19 de febrero de 1788, el ex jesuita don Juan José Godoy, que en consecuencia de real orden de 21 de noviembre último, fue trasladado del convento de San Francisco al referido castillo, y habiéndose dado ayer sepultura a su cadáver, lo aviso a V. E. para noticia de S. M."

El coronel inglés Hodgson en Nueva Granada

EL episodio del coronel inglés Robert Hodgson, es otro testimonio bien revelador de los temores intensos de la Corte

de Madrid de que Inglaterra persistiera en sus propósitos de sublevar las colonias de la América Meridional. Ya en las instrucciones expedidas el 26 de noviembre de 1781 a don Juan Pimienta, Gobernador de Cartagena, nombrado Virrey de Nueva Granada, bajo la presión de la alarma que había provocado el levantamiento de los comuneros, se le decía, "que el principal objeto que en el día se presenta es disipar los ruidosos alborotos de ese Reyno, y restablecer la autoridad real en su antiguo vigor y respeto".

Muerto dramáticamente Pimienta, apenas llegado a Bogotá, entró a ejercer el mando supremo el Arzobispo don Antonio Caballero y Góngora, que tan consumado político se había manifestado durante la rebelión, y que con sombríos rasgos había trazado el cuadro de la situación económica y del estado de espíritu de la población del Virreinato.

El 3 de septiembre de 1783 firmaba España con Francia e Inglaterra el Tratado de Versalles, por el cual recuperaba la isla de Menorca y todo el territorio de la Florida, se limitaba a un espacio determinado el privilegio de la Corte de Palo de Campeche, incluyendo el compromiso de demoler las fortificaciones que en él existiesen, y en cambio España restituía las Bahamas y la isla Providencia.

Sin embargo, pocos días después el Ministro Gálvez enviaba al Virrey de Nueva Granada una orden muy reservada, con encargo de quemarla después de recibida, sobre las positivas noticias que tenía el monarca de los inicuos medios con que Inglaterra intentaba perturbar la quietud de sus dominios. Desde fines del año anterior el Arzobispo Virrey había dado cuenta al Ministro Gálvez de la detención en Cartagena del coronel Robert Hodgson, portador de proposiciones para sujetar a los indios mosquitos. Desde mediados del siglo, los españoles designaban con este nombre a un pueblo de aborígenes aguerridos, de la costa oriental de Nicaragua y Honduras, que penetraban al interior siguiendo el curso de los ríos. Hodgson había sido nombrado Superintendente de los Mosquitos, dependiente del Gobernador de Jamaica, donde se hallaba establecido desde antiguo, y aun cuando el Tratado de Versalles estableció la evacuación de los ingleses de aquella región, preocupaba vivamente a las autoridades españolas la actividad subterránea que desarrollaban.

El Arzobispo vio en la negociación con el coronel inglés

la oportunidad de aprovechar sus conocimientos geográficos, y de la situación de aquellos aborígenes, para asegurar a España la posesión del territorio, y como Hodgson propusiera entrar al servicio de las armas españolas, creyó ver en sus propósitos el ánimo de afianzar las negociaciones mercantiles que tenía entabladas entre los naturales. Pero, al mismo tiempo, creyendo ver en él uno de los comisionados para sublevar esta parte de la América, antes de autorizarlo a pasar a Bogotá, envió a Cartagena a uno de sus hombres de confianza, a fin de sondearlo y averiguar hasta sus más recónditos designios. Con este motivo proporcionó a su agente detalladas instrucciones sobre la manera con que debía manejarse, y trazaba un cuadro de los puntos vulnerables que ofrecía el territorio puesto bajo su mando, reveladoras de cuán fuertemente trabajada se encontraba su alma ante los peligros que amenazaban al Virreinato. Consideraba de la mayor importancia tener al frente de las provincias de Santa María y Río Hacha una persona capaz de abatir los propósitos de los enemigos, y que por las costas de Maracaibo y Guayana era fácil que se introdujeran emisarios portadores de perversos designios. En su opinión la región del Chocó era un punto importantísimo para precaver el comercio ilícito que se hacía en aquella provincia por el río Atrato, y evitar la introducción de agentes a las provincias de Popayán y Quito y hasta en el Perú.

Estimaba que se debían guardar, como los dos puertos más importantes, los de Panamá y Guayaquil, escalas forzosas para cuantos intentasen contaminar las provincias del Perú, no descartando la posibilidad de que pudieran introducirse en ese virreinato por las rutas de Popayán y Quito. Resuelto a encarar el peligro, envió a Panamá, con el pretexto de habersele nombrado Oficial Real de sus Cajas, y a fin de que nadie penetrara el fin principalísimo de su comisión, a don Juan de León y Páez, hombre de toda su confianza, que había traído consigo desde España; mientras acreditaba en Cartagena a don Miguel Rahon, para que subiera con Hodgson hasta la sabana, tratando de penetrar lo más íntimo de sus pensamientos. Conminó a todos los Gobernadores, corregidores y alcaldes mayores del Virreinato, a que visitaran sus jurisdicciones y estimó necesario enterar de todo al Virrey del Perú, haciéndole presente que se esforzaba por atraer al coronel británico a los intereses de la monarquía española "para privar de este recurso a los ingleses".

En septiembre de 1784, enterado Carlos III de los antecedentes del episodio, autorizó al Virrey Arzobispo para que invitara a Hodgson a pasar a Bogotá. Antes de emprender viaje Hodgson había manifestado al agente del Virrey que sus condiciones eran que, con independencia de otro jefe, se le declarara Gobernador de Nicaragua, desde la bahía de la Candelaria hasta Bacalar, con inclusión del castillo de San Fernando de Omoa; se le otorgara el mando de una fragata y de otras fuerzas navales, dotándolo de quinientos soldados y artillería ligera, y del dinero necesario para erigir uno o más fuertes. Pedía se le diera el grado de brigadier y el permiso necesario para retirarse a su país, después de cinco años de servicios a España, con una pensión vitalicia de dos mil pesos fuertes.

En un principio Carlos III rechazó admitir a Hodgson al servicio de España, pero finalmente autorizó al Arzobispo Virrey para que lo recibiese con el grado y sueldo de coronel, precediendo el juramento correspondiente de fidelidad y vasallaje, concediéndosele el establecimiento provisional que solicitaba en una de las islas de San Andrés o Santa Catalina, procurando hacerle ir a España en el caso de que no se contentase con dichas concesiones.

Después de una negociación muy laboriosa, que el Virrey llevó con el mayor sigilo a través de individuos de su entera confianza, lo hizo subir a Bogotá, donde conferenció con él y se formó la más elevada idea de su personalidad. "Hábil, sagaz, hombre de conocimientos muy finos, decía en nota de 20 de mayo de 1785, sobre esta parte noble de la América; emprendedor, algo ambicioso de gloria y de interés, que no es lo peor para poder hacerle útil, amante de su familia, y real o aparentemente sectario de la justicia, pues en cuantas ocasiones se han ofrecido, de palabra o por escrito, afirma la que tenemos en reclamar nuestro territorio, llamado por lo común entre los ingleses Costa de Mosquitos, tratando de injustos e ilusorios los argumentos de éstos, y manifestando también como injusta la infracción a las capitulaciones del artículo 6 del último tratado".

Hodgson se había trasladado a su establecimiento agrícola de Blewfields, en Mosquitia, y Gálvez envió al Virrey instrucciones para que lo notificara de la firma de la Convención con Inglaterra, en la que los ingleses se comprometieron a

evacuar la zona, y en atención a ella se decidiera, o a mantenerse en su establecimiento, jurando vasallaje al Rey de España, o a sufrir la suerte de los demás colonos. Caballero y Góngora resolvió apoderarse de él por la fuerza, y así como en el caso de la captura de Godoy había andado tan afortunado, envió con una emisión similar a su confidente don José Fuertes, a bordo de la goleta *La Chula*.

El coronel inglés don Roberto Hodgson, objeto principal de que habla la real orden de 21 de agosto último, decía el Arzobispo desde Cartagena el 6 de marzo de 1787, ha sabido prevenir todas mis diligencias, viniéndose voluntariamente a ésta plaza, donde llegó el día 28 de febrero inmediato pasado, en derechura desde el punto de Blewfields. En su tránsito no habló con los comisionados Arguedas y Fuertes, por estar estos en Portobelo cuando rebasó aquella altura, y así no tuvo noticia alguna, ni de los deseos que tenía V. E. de ganarlo, ni del verdadero objeto de aquella comisión.

Llegado Hodgson a Cartagena prestó, el 5 de marzo de 1787, en forma solemne, juramento de fidelidad y vasallaje al Rey de España, ante el Virrey Arzobispo, Jefes Militares de la Plaza, los tres Ministros togados existentes en ella y gran número de personas calificadas. Mientras tanto, los gobiernos de Madrid y Londres habían convenido postergar la fecha de la evacuación de Mosquitos hasta junio de ese año, para lo cual se dieron las órdenes correspondientes a los Virreyes de México y Santa Fé, y a los Gobernadores de La Habana y Yucatán.

Página dramática de la historia diplomática, que recuerda algunos de los apasionantes episodios de nuestros días, en que hombres singulares, movidos de una extraña psicosis, no vacilan en transgredir las más sagradas leyes morales creyendo servir un alto interés nacional. Para Carlos III y sus Ministros y togados, no sólo estaba de por medio la necesidad de asegurar la soberanía española en la región de Mosquitos, sino penetrar los secretos designios que movían a la Corte inglesa con respecto a la América Meridional; mientras de parte del coronel Roberto Hodgson medió tal vez la secreta idea de conocer de cerca los medios de defensa con que contaba España en esta parte de la América para la defensa de sus intereses coloniales.

Los ingleses en el Pacífico

PERO, las barreras que mantenían cerradas las colonias españolas a la penetración británica, iban a sufrir un fuerte golpe con la firma de la Convención de San Lorenzo, de 28 de octubre de 1790, entre las Cortes de España e Inglaterra, con la que se puso término a la larga controversia diplomática sostenida por los incidentes de la bahía de Nootka, pequeña ensenada de la costa occidental de la isla Vancouver, y en virtud de la cual se reconoció a los ingleses el derecho de pesca en el Mar del Sur. Uno de los artículos estipulaba que los súbditos de ambas naciones contratantes no "habían de ser perturbados ni molestados, ya sea navegando o pescando en el Océano Pacífico o en los mares del sur; ya sea desembarcando en las costas que circundan estos mares, en parajes no ocupados ya, a fin de comerciar con los naturales del país o para formar establecimientos".

En esa Convención ven los historiadores el término del breve período de grandeza del gobierno de Carlos III, el principio de la ruina del Imperio Colonial Español y la primera profunda brecha abierta en sus extensos dominios. La trascendencia que ese pacto envolvía para el futuro de las colonias españolas no escapó a la penetración de algunos funcionarios de agudeza política. El hasta entonces quieto y solitario mar Pacífico, comenzó a ver surcadas sus aguas por velas de diferentes nacionalidades, inglesas, angloamericanas y francesas, y el alma de los gobernadores se llenó de temor, no sólo ante la posibilidad del fomento del comercio ilícito, sino por la difusión de ideas tan sorprendentes como las que surgían de los acontecimientos políticos de la Francia, que removían hasta sus cimientos los dogmas políticos consagrados.

Un hombre de clara visión política a quien seducían todas las novedades de orden geográfico, el Gobernador de Chile don Ambrosio O'Higgins, decía al Ministro Porlier, en nota de 5 de abril de 1791:

Hay una persuasión general en estas partes, de ser prohibida a los extranjeros la navegación de este Mar del Sur, y aunque yo no he podido descubrir sobre estos otros principios que los tratados de paz de últimos del siglo pasado y principios del presente, respectivos a la navegación de estos mares por buques extranjeros, ellos no me sacaban de la duda sobre la

absoluta facultad de navegar. Yo no tengo en esta Secretaría órdenes algunas —agregaba—, antiguas ni recientes, respectivas a la navegación de estos mares por los buques extranjeros, ni me es conocido tratado alguno en que se haya estipulado la libertad de ellos.

El temor al reconocimiento de las costas y al incremento del contrabando, especialmente por parte de los ingleses, cundió en todos los pechos de las autoridades españolas, en Buenos Aires, en Lima y en Santiago. Redoblaron las medidas de vigilancia, siguiendo la estela de los barcos sospechosos, y se comunicaron sigilosamente cuantas noticias consideraban de interés para la seguridad de sus dominios. El maqués de Loreto, Virrey de Buenos Aires, escribía al Capitán General de Chile transmitiéndole las noticias que había obtenido sobre las actividades marítimas de los ingleses en la isla de los Estados, y al año siguiente le informaba del reconocimiento que había mandado hacer de la costa patagónica; mientras el Virrey del Perú, caballero de Croix, le comunicaba por los mismos días lo receloso que se hallaba por la frecuencia con que se avistaban en las costas naves extranjeras.

La penetración de las ideas de los filósofos

PERO era la difusión de los nuevos conceptos políticos y filosóficos, y el temor de que los vasallos contrajeran el contacto ideológico, lo que más alarmaba a las autoridades. Todos los cordones sanitarios levantados en las fronteras y en los puertos resultaron inútiles para evitar el perverso contagio de las nuevas ideas, y desde México hasta el Río de la Plata, pasando por los Virreinos y Capitanías Generales, los hombres de estudio, los letrados y eclesiásticos, siguieron con corazón palpitante el ir y venir de aquellos conceptos corruptores. Ya bajo el Ministerio de Floridablanca se habían puesto en las fronteras españolas vigilantes, encargados de evitar la entrada de agitadores, la Inquisición estrechó el cerco para cuidar la introducción de libros prohibidos, y por una real orden de 20 de julio de 1793 se prohibió la introducción de alhajas, ropas o estampas con pinturas o emblemas alusivos a la libertad de la Francia.

Desde que empezaron los alborotos de la Francia, decía el Gobernador de Chile, el 17 de septiembre de 1795 al Ministro Llaguno, tuve el mayor cuidado de pintarlos en todas ocasiones con el horror que merecían, y encubrir la noticia de las ventajas que la desgracia iba proporcionando a los autores de aquella revolución. No contento de procurar con vigilancia suprimir las papeletas y cartas de particulares en que de ésta se hablara, dirigí a los Gobernadores de los puertos del Reino la orden para que cuidasen de evitar la introducción de los libros perjudiciales que recelaba pudieran venir a bordo de los navíos de comercio. Aunque no ha habido hasta ahora ocasión de que tuviese ejercicio aquella disposición, en el presente correo he tenido el disgusto de haber visto venir varias copias del papel, que igualmente acompaño, que por su estilo y asunto me ha parecido más peligroso que todos cuantos ya había temido hasta aquí.

Ante el peligro de la difusión de los nuevos conceptos políticos la Corona dirigió, en 22 y 26 de mayo de 1795, órdenes reservadas a las autoridades de la América Meridional a fin de que se formara causa a los que manifestaran adhesión a las máximas del sistema de la Francia, considerando que semejante exceso debía ser considerado gravísimo y delito de Estado, que los más sospechosos de sostener tales principios eran naturalmente los extranjeros, debiendo levantarse padrones de los residentes en cada distrito y finalmente para que se celaran las conversaciones contra el gobierno.

Llenos están los archivos de los testimonios elocuentes de cuán celosamente cumplieron las autoridades esas instrucciones, de la tenacidad con que fueron perseguidos los extranjeros, particularmente los franceses, y en el libro que los colegas tienen a la vista se puntualiza con exactitud la ubicación de esas piezas reveladoras. El doctor Nicolás Rangel publicó, hace un tercio de siglo, una preciosa documentación, en la que siguió la huella y la trayectoria de la difusión de esas ideas en México y Centro América, mientras el doctor Caillet Bois afrontó el estudio del mismo tema por lo que se relaciona al Río de la Plata y Alto Perú.

Cuantas medidas tomaron las autoridades resultaron infructuosas y los nuevos conceptos políticos se difundieron con rapidez. En toda la extensión de los dominios españoles circuló subterráneamente una corriente alentadora que la labor de

los historiadores del presente siglo ha señalado en su extensión y profundidad, destacando con acierto como en el alma de los ideólogos y de aspirantes a políticos surgió una luz de esperanza sobre la inminente llegada del que para ellos comenzó a ser "el gran día".

Una documentación abrumadora nos revela cuán poderosa era esa corriente, que se manifestaba, hasta en los rincones más remotos, en pasquines satíricos contra las autoridades, o difundiendo las novedades políticas, expresión del descontento acumulado contra los abusos inveterados, o del renovado anhelo de que se produjera una mutación profunda en el estado de cosas imperante.

Los Virreyes del Perú y Nueva Granada denunciaban las máximas perniciosas que propalaban los franceses, mientras el Virrey de Santa Fé vivía en un estado tan profundo de inquietud por las informaciones constantes que, falsas o verdaderas, difundían los ingleses desde Jamaica, que no ahorró esfuerzos para tener allí un confidente que lo mantuviera enterado de cuántas novedades surgían todos los días en tiempos tan agitados.

En la región del Caribe, y a lo largo de la costa del Pacífico, las autoridades advertían con profunda alarma las manifestaciones de inquietud de los criollos, la presencia de barcos extranjeros en las costas fomentando el contrabando comercial e ideológico, y la circulación de un impresionante impreso que llevaba por título *Los derechos del hombre*. Una sostenida guerrilla de pasquines mantuvo en constante ocupación a los espíritus vehementes, y ni la represión de las autoridades, ni las presiones, ni las prohibiciones amenazadoras, lograron sofozar la agitación profunda que sacudía a los criollos.

La caída de Floridablanca y el fugaz paso de Aranda por el Ministerio de Estado, no lograron evitar el rompimiento con la Francia, la elevación de don Manuel Godoy y la declaración de la guerra, con los desastrosos resultados que tuvo para España: la transferencia a la República de la isla de Santo Domingo y, en el orden ideológico, el compromiso que contrajo Carlos IV de no perseguir en las provincias vascongadas a los que se habían mostrado afectos a las ideas francesas.

Tan ciegos se hallaban los políticos peninsulares, que el advenimiento de la paz fue acogido con manifestaciones de aprobación, restándose toda importancia a la pérdida de Santo

Domingo. Es natural que Godoy defendiera su obra diplomática, pero no escapó a la perspicacia de los hombres políticos, de los diplomáticos y de los comerciantes franceses, la significación del tratado de Basilea en el desmoronamiento del Imperio Colonial Español.

Impotencia naval de España

ABSORTA España en su política continental, preocupada de reducir el poder de Inglaterra, de la que había recibido los agravios reiterados que exhibió en la cédula de 7 de octubre de 1796, se halló en la impotencia de acudir en auxilio de sus colonias. El Tratado de San Ildefonso, de 18 de agosto de 1796, que selló la alianza ofensiva y defensiva entre el Directorio y España, puso a ésta a las órdenes del gobierno de ultra Pirineos, y después de la declaración de guerra a Gran Bretaña, los desastres navales se sucedieron unos a otros: el 14 de febrero de 1797 en el Cabo San Vicente, y en seguida los ataques a Santa Cruz de Tenerife y Puerto Rico, que si las fuerzas españolas lograron sostener con éxito, no evitaron la pérdida de Trinidad, cabeza de puente desde la cual los ingleses pudieron acentuar la presión del descontento contra el dominio peninsular.

No deja de ser impresionante, como expresión de la impotencia en que había caído España para la defensa de sus colonias, la correspondencia de las autoridades de Trinidad con la Corona, clamando por la debilidad de sus obras militares, la incesante demanda de auxilios; las advertencias sobre el estado de inquietud de la población y la posibilidad de movimientos insurreccionales; los progresos hechos por los ingleses en las pequeñas Antillas, y la necesidad en que se hallaban de que se les enviaran socorros desde el Virreinato de Nueva Granada, por las rutas de los ríos Meta y Orinoco.

Lo que se preveía ocurrió a corto plazo.

Los buques ingleses surgieron en aguas de Trinidad, con la intención de ocupar la isla, en febrero de 1796, con el propósito de acaparar el comercio de Tierra Firme y dominar el Orinoco. Una escuadra, bajo el mando de Sir Henry Harvey, con cinco barcos de línea, cinco fragatas y otras fuerzas menores, transportaba una fuerza de 6,000 hombres, para resistir a los cuales el Gobernador de Trinidad apenas si disponía de 600.

Una división española compuesta de cinco unidades, bajo el mando de don Sebastián Ruiz de Apodaca ancló en la rada. Una de las naves escapó y las restantes fueron incendiadas para evitar cayeran en poder de los ingleses. La abrumadora superioridad de las fuerzas británicas inclinó al Gobernador a la capitulación. Así se perdió una de las más prósperas y ricas provincias de la Capitanía General de Venezuela, sin gloria alguna para las armas españolas, y que tuvo las más trascendentales consecuencias para la emancipación americana.

En el territorio de Nueva Granada don Antonio Nariño había difundido ya una traducción española de *Los Derechos del hombre*, y al encarar con entereza la persecución de las autoridades, comenzó su azarosa existencia de conspirador infatigable.

Había sonado la hora de los hombres de acción, y los trabajos de Picornell y la conspiración de Gual y España, contienen ya el germen, como dice el historiador Gil Fortoul, el programa de los próceres que veremos actuar en el primer plano de la acción política durante 1810 y 1811, la exposición de los principios de donde habrían de surgir los primeros textos constitucionales.

El discurso preliminar de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, a cuyo origen y trayectoria ha consagrado tan hermosas páginas el historiador don Pedro Grases, contiene, no sólo la crítica del régimen colonial (el oscurantismo, el cultivo de las más perjudiciales preocupaciones, la carencia de libertad de expresión), sino la exposición de los principios difundidos por los filósofos de la Ilustración, el reconocimiento de la soberanía popular, la necesidad de dictar un código fundamental, la publicidad de las opiniones y la responsabilidad de los funcionarios públicos; verdadero plan de acción revolucionaria, que terminaba con una proclama, cuyo encendido fervor lírico veremos repetirse como un *leit motiv* en numerosas piezas que circularon en toda la América española.

Precursores de Vizcardo y Guzmán

LA pieza fundamental en el proceso de la ruptura de los vínculos de la metrópoli con sus colonias, la *Carta a los criollos hispano americanos*, de don Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, difundida en el territorio de Venezuela por el precursor Miranda

en los últimos años del siglo, no carecía de precedentes en la historia colonial, que había ido destilando en el alma de los criollos un légamo de amargo descontento contra el régimen político y económico, y que, no por haber quedado sepultado en el polvo de las gavetas ministeriales madrileñas, dejaría de gravitar en el futuro.

En el precario estado del desarrollo económico de la América Meridional, los pocos criollos que tuvieron ocasión de viajar por la península, dos lustros antes de estallar la Revolución Francesa, e ir a hacer en Madrid el ingrato papel de pretendientes, no veían perspectivas algunas de bienestar, sino en la obtención de algún empleo; pero en sus relaciones con los covachuelistas y los altos magnates de la Corte, vieron con agudeza que padecían del pecado original de ser naturales de América. Un criollo nacido en Chile, incorporado por los historiadores nacionales entre los precursores de la Independencia, don José Antonio de Rojas, tuvo el coraje de enviar al Ministro Gálvez, en 1776, bajo el nombre de *Los españoles americanos*, un memorial de cargos contra la situación imperante y la inferioridad en que se hallaban, no ya como vasallos, sino como verdaderos esclavos, que constituye, en el orden cronológico, una de las primeras manifestaciones de acerba crítica al régimen dominante.

Pero, uno de los testimonios más impresionantes, revelador del hondo descontento que sentían muchos espíritus, es el prólogo a la *Memoria* que el Virrey del Perú don Manuel Amat dejó a su sucesor, y que hay motivos fundados para creer se debe a la pluma de un letrado llamado don Miguel Feijóo de Sosa. Lleva la fecha de 1779, y en él se traza un cuadro tan sombrío de la situación del Virreynato, de la disminución de la población, de la inicua explotación a que eran sometidos los aborígenes, de los horrores de la mita, de la insaciable voracidad de los corregidores, y de los males todos que padecían los naturales, en los obrajes, cañaverales y cocalas, bajo el influjo de las bebidas ardientes, que ni la exaltación de las pasiones durante la lucha emancipadora bosquejó en forma más terriblemente acusadora.

Feijóo de Sosa no desdeñaba ocuparse del comercio, que consideraba sumido en el mayor abatimiento, ni del régimen económico, que juzgaba una de las causas fundamentales de la postración en que se hallaba un territorio tan extenso. La

extracción considerable de oro que se hacía para conducirlo a la península, era en su opinión ruinoso, así como los subsidios que en forma de situados se enviaban desde Panamá hasta Chiloé, a lo largo de toda la costa del Pacífico. Estimaba que el mal fundamental del Reino, pobre en gentes y en riquezas, estribaba esencialmente en el inicuo comercio que hacían los corregidores.

No por quedar sepultados en los archivos aquellas piezas acusadoras dejaban de incubar una intensa sensación de amargura en el ánimo de los letrados y togados, y dos años más tarde, tuvo el valor de dar forma elocuente a ellas un magistrado de la *élite* de Lima, que había tenido oportunidad de viajar por España y contraer el virus demoleedor de las ideas de los filósofos, que sacudían ya desde antiguo a la Europa occidental, don José de Baquíjano y Carrillo, hijo de español, pero nacido en la capital del Virreinato, en cuyo famoso *Elogio* del Virrey don Agustín de Jáuregui, despuntaban ya las ideas de la Ilustración y las expresiones del descontento que habían comenzado a surgir en las capas superiores de la sociedad peruana.

Esa pieza adquirió notoriedad por el desagrado que produjo en la Corte; por la amonestación que se ordenó se le propinara a su autor por su atrevimiento; por los esfuerzos que se hicieron para suprimirla, a pesar de haber sido dada a los moldes; y por haber dado origen a una refutación, compuesta a orillas del Río de la Plata, por el doctor Juan Baltazar Maziel, en la que se hacía la ardorosa defensa de la política del Ministro Gálvez, se refutaban como temerarias sus afirmaciones, se vindicaba, del pretendido odio que se imputaba al Ministro, contra la nación americana, y se sostenía no estar excluidos los americanos en la provisión de empleos civiles y políticos, así como de las prebendas y dignidades eclesiásticas.

La carta a los españoles americanos

ESTE sordo rumor de descontento estaba, pues en el ambiente, y el recogerlo Vizcardo y Guzmán y darle impresionante forma, no hacía más que expresar lo que letrados y juristas habían captado y que ya gravitaba hondamente en el cuerpo social. Muy acertadamente ha calificado Mariano Picón Salas ese escrito como la primera proclama de la revolución emancipadora,

y sus conceptos fundamentales iban a circular desde entonces inspirando la pluma vibrante de los periodistas. Como dice su valiente biógrafo, en el trabajo medular que le ha consagrado, el P. Miguel Batllori, su escrito contribuiría a dar a los españoles americanos conciencia de su propio ser y a convencerlos de que se abría una nueva época en la historia del Nuevo Mundo.

El sabio historiador jesuita ha seguido la huella de las etapas porque pasó la concepción y elaboración de la *Carta a los españoles americanos*, los factores psicológicos y políticos que lo movieron a redactarla, sus fuentes doctrinales, la dignidad y elevación que circula como una corriente sanguínea a través de sus páginas, y que hasta nuestros días nos conmueve y admira por su coraje cívico e ideológico. Piedra de escándalo para los sostenedores del sistema imperante, condenada y prohibida por la Inquisición en los últimos días de su existencia, circuló sin lugar a dudas en todo el ambiente intelectual hispano americano de sus días, ya que sus ideas fundamentales iban a inspirar la pluma de los pendolistas en todas las latitudes. El monopolio comercial; los horrores y violencias que ejercían en su comercio exclusivo los corregidores, particularmente en el territorio de su patria peruana; la avaricia y ambición de los aventureros que pasaban de España a las Indias; el deliberado propósito de mantener a la juventud criolla sumida en las penumbras de la ignorancia; y la exclusión sistemática de los nacidos en el territorio americano de los empleos políticos, administrativos y dignidades eclesiásticas, arrancaban a su pluma expresiones de vigorosa condena y protesta.

La justicia de la causa que defendía daba a la pluma de Vizcardo una entonación verdaderamente lírica, un tono vibrante y contagioso capaz de sacudir la sensibilidad del más indiferente. "Nuestra causa, por otra parte es tan justa, escribía, tan favorable al género humano, que no es posible hallar entre las otras naciones ninguna que se cargue de la infamia de combatirnos, o que, renunciando a sus intereses personales, ose contradecir los deseos generales en favor de nuestra libertad".

Y en sus palabras finales, llenas de confianza en el porvenir que aguardaba a la América, animadas de una visión profética, hacía un emocionado llamado a la solidaridad del

género humano, que habría de contribuir a formar, atada por el interés común, una sola grande familia de hermanos.

Miranda y el ex jesuita don Juan Ignacio Molina

LA acción del Precursor don Francisco de Miranda en los acontecimientos que determinarían la ruptura de los vínculos de la metrópoli con sus colonias, se proyecta en forma tan decisiva, desde que se iniciaron los primeros contactos con los ingleses, que necesariamente debe ocupar una parte fundamental en todo cuadro coherente que pretenda bosquejar la historia de la emancipación de Hispano América. Pretensión inaudita sería la de pretender superar las obras y trabajos que le han consagrado los historiadores venezolanos, pero el historiador general de la América no podrá menos de considerar la figura vigorosa y extraordinaria que proyecta su sombra admirable en todo el vasto escenario de Hispano América, y destacar las consecuencias de su labor de visionario y hombre de acción.

Un episodio, apenas divulgado, que constituye un vínculo espiritual entre el Precursor y Chile, permite leer con claridad el fondo de su pensamiento. Al arreciar la presión sobre el Gabinete británico para decidirlo a emprender la obra de la emancipación americana, se produjo en Londres una mutación ministerial que llevó a las carteras del Interior, Relaciones Exteriores y Colonias a Lord Hawkesbury, Jorge Canning y Lord Castlereagh, respectivamente. En el curso del mes de mayo de 1807, presentó este último al Gabinete un memorándum, en el que propiciaba la alternativa de que Inglaterra conquistara o emancipara Sur América, iniciativa que contó con la simpatía de algunos intelectuales. En esas circunstancias apareció en los Estados Unidos la primera edición inglesa de la obra de un naturalista chileno, el ex jesuita don Juan Ignacio Molina, residente en Bolonia: *The geographical, natural and civil history of Chile*, impresa en Middletown, Connecticut. Miranda, que había regresado apresuradamente desde las Antillas en los primeros días de 1808, no descansó un instante para promover ante los Ministros británicos la urgencia que había en organizar la proyectada expedición libertadora. Ese mismo mes de enero redactó para el Ministro Castlereagh un memorándum con informaciones sobre el estado de espíritu en que se ha-

llaban los pueblos de Nueva Granada y Venezuela con respecto a la Independencia, bosquejando al mismo tiempo un plan de organización política de la América Meridional.

Entregado a una activa campaña de propagandista, en los momentos que se había despertado en la opinión inglesa el mayor interés por la América con la captura de Buenos Aires, se esforzó por dar a conocer el mundo hispano americano. Uno de sus primeros pasos fue promover la traducción del *Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales o América*, de don Antonio de Alcedo, para realizar, la cual recomendó a un joven llamado George A. Thompson, quien inmediatamente puso manos a la impropia tarea.

Durante ese período de aparente retiro procuró Miranda difundir nuevamente, desde las páginas de la *Revista de Edimburgo*, la *Carta* de Vizcardo y Guzmán, y en el número siguiente, correspondiente a los meses de abril a julio de 1809, publicó un extenso artículo en el que manifestaba la complacencia que le producía el poder dar noticias sobre Chile, con ocasión de la traducción al inglés de la *Historia natural, geográfica y civil de Chile*, país que era universalmente descrito como un paraíso terrestre, por su clima delicioso y su fértil suelo.

Expresaba que Molina era uno de los jesuitas perseguidos por España, que había sido cruelmente arrojado de su país, y que así como Clavijero había escrito sobre México y Vizcardo sobre la situación del Virreinato del Perú, el jesuita chileno describía su terruño. Agregaba que el libro aparecía en un momento crítico de la situación de la América Meridional, lo que lo movía a ocuparse de él. Sostenía que la emancipación de la América española tenía tanta importancia, después de las hazañas de Sir Home Popham y el general Whitelocke en el Río de la Plata, como la habían tenido la conquista de Trinidad, la posesión de las islas Falkland y la controversia de la bahía de Nootka.

Calculaba Miranda en 20.000.000 de almas la población de las colonias españolas, y citando el testimonio del malogrado viajero francés, conde de La Perouse, sostenía que la fertilidad de Chile era tan grande que explotada al máximo sería suficiente para alimentar a la mitad de Europa; que su valle central ofrecía un campo extraordinario promisor a la actividad de las naciones del globo, y que sus lanas podrían proveer a las fábricas de Inglaterra y Francia. Las posibilidades

que para la navegación ofrecía el istmo de Panamá, argüía, pondría a Chile a las puertas de Inglaterra, y sus lanas podrían llegar a las islas británicas tan rápidamente como el algodón procedente de Jamaica.

Ha llegado el momento de que el pueblo de Gran Bretaña, escribía, mire con valor y prudencia los grandes intereses que incorpora la suerte de Sud América. La cuestión no es sobre el destino de una isla azucarera, o de la ocupación de una roca desolada en el Mediterráneo; se trata de la suerte de 20.000.000 de almas y de una región de tan grande extensión y de tal fertilidad que es capaz de proporcionar la substancia a todos los individuos de la raza humana.

El interés de los pueblos anglo-sajones se volcaba así sobre la América Meridional a través de las páginas de los ex jesuitas, compuestas con emocionada nostalgia desde el exilio. Y he aquí, señores, un nexo más entre los muchos que vinculan a la tierra de Bello con la mía, ya que por un feliz azar de las circunstancias, las vigorosas páginas del naturalista chileno, vibrantes de cálido amor al terruño americano, contribuyeron a sostener las convicciones del Precursor, que con ánimo levantado y vigoroso brazo diera decisivo impulso a las fuerzas que se empeñaban por abatir el poderío de España en tierras de América.

Trafalgar

Las exigencias británicas habían arrojado nuevamente a España en brazos de Napoleón, que ratificaron su alianza el 4 de enero de 1805. La escuadra británica tenía del todo paralizado el comercio de la península con sus colonias, y los actos de agresión de la escuadra inglesa se realizaban en plena paz, con desastrosas consecuencias para las armas españolas. Las operaciones de guerra se iniciaron con una jornada a las Antillas, que reunió a la escuadra francoespañola en Cádiz, de acuerdo con los planes trazados por Napoleón, proclamado pocos meses antes Emperador de los franceses. Bonaparte deseaba distraer a Nelson en América, a fin de que le diera tiempo para atacar a Inglaterra en su propio territorio. Villeneuve experimentó en julio, a la altura del cabo Finisterre, un ataque que

lo dejó muy maltrecho, refugiándose en Vigo, para dirigirse en seguida a Cádiz, donde permaneció en inactividad durante los meses de agosto a octubre. Reinaba el mayor desconcierto entre los aliados: mientras los españoles sostenían la incapacidad del almirante francés, temían la superioridad de las fuerzas británicas.

El Consejo de Guerra celebrado el 8 de octubre, se pronunció en favor de esperar el ataque de los ingleses en la bahía de Cádiz, pero Villeneuve, calificado de cobarde por el Emperador, resolvió salir en busca de los ingleses, mientras los españoles se vieron en la necesidad de seguir al jefe que les había impuesto la Francia. La jornada del 21 de octubre de 1805 frente al cabo de Trafalgar ha sido incorporada por los historiadores en las llamadas decisivas de la libertad: en ella quedó sellado el porvenir del mundo colonial hispanoamericano con la destrucción de la armada española, de la que nunca logró recuperarse, abierto el camino a las agresiones inglesas y quebrantando uno de los eslabones más poderosos que unían España a su Imperio Colonial.

Ese desastre causó una terrible impresión en la península. Dice Godoy, en sus *Memorias*, pretendiendo descargarse de la responsabilidad que le incumbía por ese desastre, con toda la inconsciencia del advenedizo, que por lo menos las lágrimas españolas enjugaron la gloria que adquirieron las armas, como si los laureles de éstas se segaran en las derrotas.

La sensación de seguridad que sintió Inglaterra después de Trafalgar está sobriamente expresada en la biografía que a Nelson consagró el poeta Robert Southey, en la que decía:

La victoria de Trafalgar se celebró con las luminarias habituales, pero las fiestas carecían de alegría; pues la gloria de la marina británica era tal, gracias al insuperable genio de Nelson, que apenas parecía aumentar con la más señalada victoria que jamás se logró sobre los mares; y la destrucción de esa poderosa flota, por la que quedaban frustrados todos los proyectos marítimos de Francia, apenas parecía añadir algo a nuestra seguridad o nuestra fuerza; pues mientras Nelson vivía para vigilar las escuadras combinadas del enemigo, nos sentíamos tan seguros como ahora, que ya no existían.

Ocupación, defensa y reconquista de Buenos Aires

VOLQUEMOS la mirada a lo que por ese mismo tiempo ocurría en el Río de la Plata, cuyas consecuencias sacudirían la sensibilidad de una considerable porción del mundo hispanoamericano. Como han puntualizado los historiadores, las dos jornadas de Trafalgar y Austerlitz, dando la primera a Inglaterra el dominio de los mares, y la segunda a Napoleón el predominio continental, poniendo frente a frente a los dos rivales seculares, iban a decidir el curso de los acontecimientos que en los años siguientes trastornarían el mundo.

Evocando el proyecto que había presentado al Ministro Pitt para cooperar con el general Miranda, a fin de alcanzar en Sur América una situación favorable al comercio inglés, el almirante Sir Home Popham inició, de propia iniciativa, la expedición al Río de la Plata, en junio de 1806, con seis buques de guerra y cinco transportes, llevando a su bordo la división del general Berresford, fuerte de 1,635 hombres.

El trascendental episodio ha sido bosquejado con vibrante pluma por todos los historiadores clásicos de ambas riberas del Plata, y creemos que no nos cumple más que destacar los hechos esenciales, agrupados en los tres actos del impresionante drama: la ocupación, la reconquista y la defensa. El 27 de junio de 1806 penetró el general británico por las calles de Buenos Aires sin disparar un tiro, a banderas desplegadas, y en el fuerte de la plaza principal, residencia del Virrey, el brigadier Quintana le hizo entrega de la ciudad.

El general británico concedió a los habitantes del Río de la Plata las garantías de que disfrutaban los súbditos de su libre país, el respeto de la propiedad y la tolerancia religiosa, y como el factor económico jugaba el principal papel en la jornada, fue particularmente explícito en materia comercial, suprimió las trabas que perturbaban el tráfico fluvial, y aludiendo al comercio en general, decía: "Por ahora se contenta el comandante británico con manifestar al pueblo que el sistema de monopolio, restricción u opresión, ha llegado ya a su término: que podrán disfrutar de las producciones de otros países a un precio moderado, que las manufacturas y producciones de su país están libres de la opresión que las agobiaba y hacía no fuese lo que es capaz de ser, el más floreciente del mundo, y que el objeto de la Gran Bretaña es la felicidad y prosperidad de estos países".

Agregaba que el gobierno británico no se reservaba privilegios exclusivos para la importación, explotación o venta de mercaderías.

El general británico concedió al ejército los honores de guerra, permitió que el Cabildo y tribunales siguieran funcionando, y declaró que nadie podría ser enrolado contra su voluntad en un cuerpo destinado a hacer la guerra contra la península.

La reacción de la población surgió rápidamente, sin distinción de criollos y peninsulares, pues para ambos sectores los ingleses representaban la herejía y los españoles americanos la defensa de la religión, de la raza y de la patria.

El golpe de mano de Sir Home Popham contra la capital del Virreinato provocó en Londres una impresión profunda. El afortunado marino envió el boletín de su triunfo junto con el dinero conquistado y lo hizo pasear, con las banderas enemigas, por las calles de la City, a fin de impresionar a los poderosos dueños de capital británico. El interés del público por la América Meridional se despertó en forma apasionada, y los comerciantes ingleses comenzaron a ver la posibilidad del derrumbe del Imperio Colonial Español y a prestar creciente atención a la apertura de mercados en el Nuevo Mundo.- En esos días de ansiedad el editor John Stockdale, deseoso de informar sobre las posibilidades que ofrecía el mundo hispanoamericano, dio a luz la cuarta edición inglesa de la *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, de los ilustres hombre de ciencia españoles don Antonio de Ulloa y don Jorge Juan, con una entusiasta dedicatoria a Sir Home Popham, hartamente reveladora del estado de espíritu en que se hallaba la opinión inglesa.

"Contiene entre otros interesantes asuntos, un rápido bosquejo de Buenos Aires, éste territorio que ahora es, y probablemente continuará siendo, por vuestra previsión, capacidad y valor personal, una de las más ricas joyas de la Corona británica".

El segundo acto del drama, conocido en la historia con el nombre de la Reconquista, tuvo como actor principal a don Santiago Liniers y Brémond, joven oficial de marina de origen francés al servicio de España, que se cubrió en aquella jornada de refulgente gloria. Ante la noticia de la captura de la ciudad, corrió a Montevideo, donde obtuvo un pequeño refuerzo

de 500 hombres, que logró aumentar en la colonia con la guarnición de ella y la marinería de los buques. El 12 de agosto de 1806 batió Liniers a los ingleses con la fuerza que había logrado reunir: los invasores, que ocupaban el Fuerte y sus inmediaciones, levantaron bandera de rendición. La capitulación fue incondicional y la bandera de Castilla volvió a flamear en la residencia del Virrey fugitivo.

Este gran día se conoce en la historia argentina con el nombre de la Reconquista—escribe el eminente historiador chileno don Gonzalo Bulnes. Ella envolvió a Liniers en una aureola de inmenso prestigio, y es antecedente de gran importancia en la germinación de la Independencia. Un pueblo que vence así no puede continuar sometido al coloniaje. O se le reconoce su mayoría, o se hace independiente.

Desde el punto de vista político el hecho tuvo gran trascendencia, por cuanto el pueblo depuso al cobarde Virrey y lo reemplazó con el vencedor, el valeroso Liniers. Las etapas del episodio se repetirían en la misma forma en el futuro. Reunidos el Cabildo, la Audiencia, las autoridades civiles y eclesiásticas, a solicitud del pueblo en pública aclamación, proclamó gobernador político y militar de la plaza a Liniers. El Virrey pretendió resistir, negándole al Cabildo hacer uso de *la voz común* contra los derechos del soberano, sin comprender que había hecho crisis la doctrina secular en que descansaba todo el edificio de la organización política.

La gran página de la vida de Liniers fue la organización de un cuerpo de ejército, fuerte de 8,000 a 9,000 hombres, cuya instrucción y entrenamiento encendió la llama de patriotismo porteño. Con esa fuerza se pensaba resistir a la poderosa expedición británica que se puso bajo el mando del almirante John Whitelocke, a quien se dieron instrucciones para ocupar Buenos Aires y marchar a Chile. "Con la fuerza arriba expresada, decían sus instrucciones, procederá Ud. a ejecutar el servicio que le está encargado, de reducir la provincia de Buenos Aires al dominio de S. M.". Se le recomendaba no fomentara los sentimientos en favor de la Independencia ni comprometiera al gobierno británico con declaraciones para el futuro.

Las instrucciones del Almirantazgo al jefe de la expedición puntualizaban, con admirable claridad, la orientación de

la política británica. "En cualquier parte donde se establezca la autoridad de S. M., se decía en ellas, debe ponerse el mayor cuidado y todo empeño en conciliar la buena voluntad de los habitantes, absteniéndose de todo lo que pueda chocar sus opiniones y preocupaciones regionales, respetando sus personas y propiedades, removiendo las trabas e imposiciones de que se quejan y haciéndoles sentir en general la benéfica influencia del gobierno de S. M. comparado con aquel a que se hallaban sometidos anteriormente".

La expedición inglesa apareció en las aguas del Río de la Plata en los primeros días de 1807, iniciándose el ataque con la ocupación de la provincia de Montevideo y la Colonia de Sacramento, frente a Buenos Aires. Los esfuerzos de Buenos Aires por auxiliar a Montevideo fracasaron y el 3 de febrero, después de un sitio de dos semanas, se rindió la fortaleza, cayendo prisioneros el comandante de la plaza, Ruiz Huidobro, 50 oficiales y 600 soldados.

Los ingleses otorgaron a la zona todas las libertades de que gozaban las posesiones británicas, comerciar libremente, emitir sus opiniones sin temor a las represalias y venerar a Dios en privado o en público.

El Gobernador inglés hizo dar a los moldes el primer periódico que apareció en Montevideo, escrito en inglés y castellano, vigorosa herramienta de propaganda y de difusión de ideas políticas, *The Southern Star*, *La Estrella del Sur*, que ha reimpresso recientemente, en una hermosa edición facsimilar, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

La Audiencia quiso evitar esa propaganda condenando con la muerte al que recibiera ese impreso perturbador, que lo diera a leer a un tercero y no se apresurara a ponerlo en manos de la autoridad. El primer número apareció el 23 de mayo, y el bando de la Audiencia, difundido el 11 de junio, decía:

Se prohíbe a toda clase de personas, sean del estado o condición que fueren, el que puedan introducir en esta capital, ni en otro pueblo del distrito de este Virreinato, las gacetas inglesas de Montevideo, leerlas en público o privadamente, ni retenerlas el más corto espacio de tiempo, debiendo todas las que por cualquier motivo o arbitrio llegasen a introducirse, entregarse inmediatamente en esta capital al señor Regente, en la inteligencia de que si alguno no lo ejecutare será tratado como traidor al

Rey y al Estado y se le impondrán irremisiblemente las penas correspondientes a este atroz delito.

Los enemigos de nuestra santa religión, agregaba, del Rey y del bien del género humano, escogieron entre todas sus armas, como la más fuerte para el logro de sus malvados designios, la de una imprenta, por medio de la cual les fuese fácil difundir entre los habitantes de ésta América, especies las más perniciosas y seductivas.

Todos los historiadores han puesto de relieve el impacto profundo que en la sensibilidad del pueblo de Montevideo provocó la actitud y la propaganda de los ingleses, estableciendo la libertad de comercio, ejerciendo la del culto religioso, deprimiendo el régimen político y económico de España, y exaltando la situación de prosperidad que prevalecía en la isla de Trinidad y Canadá bajo la égida británica. *La Estrella del Sur* ventiló, no sólo las cuestiones económicas y comerciales de las colonias, sino que trazó con sombríos rasgos la situación de la monarquía española, sometida a Francia y a los caprichos de un favorito, puso en claro los derechos de los criollos y los medios de reivindicarlos, y demostró prácticamente el papel que correspondía a la imprenta en promover la felicidad pública.

La segunda invasión de Buenos Aires por el ejército inglés, incorporada en las páginas de la historia argentina con el nombre de la Defensa, como apunta el historiador chileno Bulnes, es un episodio muy difícil de escribir, no porque el tema no haya sido narrado en todos sus detalles, sino porque lo ha sido demasiado. El general Achmuty, el vencedor de Montevideo, se daba cuenta de que la conquista de la ciudad, si se repetía con los mismos caracteres de la lucha del año anterior, iba a ser muy difícil, si se entablaba calle por calle y casa por casa. Utilizando esa experiencia, los patriotas aplicaron la misma táctica, y todo el recinto urbano se transformó en una ciudadela, y la defensa de cada manzana se hizo con un vigor heroico. El ejército inglés, mandado por Whitelocke, fuerte de 6,000 hombres, sin incluir las guarniciones que dejó en Montevideo, Maldonado y la colonia, desembarcó en la Ensenada de Barragán, el 28 de junio de 1807, y a él se enfrentó Liniers con una fuerza aproximada de 7,000 hombres, habiendo dejado para la defensa de la ciudad una columna de 1,500 a 2,000 hombres. Después de un primer desastre

en la Plaza de Miserere, ocurrido en la noche del 2 de julio, la lucha se concentró en el centro de la ciudad, donde los británicos fueron batidos por la decisión y el valor del vecindario, exaltado hasta el delirio. El número de muertos y heridos de los asaltantes fue muy crecido, haciéndose llegar a 2,000, y a 800 el de los criollos.

En una palabra, señor, decía el Cabildo a la Corona, el pueblo sin distinción de clases, es a quien le debe la victoria, y es el que sin auxilio de tropas ha hecho este servicio a Vuestra Majestad.

Este estragado y pálido bosquejo de lo ocurrido en Buenos Aires, evocado con vibrante pluma por los historiadores clásicos de la República Argentina, marca una fecha decisiva en la lucha emancipadora.

El vecindario de Buenos Aires, se cubrió de gloria impeccedera, escribe el historiador chileno citado, y la victoria tuvo grandes consecuencias políticas en todas las naciones de éste continente. De la hecatombe de fuego y sangre surgió nítida y pura la personalidad criolla, el amor de la patria nativa y la conciencia de la propia fuerza.

La capitulación del general Whitelocke incluía:

La desocupación de la Banda Oriental, incluyendo Montevideo, en el plazo de dos meses.

La evacuación de Buenos Aires en diez días.

La devolución recíproca de todos los prisioneros, incluyendo los de las dos expediciones británicas.

La partida del ejército inglés para su patria.

Entre esas consecuencias no fueron las de menor consideración el despertar del sentimiento de solidaridad de las colonias y el espíritu militar de los criollos. Un criollo chileno, que ilustraría su nombre pocos años más tarde en las jornadas emancipadoras, escribía por esos días:

Estábamos tan entusiasmados con el servicio militar que habríamos oído con júbilo el desembarco de cualquier expedición enemiga en nuestras costas, y deseábamos ocasiones de merecer las glorias que había alcanzado el heroico cuerpo de Buenos Aires en su reconquista, y en la inmortal defensa contra la segunda invasión a las órdenes del general Whitelocke.

Los factores económicos

EN este bosquejo, inspirado en el propósito de encontrar una perspectiva amplia y elevada, para usar las palabras del historiador Burkhardt, para explicar el fenómeno de la emancipación americana, se han relegado a un segundo plano los factores económicos que contribuyeron a él, lo que no importa desconocer el papel decisivo que representaron. Los autores han relegado estos factores a un segundo plano por considerar que su estudio cae dentro del campo de los especialistas, reconociendo que hace falta un cuadro general de la estructura económica del mundo colonial hispanoamericano al hacer crisis la dominación española. Los estudios realizados hasta ahora por el señor Molinari en relación con el Río de la Plata; don Eduardo Arcila Farías, al estudiar el comercio entre Venezuela y Nueva España; don Hernán Ramírez con respecto a Chile, para no citar a otros; han aportado luces intensísimas para puntualizar la forma en que gravitaron los intereses del comercio británico y los de los criollos en incubar una conciencia nacional ansiosa de sacudirse de las trabas que pesaban sobre la organización económica. Con razón algunos historiadores han situado a Carlos III y sus ilustres ministros entre los precursores de la emancipación, junto a don Eugenio Santa Cruz y Espejo, don Francisco de Miranda, don Antonio Nariño y Gual y España, por cuanto con su política renovadora abrió el espíritu de los criollos hacia un horizonte más vasto y les reveló las fallas profundas del régimen en que vivían. Hasta el mismo escritor realista don José Domingo Díaz reconocía cómo en un período de un cuarto de siglo, a consecuencia de las innovaciones planteadas en el campo económico, había aumentado la población de Caracas de 18,000 a 35,000 almas. Muchos testimonios contemporáneos podríamos citar reveladores de que uno de los motores más poderosos de la emancipación fue el vehemente anhelo de los criollos de encarar bajo su propia responsabilidad las cuestiones económicas que gravitaban intensamente en la vida social.

Conclusiones

DE esta larga exposición fluyen, con claridad, las siguientes conclusiones:

El proceso de la emancipación se incuba y desarrolla en un largo período, y en él gravitan factores políticos, sociales, económicos y psicológicos.

Entre los primeros, la expulsión de la Compañía de Jesús y la confiscación de sus bienes, ejerció su influencia en varios sentidos:

Incorporó una gran masa de bienes raíces en manos de los criollos, moviendo a éstos en un sentido adverso a su regreso por el temor de que plantearan la reivindicación de sus propiedades.

Debilitó el sentimiento de adhesión y fidelidad de los criollos hacia la monarquía, y de parte de los miembros de la Compañía forjó en ellos una fuerte hostilidad hacia los Borbones que arrastró a algunos a luchar por la emancipación de las Colonias, al mismo tiempo que con sus obras contribuyeron a forjar la conciencia de la nacionalidad.

El verdadero hito inicial del período de la emancipación arranca de las rebeliones de Tupac Amaru en el Alto Perú y de los comuneros en Nueva Granada, en los que España creyó ver la acción perturbadora de Inglaterra.

La emancipación de las colonias inglesas de la América del Norte, ejerció profunda impresión en el espíritu de los españoles americanos, abriéndoles el camino a la esperanza de que se produjera una mutación profunda en el mundo político occidental.

España, al reconocer la independencia de las trece colonias, no sólo trató de debilitar el poderío británico, sino que se esforzó por llegar a un entendimiento con Inglaterra que contemplara la situación de sus intereses en la América Central y del Norte.

El incidente de Nootka y el Tratado de San Lorenzo, de octubre de 1790, abriendo a los ingleses las aguas del Pacífico, facilitaron la difusión de las ideas de los filósofos del siglo XVIII y el contrabando de productos manufacturados.

La difusión de las ideas del siglo XVIII, exaltadas por los episodios de la Revolución Francesa, iba a contribuir a echar las bases de las instituciones políticas que surgirían en las nuevas nacionalidades.

La crítica al régimen colonial y el llamado a ejercer los derechos que la Naturaleza y el derecho natural otorgaban a los americanos, a través de las vibrantes páginas de Vizcardo

y Guzmán, contribuyó poderosamente a incubar el nacimiento de una verdadera conciencia americana.

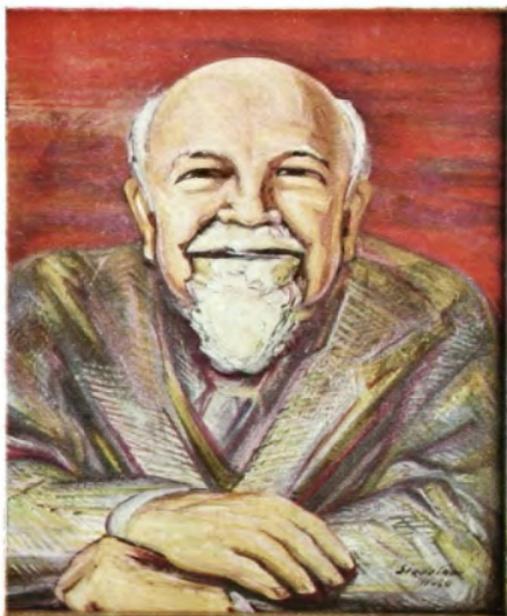
Los trabajos de Miranda y la pérdida de Trinidad y Santo Domingo, descubriendo los propósitos de Gran Bretaña de estrangular el mundo colonial por la acción de las armas, y la captura de puntos estratégicos, revelaron crudamente que la emancipación se obtendría solamente por el brazo militar.

La destrucción de la armada española en la acción de Trafalgar constituyó el impacto más decisivo para lograr la Independencia.

La lucha armada en Buenos Aires dio a los criollos la conciencia de su fuerza y arraigó en sus espíritus la convicción de que podrían lograr la emancipación con sus propios recursos.

Las etapas finales de este proceso fueron fatales, naturales e ineludibles. A la acción de los letrados, escritores y pensadores, que echaron las bases del derecho público, siguió la gloriosa y decisiva de los libertadores, que con su espada cortaron los últimos eslabones de la cadena forjada a lo largo de tres siglos, y que hicieron de veinte millones de vasallos veinte millones de ciudadanos.

Dimensión Imaginaria



Alfonso Reyes por David Alfaro Siqueiros.

ELEGÍA A LA MUERTE DE ALFONSO REYES

Por *José Agustín BALSEIRO*

SÉ que otro día estrecharé tu mano
aunque no más en comunión de arcilla;
sé que tu acento, sabio mexicano,
apagarse no puede en la otra orilla:
que, reposada, la genial semilla
latirá en lo presente y en lo arcano
para el fruto en sazón, modelo puro
de tu huerto de luz, siempre maduro.

Aún recojo en mi oído el soplo alado
de tu palabra de postrera hora:
cuando sentía, en esperar callado,
tu ser de astro en busca de la aurora.
Cada palabra, como egregia proa
que encuentra el puerto en el orden sosegado;
y en tu reino interior—estremecido
por larga vela—el corazón herido.

Maestro de amistad para el ejemplo
de razón, de bondad y de armonía,
tu biblioteca fue el augusto templo
donde la ciencia de pensar vivía.
Mas también la quimera allí tenía
su visionario. ¡Cómo te contemplo
—aunque sufriendo del dolor las huellas—
apasionado cazador de estrellas!

En la nave del pecho el torbellino
que ya auguraba el vendaval siniestro;
pero la vida del pensamiento fino
—creando mieles de alquimista diestro—

convertía la sal en dulce vino
para reposo del presagio nuestro:
¡que nunca, por tu rostro, se diría
lo que tu entraña de aflicción sentía!

La mejor Grecia en tierra mexicana
gracias a ti, virtud del humanismo,
abrió su rosa en perfección lozana
como ornato inefable de ti mismo;
y especialista de universalismo
no hubo frontera ya que su cristiana
intimidad negara a tu cultura:
¡índice cierto de señal segura!

Siempre, junto a lo denso, la ironía
como pétalo leve: que tu boca
no sólo con los labios sonreía,
sino también con la pirueta loca
y sutil que desnuda lo que toca
para elevar la gracia a la poesía.
¡Que jamás hubo prohibida fruta
sin sabroso lugar en tu minuta!

Huésped de sombras ya, tu visión clara
abre senderos de cordial abrigo:
que siempre fue tu regla más preclara
apoyar al colega y al amigo.
De tu nobleza singular testigo,
sé que antecedes como quien ampara:
¡que ha mucho tiempo se cuajó la yema
inmortal de tu vida hecha poema!

PARA UNA VIDA DE ANTONIO MACHADO

Por Justina RUIZ-DE-CONDE

NO hay hombre transparente. Por ello, cuando queremos entender a una persona, importa mucho tomar en cuenta todo lo que hace y dice: hay que tomar en serio aun lo dicho en broma y hay que aceptar los sueños como parte de la biografía. En este sentido, al acercarnos a Antonio Machado, nos encontramos con la invención de tres personajes, dos de ellos humorísticos, de sumo valor: Abel Martín, Juan de Mairena y Guiomar. Con los tres se expresan sentimientos e ideas del poeta, siendo la poesía y el amor dos de los principales temas; y aun cuando ya se ha escrito bastante sobre el primero de ellos, me parece que el segundo—el del amor—ha sido desdenado o mal interpretado. Convencida de que lo que queda por decir es mucho y muy importante, aporto aquí mi contribución. Consiste en tomar modestamente en serio algo de lo que burla burlando nos revelan los tres ficticios personajes, y en proporcionar algunos datos más—creo que casi todos nuevos—sobre las relaciones de Machado y Guiomar.

Aceptando la existencia física de ésta y aclarada hasta donde es posible la identidad de su persona, nos asaltan, flamígeras, nuevas preguntas. ¿Hasta qué punto es Guiomar independiente de su Aldonza Lorenzo? ¿Cuán hondo fue el querer de Machado? ¿Qué importancia tuvo en su vida y en su obra? Martín, Mairena y la misma Guiomar tienen, en parte, las respuestas. Veamos cómo y hasta qué grado.

¿Quién fue primero, Guiomar o el encuentro con la mujer que encubre su nombre? "En un jardín *te he soñado* / alto, Guiomar, sobre el río", "el mutuo jardín que *inventan* / dos corazones al par", "reo de *haberte creado*, / ya no te puedo olvidar" y "*todo amor es fantasía*; / él *inventa el año, el día, / la hora y su melodía*; / *inventa el amante y, más, / la amada*. No prueba nada, / contra el amor, que la amada / no haya

existido jamás" dice el poeta en sus "Canciones a Guiomar" y en las "Otras canciones a Guiomar".¹ Estos afortunados versos resultaron desorientadores, porque de ellos se dedujo que Guiomar era sólo una creación literaria. Hoy, que la tesis es inaceptable, lo que hay que resolver es si la invención de Guiomar precedió o no al encuentro con su persona real como, pongo por caso, y con las diferencias que el avezado lector sabe, la invención de don Romualdo, hecha por Benina en *El abuelo* de Galdós, es anterior a la aparición del cura en escena. Si creemos a los dobles de Machado —Martín, Mairena, Guiomar, a veces—, es decir, si tomamos totalmente al pie de la letra esto citado, Machado soñó a Guiomar. Pero, ¿cómo se compagina a esta Guiomar con la existencia real de su persona? Mairena acude en nuestra ayuda al hablarnos de la lírica erótica de su maestro.

Psicológicamente considerado, el amor humano se diferencia del puramente animal—dice Abel Martín— en su tratado de *Lo universal cualitativo*—por la exaltación constante de la facultad representativa, la cual, en casos extremos, convierte al cerebro superior, al que imagina y piensa, en órgano de excitación del cerebro animal... La imaginación pone mucho más en el coito humano que el mero contacto de los cuerpos. Y, acaso, conviene que así sea, porque, de otro modo, sólo se perpetuaría la animalidad. Pero es preciso poner freno, con la censura moral, a esta tendencia, natural en el hombre, a sustituir el contacto y la imagen percibida por la representada, o, lo que es más peligroso y frecuente en cerebros superiores, por la imagen creada... El objeto erótico, última instancia de la objetividad, es también, en el plano inferior del amor, proyección subjetiva.²

El amor es sueño, la amada inexistente, imposible. Abel Martín insiste.

En la metafísica intrasubjetiva... fracasa el amor pero no el conocimiento, o, mejor dicho, es el conocimiento el premio del

¹ ANTONIO MACHADO, *Obras completas*, México, Séneca, 1940, pp. 427 y 431-2. Citaré por esta edición, pero para facilidad del lector de otras daré títulos. Y el subrayado es siempre mío, salvo el de la palabra *otro*.

² Pp. 368-9 ("De un cancionero apócrifo").

amor. Pero el amor, como tal, no encuentra objeto; dicho líricamente: la amada es imposible.

En sueños se veía
reclinado en el pecho de su amada.
Gritó, en sueños: "¡Despierta, amada mía!"
Y él fué quien despertó; porque tenía
su propio corazón por almohada.³

Ahora que, el hombre ama, aun cuando sea en sueños. Para llegar a hacerlo tiene que olvidarse de la perspectiva en que está instalado, esto es, de su sueño. A la que será la amada, después de aparecida, se la sumerge en el olvido para que nazca de nuevo en el recuerdo por un proceso sutilísimo de recreación. ¿Stendhal? ¿Bécquer?

Pensaba mi maestro... que el amor empieza con el recuerdo, y que mal se podía recordar lo que antes no se había olvidado. Tal pensamiento expresa... muy claramente en estos versos:

Sé que habrás de llorarme cuando muera
para olvidarme y, luego,
poderme recordar, limpios los ojos
que miran en el tiempo.
Más allá de tus lágrimas y de
tu olvido, en tu recuerdo,
me siento ir por una senda clara,
por un "Adiós, Guiomar" enjuto y serio.⁴

En este "mal se podía recordar lo que antes no se había olvidado" hay, en un primer plano de interpretación, un inteligente juego de palabras; en otro más hondo, la idea fundamental de la importancia del olvido y del valor de lo olvidado; y en otro, aún más profundo, la tremenda intuición de lo decisivo que es para el artista no olvidarse, precisamente de aquello que no se puede recordar. Lo que implica el aparentemente difícil pensamiento de que no es lo mismo *olvidar* que *no recordar*. El microscopio del ejemplo aclarará la idea: el que padece una enfermedad mental, originada por un trauma psíquico, no ol-

³ Pp. 374-5 ("De un cancionero...").

⁴ P. 485 (*Juan de Mairena*, VIII, "Mairena lee y comenta versos de su maestro").

vida —conscientemente, al menos—, la experiencia causa de su mal; quiere hacerlo, y de ahí sus manías, pero ni la olvida, ni la puede recordar. Si la hubiera olvidado, no habría llegado a enajenarse; si la recordara —esto es, si dejara de no poder recordarla—, sanaría. (De ahí que recordar signifique, también, volver en sí —habría que aplicar este sentido al verso "recuerde el alma dormida" de Jorge Manrique— y loco, el que no olvida, quiere decir estar enajenado, estar fuera de sí). El enamorado y el poeta pierden su obligado estado de exaltación y caen en lo pedestre en cuanto salen de ese duermevela entre el olvido y el recuerdo; y para Machado no hay más salvación que la creación imaginada por el sentimiento. Por eso, a renglón seguido, dice Mairena que Abel Martín

exaltaba el valor poético del olvido. . . Merced al olvido puede el poeta —pensaba mi maestro— arrancar las raíces de su espíritu, enterradas en el suelo de lo anecdótico y trivial, para amarrarlas, más hondas, en el subsuelo o roca viva del sentimiento, el cual no es ya evocador, sino —en apariencia, al menos— alumbreador de formas nuevas. Porque sólo la creación apasionada triunfa del olvido.

Y después de la canción primera a Guiomar añade:

Aquí la creación aparece todavía en la forma obsesionante del recuerdo. A última hora el poeta pretende licenciar a la memoria, y piensa que todo ha sido imaginado por el sentir.⁵

Guiomar, imagen percibida, representada y luego sustituida por la imagen creada, Guiomar olvidada, recordada, creada apasionadamente después, es por tanto inseparable de la mujer real que oculta el nombre. Machado, en un día que hizo fecha en su vida, se encuentra con Aldonza Lorenzo —entendámonos, nada de interpretación derogatoria, se sabe que la mujer valía la pena en todo sentido—, surge el chispazo, viene el proceso descrito por Abel Martín y Mairena, y puede, al final, decir el poeta su "reo de haberte creado / ya no te puedo olvidar". De no haberse encontrado con ella, es difícil de creer que hubiera cobrado realidad artística la bella figura poética de Guiomar. Por todo esto es poco aceptable lo que dice José, el

⁵ P. 486 ("Mairena lee. . .").

hermano de Antonio Machado, refiriéndose a ella: "A la misteriosa dama, que este nombre encubre, sólo le queda, a lo sumo, ser el pedestal sobre el que se eleva *la otra*; la creada, la verdadera amada del poeta en este caso".⁶ Nada de eso; amor humano y bien sentido fue el que tuvo Machado a la mujer de carne y hueso que llamó Guiomar y bien que influyó ésta en su obra, como demostraré, espero, en la sección siguiente. trataré primero de la calidad e intensidad con que quiso nuestro poeta a la inspiradora de su última poesía amorosa. La primera vez que leí las cartas de Machado a Guiomar⁷ quedé, necesario me es confesarlo, un poco decepcionada. No por la calidad literaria, de la cual nadie se atrevería a dudar, sino por su mesura lírica. Fuimos muchos los que esperábamos hallar en ellas un tono más exaltado, más persuasivo, más brillante y nos encontramos con una correspondencia templada, sencilla y más bien parca en su expresión. Y es que son, en lo que cabe la dicotomía, las cartas de un hombre enamorado y no las de un poeta ocupado en su mester. Al terminarlas, concluí falsamente que el amor a Guiomar no había tenido la importancia sentimental que quería dársele y que las "Canciones" eran, más que nada, "imaginado sentir". Que un autor tan entrañable como el nuestro le diga a una mujer "cuidate", "comprendo que te pongas a salvo en esta peligrosa circunstancia española"; que le diga "te quiero", que la llame "diosa" unas cuantas veces y "guapa" otras tantas más, no es bastante para convencernos de estaba loco de amor. Pensé que, para la época de sus amores —imposibles por otro lado— con Guiomar, Machado había llegado a esa actitud de absoluta indiferencia, tan característica de los verdaderos solitarios, los cuales, según dicen los psicólogos, se obstinan en olvidar que, en el pasado, tuvieron compañía, y cae fuera de toda expectativa, hasta de la imaginaria, su esperanza de que en el futuro pueda llenarse el vacío que les acongoja. Según nos dicen, sólo en términos de una relación presente y abierta con los demás, puede el hombre de nuestra cultura autoorientarse y llegar a conocerse.⁸ Ahora que,

⁶ JOSÉ MACHADO, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado*, Santiago de Chile [1947], p. 85. Son hojas hechas en multicopista y encuadradas en forma de libro, con un retrato del poeta hecho por su hermano José.

⁷ CONCHA ESPINA, *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1950.

⁸ Esta expresión es de Rollo May.

Machado solo, triste, desvalido en más de un sentido no se hundió nunca en el qué más da destructor de tantos genios, sino que empleó su soledad de manera útil, haciendo su obra. Cierzo que ésta adquirió un tono irónico, amargo a veces, más sin sarcasmo ni cinismo; antes bien, se queda el autor en un escepticismo apasionado o en un apasionamiento escéptico, que también esto existe. Buena prueba, su conducta durante la guerra española: sabiendo que los republicanos iban a perder, continuó a su lado, luchando con la pluma ya que no con la pistola que pide en uno de sus sonetos, hasta el último día. ¿Dónde, pues, el qué más da? No, ocurre con las cartas lo que con el amor como tema de la poesía en Machado: Julián Marías lo ha indicado muy certeramente al afirmar que "no podría decirse que la poesía de Machado es amorosa, en el sentido que lo es la de Garcilaso, Bécquer o Salinas. Pero en contados poetas late con más fuerza, sinceridad y eficacia la realidad del amor. Podríamos decir que no se trata de poesía amorosa, sino de *poesía enamorada*".⁹ Así las cartas a Guiomar. Por lo demás, también me ha llevado a reconocer la equivocación, el haber obtenido datos nuevos sobre su último amor, los que prueban la fuerza de éste. He sabido, por conducto que me merece completa fe, que el poeta hizo largos viajes por verla, que se gastaba el poco dinero que le sobraba en regalos —modestísimos para gente rica, pero rumbosos para los pobres—, que daba agotadoras caminatas por pasear bajo el balcón de ella, que le escribía al menos una carta a la semana; y por el libro, poco conocido de José Machado, he podido ver que, dos o tres días antes de la muerte del poeta, se ocupaba éste en corregir una de las "Canciones". ¿Puro azar? No lo creo, porque también he podido averiguar que la desconocida escribió a su enamorado para su cumpleaños o santo, con lo cual supongo que la correspondencia, interrumpida en los últimos meses de la guerra, debió reanudarse. Esfuerzos, sacrificios del poeta que nos demuestran lo ferviente, delicado y exquisito de su amor: así la quiso y así le fue fiel. En cuanto a esto último, hay una carta curiosa, entre las publicadas por Concha Espina, de la que se infiere que, sucesiva o simultáneamente, hubo otras mujeres en la vida de Machado. No nos importan, porque no hay indicio alguno de la influencia de

⁹ ANTONIO MACHADO, *Diccionario de literatura española*, Madrid, Revista de Occidente, 1953, p. 435.

ellas en su obra: la única consideración que merecen estos episodios es que sirven, desde otro ángulo, para testimoniar el interés de Machado en Guiomar y, a la vez, porque uno de ellos arroja cierta luz sobre el carácter de ésta. Estoy aludiendo a la carta en que el poeta da a su amada explicaciones de cierto encuentro con otra mujer, indudablemente porque aquélla se ha mostrado celosa. El incidente se acaba, al parecer, con la explicación; lo que no acaba es el amor de Machado, evidenciado por las cartas, las "Canciones", etc., y, además, por su afanosa conducta. He aquí algunos interesantes detalles de la misma.

A San Sebastián, donde pasó Guiomar algún verano, fue a verla más de una vez. El viaje era largo, costoso y, por la época del año, incómodo; pero la ilusión del enamorado vencía toda molestia e inconveniente; y aún le quedaban bríos para comprar regalos y pagarlos. Así, en uno de sus viajes, le lleva a Guiomar unos zarcillos de oro terminados en un pendiente de nácar. Se niega la amada a aceptarlos, pero el poeta la convence y la adorna, al fin, con el regalo. (La escena empieza en la Zurriola, en una noche encendida de verano, ya casi al amanecer; los enamorados bajan, después, a la playa.) Pretende besarla, pero ella se retrae, vuelve bruscamente la cabeza y el beso se pierde porque cae en un pendiente. ("Y en la tersa arena, / cerca de la mar. . .", "en el nácar frío / de tu zarcillo en mi boca. . .", y "asomada al malecón / que bate la mar de un sueño. . .") En la primera de las "Canciones a Guiomar", Machado transcribe poéticamente la anécdota. ¡Qué acendrada y vehemente es aquí su voz! ¡Cómo, sin razón alguna aparente, irrumpen en los márgenes, las voces de San Juan de la Cruz y Lope de Vega!

En dos ocasiones más, que yo sepa, le hizo Machado regalos de importancia para sus medios: en una, con motivo de un viaje a Zaragoza, de donde le trajo una medallita de la Virgen del Pilar, de oro, con piedrecitas preciosas; en otra, con motivo de un cumpleaños, le hizo obsequio de un ejemplar de lujo de una edición de las obras de Dante.

Para un hombre que corría hacia los sesenta, ¿no representan estos regalos y viajes una ilusión muy honda por un amor, por lo demás, totalmente imposible de satisfacer? Porque lo cierto es que Guiomar se portó siempre como la más pura heroína de nuestro teatro del siglo del honor: nunca le hizo la más leve concesión y el incidente del beso y el que relato

a continuación son testimonio de su adamantina actitud y de su intachable conducta. Musa y poeta tenían la costumbre, en Madrid, de verse en un café al que llamaban, en su correspondencia, "nuestro rincón". Era, según mis noticias, el café Franco-Español, situado en los Cuatro Caminos, por la Avenida Reina Victoria, en su primera bocacalle a la izquierda. Parece que ya no existe y que en su lugar hay, o hubo, una serrería. Guiomar, para acudir a las entrevistas, por inocentes que fueran, tenía que justificar en casa su tiempo y no podía quedarse mucho con el poeta. Para mayor dificultad, el café era pobreton, desmantelado y frío y, para combatir la baja temperatura habían conseguido del dueño una estufilla. Como resultara insuficiente ésta un día en que el frío arreciaba, Machado, mientras llegaba Guiomar, recorrió todas las estancias de la casa en que estaba el café, buscando una caliente y descubrió, en un piso alto, un cuarto abrigado. Pide al dueño que se lo alquile y, cuando llega Guiomar, la conduce, muy satisfecho, a la nueva habitación. Mas, ¡ay del distraído e inocente don Antonio! Apenas ponen el pie en ella, Guiomar estalla en ira y sale de estampía. Es que el poeta no se había fijado que en el cuartito había una cama, turca para más detalle, pero lo bastante pretenciosa, para que Guiomar saliera disparada al verla. Le costó a él aplacarla todo el tiempo de la entrevista y aun estuvo a punto de perder su amor para siempre.¹⁰

Dos hechos más demuestran el ardor del cariño a Guiomar: la abundancia de cartas que le escribió y el que pensara en ella cuando se nos murió en Collioure. Como ya he dicho, se escribían semanalmente, al menos. Aunque la correspondencia no durara más que cuatro años—de 1928 a 1932—, y yo diría que alguna de las cartas publicadas por Concha Espina llegan hasta el 36, como la de la despedida a Guiomar por un viaje de ésta al extranjero, son, por lo menos, cuatro años de escribirse, y el número de cartas, más de doscientas. Mi confidente afirma que muchas de ellas las quemó Guiomar en cierto peligroso momento. Y Concha Espina me contó las complica-

¹⁰ Sé que este relato se presta a interpretaciones más atrevidas que la mía, pero estoy cierta de que el que se arriesgue a ellas va muy descaminado. Machado contaba casi sesenta años y, físicamente, no tenía ya más encanto que la frente, la cabeza y los ojos. Guiomar tendría entonces algo más de treinta. Y si Machado escribió, pensando en ella que "el alma de la Lola / sólo en la copla se entrega", ¿cómo ir nosotros más allá?

ciones que ocasionó la publicación de las que ella sacó a luz. "Para su edición me dijo en 1952 —seguimos este procedimiento: Guiomar me enviaba las cartas, sujetas por un hilván, a un papel en blanco, con otros papeles cosidos sobre ellas para ocultar lo que no quería que se viera. En el momento de llevarlas a la imprenta para hacer las fotografías para los moldes, tuvieron que ir de la misma manera; y yo pedí permiso al director para enviárselas con una persona de toda mi confianza, que llevaba el cargo de no apartarse de ellas ni un instante y de estar presente cuando las fotografiasen para evitar así que fueran desprendidas del papel o que se descosieran los papeletos que ocultaban palabras o frases que podrían revelar quién era Guiomar. Algunas veces, yo misma me veía obligada a quitar de las cartas cosas que pudieran desagradar a gente que aún vive, como opiniones literarias de Machado sobre sus compañeros escritores. El editor, un buen amigo mío, accedió a estas extrañas condiciones y así pude llevar a cabo la edición".

Toda esta correspondencia, su tono íntimo, su abundancia, su mismo texto nos prueban cuánto y cómo quiso Machado a Guiomar. Mas por si ello no fuera bastante, tenemos el testimonio de José Machado quien, habiéndose mostrado reacio a admitir la importancia de Guiomar, al hablar en un capítulo que titula "Últimas palabras escritas por el poeta", del libro ya citado, nos cuenta lo siguiente: después de la muerte de su hermano, encontró, en un bolsillo de su gabán, un papelillo arrugado en el que estaban trazados los últimos versos que escribió el poeta, en total no más de tres renglones. Pues bien, uno de ellos era una variante de la canción VI a Guiomar. "Y te enviaré mi canción" —o "te mandaré mi canción"— que según la última versión debe de empezar "y te daré mi canción".¹¹ Sí, es conmovedor: Machado, a dos dedos de la muerte, pensaba aún en Guiomar. El detalle es más que decisivo. El que escribe tiene mucho que corregir siempre. Que Machado, expatriado y enfermo, eligiera corregir a dos pasos de la muerte, precisamente una de las canciones a Guiomar, es una prueba tan irrefutable como enternecedora de su hondo cariño a Guiomar. Así y todo, ¿nos dejaríamos cautivar por Guiomar si no hubiera tenido la gracia y el poder de influir en la obra de Machado? Y llegamos, con esto, a la pregunta final que me planteé en la primera parte del artículo.

¹¹ P. 433.

Podría decirse que si Leonor en *Campos de Castilla*, si la obra se publica el mismo año en que muere la esposa, si ésta contribuye a la castellanización de Machado, Guiomar está en los cancioneros apócrifos de Abel Martín y Mairena, en el *Juan de Mairena*, y su estela llega hasta los últimos días de la vida del poeta. Por tanto, podría afirmarse que ambas mujeres se reflejan en la obra y en la vida de Machado. Ahora que, podríamos invertir los términos y decir igualmente que éste, en tiempos de *Campos de Castilla*, tenía inevitablemente que enamorarse de una mujer como Leonor, y, en los de Martín y Mairena, buscaba anhelosamente a una como Guiomar. Tendríamos, de las dos maneras, la misma conclusión: las dos mujeres influyeron en la obra del poeta. Cabría entonces afinar la pregunta y plantearla así: ¿Cuál de ellas lo hizo más beneficiosamente? Y no podríamos decidir sin pronunciar nuestra preferencia o por *Campos de Castilla* o por la parte de la obra citada que cae bajo la inspiración o el tiempo que le toca a Guiomar.

Disiento de los que piensan que después de *Campos de Castilla* Machado pierde calidad. Quizá no sea tan claro lo que escribe, quizá no sea tan del gusto de sus compañeros de generación, pero en todo caso es mucho más rico. El error de juicio o de apreciación consiste, quizá, en exigir filosofía. Si la tiene, es de sello cervantino y, como la de Cervantes, está oculta bajo la trama del humor más refinado, de la urdimbre de la paradoja, de la aguja de la ironía, de la maraña del equívoco más inteligente. Esta parte de su obra teñida de filosofía es muy rica y cuantiosa. Y no importa que esté llena de "pegas" porque, en términos de la crítica literaria al día, las pegas mentales, en un buen autor, no son más que ambigüedades, equívocos, perspectivas, no en el sentido detractor de las dos primeras palabras, sino en el más ensalzador que darse pueda; lo otro sería no vivir el presente de la crítica literaria. Esto es decir, pues, que la obra dice más cuanto más equívoca sea y, viceversa, es más pobre—evito adrede la palabra "clara"—cuanto más plana; ello es así, porque cuantos más sentidos inteligibles quepan en ella, tantos más haces de luz arroja sobre el lector. Digo inteligibles para que se vea que el equívoco no está reñido con la claridad: muy al revés, es el arco iris de la comunicación, es la pluralidad de luces, es decir, de perspectivas; y, merced a él, caben en las palabras y obras, no una,

sino todas las interpretaciones que no fueren o contradigan su texto. Por eso, con él se puede hablar en cierto modo de perspectivismo; con cuya palabra llegamos, como casi siempre que nos acucia un problema del pensamiento, a Ortega, y hacemos la unión entre dos doctrinas no tan aisladas como parecía: la de los "New Critics" y la del "punto de vista". Que antes no se haya atisbado esta relación, o que, si se ha hecho, no esté más divulgada, debiera averganzarnos. Porque tenemos en nuestra literatura la obra de equívoco máximo, de perspectivismo más completo: el *Quijote*. Sólo Angel del Río ha sabido correr bien y cobrar mejor esta sabrosa pieza;¹² y lo ha hecho, claro es, partiendo de Ortega. ¿Aceptamos, pues, que lo que dice Machado por y en Abel Martín y Juan de Mairena es tan bueno como lo que dice en *Campos de Castilla* y otras partes de su obra? Entonces no podemos compartir lo que dice José Machado, hablando de Guiomar, la poca simpatía que le muestra y la escasa importancia que le concede: menos aún, la casi desconsideración con que la trata.

Así como en el primer amor el nombre de madre le basta para que nos llegue toda la honda emoción que siente al recordarla, y así como también al evocar a la esposa, sólo una vez escribe su nombre, en este tercer amor, es el nombre el que primero aparece: Guiomar. Claro que, a mí me consta, bajo este bello nombre, se oculta el verdadero de la dama. Olvidado es, de puro sabido, que a los grandes hombres jamás han faltado todo género de admiradoras y, que entre ellas, las más impelentes y atrevidas son las que siempre han conseguido más. Son de la clase de mujeres que no esperan a que las busquen.¹³

Y no tiene porqué para ello—si no es, acaso, el temor de la familia de que estos amores imposibles hubieran atormentado la poeta Antonio, o esos celos tan comunes como injustificables en estas situaciones—ya que por Guiomar, Machado nos dio una parte importantísima de su obra, que no por ser más complicada que la que produjo en tiempos de Leonor Izquierdo, es menos bella. Veamos algo de esta complicación y belleza.

A primera vista, resulta difícil de explicar que la amada sea en la cita ausencia. No lo es tanto partiendo de lo que del

¹² "El equívoco del *Quijote*", *Review Hispanic*, XXVII (1959), 200-21.

¹³ *Op. cit.*, p. 85.

recuerdo-olvido-creación he dicho al principio. La amada es en la cita ausencia, porque la imagen allí percibida no coincide con la representada, por otro lado ya olvidada, y lucha a brazo partido con la imagen creada más tarde por el amante, que es con y por la que él acude a la cita. (Cervantes soslayó el problema no poniendo nunca a don Quijote en presencia de Aldonza Lorenzo, aunque sí de Dulcineas, inventadas no *por* sino *para* don Quijote; y tuvo buen cuidado de dejánselo ver.) "En la cita ausencia" puede parecernos tan paradójico como este cantar: "Tengo a mis amigos / en mi soledad; / cuando estoy en ellos / ¡qué lejos están!"²⁴ Aunque el cantar se entiende mejor, porque ¿quién puede ver al tímido y considerado Antonio Machado dando puñetazos en la mesa de un café para hacerse oír de sus contertulios? (Claro que tampoco podemos imaginárnoslo, fácilmente, propasándose con una mujer, en un reservado de la Bombilla). No, lo que se expresa aquí es otra clase de desilusión, por mejor decir, de imposibilidad: la de fundirse plenamente con *el otro*. Fundirse, no relacionarse. Del conocimiento de esta imposibilidad arrancará también, y con novísima sensibilidad y expresión, la soledad del hombre. También, pero no solo, porque ya se ha visto que sin el recuerdo, el ser humano se priva de una forma esencial de compañía. Mas dejemos, para explicar mejor esto, que hablen los dobles de Machado.

Al tratar de las varias formas de la objetividad, nos dice Mairena que, según Abel Martín, hay una quinta forma "que se da tan en las fronteras del sujeto mismo, que parece referirse a un *otro* real, objeto, no de conocimiento sino de amor", y, que "el amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda". Se contraponen aquí, otra vez, amor y conocimiento. Era necesario hacerlo así para que el poeta pudiera llegar a decir que el conocimiento es el premio del amor y que éste siempre fracasa. A continuación se inicia el tema de la soledad, con aspectos realmente modernos y originales. Dice Mairena que según Abel Martín "la amada... acompaña antes que aparezca o se oponga como objeto de amor; es, en cierto modo, una con el amante, no al término, como en los místicos, del proceso erótico, sino en su principio". Y unas páginas más adelante desarrolla y completa su pensamiento.

²⁴ P. 319 ("Proverbios y cantares").

La amada—explica Abel Martín—no acude a la cita; es en la cita ausencia. . .” El poeta no alude a ninguna anécdota amorosa de pasión no correspondida o desdeñada. El amor mismo es aquí un sentimiento de ausencia. La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y vanamente se espera. El poeta, al evocar su total historia emotiva descubre la hora de la primera angustia, erótica. Es un sentimiento de soledad, o mejor, de pérdida de una compañía, de ausencia inesperada en la cita que confiadamente se dió, lo que Abel Martín pretende expresar en este soneto de apariencia romántica. [Se refiere a “Guerra de amor”.] A partir de este momento, el amor comienza a ser consciente de sí mismo. Va a surgir el objeto erótico—la amada para el amante o viceversa—, que se opone al amante “así un imán que al atraer repele” y que, lejos de fundirse con él, es siempre *lo otro*, lo inconfundible con el amante, lo impenetrable. . . Empieza entonces para algunos —románticos— el calvario erótico; para otro, la guerra erótica, con todos sus peligros, y para Abel Martín, poeta, hombre integral, todo ello reunido, más la sospecha de la esencial heterogeneidad de la substancia.¹⁵

Todo esto es en mi entender esencialísimo. Se trata de la fusión del amante y la amada, pero, fijémonos bien, “no al término del proceso erótico. . . sino en su principio”. Abel Martín alude aquí, y yo diría que muy en serio, a toda una serie de mitos: al de la creación de Eva de una costilla de Adán, al consiguiente sentimiento de vacío de éste, a su soledad, al sentirse privado de una parte de su ser (después del “súbito incremento del caudal de la vida”); al de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, y a la soledad de aquél al desairarse de Este; al de la separación del hombre de la Naturaleza con el subsiguiente dolor por lo perdido; y, quizás, aun, al desprendimiento del niño del claustro materno y a su sentimiento de “ausencia” de la madre al venir a la vida. En todo ello había una fusión que se ha deshecho. Cuando se percibe —y por otro lado nunca se consigue olvidarlo—, se “recuerda” a la amada, se la crea, aparece; mas como no es ni Dios, ni Eva, ni la Naturaleza, ni nuestra madre —y aunque lo fuera nunca podríamos volver atrás y unirnos a lo que nos dio origen— la amada permanece

¹⁵ Esto y las citas del párrafo anterior las hallará el lector en las páginas 359, 360 y 364-5 de mi edición. Todas son de *De un cancionero apócrifo*.

fuera del amante, no se funde otra vez con él, es *lo otro*, es "ausencia".

Todo este sutilísimo sentir y pensar, que no es más que una mínima parte de lo que hay en Machado, le ocurrió al autor a causa de Guiomar. Hubieran bastado las "Canciones" para convencernos del valor que tuvo la desconocida en la obra del poeta. Pero, a mayor abundamiento, nos ha dejado, en broma o en serio, estos comentarios alrededor del amor y de ella. En los que hemos esbozado, Machado toca, con enorme elevación poética e intelectual, lo más prístino de su ser —lo místico colectivo— y, lo más fundamentalmente individual —la madre. Hasta qué punto es ésta —y aquello— forjadora de sueños y ensueños, en suma, de poesía, se reconoce, indirecta y oblicuamente, pero claramente a la vez, en este último poema que cito:

RECUERDO INFANTIL

(De Juan de Mairena)

Mientras no suena un paso leve
y oiga una llave rechinar,
el niño malo no se atreve
a rebullir ni a respirar.

El niño Juan, *el solitario*
oye la fuga del ratón,
y la carcoma en el armario,
y la polilla en el cartón.

El niño Juan, el hombrecito,
escucha el tiempo en su prisión:
una quejumbre de mosquito
en un zumbido de peón.

El niño está en el cuarto oscuro
donde su madre lo encerró,
es el poeta, el poeta puro
que canta: ¡el tiempo, el tiempo y yo!¹⁶

Habría que ir pensando en ocuparse en serio de doña Ana Ruiz Hernández, quien, un día de Santa Ana trajo, al mundo a Antonio Machado, vivió casi siempre con él y murió casi el mismo día.

¹⁶ P. 476-7 (*Juan de Mairena*, VI).

DIÁLOGO DE DON QUIJOTE

Por Ermilo ABREU-GÓMEZ

A MARGARITA.

Personajes:

JUVENCIO

APOLONIO

CLAUDIO

APOLONIO: Sabemos que el otro día pronunciaste un discurso sobre don Quijote de la Mancha.

JUVENCIO: Es cierto, pero apenas si rondé el tema; más bien fue un juego, un como entretenimiento para estudiantes. En realidad, no dije nada serio ni trascendente.

CLAUDIO: Deja para los oyentes el juicio que merece tu trabajo y háznos el favor de repetirnos, siquiera en resumen, lo que dijiste entonces.

APOLONIO: Si he de ser franco, te diré que sólo por oírte hemos venido a tu casa.

JUVENCIO: Insisto: no han de oír nada nuevo, pues muchas veces, aunque en forma deshilvanada, hemos hablado de estas cosas relativas a don Quijote.

CLAUDIO: No te excuses más y dínos lo que quieras.

JUVENCIO: Bien sabes, Claudio, que no me hago de rogar, que fuera vanidad mía callar lo que yo mismo sé no vale gran cosa.

APOLONIO: Te oímos ya.

JUVENCIO: Si entonces fui breve, ahora lo seré mucho más, pues no quiero fatigarles.

CLAUDIO: Nos resignamos a tu parquedad, pero habla sin más preámbulos y perdona el apremio.

APOLONIO: No te interrumpiremos sino para pedirte alguna aclaración. Dispón de tu tiempo.

JUVENCIO: Interrúmpame cuantas veces quieran, pues nada me agrada más que oír y considerar la opinión de los amigos.

CLAUDIO: Así lo haremos.

JUVENCIO: Empiezo, pues, diciendo que es condición natural del hombre imaginar que todo lo que habita en el mundo debe tener principio. Es una necesidad del espíritu pensar en la génesis de los seres y de las cosas. Es esto un anhelo de eternidad que la ciencia y la religión, desde siempre, se empeñan en satisfacer del mejor modo posible. La ciencia lo intenta por medio de la razón, y la religión por medio de la fe. Aún más, se puede decir que para el hombre tiene más importancia descubrir la raíz de su vida que conocer el mecanismo que la anima. Hay motivo para que la metafísica trabaje con tanto ahínco en averiguar el principio de lo que es.

APOLONIO: Creo que al hombre también le interesa conocer el fin último, el destino postrero de la existencia.

JUVENCIO: Tienes razón. Mas tratándose de arte, preferí limitarme al tema de su origen. La gente cree que hasta los fantasmas ideados por los poetas, deben haber salido de un molde y que es necesario hallarlo, o cuando menos, dar noticia de su huella más plausible. El tema, claro, se torna fascinante cuando se trata de averiguar el origen de un personaje como don Quijote que ha trascendido a la historia. Por esto los eruditos se preguntan sin cesar cómo nació y cómo se desarrolló su figura. Y así, hurgando en lo imaginario o en lo real, han podido dar con no sé cuántos tipos en los cuales pretenden ver la cuna de don Quijote. Hasta los pintores parecen interesados en el asunto. No hace mucho, un artista de relieve —Angel Lizcano— pintó un cuadro titulado *Cervantes y sus modelos*. El cuadro, reproducido en una edición de la novela, tiene señorío y cierta gracia melancólica. En un ancho patio castellano, con luz que parece mañanera, se ven reunidos los modelos que Cervantes utilizó en su obra. Claro, entre todos, en primer término, descuella el modelo de don Quijote.

CLAUDIO: Conozco el cuadro de que hablas y la figura de don Quijote parece bien captada. Si mis ojos no me engañan, recuerda un poco el dibujo de Doré.

JUVENCIO: A mí también me gusta, sobre todo porque da una sensación vaga y firme. Pero a poco que se mire el cuadro se cae en la cuenta de que aquellos modelos, en realidad, no son modelos sino más bien los personajes mismos de la novela que se huyeron del libro y, por capricho y arte del pintor, se juntaron en aquel patio castellano. Para mí, el pintor se alucinó con la realidad de los personajes y la confundió con la realidad de su origen. Se engañó con la verdad, que es el más trágico de los engaños. Este hecho, aparentemente trivial, me hizo pensar en el arte creado por Cervantes. Sus personajes son cosa compleja: vienen de la tierra pero también del misterio, de ahí que sea tan difícil distinguir la naturaleza de sus elementos. Desde un principio la figura de don Quijote desconcierta por contradictoria y audaz; tiene un poco de ángel y otro poco de demonio. Por esto resulta más propia del Greco que de Velázquez. Además, don Quijote es un personaje inconcluso; está en perpetuo desarrollo; en la novela vive, se transforma y casi llega a la transfiguración. Pero los buscadores del modelo no se rinden ni ante lo inaccesible; están seguros de que existe en alguna parte y de que un día lo hallarán y entonces se conocerá el principio auténtico de don Quijote. Día con día crece la cosecha de sus pesquisas y con ella el lector va de sorpresa en sorpresa; a veces, la sorpresa se convierte en asombro y el asombro en sonrisa. Hay más fantásticos Benjumeas de lo que parece. Hoy tenemos a mano no sé cuántos tipos en los cuales se pretende descubrir la cuna de don Quijote. Unos quieren ver el posible origen de nuestro personaje en un lector de antaño que sabía de memoria el *Palmerín de Oliva* y era capaz de recitarlo al derecho y al revés y de comentar sus pasajes de más relieve. Otros lo miran en un estudiante de Salamanca que, seducido por la lectura de los libros de caballerías, un día, así como así, perdió el poco juicio que tenía y, armado de toda arma, se puso a dar cuchilladas a diestro y siniestro, como si estuviera librando singular combate con invisibles enemigos. Otros lo descubren en cierto caballero que se dio a imitar las locuras del Orlando, de Ariosto. Otros dicen que la idea de don Quijote surgió del *Entre-més de los Romances* donde el protagonista, un dicho Bartolo, se exalta con la lectura de aquellos versos y se

dedica a hacer no sé cuántas diabluras. Otros traen a cuento a un don Martín Quijano, oficial de galeras en el Puerto de Santa María y a un don Alonso Quijada caballero de Esquivias, alocado y maniático y muy dado a extravagancias y desatinos. Otros señalan al propio Ignacio de Loyola, como el más parecido émulo de don Quijote. Alguien más, habla del espíritu quijotesco que anima a Raimundo Lulio en la historia de sus andanzas evangélicas. Y no ha faltado quienes señalan a Lope de Vega como la contrafigura del héroe. Y, por último, si no me equivoco, por ahí andan todavía otros supuestos modelos, con sus correspondientes padrinos y valedores, pugnando por ganar la partida. Pero todo esto parece sueño del ingenio y regalo del mejor deseo. La contingente realidad de los tipos apuntados puede tener un cierto valor corpóreo o de acción. Pero, la verdad, la figura de don Quijote rebasa toda medida concreta, pues su materia —nebulosa y acerada— se burla de los límites de cualquier modelo. Su ser, siendo tan real, se mueve en un aire de ingravidez. Algo de espíritu mágico lo acompaña en sus aventuras. Como dice Menéndez y Pelayo, ni las propias caballerías de antaño pueden ser la causa única, formal y eficiente de don Quijote.

APOLONIO: Entonces ¿pudo surgir su invención de una imagen fortuita, de un hecho cierto o bien de algo inexistente?

JUVENCIO: Así lo creo. Don Quijote pudo tener algo o mucho de aquellos sujetos, más o menos estrafalarios; de ellos es posible que procedan sus ademanes, su modo de hablar, su arte de pensar y aun algunas de sus manías. Pero este repertorio de curiosos o de sabios desatinos no explica la clave de su mundo interior. Nadie es capaz de explicarla. Para llegar a ella —si es que algún día se llega a ella— hay que andar y andar mucho y caer muchas veces, antes de tropezar con el milagro de la Verónica. Los tipos de que se habla no pasan de ser figuras de retablo que habrán dado a Cervantes idea de cómo podía aderezar y vestir a su hidalgo; pero están lejos de su esencia. Don Quijote no cabe en tales modelos ni aun tomando en cuenta los de más sutil presencia, porque más allá de aquellos tipos, más allá del mundo real a que pertenecen, está la idea ilimitada e intangible que le dio vida. La fantasía literaria de Cervantes arrastra consigo raíces humanas y

raíces soñadas. Y así resulta ineficaz el rastreo del origen de don Quijote en el solo campo de la realidad física. Recordemos, además, que en el hombre no todo es barro ni carne ni sangre. Junto con la realidad del cuerpo, está la del espíritu y ambas tienen sus leyes, sus preceptos, sus instintos y sus burlas. La vida del hombre es una lucha —trágica o cómica— entre la caída y la ascensión de sus verdades y de sus mentiras. El modelo de Lucifer es más fácil hallarlo en la mente de Milton que en una cueva del Infierno. Tal es el caso de don Quijote: hay que buscar su modelo en el fondo de la naturaleza humana, en la zona imponderable del alma. Porque cualesquiera que hayan sido los pensamientos y las aventuras de don Quijote, su actitud no puede venir de ningún predio acotado por los sentidos. Con el ser de don Quijote no se tropieza así como así, caminando por los caminos de la vida. Tampoco es posible sacarlo del desván de las cosas inservibles, del baúl de las antiguallas, de la ermita de un orate, de la escuela de un dómine ni del barrio de un estudiante obstinado, amigo de burlas y de bullicio. Don Quijote no es un muñeco de serrín y goznes ni liviano títere de trapo. Cervantes no vio el modelo de su héroe en ninguna parte; no lo vio con sus ojos ni lo tocó con sus manos ni lo oyó con sus oídos, porque don Quijote no pertenece a la tierra siendo tan hecho de tierra. Don Quijote procede de las entrañas mismas de Cervantes. En una palabra, Cervantes fue el verdadero modelo de don Quijote. Olvidemos la traza, la estampa y el contorno de su figura, porque nada de esto es esencial, aunque mucho importa a la rosa parecer rosa. Olvidemos lo accesorio del personaje: sus armas, sus lanzas y sus yelmos que, en el fondo, son mera cosa de teatro, embeleco de tramoya para entretener y despistar a los incautos. Buen papel hubiera hecho la figura de *este* don Quijote en el retablo de Maese Pedro. Penetremos en Cervantes, en el escenario de su imaginación y allí hallaremos al *otro* don Quijote. Lo hallaremos vivo, tal cual es y tal cual fue; hijo de la sangre, del dolor, del desengaño, de la alegría y del sueño del hombre. Don Quijote salió del Quijote que Cervantes llevaba dentro de sí. Fue también una como consciente y, acaso, dolorosa, huida de su espíritu. En don Quijote construyó un

mundo fingido pero necesario para recreo de su pluma y salvación de su alma.

CLAUDIO: Entonces ¿podría decirse que, en principio, la vida de Cervantes es la vida de don Quijote?

JUVENCIO: Claro que sí. Para mí una y otra se completan y se explican. Conocer la vida de Cervantes es conocer la vida de don Quijote. Cervantes vivió en los días de Felipe II y de su hijo Felipe III, pero no los vivió en paz sino en continua zozobra de cuerpo y espíritu. La España de ayer, la de Carlos V, ya no existía sino en el recuerdo. El impulso del Renacimiento y la crisis de la Contrarreforma amenguaban sus bríos entre la sonrisa amarga de Erasmo. Cervantes, tan católico, no se mostró muy afín a la ortodoxia de las ideas de su tiempo. El sol se había puesto en los dominios españoles, antes sin límites ni horizonte. Tras el triunfo de Lepanto, se alzaba la derrota de la Armada Invencible y el derrumbe de Flandes. Incapaz de revivir las glorias del pasado, Felipe II guardaba sus trofeos en el panteón de El Escorial. La decadencia del Imperio, adivinada por el Padre Mariana y tal vez iniciada en los propios tiempos de Isabel y de Fernando, caminaba con los pasos firmes de un héroe que va a la muerte. Cansada de llevar en alto sus estandartes, España empezaba a arrastrarlos sobre las arenas de los caminos hollados por el Cid. Para atajar la ruina de aquellas glorias, con idéntico coraje, peleaban el soldado y el poeta. De la especie de estos personajes estaba hecho Cervantes. De la lucha sacó cicatrices en el cuerpo y desengaños en el alma y nunca obtuvo el premio que merecían sus servicios y su talento y ni siquiera pudo alcanzar el refugio de las Indias. "Busque por acá en que se le haga merced", fue la respuesta que dieron a su solicitud de viaje, los señores del Consejo. Por torpeza ajena o ingenuidad propia, varias veces fue a parar con sus huesos en la cárcel. Y, según cuentan, en la de Sevilla "donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido su habitación" vino a descubrir dentro de sí a don Quijote. ¡Sepa Dios desde cuándo lo llevaba en la conciencia! Era su otro yo con quien, tal vez sin saberlo, venía dialogando. En este dialogar, Cervantes y don Quijote confundirían, por mera sabiduría o por mero recreo, la verdad con la ilusión, como si realizaran un juego espiritual. Por esto,

Américo Castro tiene por evidente que don Quijote tuvo que "ser concebido en la más apartada reclusión del ánimo cervantino". Gran verdad. Cervantes fue en la vida un don Quijote real como don Quijote fue en la fantasía un Cervantes ideal. La vida de Cervantes anticipa la arquitectura del sueño y aun el estilo de su héroe. Cervantes quiso una vida mejor, más justa, más libre y más cerca del caballero español. Y por hacer realidad tal empeño pasó tribulaciones y quebrantos; sufrió la enemistad de frailes renegados, la envidia de escritores como Lope de Vega, los Argensolas y Suárez de Figueroa; la ingratitude de gente de su familia y el desprecio de próceres engraidos. No vio el fruto cabal de sus afanes ni logró el sosiego que merecía su vida de sacrificio. Y sólo en horas tardías contó con la ayuda de un noble discreto y de un obispo bondadoso. Y con todo, trabajó sin descanso y cuando llegó a la muerte no tuvo sino palabras de serenidad, y de gratitud para sus valedores. Una suave melancolía gobernó su trance postrero. Ningún escritor de su época deja la sensación de más nobleza que Cervantes. Es que ninguno como él, estuvo más cerca del hombre. Sólo así se explica que haya podido crear a don Quijote. Al crearlo no hizo sino revelar la propia esencia de su ser. Fue su voz y su imagen y también su desesperación. Pero ya se sabe, en don Quijote, "pudo más la locura que otra razón alguna". Y por esta locura de la razón don Quijote "vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo, con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama". Al empezar a escribir la historia de don Quijote, Cervantes le diría con suave y apacible acento: "Anda, ve por el mundo, camina por mí y prolonga, sin temor, mis aventuras. Continúa la lucha que yo empecé. Yo seré el cronista, el sabio que relate las hazañas de tu valentía que imagino graves y risueñas como conviene a tu espíritu. Bien sé, amigo mío, que con el tiempo y para memoria eterna de

tu fama, tus hazañas "serán talladas en bronces, esculpidas en mármoles y pintadas en tablas". Y con tal propósito formó su personalidad; elaboró su doctrina y realizó su vida inmersa en una fantasía construida para él solo. Y si no flaqueó en la prueba fue porque Cervantes no lo abandonó jamás. Don Quijote no acabó de nacer nunca; siempre fue parte de la sangre de su autor. Cervantes le sostuvo en la frontera de la poesía donde se juntan, sin mezclarse, la realidad y la invención. Don Quijote vivió su realidad poética y por vivirla plenamente no hubo en él desajuste entre lo real y lo ideal. Fue inalterable su fe en el sueño heroico que soñaron el rey Arturo, los caballeros de la Tabla Redonda y los Doce Pares de Francia. La actitud de don Quijote fue clara y lógica, pues en su mente aquel mundo de la caballería era fiel reflejo de un ideal y también de una necesaria verdad histórica. Por esta locura creyó que una vez hubo concordia en el mundo; que las hazañas de los caballeros eran realidad y que, imitándolas, debía ir por los caminos del mundo a implantar la justicia y el honor. Por esta locura pensó que para realizar tamaña empresa bastaban su breve anatomía, sus armas de capitán de teatro y la fuerza de la razón. En esta verdad caballeresca, transformada en *mito*, descubrió la razón de la justicia que anhelaba implantar entre los hombres. En la misma verdad halló los motivos más altos y más sutiles para hablar de Dios, de los caballeros, de los linajes, de la guerra, del duelo, de las ofensas y de los agravios, del matrimonio y de los hijos, de las artes liberales, de la poesía y del teatro, de la profesión del soldado, del fraile y del estudiante y, por último, del significado de las armas y de las letras en una república bien organizada. Y como buen caballero entendió que la orden a que pertenecía era núcleo y punto de partida de todas las ciencias, de todas las artes y de todas las disciplinas del espíritu. Por eso advirtió que el que profesa la caballería ha de ser jurisperito, teólogo, médico, herbolario, astrólogo y matemático, aparte de que debe conocer otras materias rústicas afines a la vida y a las necesidades de su oficio. De ahí la confusión que provocó entre los suyos y el engaño del que no pudieron salir ni los más perspicaces testigos de su vida. Porque éstos sólo fueron capaces de entender la locura de los hechos y de las apariencias,

la locura del pobre loco de tablado y feria; pero no la locura de los sueños y de las ideas, es decir, la locura de la razón. La locura de los hechos fue manoseada por la crítica y la mala fe del mundo. Letrados e ignorantes, desde Avellaneda y el Bachiller y el Canónigo, hasta el barbero y el ama y la sobrina, todos pertenecían a la misma mediocridad y a la misma ortodoxia religiosa y moral. Y es que, no lo olvidemos, hubo dos Quijotes: el de la pequeña locura de máscara y cascabel; y el de la gran locura del pensamiento y del anhelo inmortal. La pequeña locura fue la que contempló el mundo, la que llenó de risa patios, ventas y castillos. Esta locura era la máscara de la otra, de la agazapada en la entraña racional. La locura bastarda encubría los derechos de la legítima. Tras el viejo que confundía molinos con gigantes, corderos con ejércitos, mozas del partido con doncellas, vivió el cristiano, de acento evangélico, que prefería la realidad eterna a la realidad contingente del hombre perecedero. Por eso, cuando el caballero de la Blanca Luna derrotó al caballero de la Triste Figura, don Antonio Moreno dijo al regocijado vencedor: —¡Oh, señor! Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No véis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote, a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero el efecto que produjeron su saber y su arte tenía que ser contradictorio entre sus amigos. Por un lado, admiraron la hondura de su pensamiento y la variedad de sus noticias; y por otro, repudiaron la falsedad de aquel mundo mítico en que se apoyaba. Pensaron que era imposible admitir que un hombre de tan notoria lucidez y capacidad, de tan discreto discurrir, pudiera creer al mismo tiempo en el mundo de la caballería. Y porque pensaban en tamaño error, muchas veces y de modo descomedido, le dijeron: "Pero venga acá, señor don Quijote, venga acá y escuche la razón y el sentido de la verdad y deseche toda mentira. ¿Cómo puede ser que vuestra merced, que en toda ocasión da pruebas de cordura, de juicio y de saber, cuando explica cosas graves que tocan a las costumbres y a los negocios del cuerpo y del alma, a la religión, al rey, a la justicia, al buen gobierno, a la ciencia del vivir, que es ciencia difícil, caiga y viva en el enga-

ño de los hechos fabulosos que relatan los libros de caballerías de que tan aficionado se muestra, pues, por lo que vemos, los ha leído todos y aún los sabe de memoria? ¿Cómo no ve, hombre de Dios, cómo no ve, le decimos, cómo no se da cuenta de que esas historias son fábula y fantasía, embeleco para niños y simples, para gente sin idea cabal y para sujetos sin seso ni criterio? Pues qué, ¿no advierte que son invenciones insensatas, mentira sobre mentira, cosas de burla sin sal ni pizca de realidad? Aléjese, señor don Quijote, aléjese, como ya le decimos, aléjese de tales libros y de tales creencias y vuelva al camino de la buena doctrina si quiere salvar su alma y ser hombre de provecho". Palabra de más, palabra de menos así le decían los señores que se tenían por sus amigos y sí lo eran sin duda, como también lo eran, y con más razón, de su mundo propio tan opuesto al de don Quijote. A tales palabras don Quijote respondía, paciente o impaciente, según el caso, con la santa ira de su fe. Les decía: "Pues yo hallo por mi cuenta que los sin juicio y los encantados son vuestras mercedes, pues se han puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan bien recibida en el mundo y tenuta por tan verdadera, que el que la negase, como vuestras mercedes la niegan, merecían la misma pena que vuestras mercedes dicen que darían a los libros cuando los leen y enfadan. Bueno está eso, señores míos, los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quienes se remitieron, y con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, habían de ser mentira y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día que el tal caballero hizo o caballeros hicieron. Y para más prueba de la calidad y verdad de las enseñanzas de tales libros, les digo que desde que me hice caballero, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones y de encantos..." Y al concluir tal respuesta, don Quijote se erguía orgulloso y santo. Y es que para don Quijote los libros de caballerías

eran suma y compendio de su ideal. Por eso en ellos fundó la norma de su conducta, como otros fundan la suya —acaso sin saberlo, pero con licencia de igual ley— en la ciencia, en la filosofía y en la religión. Y es que el hombre, apremiado por la necesidad de sobrevivir y de ganar fama, lo mismo elabora su fe en la verdad que en la ilusión. A veces, misterios de la vida, el sueño tiene más poder que la vigilia. Por eso las ideas y las creencias, así sean bárbaras como civilizadas, adquieren valor de cultura para el hombre y deben mirarse con respeto porque son producto y, a la vez, sostén de la vida. Esta es la ley del espíritu que obedeció don Quijote. Por eso los que impugnaron el *mito* de la caballería se equivocaron, pues no vieron que éste constituía la base de la otra razón de que hablaba Cervantes. Era la otra realidad, la otra raíz del hombre. Porque, ¿qué importa que sean verdad o mentira las hazañas de los caballeros, que sean falsas o ciertas las ideas de los filósofos, que sean humanas o divinas las leyes del juez, que sean eternos o finitos los dioses, si todo sirve para edificar la doctrina que guía hacia la cima de nuestro destino, si todo se traduce en la grandeza del hombre? Sólo el espíritu nos da forma y fuerza y nos lanza más allá de la muerte. Pero como ciertamente el *Eclesiastés* nos dice que no sabemos lo que hay detrás de la muerte, el estremecido vacío que la circunda, lo llenamos de llamas o de glorias. Y bien está porque el ser que no encuentra apoyo en lo real de aquí abajo, lo busca en lo ideal de ahí arriba. Así se construyó la poesía y la filosofía del mito. Pues la felicidad que espera el hombre no se basa en lo que es, sino en lo que cree que es. Cada quien sea dueño de su milagro. Don Quijote defendió el suyo. En su defensa no luchó con su fe, sino con la razón de los demás. Porque en su tiempo el hombre empezaba a sentirse prisionero en la cárcel de su pensamiento; empezaba a olvidar la locura que guía al pájaro en su vuelo, al lucero en su viaje y al gusano en el barro. El bruto volvía a derrotar al ángel. Era inútil decir a los incircuncisos de corazón: ¿qué más da que el hombre proceda del polvo, del maíz, del trigo, del pez o del mono, si puede hacerse a imagen y semejanza de Dios? Por esto don Quijote se apoyó en el *mito* de la caballería

y menosprecia la realidad que contemplaban sus ojos mortales. Los que no creían en el mito de la caballería tampoco podían creer en don Quijote. Pues la caballería y don Quijote pertenecen a la misma sustancia. Por eso el cura y el barbero, al quemar los libros de caballería, que tuvieron por falsos y mentirosos, quemaron también a don Quijote, porque más culpa tenía el hombre que hacía de ellos un *mito*, que el hombre que los había escrito como mera fábula de entretenimiento. Heroica fue la lucha que emprendió don Quijote en un mundo en el que no regían las leyes del ideal, sino las leyes del egoísmo. Su heroísmo se acerca al de Jesús; por eso los dos tuvieron el mismo final: el martirio de la derrota. Pero este heroísmo es el que atraviesa los siglos. Para este heroísmo no existen jaulas ni rejas ni cárceles ni razones, porque sólo vive en el sueño del hombre. Pero sólo el amor podía hacer posible la acción de este heroísmo; sólo el amor lo podía mantener en alto, en la frontera misma de las estrellas. Don Quijote conocía esta verdad. Por eso dijo: "El caballero andante sin amores es árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma; porque ninguna cosa en la vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos por sus damas". Así inventó a Dulcinea. Dulcinea fue el impulso que necesitaba para realizar el delirio heroico de su vida. Muchas veces dijo: "Dulcinea pelea por mí y vence por mí y yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser". Por ella, en efecto, lo tuvo todo: gloria y martirio que son los únicos valores dignos de un caballero. Por eso no tiene importancia que Dulcinea sea Aldonza, ni que sea de bajo o de alto linaje, ni que sea hermosa o fea, ni que sea inteligente o zafia. Nada de esto importa porque ella pertenece al estilo del amor que profesaban los caballeros andantes de la antigüedad. Dulcinea pasó ilesa por los avatares de la realidad, de la idealización y del encantamiento, porque no es real ni fingida criatura, sino idea, pura idea del amor. Dulcinea vivió así en el mundo de don Quijote, intocada e intocable, como vivieron las sombras de Beatriz, de Laura y de Margarita, en la mente de sus poetas. Sin el amor —sin Dulcinea— la estructura de don Quijote se hubiera deshecho. Sólo por Dulcinea fue capaz de resistir los embates de la razón. Pero resistir así es agoni-

zar. "Yo nací para vivir muriendo" dijo cierta vez. Y por vivir muriendo, vivió en tensión constante y en vigilancia tenaz. Su agonía es su historia. Su estado agónico se agudizó cuando, en plena ilusión de triunfo, le derrotó el caballero de la Blanca Luna. Entonces su agonía empezó a minar la esencia de su ser, llevándolo a su final y postrero acabamiento, a las puertas de la realidad contingente y perecedera. Mas no le hirió la derrota, porque esta llegó a él con buena ley; le hirió el saber que ya no viviría en el mundo de su sueño, en su realidad, ni podría ejercer más su oficio de caballero, apartándose así de la ruta de su destino. Aquella derrota fue su muerte. Pero don Quijote no podía morir como en la sátira de Quevedo, sumido en su locura, porque esta muerte no era su muerte; que cada quien tiene la muerte que merece y la que, celoso y exacto, le reserva su destino. Aquella muerte era contraria al sentido de su filosofía. Cervantes no se podía equivocar en hecho tan grave. Matar a don Quijote era destruir su propia alma. Cervantes sabe lo que hace. Don Quijote se escapa de su mundo ideal—de su mundo mágico— a través de un sueño físico que es como el símbolo del sueño que soñó. Al salir de él, como de las aguas tranquilas de un cristal, despertaron sus ojos y su mente tornó a la vigilia y a la razón de la vida. Entonces dijo: "Ya tengo juicio libre y claro. Ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano. Y así fue. Don Quijote había dejado de creer en el *mito* que le dio vida y doctrina. Ya no está loco; es decir, ya no es héroe. Ha concluido su agonía. Ahora es lo que había sido y no quiso ser. Don Quijote pensó y habló con la razón del héroe; Alfonso Quijano piensa y habla con la razón del hombre. Y así muere el hombre y prevalece el héroe.

APOLONIO: Brindemos por la locura de don Quijote.

CLAUDIO: Brindemos por la razón de Alonso Quijano.

JUVENCIO: Brindemos por la locura que fue la otra razón de Cervantes.

JOSÉ DAVID ALFARO SIQUEIROS, PINTOR

Por Jorge J. CRESPO DE LA SERNA

"Siqueiros, el revolucionario, tiene su lugar en el campo social-político. Siqueiros, el pintor, tiene un sitio en la historia del arte". Justino Fernández, *Arte Moderno y Contemporáneo de México*.

Temperamento y razón

CREO que no se pueden disociar en Siqueiros los aspectos ambivalentes de su personalidad. No es solamente el hombre fervoroso, acicateado por sus propias emociones en su propia circunstancia vital, sino el testigo y actor consciente del drama y las esperanzas del género humano, interpretados en signos pictóricos.

A esa tarea ha consagrado con empecinada fe sus mejores empeños, unas veces en una satisfactoria coordinación de propósitos y de realización, otras en intentos pugnaces entre la idea de tipo pragmático y temporal y el impulso meramente poético. En él se da el caso del creador que se siente impelido a una acción inmediata, por su misma efusión dominante, y que simultáneamente piense en domeñar ese impulso y orientarlo hacia un fin preconcebido, o sea nunca un producto de la improvisación o de la simple intuición, sino un producto que se geste en la mente — "*la pittura é cosa mentale*", dijo Leonardo. Siqueiros, en ese sentido no se aparta ostensiblemente del carácter de sus émulos, Rivera y Orozco.

La suma total de su trayectoria artística le coloca en un lugar conspicuo que no se le ha regateado nunca. En efecto, sin examinar y esclarecer su aporte, quedaría manca toda especulación en torno a la circunstancia que propició, en el México revolucionario, el fortalecimiento de un clima que exigía un arte renovado, más identificado con la verdadera fisono-

mía física y moral del país. Cada uno de los tres adelantados del movimiento conocido como Renacimiento en 1910-1920 y años siguientes —Rivera, Orozco y Siqueiros— tiene su propio estilo y sus propias ideas no obstante haber surgido de una voluntad colectiva de emancipación de influencias ajenas, no incorporadas, sino de manera superficial en la tradición del país.

Los tres coinciden en considerar la pintura mural como el vehículo más apropiado para una comunicación en gran escala, un arte público, monumental, historicista en sus lineamientos, que expresara el sentido de la problemática vernácula de preferencia para vincular sus esencias morales y estéticas a una categoría mundial. En gran medida pudieron realizar esto, no sólo en México, sino en el extranjero, contribuyendo así a dar mayor realce a la experiencia mexicana en arte al par que afirmando las características específicas de cada uno.

Circunscribiéndose a la expresión artística individual de los tres quedaría deslindado, poco más o menos esto: en Rivera prima el propósito de interpretación de lo mexicano y lo universal en un sentido más puramente histórico, narrativo; en Orozco, las referencias históricas incluso las de la Revolución aspiran a conformarse a lo estrictamente esencial y se identifican así a todo lo humano; Siqueiros pugna por conciliar ambos extremos, pero su temperamento le empuja a soluciones espectaculares, esto es grandilocuentes, casi agresivas.

El más simbolista sería Orozco, el más obvio Rivera. Siqueiros queda entre ambos. Rivera, no obstante su amplia visión histórica y artística y sus osadas interpretaciones del hecho mexicano, sabe contenerse. Se inclina de preferencia a un clasicismo apolíneo. Presente los episodios de la historia en su fase digamos de pausa o de acción latente. Los otros dos expresan con fervor de arrebató el proceso vivo de la acción. En ese sentido su carácter dionisiaco les vincula más a una tendencia autóctona tradicional que se manifiesta en la exageración expresionista del barroco; en Siqueiros de modo más acentuado, indudablemente.

Las vivencias y los días

PROCEDE de un Estado norteño de la República —Chihuahua— donde nació el 29 de diciembre de 1896. Huérfano de madre a los dos años, su padre Cipriano Alfaro Palomino, se ve

obligado a dejarlo, junto con los hermanos Luz y Jesús, en Irapuato (Estado de Guanajuato), en casa de los abuelos paternos. Era un hombre "profundamente religioso, casi místico", cuenta el pintor. El abuelo—Antonio— antiguo guerrillero juarista (*chinaco*). De enérgica mano éste, el otro admirador de la pintura religiosa colonial mexicana que hizo conocer al hijo a quien vuelve a tener consigo en parte, pues le interna en 1907 en el Colegio Franco-Inglés de la ciudad de México, que regentaban los hermanos maristas. En 1911 está ya en la Escuela Nacional Preparatoria, a la que va en las noches y frecuenta en el día la Academia de San Carlos.

Su contacto con ambos medios escolares, el espíritu inquieto de su hermana mayor, y la influencia de los acontecimientos revolucionarios incipientes, animan su vocación y despiertan en él rebeldías y deseos de aventura. Su actividad se inicia en la propia academia, donde se ha gestado un movimiento contra métodos caducos de enseñanza, animado por el Dr. Atl, y en el que tomaron parte José Clemente Orozco, José de Jesús Ibarra, Raziél Cabildo (el Mirabeau del grupo), Miguel Ángel Fernández, Ignacio Asúnsulo, José Manuel Fernández Urbina, Luis G. Serrano, Romano Guillemín y otros.

Desde entonces participa en manifestaciones estudiantiles y obreras, y en 1914, contagiado por lo que es ya un amplio movimiento nacional—la segunda etapa de la Revolución— abandona los estudios y la práctica de la pintura y se hace soldado, llegando a alcanzar el grado de Capitán del Ejército Constitucionalista. Cuatro años después—1918— en unión de compañeros de su aventura guerrera delinea algunos de los puntos que han de constituir el meollo de su famoso "Llamamiento a los plásticos de América", publicado en 1921 en la revista *Vida Americana*, de Barcelona, "para construir un arte monumental y heroico, con el ejemplo directo y vivo de las grandes tradiciones prehispánicas de América".

Disfruta a la sazón de una beca del Ejército. Ha tenido oportunidad de hablar con Riego Rivera en París, y así han deslindado ambos las justas aspiraciones de estudiantes y pintores mexicanos, cuyos anhelos reivindicatorios databan—según Orozco en su "Autobiografía"— de la petición hecha a la Secretaría de Instrucción Pública en septiembre de 1910—poco antes del estallido de la Revolución— para decorar el anfiteatro flamante de la Escuela Nacional Preparatoria.

La situación está pues madura cuando regresan él y Rivera al país. La acción gubernamental —la Revolución triunfante en el poder— propicia la realización de tales postulados.

Animan al grupo de pintores que capitanea Diego Rivera propósitos nuevos en cuanto a las tareas que van a desempeñar finalmente. Siqueiros es el más empeñado en que se constituyan equipos. Sus dotes organizadoras van más lejos. Hay que aglutinar voluntades y metodizar la realización de los encargos del momento y de los que se presenten en el futuro. Todos convienen en agruparse en un sindicato del cual será órgano *El Machete*, en el que junto a escritos de un radicalismo casi futurista, aparecen caricaturas geniales de Orozco y otros, como Xavier Guerrero, y aun dibujos de Rivera.

El periódico se transforma poco después —1926— en el órgano oficial del Partido Comunista. Esto coincide casi simultáneamente con la afiliación de Rivera, Siqueiros y otros artistas, a dicho partido, lo que contribuye a hacer más absorbente la militancia del joven pintor hasta el punto de constituir en largos períodos su principal quehacer. Al propio tiempo se reflejará en no pocas de sus pinturas al tratar de cohesionar una problemática local con sucesos y conflictos mundiales.

Al impetuoso Siqueiros le toca decorar el techo y paños laterales de la escalera del llamado "Colegio Chico", en la Preparatoria *Los elementos*, el *Entierro del obrero muerto*, *El llamado a la libertad*, *Los mitos*. Pintura experimental en que ya apunta el incansable investigador y experimentador que ha sido siempre en cuanto a técnicas y en cuanto al problema tectónico de una pintura mural, incluyendo lo parabólico de la bóveda (*Los elementos*). Pintura inconclusa a causa de cambios en el clima político de México que originan actos violentos de gazonería e ignorancia supina de elementos conservadores y confesionales contra la simbología de estas pinturas, así como contra las que lleva a cabo en el patio principal del colegio, José Clemente Orozco. La Secretaría de Educación, en que ya no estaba Vasconcelos, ordena la suspensión de los trabajos, por "diferencias políticas". El Sindicato se declaró impotente frente a esas medidas o no le fue dable hacer nada. "Siqueiros y yo —dice Orozco— fuimos arrojados a la calle por los estudiantes, y nuestros murales fueron gravemente dañados a palos, pedradas y navajazos". (Autobiografía, pág. 113).

Después de esto Siqueiros se entrega por varios años a actividades propiamente sindicales; organiza obreros, toma parte como líder en varias huelgas y manifestaciones, concurre como delegado de mineros a un congreso en Moscú—su primera visita al país soviético—va a Montevideo con igual carácter. En Buenos Aires, mezclado en la política local es aprehendido y expulsado de la Argentina. Vuelve a México, pero no da descanso a sus quehaceres obreristas, que ocupan todo su tiempo, y como le acontecerá en años posteriores, se ve envuelto en un conflicto político-social y también aprehendido. Sigue su apartamiento ordenado por el juez, en la pintoresca villa de Taxco (Estado de Guerrero) todo un año (1931). En ese interregno forzado volverá a su oficio de pintor. Hará cerca de cien obras entre pinturas y litografías. Con ese contingente se realiza una exposición en el Casino Español de la ciudad de México, auspiciada por el Ministro de la República Española, Álvarez del Vayo, por Eisenstein, ocupado entonces en filmar su *Tormenta sobre México*, y el poeta Hart Crane.

Obligado a expatriarse marcha a Los Ángeles, California, con un lote de pinturas y dibujos. Las circunstancias le han movido a seguir el derrotero de Orozco y Rivera. Su contacto con otro estilo de vida, otros problemas y otro ritmo de trabajo le incitan a ensayar la pintura al aire libre, con una nueva fórmula de *fresco buono*. Trabaja en ello con un grupo de estudiantes de la "Chouinard School of Art". Es una clase práctica de pintura mural y a la vez de proselitismo social. El tema del muro es *Mitín en la calle*. Otro centro docente, el "Plaza Art Center", le encomienda otro fresco que será *América tropical*. En ambos encargos Siqueiros osa poner de relieve, en suelo equívoco, ingentes conflictos políticos, sociales, raciales, etc. y las dos pinturas corren una misma suerte: borrada una, encalada, como dicen los yanquis (*whitewashed*), le sigue un poco más tarde la otra. Mas la inquietud sembrada no es tan fácil enjalbregarla. El incidente pertenece ya al acervo histórico del arte contemporáneo. Pero lo más interesante de este hecho es que marca, en el concepto estético de Siqueiros, un punto de viraje de su estilo anterior, tanto en continente como en contenido.

En realidad comienza a intentar una coordinación más decidida entre sus teorías respecto a la función social del arte y sus experimentos técnicos, que irá ampliando y desarrollando

en posteriores obras. Él mismo considera este período —1932-1938— como "de inconformidad frente a las formas prehispánicas, coloniales y folklóricas de México, por arcaicas y anacrónicas, y de búsqueda de una función pública y de un estilo modernos para la pintura contemporánea de orientación social".

En Los Ángeles no sólo ha pintado. Ha hablado con la impetuosidad elocuente que le caracteriza. Continuará haciendo lo mismo al año siguiente —1933— en Buenos Aires, donde deja el "experimento plástico" (así lo llama), en casa del señor Natalio Botana, director de *Crítica*. Vuelve a México, donde prosigue en sus actividades político-sociales, esta vez reforzadas en una campaña contra el fascismo y la guerra, que continuará en 1939. Funda y dirige en Nueva York un "Taller experimental" en que, al par en que se llevan a cabo pruebas técnicas de pintura según sus orientaciones, se esparcen conceptos revolucionarios que afectan a las clases obreras principalmente.

A poco andar, su romántico fervor le hace alistarse en las huestes republicanas de España; y toma parte, junto con algunos otros mexicanos —el coronel Juan B. Gómez, el capitán Guerrero, etc.— en la lucha contra el franquismo y sus aliados alemanes e italianos. La galería Pierre Matisse expone —Nueva York— con éxito algunas de sus obras y el Museo de Arte Moderno adquiere tres de ellas para su colección permanente.

En México repite sus experimentos de California conformes en cuanto a la realización con los antiguos postulados (1920) del Sindicato de Pintores, Escultores, Grabadores, etc., o sea el trabajo en equipo. Con Antonio Pujol, Luis Arenal, José Renau y, si mal no recuerdo, Antonio Rodríguez Luna (españoles refugiados de la guerra los dos últimos), pinta en el Sindicato de Electricistas uno de sus "murales" más completos, en mensaje y forma, con el tema *El proceso del fascismo*. En 1940 vuelve a ser detenido —lo de Trotski— y de nuevo marcha al exilio: esta vez a Sudamérica. Pasado el terremoto de Chillán, en Chile, Octavio Reyes Spíndola idea que pintores de México decoren la escuela de ese nombre. Uno de ellos, Siqueiros, el otro Xavier Guerrero. La pintura del primero tiene como tema *Muerte al invasor*—260 m.²— gran composición espacial en que se afirman aún más las teorías del pintor sobre la organización tectónica de lo mural y su correspondencia lógica, viva, con los distintos símbolos y representaciones de la realidad objetiva.

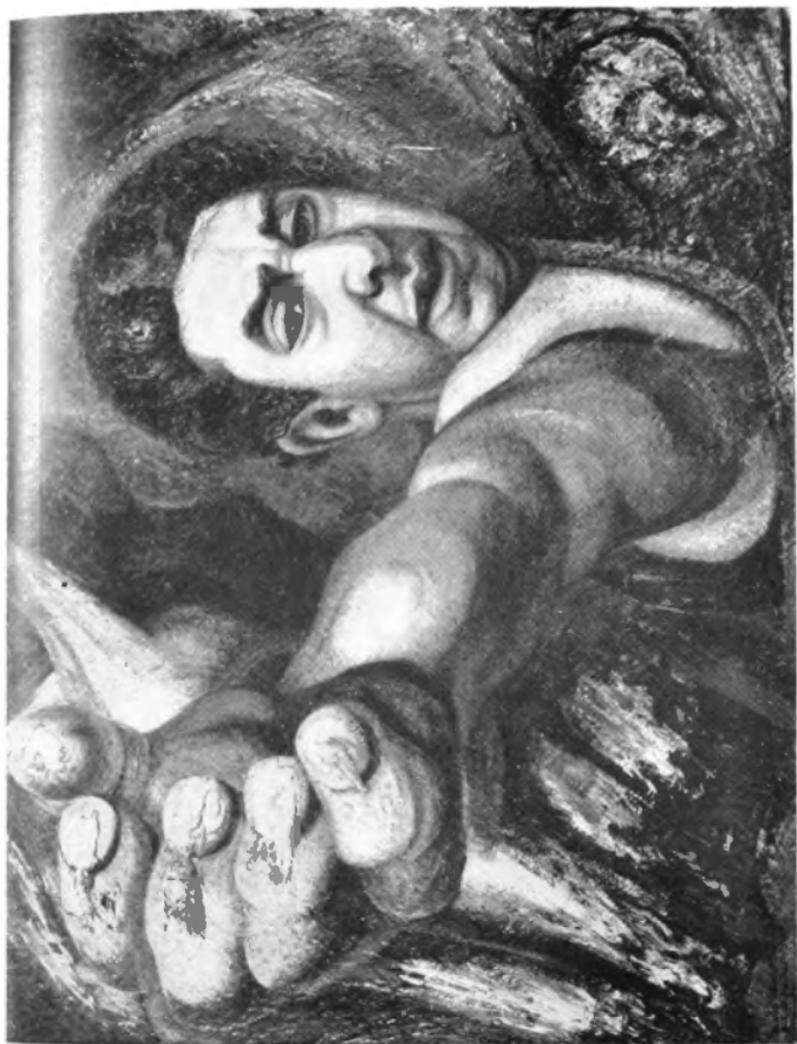
Cumplido este encargo—que dura un año entero—da una serie de conferencias en el Perú, Ecuador, Colombia y Panamá. En Cuba—fin de esta jira—pinta tres temas: *Alegoría de la Igualdad racial*, en una casa privada; *Lincoln y Martí*, en el Centro de Relaciones Culturales Cubano-Americanas, y *Aurora de la Democracia*, en el Hotel Sevilla-Biltmore. El más conocido es el primero, uno de los grandes aciertos del pintor por su sencillez y su economía de factores plásticos, que repetirá en cierto sentido en su cuadro *Aurora de México*—alegoría sobre la nacionalización del petróleo (1944). Otro mural, mural de perfiles heroicos, es su *Cuauhtémoc contra el mito*, el Centauro de la Conquista, cuya leyenda de invencibilidad se resquebraja ante el empuje del joven héroe (hay otra versión suya del mismo tema, pintada en un cuadro y multiplicada en sendas litografías por él).

No superó esta obra—tan difundida—en su díptico sobre el *Suplicio y triunfo de Cuauhtémoc* en el Palacio de Bellas Artes, hecho después del tríptico monumental de *La nueva democracia*, en que se pinta el triunfo de los países democráticos en la guerra contra el nazi-fascismo, también en el mismo edificio.

Antes de la magna exposición retrospectiva de 1947, hay en su trayectoria de pintor mural las realizaciones inconclusas de *Vida y obra de Ignacio Allende* y *Patricios y patricidas*. Los estudios para ambos temas, unidos a no pocos retratos y experimentos "de caballete"—o sea de laboratorio—forman una apreciable parte de esta exposición tan completa.

En la XXV Bienal de Venecia (1950), en que se exponen obras de Orozco (ya fallecido), Rivera y Tamayo, además de las suyas propias, si bien el consenso del público y varios críticos ha oscilado entre Tamayo y él, el jurado internacional de los comisarios de la exposición le otorga uno de los segundos premios para pintores extranjeros: el del Museo de Arte Moderno de Sao Paulo.

Incansable en sus experimentaciones, al llevarse a cabo la edificación de la Ciudad Universitaria y el Centro Médico—en la ciudad de México—pone en práctica lo que antes esbozó en su pequeño mural parabólico del Instituto Politécnico Nacional, *El hombre amo y no esclavo de la técnica* (1952), o sea ya abiertamente la pintura al aire libre, con nuevos materiales industriales y con la innovación de un realzado aún más



Autoretrato.



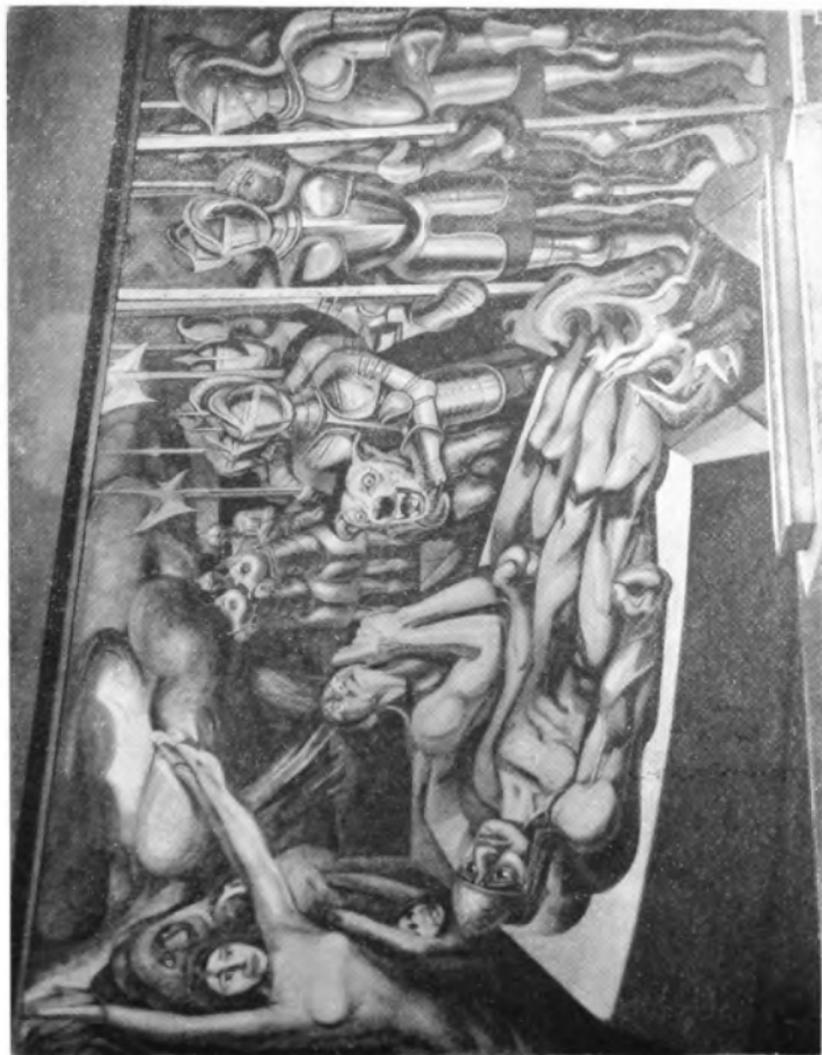
Retrato de Angélica.



Margarita Urueta.



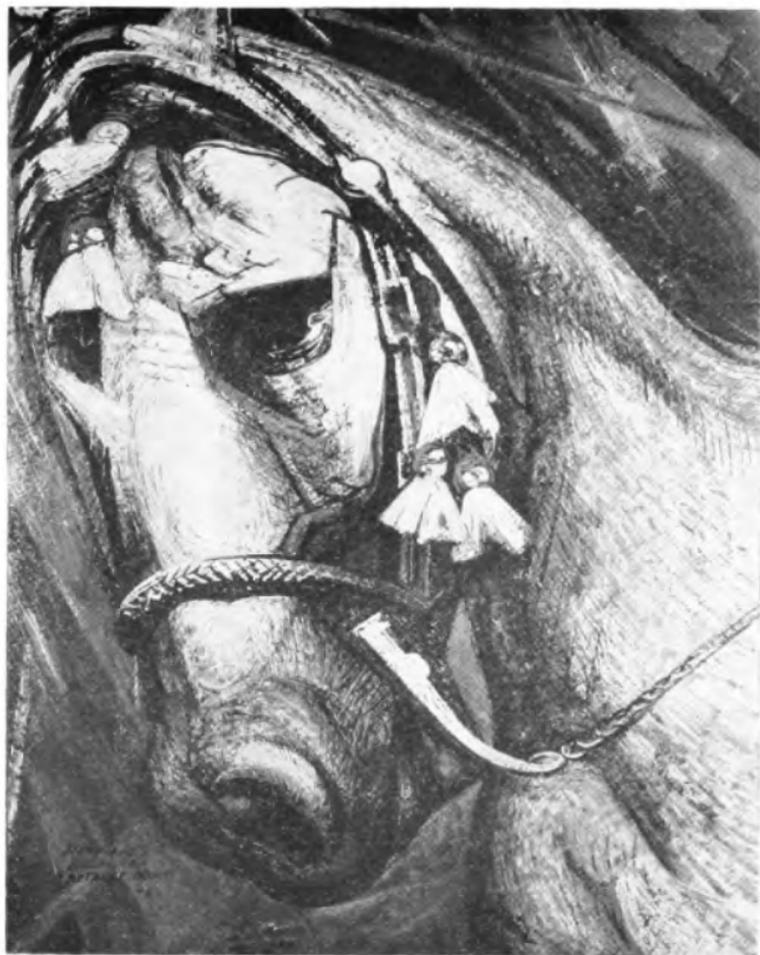
Revolucionario.



Quantémoc redívivo.



El centauro de la Conquista.



Cabeza de caballo.



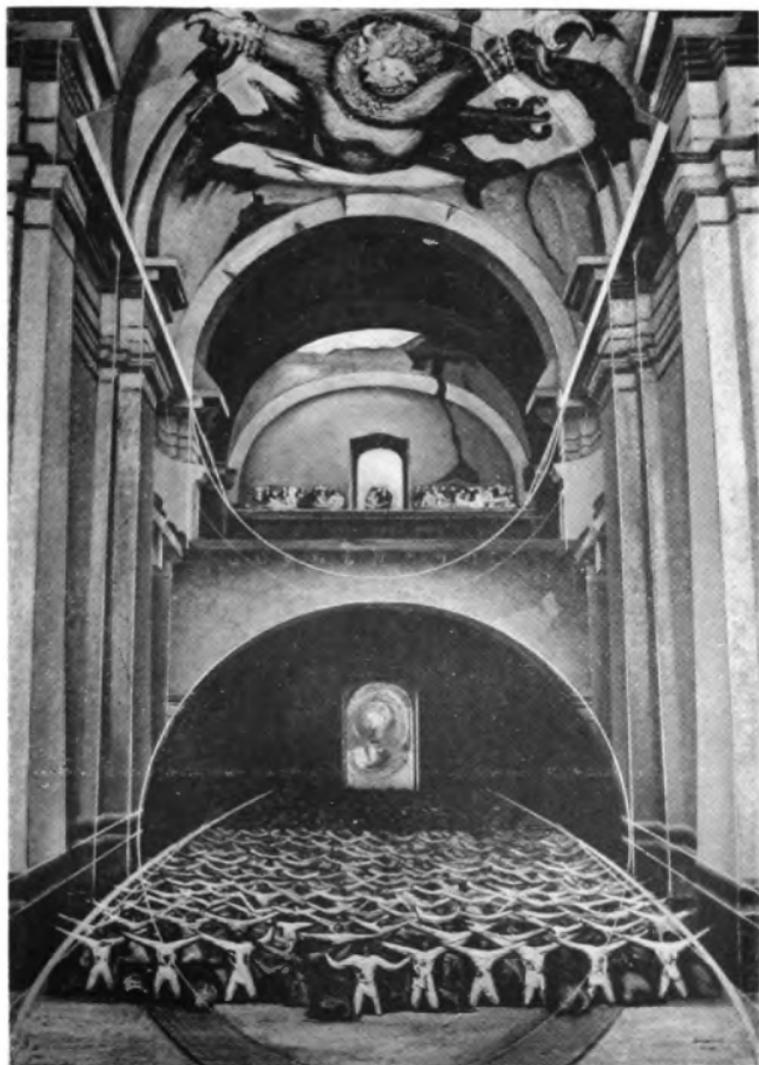
El sollozo.



Mujer y niña en el desierto.



Роджерс



El diablo en la iglesia.



Aurora de México.

definido que el del primer término de su mural *Cuahtémoc contra el Mito*, como antes Archipenko bautiza este procedimiento con el nombre de "esculto-pintura".

Así como las excapillas de Chapingo y el Hospicio de Guadalajara constituyen, en Rivera y en Orozco, respectivamente, máximas realizaciones totales, en Siqueiros su "mural" del Hospital de la Raza, del Instituto Mexicano del Seguro Social —*Por una seguridad completa para todos los mexicanos* (1955)— es una obra maestra de unidad y concepto. Escogió el amplio vestíbulo de una de las alas del edificio y, con ayuda del arquitecto de la obra —Enrique Yáñez— lo convirtió en un ámbito cóncavo en sus dos terceras partes. De tal modo los volúmenes y figuras proyectadas sobre esa superficie tienen que ser sometidos a deformaciones efectistas que den al espectador la ilusión óptica de cosas animadas. Presenta a las víctimas inermes del inseguro manejo de las máquinas en una escena de gran *pathos*, la figura de un *daemon* que es la protesta de los desamparados, luego en la parte central el desfile de las mujeres jóvenes, decididas y alegres, que enlazan el ángulo de la tragedia con el otro en que el pueblo y los técnicos parecen haber encontrado en instrumentos e inventos útiles la vía de la liberación de toda fatiga.

Por un conflicto de interpretación ha dejado Siqueiros en la etapa de esbozo preliminar una pintura mural encargada por la Asociación Mexicana de Actores, en su edificio social. Tampoco ha terminado su serie sobre la *Revolución de 1910-1920*, en el Museo de Historia de Chapultepec, en la que comenzó a interpretar todo el ciclo revolucionario, desde sus inicios en las huelgas de Cananea y de Río Blanco, así como en los actos de Baca Calderón, Plácido Ríos y los Flores Magón, hasta las postrimerías de la etapa porfirista y el estallido de la lucha, con Madero, Villa, Zapata, Carranza y todos los que en ella se destacaron.

1960 le halla de nuevo viajando. Permanece unos meses en la nueva Cuba revolucionaria. Da conferencias. Cooperar a la organización del "Taller de la Integración Plástica", creado por el Municipio de La Habana. Vuelto a México pinta uno de sus últimos retratos —el de Alfonso Reyes— recluso de nuevo en la cárcel, intacto en sus bríos y en sus anhelos.

Conceptos estéticos, ensayos y hallazgos

LA base fundamental de las ideas estéticas en Siqueiros arranca de la conciencia que tiene sobre el valor artístico y humano del movimiento pictórico mexicano, fraguado preferentemente en lo mural y en la multiplicidad de la estampa gráfica. Lo considera "el más trascendental del mundo moderno porque se encamina por la senda de las soluciones objetivas y funcionales y no por la vía de las especulaciones puramente intelectuales que caracterizan la 'revolución' de la pintura moderna de París. Considera que ese movimiento, producto formal, en sus comienzos, de las inquietudes cubistas y postcubistas de París, y de la Revolución mexicana y la rusa en el campo social, no es un fenómeno exclusivamente nacional sino de valor internacional: la ruta, las experiencias que deberán seguir ineludiblemente con sus particulares características nacionales y la proporción de sus propios aportes, todos los países del mundo en el próximo futuro". (*Biografía humana y profesional de José David Alfaro Siqueiros*, por Angélica Arenal. Exposición de 1947, Instituto Nacional de Bellas Artes, México).

Discorre así, exagerando quizá la importancia del movimiento, aun cuando no le falte razón en señalar su singularidad, principalmente porque estima que el arte no debe limitarse a ser únicamente un vehículo en que se exprese la poesía creadora en forma no utilitaria, es decir, como fin en sí. El arte, sin implicaciones de tipo social, sin un nexo definido con la vida total de un pueblo, nunca alcanzará su cometido absoluto, perdurable en el tiempo. Siqueiros reconoce —sí— el valor de las influencias del arte universal transmitidas a América, a México, a través de París y otros centros europeos, pero no las juzga definitivas sino adventicias, y al aprovecharlas pugna por que se encuentre la síntesis que responda dialécticamente, no sólo a la floración de un nuevo módulo en los veintes, sino a todas las cambiantes del desarrollo histórico de México, la afirmación de su personalidad y al propio tiempo su gradual vinculación a un arte actual realizado con ideas y técnicas nuevas.

Siqueiros —entusiasta iniciador en Guadalajara, Barcelona, París y luego México— es un perpetuo inconforme con el curso de lo realizado empezando por él mismo. Por eso abjura de sus primeros murales en la Preparatoria. Los considera demasiado influidos por una preocupación mística, imitadora de formas

y expresiones arcaicas. Perseguirá otro lenguaje "menos estático", más afín a lo real sin caer en lo académico (un neorrealismo), de signos claros y de nuestro tiempo.

A Siqueiros le repugna considerar que sea admisible el apotegma del "arte igual al arte". Cree firmemente en el progreso de éste a través de los años, y trata de cohonestar, en un evidente sofisma, el mejoramiento artístico con la adopción de nuevos instrumentos para su realización. Esto es en parte cierto. Es un punto muy discutible. Más bien habría que inclinarse, creo yo, a ver la historia del arte como una inmensa curva de descubrimientos, de retrocesos, inclusive de períodos de estancamiento, y luego de grandes saltos desconcertantes, por lo inusitados. Ahora bien, concedo que en lo técnico —por ejemplo— y aun en lo estrictamente tectónico se pueden y se deban aprovechar las lecciones del pasado, pero hay que huir de la "complacencia de la técnica" o sea del medio y no del fin, como decía Samuel Ramos. Lo que cuenta, realmente, es la expresión, el modo de interpretar lo imponderable, en cada individuo y en cada época.

Ha sido para Siqueiros una verdadera obsesión el problema del mural, que antepone a todo hacer pictórico. Para adaptarlo a sus postulados artístico-sociales y a exigencias del tiempo en que vivimos estipula que hay que considerar el tema, no en un aspecto estático, contemplado desde el "punto muerto", digamos, en que se ve todo cuadro. Hay que concebir el desarrollo de cada caso como una cosa en plena acción, inclusive con el uso de distorsiones, escorzos y líneas de fuga, etc., que presten a todo una simultaneidad de movimiento y de puntos de vista cambiantes, como si se tratara de una escena de cinematógrafo. El espectador podrá apreciar así, desde distintos enfoques el verdadero carácter de la composición. Siqueiros ha puesto esto en práctica, no solamente en mural sino en sus grandes cuadros de caballete, verdaderos murales transportables casi todos.

Proscribe el rectángulo y se inclina hacia el uso de superficies mixtas de curvas y rectas, pues se prestan más hacer una pintura en acción. No le gustan los colores y las formas planos, lisos. Lo que en Rivera se convierte en el procedimiento de curvar los contornos en una fórmula casi académica, en él se vuelve un mundo intensamente táctil. "Las nubes, el aire, todo lo que nos rodea —me ha dicho en una ocasión— debe

pintarse en tres dimensiones siempre, es decir, de bulto". ("A menudo sus volúmenes nos recuerdan la plástica inteligente, refinada y brutal de los tarascos—dice Cardoza y Aragón en *La nube y el reloj*. Tiene la dureza cabal de estos ídolos, sus grandes planos sabios, sus volúmenes frenéticos, exactos y seguros").

Esto que podría dar algún tinte de novación a la pintura en general de Siqueiros, se convierte en un módulo fijo que aumenta el carácter escultórico, grávido, de tal pintura, y en muchos casos totaliza demasiado la atmósfera del cuadro, restando valor al motivo principal. En realidad no es un hallazgo nuevo, únicamente amplía lo que llevó a cabo en el Renacimiento Masaccio, de quien Van Marle decía que "aspiraba a dar los efectos de solidez de la materia, no el dibujo de la forma, sino la sustancia, con los innumerables términos de profundidad debidos a la masa". Venturi recalca que "aun viendo desde un solo punto de vista cada figura de Masaccio podría darle toda la vuelta; sabe que tiene otros aunque no perciba de la forma más que un sólo lado" (*Arte del período humanístico—Trecento y Quattrocento, Historia General del Arte*, José Pijoán). Al preconizar esto Siqueiros incide en el mismo problema de la luz en que el Greco, Rembrandt, Velázquez, Coubert, Cézanne—para no citar sino a los más conspicuos en este sentido—aportaron sus magníficas ideas y realizaciones.

Otra coincidencia con las teorías siqueirianas es recordada por Luis Cardoza y Aragón (*Pintura Mexicana Contemporánea*, 1953): "El movimiento, la monumentalidad, los recursos expresivos fueron motivos de análisis en todas las épocas. El bisonte de Altamira carga con furia verdadera, como se encabritan los caballos de Uccello. Elie Faure—continúa—nos dejó sobre Tintoretto y el movimiento estudios memorables—ya no en relación a la fotografía que capta el movimiento para dejarlo inmóvil, dándonos su sensación—sino en relación al cinematógrafo, que es el movimiento nuevo. Los futuristas, entre ellos Boccioni, con sus caballos corriendo y el cuerpo del paisaje telescopiándoseles, intentaron que se oyera hasta el jadeo de la bestia". Igual cosa se puede decir del perrito escocés corriendo, de Balla. En realidad Siqueiros aprovechó muchas de las teorías del Futurismo. Tiene analogías en su obra

más con Russolo y hasta con Severini, que con otros maestros europeos.

Responde este carácter de su obra al impulso violento, difícilmente atenuado, de su íntima visión del mundo, una visión con el acento en lo ético más que en otra cosa. El resultado es la conjugación de un realismo esquemático con una atmósfera plástica compuesta de volutas, esferoides y aristas, agrupados en un módulo vorticista, en gran parte miguelangelesco, de tipo ultrabarroco. Todo esto hecho con un verdadero arrebatado agresivo, en tono mayor, altisonante, que constriñe a verlo de todos modos, quiérase o no.

Me subyuga esa violencia casi bárbara en Siqueiros. A veces exagera demasiado y ya no es únicamente el pintor del volumen sino el escultor que apenas desbasta lo increado. Predomina entonces lo rígido, la dureza de cada objeto o figura que la paleta preferida no consigue o no desea amenguar. Por otra parte este lenguaje corresponde a los fines perseguidos: una pintura que de modo análogo a un cartel se aprecie de un golpe y se quede grabada por sus signos gráficos potentes y claros y por el motivo que interpretan. Con todo, en ocasiones el color en Siqueiros es descuidado y poco limpio. Da la impresión de ser así por el apresuramiento con que ha sido aplicado.

Conjuntamente con todo este aparato teórico que ha procurado llevar adelante sin vacilación, Siqueiros ha estado empeñado en la adopción de un nuevo mecanismo técnico de la pintura. Todos los arbitrios que faciliten la parte, digamos, práctica de una pintura mural—aplicados naturalmente a lo demás—serán probados por él y aprovechados y difundidos con gran entusiasmo. Están relacionados, primero con el estudio y ejecución del proyecto, y segundo, con su realización ulterior. Preconiza el empleo de fotografías, además de los bocetos, como auxiliares fieles del dato real, que luego transformará en imágenes de carácter más expresivo.

Pinta frescos con una nueva fórmula mezclando cemento y arena en lugar de cal y arena para superficies de concreto (este procedimiento no parece haber dado muy buenos resultados a la postre). Comprendiendo que un encargo debe realizarse en el menor tiempo posible utiliza la pistola de aire para cubrir espacios y delinear algunos de los trazos principales. Incansable en sus ensayos de pigmentos y emulsiones in-

dustriales a base de resinas y combinaciones químicas modernas (los plásticos), ha aprovechado el *duco* (piroxilina), la *vinilita* (acetato de vinilo), el *silicón* (derivado de silicatos) y las recientes combinaciones de los poliesterenos, que tantas aplicaciones tienen hoy en día en la industria, como los *acrilatos* que no necesitan usarse con previas preparaciones (imprimaciones) de superficies, como antes ocurría, y que por su elasticidad y cohesión al mismo tiempo, son el vehículo ideal para la pintura al aire libre.

Para engrosar las texturas y reforzar así el efecto del volumen Siqueiros ha utilizado muchos de los medios que utilizan los pintores abstraccionistas, o sea la celita, arenisca, yeso, bagazo de caña, estopa, etc. No todo como tampoco las superficies escogidas, a menudo deleznable, ha tenido el éxito apetecido, pero no cabe duda que muchos de los experimentos del pintor quedarán. A él se le debe la iniciativa de la creación —en la primera gestión de Jaime Torres Bodet como Secretario de Educación— en el Instituto Politécnico, de una especie de Laboratorio-Taller de Investigaciones de los Materiales Plásticos, en que José Gutiérrez ha llevado a cabo indagaciones y encontrado fórmulas de suma utilidad para la pintura.

Los métodos —de ingeniero y de artesano a la vez— de Siqueiros, como en Rivera y en Orozco, desde luego, le acercan más a los descubrimientos de un Uccello, un Della Francesca, un Mantegna o un Leonardo y demás teóricos de las medidas y proporciones, que a muchos modernos que todo lo fían a la improvisación superficial.

Breve comentario sobre la obra en general

INDUDABLEMENTE el "experimento" (así lo llama) siqueiriano de los veinte en la Preparatoria es de lo más inspirado y espontáneo. Si la figura central de *Los Elementos* tiene similitud marcada con las sibilas de Miguel Ángel (Orozco pintó una Madre con su niño con todo el carácter de Botticelli) los símbolos que la encuadran llevan en sí la fase decorativo-abstracta que el pintor desarrolla en muchas de sus obras murales y de caballete. Es además su primera pintura a la encáustica y sobre la porción de techo de un tramo de escalera. En el resto de este lugar sigue pintando al fresco. A pesar de estar inconclusa

la pintura se puede apreciar en ella un feliz traslado de lo arcaico a lo actual.

La composición es sencilla. Las figuras están en proporción al tamaño y forma de cada paño de pared. Sus contornos y planos—destacándose sobre un fondo uniforme—bastan para dar una fuerte impresión del significado y la acción del tema. Los símbolos son ya distintos del arte cristiano. El indio, el pueblo, quedan metidos resueltamente en la pintura mexicana. Ese *Entierro del obrero*, de una sencillez clásica, tiene todo el *pathos* de los Entierros célebres en la historia del arte. Igualmente grandioso es lo que resta de *Los Mitos* y el *Llamado a la Libertad*. Claro que la técnica es aún imprecisa, y las texturas débiles, pero las formas y su agrupamiento responden a un concepto de certero aprovechamiento del arte antiguo de México, y aun de ciertos lineamientos de la organización espacial renacentista italiana.

Si bien Siqueiros no considera satisfactorio para sus fines posteriores este módulo, lo cierto es que la frescura, el sentimiento, y la economía plástica de esta etapa—que se prolonga en sus demás pinturas y grabados inmediatos—le prestan una categoría trascendental que acaso no sea empañada por la excelencia de obras ulteriores. *Maternidad*, *Madre campesina*, *Accidente en la mina*, *Reposo*, pintados entre 1929 y 1931, conservan la misma reciedumbre y poesía dramática. En su *Niño arrodillado*, *Niña muerta* y los estupendos retratos de Zapata, Moisés Sáenz, Dolores Álvarez Bravo, Blanca Luz Brum, el poeta Hart Crane, así como en *Paisaje del trópico*, apunta ya la evolución posterior hacia un proceso que hará resaltar el volumen y el dinamismo, así como la uniformidad de los valores plásticos para el logro de un efecto más rotundo.

Al propio tiempo se inicia una etapa—1935 y años siguientes—en que, concibiendo el tema siempre en un registro mayor—influencia de lo mural—hay una preocupación manifiesta por el modelado y la sustentación de los rasgos en las figuras. Ejemplo: la *Cabeza de niña*, de una gracia exquisita, *María Asúnsolo niña*, *María Asúnsolo en la escalera*, distinguido, elegante, inolvidable, *Niña Madre*. *El rapto* señala ya el abultamiento y exageración del gesto, patente en la mayor parte de su obra mural. En el *Nacimiento del Fascismo* vuelca no sólo la denuncia expresa contra éste, sino todo un "maëlstrom" compuesto de corrientes capoticas dentro de un mar embravecido. Pero, sobre todo, es *El eco del llanto* una de sus

obras más patéticas, en que el desdoblamiento de la imagen infantil desamparada en medio de un hacinamiento de ruinas, simboliza admirablemente la presencia reiterada de la angustia. Otros grandes cuadros suyos: *El sollozo*, *El sueño*.

Antes he mencionado sus murales *Proceso del Fascismo* o *Retrato de la burguesía* y *Muerte al invasor*. En ambos Siqueiros pone en práctica ya el resultado de sus ensayos técnicos, así como sus teorías sobre simultaneísmo y acción. En el segundo (Chillam, Chile) el tema es histórico, en parte referido a las luchas por la independencia política, social y económica de Chile, en parte a las de México. Las figuras de los héroes y repúblicas están pintadas con un soplo verdaderamente de epopeya. Cuentan, entre sus mejores realizaciones murales, junto a su *Cuauhtémoc contra el mito*, la *Alegoría de la igualdad racial*, algunos detalles y los tremedosos paneles laterales de *La nueva Democracia*, el *Cuauhtémoc redivivo* del díptico con ese tema, y la obra del Hospital de la Raza, que bastan para acreditar su legítima nombradía.

La retratística de Siqueiros es notable. "Los mejores retratos de México", los considera Cardoza y Aragón. Los autorretratos tienen no sólo el parecido—el "likeness" que dicen los ingleses—sino no poca novedad en la interpretación: la litografía de 1936; el de 1937, un verdadero trampantojos por la mano que sostiene la estampa con la imagen; el de 1939, fragmento en que únicamente los ojos y la nariz dan el efecto deseado; el de 1943, de gesto enérgico y atrevido escorzo del brazo y mano que ópticamente se proyectan fuera del rectángulo del cuadro; y el "vorticista", de abultadas formas escultóricas, hecho en 1947. . .

Después de esto hay que citar los otros retratos más logrados. Desde luego el de Orozco, instalado en una atmósfera de cosmos, de mucha significación. Ya mencioné los de Blanca Luz Brum y otros. Pero tengo que hacer resaltar el de la escritora María Teresa León (1935), que tiene la elegancia y la gracia de lo renacentista. Uno de los más vigorosos es—de ello no hay duda—el de Angélica Arenal, su esposa (hecho en 1947), que le ha servido de inspiración para otros cuadros conocidos como *El llanto*, *Presentimiento*, etc.

Otros buenos retratos de Siqueiros: los de Marlita Orrego, la señorita Ariztia, Margarita Urueta, Carmen T. de Carrillo Gil, Adriana, Carlos Chávez, señora Gelman, señora Gutiérrez Roldán, Gaby Carrillo Tejera, Ramón Beteta, y su hija Nora,

Alfonso Caso. Todos ellos poseen grandes calidades en cuanto a síntesis de lo esencial y justa valoración de lo subjetivo.

Del dominio perfecto de lo formal en el hacer de Siqueiros dan fe, por otra parte, sus abstracciones independientes, que parecen desprendidas de cuadros mayores, como *Explosión*, con la imagen de la humareda petrificada en una mole como de betún solidificado; *La laguna*, como vista perpendicularmente desde un avión; *Abstracción, El torrente, El cerro del muerto*, paisajes reconstruidos, como los del Pedregal, con un sentido vivísimo de tragedia; *La cara de la traición y Rotación* (que formarían parte del mural *Patricios y patricidas; Calabazas, Barrancas, Formas en la montaña, Juego de formas policromas, Antenas estratosféricas*).

Etnografía—indígena con máscara antigua y vestido blanco de hoy— es una intencionada actualización de los orígenes del mexicano y su presencia actual. *El esteta en el drama*, estruja el ánimo y pone de relieve la incongruencia de una actitud indiferente, de torre de marfil, frente al dolor del mundo. *Sufrimiento*, figura miguelangelesca de mujer, parece emerger de la tierra, como la mujer del gorro frigio en *La nueva Democracia*. Retrata también la angustia y el terror cósmicos. *Aurora de México* simboliza la tierra. Mientras sus manos y su cuerpo abrazan la riqueza del subsuelo mexicano, la cara inequívocamente indígena, se ilumina con ancha sonrisa.

No es posible pasar por alto el estudio para el *Guardián de la Paz*, monstruo mitad mastín mitad hombre, verdadera transformación del mito del "nahual" azteca (se ve esto en el perro de la Conquista, en el *Suplicio de Cuauhtémoc*, en el Palacio de Bellas Artes). Tampoco la hermosa cabeza del joven príncipe (un estudio estupendo); los soberbios desnudos y torsos; y la extraordinaria versión del nuevo Prometeo en su *Nueva resurrección*, cuadro que recuerda el Génesis, con su terrible remolino de rocas, torrentes sueltos y nubarrones tempestuosos. En *El diablo en la iglesia*, se aúna, a la construcción en lo que él llama "perspectiva activa", la ironía de una situación paradójica en que los personajes son una muchedumbre arrodillada—el pueblo— los grupos de burgueses sorprendidos en el coro y el diablo que ha abierto un boquete en la bóveda con su enorme cuerpo para introducirse en el templo. No se puede dejar de mencionar, con elogio, la cabeza de *Caballo* hecha para un proyectado mural (el de

Maclovio Herrera), por su reciedumbre y por una estilización que define aún mejor lo tipológico del animal.

La producción de Siqueiros, a pesar de lo disperso de su vida, es ya considerable. Su estilo grandioso. "Es una de las naturalezas más definidas y apasionadas de México. No es hombre de climas indecisos, de actitudes intermedias y sinuosidades. Es inconstante, solicitado por innumerables preocupaciones que se alternan en él absorbiéndole en este o aquel sentido, impulsivo siempre, cortado a tajo, casi con la ceguera fecunda del fanático. Sus ideas parecen más bien ser prejuicios, sostenidas con sentimentalismo conmovedor, externo acaso, aunque con calor hondo que las cambia en normas trascendentes. Su naturaleza le guía y le mantiene dentro de una perfección plástica extremada, en sensaciones de forma, en sus volúmenes, aún más pesados que los de Rivera, pero con positiva potencia lírica. No busca realizar poesía por medio de una importación de ella en la pintura: la poesía se encuentra en su pintura, casi contra su voluntad, como resultado de la pintura misma. Un gran pintor". (Cardoza y Aragón. *Pintura Mexicana Contemporánea*).

Es hombre de ahora, polemista de temperamento, hombre de acción, aunque a veces lo sea por ley de inercia, esto es "la acción por la acción", pero siempre consecuente. Su existencia ha sido turbulenta y agitada. En eso está más cerca de los renacentistas, por ejemplo, de un Andrea del Castagno o de un Benvenuto Cellini. Siempre generoso y profundamente humanista, sin embargo, en su trayectoria artística ha sido fiel a su conciencia y a su eterno entusiasmo por la vida y por el arte como suprema expresión del hombre.

LA ESCULTURA TELÚRICA DE MARINA NÚÑEZ DEL PRADO

Por Raúl BOTELHO GOSALVEZ

LA obra de Marina Núñez del Prado, "la boliviana genial" como la llamara Gabriela Mistral, está dotada de dos cualidades fundamentales: la Fuerza y la Gracia. Fuerza para captar y expresar la esencia plástica del paisaje y del habitante de los Andes; gracia para ordenar armoniosamente la geometría de los volúmenes escultóricos y rodearlos de un halo de ternura.

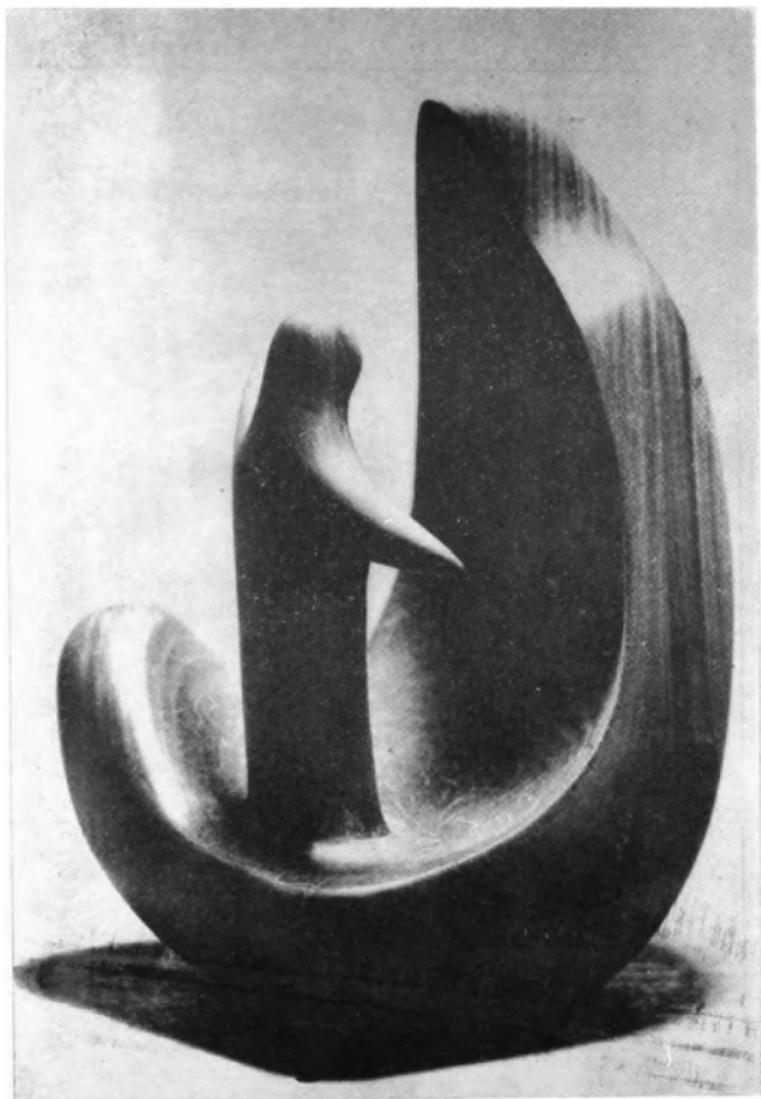
Desde un principio se advierte, al recorrer la trayectoria de esta artista excepcional, que es fiel a su tierra y que de ella toma sus motivos tamizándolos a través de una profunda sabiduría técnica alcanzada mediante el dominio del oficio en el cual es auténtica *magister*; por eso sus obras contienen depuradas formas eurítmicas y rítmicas, contornos y espacios que despiertan en el contemplador de las más antagónicas latitudes culturales donde ha expuesto, admiración estética por la obra y simpatía humana por el tema. Con esto afirmamos que Marina Núñez del Prado es la primera escultora boliviana que alcanza categoría universal dentro de su arte.

Resulta fácil comprobar que las esculturas de Marina Núñez del Prado mantienen una constante ligazón a lo que los latinos llamaron "genius loci" —espíritu del lugar—, de ahí su fuerza y su originalidad. Si bien a ella le habría sido fácil continuar dentro de la tradición escultórica que va de Policleteo al renovador Rodín —prueba de ello son sus diversos retratos escultóricos de personalidades de este continente y la hermosa talla de la cabeza de su madre—, pero las exigentes búsquedas de su sensibilidad le dieron ancho margen para experimentar desde la rígida frontalidad faraónica hasta el movimiento clásico que anima al Laoconte, y llegar inclusive al arte de América precolombina. De allí que algunas de sus obras en granito —llamas, cóndores, pumas, armadillos, peces, gatos— guarden alguna conexión plástica con las terracotas y cerámicas estili-

zadas de los anónimos artistas kollas que suelen encontrarse en las excavaciones de Tiahuanacu, la misteriosa ciudad preincaica en la que algunos arqueólogos creen hallar la primera gran civilización americana y los poetas el último vestigio de la leyendaria Atlántida, hundida en las profundidades del océano "después de un día y una noche", según cuenta el *Timeo* de Platón.

No hay que olvidar que Marina posee el secreto de convertir la compacta y noble piedra de Comanche, el frágil alabastro, el transparente ónix o el duro basalto andino, en hermosas formas plásticas que bajo su diestro cincel adquieren la tersura de la seda dentro de la pulida densidad de la materia exaltada por el dinamismo de las formas escultóricas; lo mismo sucede con sus tallas en madera, donde con el conciso tajo de los formones logra transformar la dura pulpa vegetal en una sucesión de volúmenes y espacios destinados a conmover el espíritu de quienes aman las formas puras contenidas en la estática modulación casi musical de su escultura. Esta cualidad para dominar la materia y modelarla dócilmente—"la roca tierna" le ha dicho gráficamente Waldo Frank—viene de lejanos ancestros americanos de los que el hombre boliviano se nutre constantemente, porque es en su tierra donde, precisamente, la piedra se humaniza y el hombre mismo es piedra que camina, soportando patéticas inmensidades de tiempo y espacio, más allá de la sutileza metafísica de Keyserling.

Artista en la fiel acepción de la palabra, Marina Núñez del Prado no hace concesiones a la vulgaridad de las transitorias exigencias de los "ismos" que se renuevan constantemente; con clara intuición de que posee su propia verdad estética, perdurable como la piedra de Tiahuanacu, traza sus tallas, equilibra sus volúmenes, ensambla con apasionante corrección las masas de materia que de sus manos reciben la dignidad de la acabada obra de arte. Sus manos crean esos pequeños universos plásticos ligados a la eternidad, porque como dijera Henry Focillon en su *Elogio de la Mano*, "La posesión del mundo exige una especie de olfato táctil. La vista resbala a lo largo del universo; la mano en cambio sabe que el objeto tiene peso, que es liso o rugoso, que no está soldado al fondo de cielo y tierra con la cual parece formar cuerpo. La acción de la mano define los vacíos del espacio y los llenos de las cosas que lo ocupan. Superficie, volumen, densidad, gravedad, no son fenómenos ópticos".



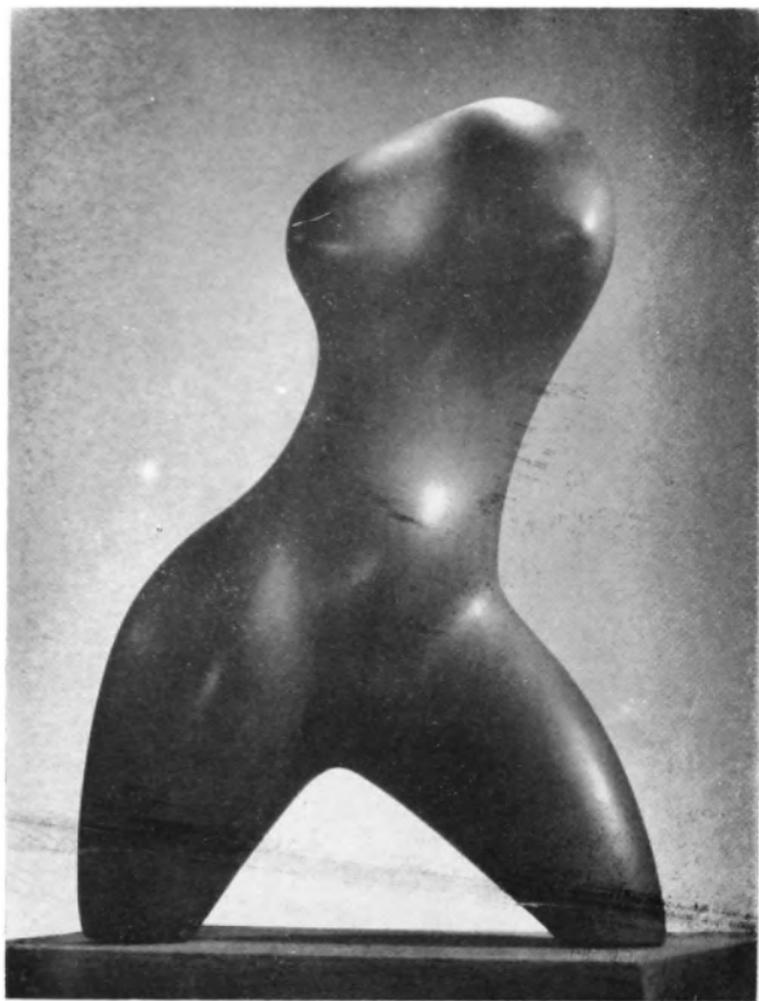
Presentimiento.



Toro.



Gallo.



Venus negra.

La forma humana de la que conoce sus virtualidades anatómicas y plásticas, siendo como es una permanente reiteración, en ella adquiere la gracia peculiar del estilo propio, nacido de las íntimas fuentes del contorno telúrico boliviano donde el hombre es, en cierto modo, permanente trasposición del ser geológico. "Todas sus creaciones revelan —dice al presentarla al público la XXVI Bienal de Venecia— un intenso sentido telúrico y la inspiración del altiplano y de su gente, sea en la gracia monástica de la virgen india, como en la ternura germinativa de la 'Pachamama' (Madre tierra) y en el gesto viril de los mineros en rebelión". Como en el antiguo mito indígena, Marina Núñez del Prado viene, pues, a animar seres en la piedra, dándoles un soplo vital semejante al que da la tierra a sus criaturas de las cordilleras, montes y páramos del altiplano. Humaniza la piedra y le inyecta su propia sangre, para que sus figuras indias, sus dulces Madonas aymáras, sus animales andinos, sus torsos cuya transparencia marca como venas las vetas del tejido mineral, ostenten esa savia de amor con que fueron concebidas.

Cuatro distintas épocas pueden ser advertidas, hasta hoy, en las creaciones de la artista. La primera corresponde a un ciclo en que la preocupación de la Danza se halla sostenida en forma constante; en ella compone sus obras relacionando los ritmos musicales con los ritmos plásticos. La materia predilecta en que trabaja en esta época es la madera.

La segunda época es Social, y como en la primera, continúa con la experiencia de la escultura plana, bidimensional, utilizando la madera; pero su temática avanza hacia la interpretación dinámica del tema social boliviano, aguzado por profundos conflictos que la sensibilidad de la artista capta, sin hacer con ello nada que pudiera llamarse "arte comprometido". La tercera época corresponde a una escultura tridimensional, de grandes planos, y en ella Marina Núñez del Prado emplea directamente la piedra. A este período que podríamos denominar maternal, pertenecen sus bellas Madonas aymáras, sus figuras de mujeres grávidas de ternura o exaltadas por el dolor y el sufrimiento, sus conmovedores y expresivos grupos maternales.

La cuarta época, en la que ahora se halla, es neo-abstracta. Sus contactos con los grandes centros de arte del mundo, su cordial amistad con Picasso, Archipenko y Milles, sus confrontaciones con el abstractismo de Brancusi, Moore y Arpa, prin-

principalmente, la inclinan a despojar de anécdota a sus esculturas e ir hacia la esencia de las formas. Su arte ya es universal, pero sin evadir su eminente raíz americana. De esta época son sus hermosos Torsos y Figuras en ónix, basalto, granito de Comanche, bronce y las tallas en madera de quebracho y de fragante *guayacán*.

Finalicemos agregando que en América Latina, Marina Núñez del Prado es hasta ahora la única escultora que ha trascendido a la celebridad universal, esto no sólo significa un honor para Bolivia, su patria, sino una satisfacción para todos los pueblos americanos en virtud de la unidad espiritual que nos una a todos.

LA PENA Y LA NADA

Por Pascual PLA Y BELTRÁN

I

“¿QUÉ va a ser de mí? Nunca, como ahora, miré tan incierto mi destino”.

No lo recuerdo bien, no quiero ni puedo afirmarlo; pero lo que probablemente pensé aquella noche fue eso. La muerte súbita de un ser, de un sencillo hombre, creaba un serio cataclismo en mi vida, llenaba de foscó mi futuro. Se me antojó la vida de los seres azarosa e incierta, en verdad azarosa e incierta. Los seres, entendí, terminan su vida fatalmente; mueren, no por libre elección, sino por una suerte extraña y dura. ¿Por qué? . . . Era un pensamiento obsesivo, abracadabrante, que me quemaba el sueño. ¿Por qué? . . .

Me retorció febril en la cama. Mamá dio la luz.

—¿Tienes miedo?—dijo.

Yo me hice el dormido.

“Pobre —la oí decir después. Está obsesionado por la muerte. No han debido mostrarle el muerto”.

Mamá mató la luz. Al poco dormía. Yo seguía con la muerte en el alma. Pensé en el Pelirrojo. “Ahora tengo un hermano; mas, ¿qué puede hacer un hermano tan pequeño, tan desgraciado como él? Nada. No puede hacer nada. Estoy solo”.

Atrapé una punta de sueño. Un sueño incierto, tan azaroso y duro como la vida. Lo primero que vi fue a don Ramón, cadáver, entre los cuatro cirios, con la misma insaciable mosca chupando de su lívido labio muerto. De repente abrió sus ojillos vivaces y, con lentitud pasmosa, se incorporó, cogió un paño y se limpió el rostro. De su cara caían montones de tierra. Yo me hallaba desconcertado. Él se puso a reír. “Te asustate, ¿eh?—dijo. No temas, todo ha sido una broma. Yo estoy aquí para protegerte. Nunca te dejaré. Nunca”.

No me tranquilicé sin embargo. "Es ahora cuando me engañas —le dije—, cuando estás pretendiendo engañarme. Pero yo no te creo, porque nadie cree a los muertos".

Deliraba en mi sueño, en mi pesadilla. Tenía fiebre. Mamá levantóse alarmada.

—Te pasaste la noche delirando —dijo. Ven. No temas. Acuéstate aquí, conmigo.

Cerca, un poco más allá del río, cantó el primer gallo.

II

UNA tarde, como tantas otras, vagué hacia el río. Sortee la pequeña corriente y pasé del otro lado. Ya en la otra orilla, me tendí entre los chopos, a su sombra, sobre la hierba. Un cerdo flaco y negro hozaba en las malvas. Más abajo, unas mujeres lavaban ropa. Por Santa Lucía apareció un halcón; iba muy alto, en el éter, describiendo anchas circunferencias planas. Tras de mí, algo más allá, había un pequeño bosquecillo de olmos. Por allí apareció el Pelirrojo al rato, tan harapiento y sucio como siempre, con una feroz expresión en los ojos. Hería su mirada igual que un cuchillo.

—¿Qué sucede? —le dije.

—Ven. Ven —dijo. Quiero que veas algo.

Sin esperarme, echó a correr en dirección a las piedras. Fui tras él anhelante. Repasamos el río. Sentía fatiga. Se detuvo.

—¿Qué es? —insistí.

—Quiero —dijo—, quiero que veas cómo tratan los hombres a los seres inútiles.

Seguimos caminando de prisa, de prisa, siempre más de prisa. Pasamos una, dos, tres cuadras. Llegamos a la Plaza del Heno. Un grupo de chicos se apelotonaba en torno de un carro.

—Mira. Observa —me dijo el Pelirrojo.

Yo miré y observé. En el suelo había tendido un animal, una mula torda, flaca, adelgazada a fuerza de paja y trabajo. Mostraba semicerrados los ojos: puede que de fatiga, puede que por no ver la crueldad de los hombres. Un muchacho, con un pincho, le intentaba horadar en la tripa. El animal se estaba quieto, como insensible. Llegó el carretero. Llegó el veterinario. Éste miró detenidamente al animal, examinó sus

patas. El carretero no perdía detalle. "Aquí es —dijo al fin—; tiene rota la mano derecha. Inútil". Al oír ésto el carretero blasfemó, empuñó el azote y comenzó a golpear a la mula. Ésta nada hizo; sencillamente se estuvo allí, quieta, resollando. Le pateó el ijar. Nada, la mula siguió sin moverse. La golpeó con rabia en los ojos y en las orejas. El animal pegó una sacudida y se incorporó con esfuerzo. Resudaba. La dejaron solamente con el ronزال. Un chico lo agarró de una punta y tiró de él, plaza abajo, hacia las afueras. La mula iba lenta, lentamente con sus tres patas, procurando no apoyar en el suelo la mano herida. Se le adivinaba el dolor o el cansancio. Quizás, también, el desprecio.

Metieron a la mula en un campo olivar, a extramuros, al lado del camino y frente a una casa. Allí se paró la comitiva. El carretero desenvainó un objeto con filo y dureza de puñal, lo alzó con la derecha y descargó un golpe en la cabeza de la mula. Un borbotón de sangre manó cuello abajo, rodó por las patas hasta empapar la tierra de rojo líquido. Pero el animal no cayó, se mantuvo de pie, tercamente, duramente aferrado a la vida, chapoteando en su propia sangre. Su amo le descargó otro golpe. El animal se resistía a morir y siguió todavía de pie. Entonces un labrador le gritó al carretero: "Sería mejor un escopetazo. ¿Quiere?". El carretero le miró, pensó un momento y dijo: "Sí, mejor. Mejor será un escopetazo".

El tipo fue corriendo por la escopeta. El carretero no osaba mirar al animal. La mula yacía de pie, sin ver ni oír, hecha un confuso mar de sangre, resistiendo tenaz el paso de la muerte.

Finalmente llegó el campesino con la escopeta. Ya fue verlo y no verlo. El carretero agarró el arma y apuntó entre los ojos, en medio de la frente del animal. Se oyó un estampido y sus sesos saltaron. Entonces la mula se desplomó rotunda, y su piel y su carne y sus huesos se clavaron para siempre en la tierra.

Agotado por el esfuerzo, el hombre estaba pálido, con manchones de sangre en la blusa, sudoroso; lió el ensangrentado ronزال y desapareció.

Emprendimos en silencio la vuelta, avergonzados de tener una apariencia de hombres, una humillante presencia humana; después de caminar un trecho, el Pelirrojo se detuvo, me miró fijamente y dijo:

—Eso hacen los hombres con los seres inútiles.

Permanecí callado. Él dio dos pasos y añadió:

—Eso van a hacer, contigo y conmigo, cualquier día.

Me asustó su palabra: era demasiado espantosa.

—Los hombres son crueles —dije. Más él pareció no escucharme. Con una fiera expresión en los ojos preguntó:

—¿Tú crees? ¿Crees en Dios?

No sabía qué contestar, no lo había pensado nunca. Dije simplemente:

—Hay que creer. . . Todos creen.

—Pero tú, ¿tú crees en Dios? ¿Sí o no? —y su mirada centelleaba.

Fui a responder, a decir algo, cualquier cosa, a responder; mas él me cortó en seco:

—Puede que Dios exista, ¿oyes?, que sea la Suprema Verdad; pero se halla tan lejos, tan misteriosamente remoto y lejano, que no podemos confiar en Él ni tú ni yo, que estamos solos.

Después, ya nada. Seguimos el camino en silencio, uno al lado del otro, solos y desgraciados, sin poder aplacar nuestra común angustia, nuestro común desesperado sentimiento de frustración y soledad.

III

Al Pelirrojo se le fueron endureciendo los ojos, que se le hacían raros, impenetrables, con una mayor claridad de puñal. Había adelgazado atrocemente. Se estaba quedando en el puro espíritu. Con frecuencia se comportaba de una manera loca. Sus palabras —angustiosas, excesivamente desorbitadas para el orbe espiritual de un niño— me desvelaban las realidades más crudas, me creaban los problemas más complicados y alarmantes. Pero yo le quería, porque le adivinaba desgraciado, porque me decía mi conciencia que era un deber el consolar al afligido.

Una hermosa mañana le dije:

—Hoy es el cumpleaños de mamá —hizo un gesto. El Pelirrojo no quería a mi madre. Aunque tú no lo creas, mamá no es mala; te lo aseguro, no es mala. Deseo regalarle unas flores, unas violetas silvestres. ¿Quieres venir y las buscaremos?

Nada dijo, pero comenzó a caminar. Yo le seguí. Pronto estuvimos en la huerta. Los bancales aparecían de un verde rabioso, salpicados, aquí y allá, por la blanca congoja de los florecidos almendros. Había caracoles a flor de hoja, sobre el tibio rocío de la mañana, buscando la suave caricia solar. Me sentí dichoso. canté:

*Un caracol barbacho
leré, leré
un caracol barbacho...*

—¡Calla! —me cortó el Pelirrojo. Su mirada abrasaba. Tienes una voz detestable, una voz... Cuando te oigo cantar, te odio. ¿Sabes? ¡Te odio!

Me desconcerté. Sus palabras me llenaron de angustia. Él se agachó, cogió una piedra y la tiró contra un can; el perro dio un ladrido y huyó de prisa, como si hubiera olfateado la muerte. En sus ojos brilló una lágrima.

—Creeme —dije procurando disipar su tristeza. La verdad es que nos amargamos la vida en exceso.

—Nos amargamos la vida en exceso —repitió él, y su voz estaba ahora preñada de llanto.

Mi mirada se perdió en la vastedad del paisaje.

—Perdona —dijo poco después el Pelirrojo. No es verdad que te odie. No puedo odiarte. Dos hermanos no pueden ni deben odiarse. Pero no me gusta que seas estúpido, ¿oyes? No me gusta. Tú vives en el limbo. En el limbo viven los tontos y los locos. Yo no quiero vivir en el limbo. Yo no me engaño: mi muerte está aquí, aquí en la garganta —y se tocó con la mano el bocio. ¿Sabes tú, acaso, dónde llevas tu muerte?

No lo sabía. Sinceramente lo confieso: no lo sabía.

—No. No sé dónde llevo mi muerte —dije apenado.

—Debí suponerlo —dijo él. Pareces observar, pareces ver; mas en el fondo, nada. Estás vacío. Seco hasta la raíz.

Se le escapó un gruñido, algo que nada tenía que ver con la voz humana. Le miré: era como la sombra de una sombra.

—No podemos ser inocentes volvió a susurrar. Nos roban la inocencia. Ellos nos roban la inocencia? —dije.

—¿Quiénes nos roban la inocencia? —dije.

—Ellos. Los hombres. Nos engañan. Han inventado la realidad para aniquilarnos los sueños. Yo... Fíjate: creí que nuestro origen, el origen de todos los seres, estaba en Dios.

Pero es mentira. Cochina mentira. Nuestro origen es bastante asqueroso.

—Sí —dije yo entonces. Yo nací en un pajar. A mí me hubiera gustado venir de Dios, como a ti; pero he tenido que conformarme con un pajar.

Soltó una carcajada. Luego aferró una brizna de avena loca y la estrujó entre los dedos.

—No te rías —le dije avergonzado, un poco avergonzado. ¿Es malo venir de un pajar?

—No. No es malo venir de un pajar —asintió el Pelirrojo. Allí se está caliente. Allí se puede dormir tan a gusto. Nacer en un pajar, ¡qué idiotéz!

—¡Lo sé! —dije. ¡Me lo han asegurado mis padres! ¡Mis padres no mienten!

—¡Bah! y remedó mi voz. ¡Mis padres no mienten! ¿Y qué sabes tú? Tus padres —su voz tomó dureza de diamante—, tus padres son unos redomados embusteros, como los míos. Te engañan como a un pobre polluelo. Tú no te enteras, porque conservas viva tu inocencia. A mí me la robaron. No me queda inocencia.

—Deberías ser más sencillo, eso deberías —le dije yo. Ser como el almendro. Dar flor, dar fruto. . . , y nada más.

Cual pálidos espectros, inaprehensibles, fluían las palabras. Me sentía en tinieblas. Yacíamos parados en mitad del sendero. Pasó un noble animal seguido de un hombre. Dos verdaderos jugaban en la copa de un árbol.

—Como niños muertos antes de ver la luz, así se ahogan los sentimientos en mi sangre; no puedo expresarlos sin herir tu inocencia —dijo el Pelirrojo.

Yo no quería ser inocente. No no quería perder su amistad. Dije:

—Tú sabes algo, algo que quieres, pero que no te atreves a confesarme. ¿Puedo saber qué es?

—No —se excusó el Pelirrojo. Nos cubre de vergüenza a los niños.

Pero yo insistí:

—Cualquier cosa será mejor que esta inquietud. Habla. Se detuvo, adoptó una actitud sarcástica y dijo:

—Mira. Yo no nací en un pino. Tú no naciste de un pajar. La verdad es que nacimos. . .

—¡Oh! ¡Estás loco! —exclamé horrorizado. ¡Loco! Eso lo dices porque no quieres a mamá. Estás endemoniado.

—Sí, posiblemente estoy endemoniado; pero no miento. No miento nunca.

—¡Oh, sí, sí! ¡Mientes! ¡Mientes!

Me pareció que el corazón me estallaba, que la tierra y el ciclo se hundían. Un niño metido en un vientre. Allí, palpitando y viviendo en un vientre. Era superior a mis fuerzas.

—¡Es imposible! —suspiré. ¡Completamente imposible!

—Lo imposible —balbució el Pelirrojo— se hace posible a veces. No he podido dormir en muchas noches pensando en eso, me obsesionaba. Ahora ya lo sé. Perdemos la inocencia porque nacemos con pecado. Pecamos porque nacemos con pecado.

—¡Me torturas! —gemí.

—Es la vida quien nos tortura —siguió él implacable. Es esta sucia realidad que habitamos quien nos tortura.

—Ahora —confesé yo con vergüenza— ya no podré mirar a mi madre a los ojos.

—Di mejor —me corrigió él: ya no podremos mirar a nuestras madres a los ojos.

Me sentí desolado, como nave que desbordara la tempestad y el oleaje, como soberbio pino que descuajara el hacha afilada del leñador o la furia del rayo. Caí de bruces sobre la hierba y velé con las manos mi rostro. Y una inconfesable vergüenza invadióme.

IV

EL Pelirrojo me confesó un domingo:

—No podemos vivir así. Hemos de ser piadosos, hemos de volver a la ley de Dios.

—Sí —corroboré yo. Hemos de volver a la ley de Dios; pero ¿cómo? ¿Cómo podremos volver a la ley de Dios?

—Iremos a la iglesia. Acompañaremos a los muertos. Rezaremos. Tendremos fe. . . Eso nos devolverá al buen camino.

Yo no era precisamente lo que se dice un niño religioso. Me limitaba a ir a la iglesia, a pensar en la posibilidad o imposibilidad de Dios, y nada más. Pero quería creer. Pero quería tener fe y creer. Asentí. Después le pregunté:

—¿Dónde vamos ahora?

El Pelirrojo parecía haber cambiado de pensar.

—¿Dónde? —dijo. Ah. . . Podemos ir a cualquier parte.

más lejos de la presencia de los hombres. ¡Odio a los hombres!

Bajamos por una calle pina, enchinada de afilados gujarros. Mi amigo se asemejaba a un muerto o a un can rabioso que avanzase sin ver, pisando en su tremenda oscuridad. Yo sentía su aflicción como una espada tendida contra mí.

Pasó en silencio el río y se internó en un campo de nogales. Yo fui tras él. Nos tendimos al sol. El Pelirrojo cerró los ojos y pareció quedar dormido. Yo le observaba y no acababa de explicarme cómo podía haber tal cantidad de angustia en un pecho tan diminuto como el suyo.

—Lo que sucede es que estamos solos —dije yo—, solos y afligidos, abandonados a nuestra suerte, sin comprender ni creer en nada. Es como si hubiéramos caído de otro planeta a un mundo extraño, donde todo nos es hostil, donde todo nos colma de pesadumbre. Estamos marcados por el dolor por la culpa de nuestro nacimiento y de nuestro destino. Y solamente nos es dable preguntar, ¿qué será de nosotros?

Mis palabras no hallaron respuesta. Él dormía. Su respiración era intermitente, fatigosa, con leves estertores de ahogo. Y yo sentí que otra vez me pesaba la duración en el tiempo y en el espacio, que otra vez volvía a mi cansancio eterno, que de nuevo tornaba a precipitarme en mi dolor y en mi soledad. Lo sacudí.

—¿Qué quieres? —gruñó.

Volvímos a quedar en silencio. Fue sólo unos instantes, porque seguidamente me preguntó él con voz incisiva:

—¿Tú ves crecer la hierba?

—¿Crecer la hierba? —dije yo extrañado. ¿Qué quieres decir?

Volvió a preguntarme:

—La hierba crece, ya lo sabes; ¿pero tú la ves ascender, subir en su íntimo desarrollo, en su más diminuto temblor? ¿La percibes como algo vivo bajo tu cuerpo cuando te tiendes o bajo tus plantas cuando la pisas?

Yo no sabía nada de la hierba, sino que crecía y era verde y hermosa. Así es que le dije:

—La hierba crece, pero yo jamás la he visto crecer. No creo que nadie pueda ver el crecimiento de la hierba.

—Sí se puede —afirmó el Pelirrojo como si tuviera toda la razón. Yo no puedo, ni tú tampoco; pero hay hombres sabios que sí que pueden, que la ven crecer pulgada a pulgada.

todos los días y a todas horas. ¡Qué cosa tan maravillosa debe ser esa! Esos seres se parecen a Dios, tienen ojos y sangre divinos. Pero yo no puedo. Me he esforzado y no puedo. Me destrozo los ojos mirando y no puedo. Y como con la hierba, con todo me sucede igual en la vida. No soy nada, no valgo nada, y cualquier rato me marcharé sin haber dejado huella de mí. ¿Comprendes?

—Comprendo —dije. Desgraciadamente comprendo.

—Eso es lo más terrible, lo más espantoso. Comprendermos, ¿pero qué podemos hacer?

—Tal vez esperar —dije yo. Tal vez aguardar al mañana.

—¿Mañana? —dijo él. Nosotros no tenemos mañana, estamos emparedados entre dos muertes. Mañana es nuestra muerte; ayer, nuestra nada. Delante y detrás, el enigma. ¿Qué podemos hacer nosotros?

No contesté. El Pelirrojo se puso ambas manos bajo la nuca para estar más cómodo. El bocio se le movía con el respirar, abajo y arriba, ligeramente, en el cuello, como una masa gelatinosa y nauseabunda. Le vi feo. Feo y desgraciado. Y viéndole así no me explicaba bien su miedo, su temor a la muerte. ¿Qué era, después de todo, morir? ¿Qué podía significar para él morir? Don Ramón había muerto. Don Ramón no era un desgraciado, y había muerto. Yo lo sabía bien: lo recordaba entre cuatro velones, muy estirado, sin afeitarse, terroso, con una mosca chupando en su amoratado labio inferior. Aquello era morir. Y después... ¿Qué pasaría después? Nadie lo sabía. ¿El cielo? ¿El infierno? ¿También a la mosca le habría llegado su turno, su diminuta muerte, como a cada cual? Porque todos teníamos que morir. ¡Todos! Sólo que las moscas no tenían cielo ni infierno. ¿O lo tenían?... Mas, ¿para qué atormentarnos? Lo mejor era dejar transcurrir las horas sencillamente, temer con confianza, esperar. Éramos demasiado pequeños: no podíamos torcerle el cauce a la vida, teníamos que confiar en el destino.

Le hice esta pregunta:

—Dime, Pelirrojo: ¿para qué sirve el sufrimiento? ¿Lo sabes tú acaso?

Me pareció que él lo sabía. Miraron de tal forma sus ojos, que no me cupo duda de que él lo sabía.

—¿El sufrimiento? —preguntó a su vez.

—Sí, el sufrimiento; esta ansiedad constante que nos habita y que nos hace tan fatigoso el respirar.

Pensó un momento. Luego, dijo:

—Es una cosa noble el sufrimiento, una cosa noble. Quizás lo que más ennoblezca, lo que más dignifique a la persona humana. El sufrimiento es una virtud heroica que puede conducir a la santidad, no lo olvides. Muchos empecatados pecadores han ganado la santidad por el sufrimiento. Muchos tipos que a ti se te antojarían repugnantes han dignificado sus miserias por el dolor. Me han asegurado que solamente por el sufrimiento podremos liberarnos, tú y yo, de nuestras desgracias, de nuestros propios sufrimientos —hizo una pausa y concluyó—: aunque quizás el sufrimiento sirva tan sólo para enseñarnos a vivir.

—Es una dura escuela la de la vida, si hemos de aprender por el sufrimiento; acaso fuese mejor la muerte —dije.

Pero el Pelirrojo ya no escuchaba, se había refugiado en su abismo, en su desorbitada catástrofe.

Yo miré la hierba, la miré con intensidad: no la podía ver crecer. La olí: no olía a nada. Me llevé un puñado a la boca: la boca se me puso amarga y se me llenó de saliva verde. Escupí con asco. “¡Estamos locos! —pensé. Esa es la única realidad: nuestra locura”.

—He suplicado muchas veces —dijo más tarde el Pelirrojo como en un arrebato. —Señor: arráncame la ira del corazón y de los ojos. Concédeme la gracia de una vida sencilla. ¿Y qué he conseguido? Nada. Siempre nada.

Pero yo no quería ya oír, ni pensar; quería estar tendido boca arriba mirando el sol, mirando de hito en hito el sol. Lo intenté: no pude. Sus rayos me herían en los ojos como pajuelas afiladas y me cegaban. Los cerré y me estuve quieto, quieto. Oí cómo el Pelirrojo se ponía de pie, cogía piedras y las disparaba contra los troncos de los nogales. Las piedras, al chocar, hacían *plac*, y luego *cloc*; *plac...*, *cloc...*, *plac...*, *cloc...* Hasta que percibí un amargo escozor en la frente, algo como la picadura de un tábano. Mis músculos perdieron vigor. ¿Qué había sucedido? Hice un esfuerzo, miré: el Pelirrojo estaba allí, con una indefinible expresión en los ojos, mirando, cargado de ira. Me toqué la frente: abrasaba. Mi mano se impregnó de una materia viscosa y oscura, mis dedos chorreaban sangre. Entonces comprendí. Había sido él. Agarré una

piedra y apunté a su cabeza. La piedra sonó: *plof*. Lo recuerdo bien: *plof*. El Pelirrojo dio un traspies de borracho y se desplomó cuan largo era. Su nariz y su boca manaban sangre.

—¡Loco! ¡Loco! —grité. ¿Qué has hecho?, ¿qué has hecho?

Se había desmayado. La piedra le había arrancado un pedazo de ceja, cuya piel le colgaba ahora sobre el ojo sangrante. Me asusté. Confieso que me asuste.

Corrí hasta el río, empapé mi pañuelo en agua y le mojé los labios; luego le restañé la herida y, lo mejor que pude, le pegué la ceja. Mas la sangre no cesaba de manar. Y él estaba ya todo sucio de polvo y sangre.

Por fin se movió. Por fin dijo como en su susurro:

—Perdona. . .

—Has podido matarme —le dije. Pero te perdono.

—Perdona. . . —volvió a suspirar.

—¿Por qué lo has hecho te pregunto? ¿Por qué?

Abrió con dificultad los ojos y me miró. Me pareció que se había quedado sin espíritu, que se hallaba ya cercana su muerte. Dijo:

—He querido, sencillamente, hacerte sufrir.

—¡Loco! —exclamé irritado.

—Es por el sufrimiento que hemos de liberarnos de nuestras culpas. No lo olvides: por el sufrimiento.

—¿Y qué has conseguido? ¿Qué hemos conseguido con esta sangre?

—Saber que no servimos para el dolor, que no servimos para nada. Estamos perdidos.

Su voz rezumaba amargura.

—Ahora ya no somos hermanos —añadió. Ni siquiera amigos. Hemos tirado nuestra sangre y aventado nuestra hermandad. Todo ya se acabó. Tú seguirás tu vida y yo la mía. Si puedes, sálvate, pues para mí ya no habrá salvación posible.

"Es un lunático —me dije yo. Un perfecto loco. Cualquiera día podría matarme. Lo dejaré. Es un fardo que he arrastrado ya demasiado tiempo. Me será difícil vivir sin él, pero su locura me asfixia".

—Como quieras —le dije. Todo tiene un fin en la vida. Quizás el de nuestra fraternidad haya ya concluido.

—Quizás —asintió él. Y seguidamente añadió—: me sería difícil sentirte a mi lado y no ahogarte, ¿comprendes? Me

mataría la vergüenza. Ahora sé que de veras te odio. Vete. No quiero verte más, ¡nunca más!

Aún titubee. Al fin y al cabo era mi amigo, mi único amigo. Dejarle así, ensangrentado por mi mano, cargado de aflicción, me apenaba. Me recordía la conciencia.

—¿No quieres que te ayude? —le dije.

—¡No! ¡Vete, vete!

Era lo irremediable. Todo había al fin concluido. El odio se levantaba entre nosotros como una espada.

V

TODAVÍA le vi dos veces. Una fue en el entierro de su madre: Su padre se emborrachó aquel día y no pudo presidir el funeral; le tocó hacerlo a él. Ni me miró siquiera. La otra fue meses después, a principios de otoño, en el cementerio. La difteria le había ahogado. Se hallaba como en vida, sólo que un poco más pálido y más diminuto, sólo que no podía mirarme ni verme, porque estaba muerto. No lo sentí, porque ya no era mi amigo. Ahora ya no era nada, nada.

TRES NOVELISTAS DE NUESTRA AMÉRICA

Por *Mauricio DE LA SELVA*

I

Agustín Yáñez

UN año atrás, al ocuparnos de *La creación*, novela que continúa las historias de algunos personajes originados en *Al filo del agua*, concluimos su comentario apuntando nuestro desacuerdo con Agustín Yáñez por no haber utilizado la letra cursiva para sugerir los monólogos de sus personajes. Lo apuntado fue a sabiendas de que el autor es uno de los novelistas mexicanos que mejor conoce a Joyce y, lo que es más, quien ha conseguido dominio innegable en el manejo de la técnica joyceana. Por ello, no nos ha sorprendido encontrarnos con *La tierra pródiga*¹ y la limpidez de sus páginas, donde el entremillado desaparece sustituido por la cursiva mientras los párrafos *claros*, aparte de mejorar en presentación, proporcionan descansos refrescantes para el ojo.

El monólogo interior es usado desde las primeras páginas; el lector conoce la conducta y las actividades de los personajes mediante lo que unos piensan de otros; al menos en "Rueda de fieras", capítulo inicial, conocemos a Eulogio Parra, Pablo Flores, Sotero Castillo y Pánfilo Rubio a través de la técnica del monólogo. Agustín Yáñez reúne a estos cuatro caciques alrededor del Ing. Pascual Medellín, Promotor o representante del Gobierno Federal, que visita un lugar determinado en el interior del país para investigar las posibilidades que hay de construir, en acción conjunta con la iniciativa privada, un centro turístico a la orilla del mar.

¹ AGUSTÍN YÁÑEZ, *La tierra pródiga*, Edit. Fondo de Cultura Económica, (?) págs., México, 1960, Colec. Popular Núm. 19.

El monólogo no sólo permite el conocimiento de cada uno de los caciques que forman la "rueda de fieras", en cuyo centro se ve colocado el Promotor, sino que además produce efectos encontrados que dan pie lo mismo a la sonrisa comprensiva, fruto del buen humor que al ceño fruncido hijo de la ira o de la impotencia. Entre las palabras zalameras expresadas por cualesquiera de los cuatro y lo pensado por ellos mismos acerca de dichas palabras, se forman contrastes risibles: oírlos hablar de respeto a la propiedad ajena siendo taladores de bosques, de servir al pueblo siendo sus inclementes asesinos, de combatir el robo siendo los principales titulares del despojo, o bien afirmar: "el clima tiene la culpa. . . no hay modo de que una muchacha sea bien a bien señorita cuando ya la perdieron", siendo ellos los despiadados corruptores.

Y, ¿qué piensa el Promotor acerca de las fieras que lo rodean y con quienes va a tratar asuntos de inversiones fuertes que significan progreso y redención para aquel explotado lugar? ¿O es que el Gobierno Federal no está informado de la conducta negra desplegada por los caciques succionadores de las riquezas naturales de aquella región? Agustín Yáñez nos da la respuesta mediante el monólogo del Ing. Pascual Medellín: *Conquistadores caciques forajidos Rueda de fieras. En otro sitio, en otra ocasión se hubieran agarrado a balazos Quietecitos por el interés por el puro interés de obtener ventajas cada uno a costa de los demás. . . Ojalá no fueran necesarios Aduñados de tierras y del miedo general y de la sombría leyenda de su fuerza y de ser ellos mismos el progreso Forajidos de ser representantes del orden caciques orden progreso su ley omnipotente ante todo tratando de dormirme. . . Pobre país que tiene todavía que aceptar bandidos, asesinos, sinvergüenzas en esfuerzos positivos de interés nacional y concederles hasta puestos de dirección, de elección, para sobrellevarlos, para neutralizarlos, para aprovecharlos, cuántas veces ha sido diputado este talamontes, y cuántas veces el Gobierno ha tenido que depositar confianza y convertir en sus agentes a cada una de las fieras que me rodean. . . , he tenido que convocarlos y aceptar aquí su cita y disimular su engañosa zalamería de tigres. . . , se sienten, alrededor de mí, como en torno de un conejillo; aventura atractiva junto al mar; mucho diera por compartirla mi amigo Diego Láinez, argumentista; mi amigo Diego Láinez y tantos otros que inventan a México desde sus oficinas, en sus conversaciones de café. . .*

El novelista, en este primer capítulo, ha preparado el escenario donde destacará el cacique mayor; ése de quien Medellín y los otros cuatro son huéspedes y que, la noche durante la cual debían conversar de negocios, no se presenta y los deja dormir solos, rumiando la angustia del recíproco miedo. En el segundo capítulo: "Otro día", sabemos que Ricardo Guerra Victoria, apodado "El Amarillo", es el personaje alrededor de quien girarán las historias que integran la novela; lo sabemos por la importancia que Yáñez le concede al trazarnos su personalidad. "El Amarillo" "dueño de La Encarnación —veinte kilómetros de litoral asombroso— y de miles de hectáreas, tierra adentro. Fabuloso. Ya dobla el medio siglo y parece tener veinte, no más de veinticinco años: ágil, parlanchín, risueño, sangre liviana, parece incapaz de matar una mosca y su leyenda es de demonio. . . , ondulante, a veces, como serpiente; a veces categórico, tajante, como zarpa o machete; hábil en refrenar sus cóleras, en disimular sus designios, y en fingir designios y cóleras cuando lo necesita; mal hablado, con gracia para unos, con furor para otros y, cuando quiere, pulido en todas formas; nunca hace gala de sus armas, pero es rápido, sereno y preciso en usarlas, sin que nadie, nunca, pueda jactarse de haberlo sorprendido indefenso". Ricardo Guerra Victoria es el más astuto de los caciques presentados por Yáñez sobre *La tierra pródiga*; su personalidad está cimentada sin odio por parte del novelista, expuesta con la naturalidad propia de quien domina su pasión y ha calculado al personaje moviéndose a base de cinismo, porque "El Amarillo" es eso, un cínico antes que otra cosa, un carácter no fácil de sostener en una novela a menos que su autor sea un profesional del relato como Agustín Yáñez.

La tierra pródiga aborda un problema hasta cierto punto local en cuanto a la geografía donde sucede, no así en cuanto a los individuos que intervienen como explotadores del lugar, oponiéndose a cualquier intento que signifique introducir la majestad de lo legal y lo justo. Yáñez habla de comisiones de estudio, de inversiones mixtas, de carreteras, irrigación, sanidad, educación, de beneficiarios, de desarrollo de programas en gran escala, de planes integrales, de cooperación proporcional, etc., sin perder de vista que su problema, el tocado en la novela, no sólo se compone de ese aspecto puramente objetivo, sino también del aspecto subjetivo que acerca al individuo hacia la naturaleza, hacia el paisaje, y que partiendo de su

mundo interior conjuga los sentimientos con el lirismo descubierto en los motivos exteriores. Por eso, en medio del odio, la voracidad y la desconfianza que mueve a cada uno de los caciques despiadados, caben, por ejemplo, el amor, los celos y la ternura que da el enamoramiento de una mujer, así es "El Amarillo"; a la par de las palabras dichas por el Ing. Medellín, frías, concretas, estadísticas, gubernamentales, surgen las de Yáñez, listo a recordarnos que novelar es arte literario, descripción poética y poesía descriptiva, que el sol no sólo arranca el agua que brota de la piel castigada, sino que también juega con el verde-verde de los árboles y el verde-azul de las aguas marinas, produce el incendio del rosicler, proyecta hacia el infinito las sombras de arañas de los cocoteros al final de la tarde y es el dinamo que, aparte de su fuego de soldadura autógena, desparrama la matización de las horas como en una onírica fantasía.

La presente novela dedica su tema a relatar la lucha entre el Gobierno Federal y el cacique; lucha pacífica de los intereses oficiales frente a los del virrey latifundista, frente a su astucia que lo lleva no sólo a presentarse como un bienhechor provinciano, sino además a intentar para sí el usufructo de las inversiones oficiales; lucha que se bifurca varias veces entre el cacique mayor y los aspirantes a ocupar su puesto, de aquí que en la novela de Yáñez cualquier arreglo firmado por Ricardo Guerra y el Ing. Medellín, siempre sea un arreglo a medias, puesto que los caciques menores no se solidarizan, pues "de todos modos —dice uno de ellos— el que se beneficiará directamente será el avorazado de 'El Amarillo' que a toda costa quiere hacer de la nada, con nada, la ciudad más mentada del mundo, a ley de su capricho, por orgullo, como aquellos que dicen que quisieron hacer una torre más alta que el cielo, y lo que pasó fue que se les entrambulicaron las lenguas. . ." Palabras estas que aprovecha el novelista para dirigir con buen humor toda una crítica a nuestra incultura y a la discriminación de que nos hacen objeto los americanos de habla inglesa. . . "y nos hicieron el flaco servicio —concluye el cacique— de que ahora no podamos entenderles sus borucas a los gringos, ni saber cuándo nos mientan la madre y nos humillan".

Siete son en total los hombres fuertes de aquella región, entre los que destaca "El Amarillo" como el más aventajado y hábil. De los siete sabemos sus historias dadas por Yáñez en forma aparentemente desordenada y que, como en *Al filo*

del agua, obedece a un premeditado plan a fin de producir efectos técnicos magistrales. De las siete historias, la mayor —como ya dijimos— es la de Ricardo Guerra, sin que por ello olvidemos trazos ligeros de individuos como el Ing. Medellín y, más acabados, como la figura abnegada y sufrida de doña Elena, esposa de "El Amarillo". Este, como personaje es el punto donde confluyen las actividades de los demás individuos; Yáñez cuenta la vida de Guerra desde que llega al pueblo con su camión de transporte y se ofrece, calculando ventajas para el futuro, como servidor de "correos y agente de encargo gratuito"; relata la manera de ganarse las simpatías de las gentes prestándose a servir de comodín; narra las dificultades que tiene en un principio para adaptarse a las costumbres distintas de los costeños, siendo que él es originario de Los Altos, los modos de que se vale para obtener a doña Elena con quien está casado desde hace treinta años, el odio encarnizado que le cobra a Sotero Castillo, quien a su vez desea vengarse de Guerra raptando a doña Elena, deseo al que "El Amarillo" corresponde maquinando sobre Gertrudis, hija menor de Sotero.

Las intrigas crean el ambiente natural que da clima a la novela de Yáñez; intrigas de caciques para "cooperar" con el Gobierno, así como para despedazarse entre ellos mismos; en una u otra forma, "El Amarillo" consigue eliminar a sus competidores, ser nombrado por la Comisión gubernamental el ejecutor de la ciudad turística "en el más maravilloso sitio de la costa occidental, como promoción privada piloto de la marcha al mar" y obtener a Gertrudis que, de un simple deseo por venganza personal, pasa a convertirse en la proyección de una serie de sentimientos desconocidos hasta entonces por Guerra Victoria.

En las páginas finales de *La tierra pródiga* entendemos que el cacique se reconoce impotente ante un enemigo superior; lo entendemos en estas palabras que Agustín Yáñez pone en labios de "El Amarillo": "...no se trata de pelear con hombres, uno a uno, ni siquiera en montón... El pleito es con un fantasma que todos mientan y nadie conoce bien a bien... ora le dicen 'la institución'; luego, que 'la marcha' o bien, 'el plan', o 'el consejo'; que su chucha madre... aunque a todos esos, y a sus achichincles, ingenierillos técnicos, me los echara al pico, de nada serviría: 'la institución' seguiría en pie, caminando en mi contra con más ganas... Es aquello de 'con Sansón a la patadas'..." La solución al problema de política

interna que Yáñez aborda es en exceso discutible, válida tal vez sólo en cuanto al aplastamiento del cacique. Conforme al género novelístico, el aspecto humano así como el político ratifican al autor como alta cifra del relato mexicano.

II

Luis Spota

EN otra ocasión, al referirnos al éxito editorial que obtienen las novelas de Luis Spota, hicimos notar que los grandes novelistas mexicanos, los de la Revolución, nunca disfrutaron de dicho éxito. Asombra saber que en un medio cultural como cualesquiera de los países latinoamericanos, un autor nacional, de escasos treintaicinco años, vea agotadas, de 1956 a 1960, cinco ediciones de una obra suya, o bien que un segundo título se reedite a los 15 días de su publicación; estos son los casos, respectivamente, de *Casi el paraíso* y *La sangre enemiga*. Azuela, López y Fuentes, Guzmán, Muñoz, serían más grandes de lo que ya son si sus obras, además de ser documentos carísimos que versan sobre un momento de la historia del pueblo mexicano, fuesen buscadas por un público ávido como el de Spota. Es bueno reparar en que el autor de *Los de abajo* y veintitrés novelas más, Mariano Azuela, hasta después de los cincuenta años de edad fue descubierto —si se nos vale el término— por el erudito Francisco Monterde; o también, en que un gigante del relato como Rómulo Gallegos necesitó triunfar a los cuarenta y cinco años de edad en un certamen literario para que sus novelas fueran reeditadas y divulgadas; en cambio Spota, antes de los treintaicinco años ya es comentado en los círculos autorizados parisinos y atrae el interés de los críticos soviéticos.

Los títulos de las novelas de Luis Spota dan la clave del éxito que comentamos, sobre todo los primeros: *Más cornadas da el hambre* y *Murieron a mitad del río*; comentando esta última un escritor soviético dice que "Spota es uno de los escritores mexicanos que abordan los problemas más candentes y palpitantes de la vida mexicana, que encuentra a sus héroes entre el pueblo de su patria. . ." y que a ello se debe su popularidad.²

² Ver artículo de M. KREMNIÖV en *Tiempos Nuevos* (Revista Semanal de Política Exterior), Edición española, Núm. 22, 1960.

La explicación es aceptable sólo en lo que se refiere a la primera parte de la afirmación, es decir, a que "aborda los problemas más candentes y palpitantes", no así respecto a encontrar "a sus héroes entre el pueblo de su patria", puesto que nadie podrá negar la trascendencia que tiene Pancho Villa como héroe popular del pueblo mexicano y sin embargo, insistimos, Martín Luis Guzmán no obtuvo a su tiempo el éxito de Luis Spota.

Ahora bien, la más reciente novela del joven autor que de nuevo nos ocupa, *El tiempo de la ira*,³ se aparta del ambiente mexicano y ubica su tema a lo largo de nuestra América Latina; sin identificar el desarrollo del relato con los acontecimientos de un país determinado, sabemos de inmediato que nos adentramos en la realidad latinoamericana, en un hecho que lo mismo descubrimos parcialmente sucedido en Venezuela que en Centroamérica o en Cuba; lo negativo de esta novela de Spota es la desorientación que se advierte en cuanto a que mezcla anárquicamente los elementos de una auténtica situación revolucionaria con la de otras demagógicas, traidoras, reaccionarias y antípodas de cualquier asomo democrático. Spota trabaja aquí sobre el tema de las revoluciones y golpes de Estado en los países latinoamericanos; se ocupa del caudillo militar que viniendo desde el exilio derroca al Generalísimo-Presidente y libera a su pueblo esclavizado por el terrateniente, engañado por el clero y explotado por el capitalismo extranjero. *El tiempo de la ira* relata la historia de César Darío, su biografía política dividida en tres partes: conspiración, gobierno y muerte, y que en la novela el autor simbólicamente titula: "El alba", "El día" y "La noche".

La primera parte es, como ya apuntamos, el relato de la conspiración que se inicia "al otro lado de las aguas" y cuyas peripecias del movimiento invasor nos dan una imagen del revolucionario cubano Fidel Castro Ruz, imagen que se desvanece más adelante cuando observamos la rapidez con que triunfa el movimiento, similar al que en Guatemala encabezó el traidor Carlos Castillo Armas. Por supuesto, la confusión de este tipo de personaje y sus hechos contradictorios abunda a lo largo de la novela.

"El alba" muestra las intrigas y bajezas de los militares y

³ LUIS SPOTA, *El tiempo de la ira*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 323 págs., México, 1960, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 61.

civiles poco sabedores de lo que significa la palabra Revolución; muestra también lo que en Spota viene a ser ya una experiencia propia de sus novelas: el salvajismo de los matones a sueldo inmisericordes en la tortura ("...comenzaron a golpearlo metódicamente—escribe Spota—; no uno solo como al principio, sino tres individuos... Deseaba Víctor con toda su alma conocer el paradero de Darío y revelarlo para que no siguieran castigando su rostro, su estómago, sus riñones, sus testículos; pero los dueños de las voces creían que callaba por lealtad y porque era valiente; y proseguían sin prisa y ni siquiera con furia su tarea de causarle daño con sus manoplas de hierro y sus filudos anillos..."), salvajismo que apreciamos en otras obras suyas, la anterior por ejemplo: *La sangre enemiga*, donde Spota pone en labios de los golpeadores de Esteban casi las mismas palabras que en labios de los de Víctor: "Es inútil zumarle más... Con lo que ha recibido otro habría denunciado hasta a su madre..." Y es oportuno señalar que el autor incluye nuevamente la intervención despiadada del ciudadano yanqui, baste recordar *Murieron a mitad del río* y la autoridad del F.B.I. en *Casi el paraíso*; "El alba" muestra además la teoría política de lo que en adelante será la tesis del relato, el cual alejado de la figura de Castillo Armas, no sin antes darnos ideas de Rojas Pinilla, Trujillo, Pérez Jiménez y Somoza, se acerca a la demagogia de Perón; así cuando César Darío explica que los días de intranquilidad y sangre son hechos pretéritos: "El pueblo del país apoya la Rebelión de la Libertad. A ese pueblo noble y maravilloso puedo anunciarle que gracias a la Revolución, el tiempo de la ira ha pasado, y que no volverá... No soy comunista, como me acusan de serlo... No tengo nexos de ninguna clase, tampoco, con los fascistas o los clericales, ni mucho menos con los capitalistas extranjeros... Mi único compromiso, ¡por que tengo uno muy grande!, es con el pueblo, y esto no es un lugar común".

"El día" es la parte más seria y halagadora de *El tiempo de la ira*; el Presidente César Darío se vincula al pueblo, construye viviendas populares, neutraliza y derrota al clero, nulifica al ejército mediante la repartición de armas a los trabajadores, se enfrenta a las compañías extranjeras y las expropia del mismo modo que los terratenientes feudales del país. "El día" es en verdad un lapso claro por el sentido patriótico y nacionalista que le imprime Spota; César Darío es el mandatario con una opinión acerca de los militares ("...Son voraces y traído-

res como las serpientes; pero como éstas, en cuanto tienen la barriga llena buscan una sombra y en una siesta interminable hacen la digestión. Y que sigan haciéndola es lo que me propongo... secreto de alta política... enriquece a tu enemigo... cuando el enemigo está ahito ya no tiene fuerza. Entonces puedes anularlo definitivamente..."); acerca de la forma en que se debe responder a los tácticos de *Wall Street* ("...siguen pensando que, por medio del bloqueo económico, pueden reventar a países pequeños, indefensos y semicoloniales como el nuestro. El Pacto Comercial con la U.R.S.S. y la China Popular nos sacó a flote y sirvió para que los altivos señores de *Wall Street* y la *City* comprendieran que existiendo en el mercado rivales tan poderosos ya no es prudente seguir manteniéndose en su antiguo y acostumbrado plan de soberbia..."); sin embargo, "El día", como todo día, es a ratos víctima de lo oscuro, estas sombras de Spota que lo llevan a solucionar problemas de teoría política o de lógica económica mediante situaciones de chantaje (piensa el embajador yanqui: "...Me ha pucsto un pie en el pescuezo: o ceden las compañías o se echa en brazos de los rusos..."), o de falsos delitos (un ex Presidente dice a un Presidente: "...¿Verdad, don Héctor, que para los gobernantes es comodísimo tener en el código el delito de disolución social? Bajo él podemos enjuiciar a quienes nos estorban. Ya lo sabe usted ahora por experiencia"), o de legalidad irracional ("Convocó a un Consejo extraordinario de ministros. A medianoche anunció a éstos que ante la actitud anti-patriótica de los estudiantes, había decidido pedir al Congreso autorización para abolir la Ley de Autonomía Universitaria"), situaciones todas que podemos interpretar de distintas maneras: miedo, ignorancia o traición.

"La noche" es la parte menos importante en relación al carácter determinadamente político de la novela; el *suspense* creado por Spota para asesinar al caudillo es innecesario o demasiado reiterativo, a menos que el caso psíquico de Víctor, el magnicida, caso de inseguridad, de desajuste filial, complejo de ingratitud y cobardía, tienda a desvirtuar el mérito del gran magnicida o a sugerir una solución anárquica para ventilar problemas que únicamente pueden desaparecer bajo la presión coordinada de las mayorías de un Estado. En síntesis, la tesis del *Tiempo de la ira* sería el tiempo de reconstrucción peroniana, de justicialismo argentino; una tercera posición fácil y una heroicidad idealista, falsa, demagógica, útil en todo caso

para esgrimir el argumento anticomunista por conveniencia, hijo de la ineptitud o de la incapacidad oficial que ante el reclamo popular sólo sabe responder con esta disyuntiva: verborrea metafísica o garrote muy concreto.

III

Miguel Angel Asturias

ESTA novela fue empezada en Buenos Aires (1952), continuada en París (1953) y en San Salvador (1954) y concluida en Buenos Aires (1955); no obstante, hasta cinco años después es editada y puesta en circulación. *Los ojos de los enterrados*⁴ cierra el triángulo de temática bananera al que pertenecen *Viento fuerte* y *El Papa verde*. En la primera novela de la trilogía, *Viento fuerte*, Asturias presentó el desplazamiento de los pequeños productores de banano por parte del monopolio; en *El Papa verde*, nombre que alude al presidente de la compañía frutera, el autor denunció la manera despótica como los intereses extranjeros convirtieron la sangre, el sudor y la tierra guatemaltecos en instrumento para obtener sus exorbitantes ingresos; y ahora, en *Los ojos de los enterrados*, Miguel Ángel Asturias relata la historia de la huelga general que derrocó al dictador del país y que asestó el primer golpe patriótico a la Compañía bananera. En forma indirecta, a través de uno de los personajes, don Nepo, se recuerda el comienzo de la Compañía, los medios de que los norteamericanos se valieron para despojar a los nativos de sus pequeñas parcelas. "Se lo puedo probar —sostiene don Nepo—. . . con el testimonio de una mulata, mi conocida, hija de una de las familias que desposeyeron y echaron de por allá. Anastasia se llama, y si un testigo no hace prueba cabal, con el dicho de Juambo, su hermano, quien también vio cómo empezó la compañía robándoles las tierras, quemándoles los ranchos, botándoles los cercos, arrancándoles las siembras, matándoles los pocos animales que tenían. . ."

El título de *Los ojos de los enterrados* corresponde a una leyenda indígena guatemalteca, en la cual se afirma que los muertos mantienen bajo tierra los ojos abiertos y sólo los ce-

⁴ MIGUEL ANGEL ASTURIAS, *Los ojos de los enterrados*, Editorial Losada, S. A., 482 págs., Buenos Aires, Argentina, 1960, Colección Novelistas de nuestra época.

rrarán cuando impere la justicia; de aquí que la huelga general al derrotar a la empresa frutera se convierta en el vértice donde convergen el pasado milagroso y el presente real, la creencia hermosa de un mundo mágico desaparecido y la rudeza dolorosa de una existencia que crece hora a hora, día a día, y de la que depende el futuro de las generaciones. Entre el pasado y el futuro se extiende una realidad de barro humano insospechado que da consistencia de lugar y ambiente a la vida palpitante que llena la novela, al realismo impregnado de folklore, así como de la urgencia de alzar los puños para derrotar al feudalismo retrógrado y al explotador bananero representativo del Imperialismo despiadado.

Al fondo de este relato tan rico en temas puramente épicos, Asturias incorpora trazos de un lirismo que tiende a sustituir los juegos de colores que poctizaron las páginas de otras obras suyas, pues en verdad, aquí encontramos elementos utilizados antes como son lo onírico, lo supersticioso, lo típico, pero gozamos con ese elemento que es el color manejado por Asturias para teñir el cristal de la narración. Algunas historias de sus personajes son impresionantes, increíbles por su colindancia con lo fantástico, así es inolvidable el rostro de Tabío San, agitador perseguido por la gendarmería que se ve obligado a deformarse la cara ingiriendo ciertos hongos; también es inolvidable la demencia de Juambo, profanador del cementerio y la entrega de Malena a la causa de liberación de su patria. Todo y todos giran alrededor de la preparación y triunfo de la gigantesca huelga general.

La historia más importante es la de Tabío San o Juan Pablo Mondragón porque simboliza dos aspectos fundamentales del relato: el amor que profesa a su pueblo batallador y esperanzado y el amor que siente por Malena Tabay, joven profesora a la altura de un doble deber. Otro de los personajes construido con acierto por Miguel Ángel Asturias es el cura mexicano, cuyos hábitos no lo salvan de la desconfianza gubernamental, ya que desde el púlpito predica a favor de la Virgen de Guadalupe, virgen india como los hombres que llegan a su iglesia y por lo que se le envía fuera del país. El Comandante encargado de manifestar al cura el motivo de su expulsión, le dice: "Padrecito, tengo orden de mandarlo a la frontera . . . , lo acusan de estar organizando aquí eso que llaman la huelga general . . . ¡A usted se le fue la sin hueso . . . andaba queriendo hacer de Cura Hidalgo! ¡Casi na . . . ranjas!

Pero esas cosas por aquí no pegan... Aquí no... ches son todas... ¡Cómo se le pudo ocurrir, es lo que yo me pregunto, poner en la iglesia una Virgen que es india, aquí donde hasta los santos deben ser gringos canches y con ojos azules... santos de pasta blanca que venden por docena, no nuestras imágenes antiguas, aquellas de madera de aquí mismo, porque la cuña para que apriete, aunque sea en el cielo, debe ser del mismo palo...'' Con esta ironía que reflejan las palabras del Comandante interviene Asturias la mayoría de veces en temas, descripciones, personajes, etc., y sólo refiere con seriedad, con excesivo respeto, lo tocante al movimiento huelguístico. Ahora bien, con ironía o sin ella, este novelista cuenta con una forma especial de expresar sus conceptos: "Bueno —comenta uno de sus personajes— es que comunista y finado con este gobierno casi son sinónimos". Un huelguista, pensando en los países centroamericanos donde la frutera lucra a los trabajadores del banano, propone: "...este movimiento... se amplía al Pacífico, ¿por qué no a la Costa Norte de Honduras?, si ellos son varias compañías y un solo consorcio verdadero, ¿por qué no les oponemos nosotros un solo frente?...'' la profesora, cuando se le sugiere la existencia de cien profesoras capaces como ella, responde: "¿Para qué, para transformar esto en cárcel o cementerio? Educando hombres así, tendrían que multiplicar las cárceles y ampliar los cementerios". Y el hombre analfabeto, en medio de su ignorancia sabe bien algunas cosas y las explica metafóricamente: "...Pero el Cerro Brilloso es sordo, porque es un cerro muy rico. Y lo primero, para ser rico, es volverse sordo...''

Los ojos de los enterrados es una novela social, de tema revolucionario, reforzada en su técnica con recursos surrealistas; gran novela, y más grande sería si disminuyese un tanto lo recargado del folklore; a ratos ciertas reiteraciones, como esa de recordarnos varias veces cómo se conocen Mondragón y Malena, producen fastidio; no obstante, la riqueza de Asturias para relatar sus temas y su maestría en el género, borran por completo los pecados veniales.

En la página final, Miguel Angel Asturias se ocupa de dos aspectos vistos por él a lo largo de la obra, dos aspectos de intensidad e importancia distinta, pero que se complementan; el primero se entiende cuando leemos: "... Malena le esperaba a la puerta, un fusil al hombro, el cabello apenas recogido en un moño, todos los días de su lucha callejera pin-

tados en su trigueña palidez, y fue hacia él a besarlo y abrazarlo entre las voces y el aplauso de amigos y conocidos que se habían estacionado allí cerca en busca de las últimas noticias..."; y el segundo cuando sabemos que "...La Dictadura y la Frutera caían al mismo tiempo y ya podían cerrar los ojos los enterrados que esperaban el día de la justicia..." Sin embargo, con tristeza aceptamos hoy que *Los ojos de los enterrados* sólo diez años estuvieron cerrados, pues la traición de Castillo Armas y lo regresivo de Idígoras fueron más que suficiente para abríselos bajo la tierra en espera de la justicia que los libere definitivamente.

Í N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 6 0

Año XIX

Vols. CVIII al CXIII

Nos. 1 al 6

ÍNDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
LEOPOLDO ZEA. Latinoamérica y la guerra fría	I	7
JESÚS SILVA HERZOG. ¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro	I	18
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. El primer día, otra vez	I	53
BENJAMÍN CARRIÓN. Hacia la Segunda Independencia. Ecuador en 1959	I	60
JAIME TORRES BODET, MANUEL TELLO, IGNACIO CHÁVEZ, LUIS GARRIDO, PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, ANTONIO CASTRO LEAL, EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, FERNANDO DÍEZ DE MEDINA, GERMÁN ARCINIEGAS, VICENTE SÁENZ, FERNANDO ORTIZ, RICARDO DONOSO, ALFREDO PAREJA DÍEZ CANSECO, JOSÉ LUIS CANO, ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ, MANUEL VILLEGAS LÓPEZ, MAX AUB, JOSÉ GAOS, RAMÓN XIRAU, LUIS CARDOSA Y ARAGÓN, FRANCISCO MONTERDE, RODOLFO USIGLI, HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ, LUIS ALBERTO SÁNCHEZ y MARIANO PICÓN SALAS. Homenaje a Alfonso Reyes	II	7
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, FRANCISCO GINER y LUIS VILLOORO. Un año más de <i>Cuadernos Americanos</i> . Discursos	II	51
JESÚS SILVA HERZOG. El mexicano y su morada	III	7
PLÁCIDO GARCÍA REYNOSO. La asociación latinoamericana de libre comercio	III	23
RAÚL ROA KOURÍ. Un año de revolución cubana	III	42
C. WRIGHT MILLS, ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO, CARLOS FUENTES, JAIME GARCÍA TERRÉS y VÍCTOR FLORES OLEA. Izquierda, subdesarrollo y guerra fría. Un coloquio sobre cuestiones fundamentales	III	53

	Núm.	Pág.
ADOLFO LÓPEZ MATEOS. México y Cuba	IV	9
CSVALDO DORTICÓS TORRADO. Cuba y México	IV	11
LOLO DE LA TORRIENTE. La revolución y la cultura cubana	IV	13
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. El fracaso de París. Reflexiones sobre la coexistencia pacífica	IV	27
VICENTE GIRBAU LEÓN. España y la guerra fría. I. El cerco diplomático	IV	41
ALFREDO L. PALACIOS. Una revolución auténtica en nuestra América	V	7
VICENTE GIRBAU LEÓN. España y la guerra fría. II. España en la guerra fría	V	53
ISIDRO FABELA. La Sexta y Séptima Conferencias de Cancilleres ante el derecho positivo internacional	VI	9
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Guatemala en 1960	VI	28
MAURICIO DE LA SELVA. El Salvador en 1960	VI	35
EDMUNDO FLORES. La economía de plantación	VI	47

Notas

<i>Libros sobre América</i> , por MAURICIO DE LA SELVA y EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ	I	73
<i>El Congreso de Maracay</i> , por FEDRO GUILLÉN	IV	59

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Ensayos

TOMÁS G. PERRÍN. Dos jornadas—la de plata y la de oro—en la vida de Gregorio Marañón	IV	73
JUAN CUATRECASAS. El sentido hipocrático de Marañón	IV	80
CEFERINO PALENCIA. El doctor don Gregorio Marañón en su obra literaria	IV	92
INDALECIO PRIETO. La ideología de Marañón	IV	110
J. REFORZO MEMBRIVES. La personalidad polifacética de Marañón	IV	132
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, Pedro Henríquez Ureña. Evocación iconomántica, estrictamente personal	V	73

	Núm.	Pág
DIEGO CÓRDOBA. México honra al poeta Andrés Eloy Blanco	V	99
RÓMULO GALLEGOS. Un hombre cabal	V	108
JOSÉ GAOS. Alfonso Reyes o el Escritor	V	111

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

EMILIO SOSA LÓPEZ. El hombre y sus peligros en nuestro tiempo	I	91
VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE. Sobre la revolución intelectual de nuestro siglo	I	112
SALVADOR ECHAVARRÍA. El arte como conocimiento	I	132
FREDERIC H. YOUNG. William James psicólogo, moralista y pragmatista	I	148
NAPOLEÓN VIERA ALTAMIRANO. El mercado común latinoamericano y nuestra industrialización	II	67
FRANK TANNENBAUM. La política en la América Latina	II	90
ANTONIO PEYRI. Comentarios al problema del poder	II	119
LUIS ABAD CARRETERO. Bergson y el instante	II	129
GUILLELMO DÍAZ DOIN. La Organización de Estados Americanos y la no intervención	III	73
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. Existencia y destino del hombre según José Ortega y Gasset y Jean Paul Sartre	III	89
ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Antipodas de un sistema: Andalucía y el País Vasco	III	110
EMILIO SOSA LÓPEZ. La naturaleza humana y el sentido del sacrificio	IV	153
FREDERIC H. YOUNG. La filosofía contemporánea en los Estados Unidos: 1900-1950	IV	174
ELI DE GORTARI. La era de la energía nuclear	V	133
MIGUEL BUENO. Los principios lógicos supremos	V	152
CARLOS BENÍTES BALUARTE. Patografía y arte	V	163

	Núm.	Pág.
SARA BROWN. Un fragmento histórico de la inconformidad	VI	67

Notas

<i>La institución libre de enseñanza y la educación en España</i> , por ANTONIO SALGADO	I	164
---	---	-----

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

ROMUALDO BRUGHETTI. Tiwanaku: etapas de su arte	I	171
LUIS NICOLAU D'OLWER. Resurrección de Menandro	I	180
RICARTE SOLER. El pensamiento sociológico de Mariano Otero	I	192
R. OLIVAR BERTRAND. Prim, un Archivarón del siglo XIX	I	208
ALFONSO CASO. Valor histórico de los Códices Mixtecos	II	139
MARCELINO C. PEÑUELAS. El siglo XVIII y las crisis de la conciencia española	II	148
SEGUNDO SERRANO PONCELA. Godoy y los ilustrados	II	180
CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA. Causas que más influyeron en las derrotas de los ejércitos indígenas durante las guerras de la Conquista	III	133
SILVIO ZAVALA. El mundo americano en la época colonial	III	150
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. José Batlle y Ordóñez	III	171
MARCEL BATAILLON. Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima	IV	197
EDUARDO ORTEGA Y GASSET. Comprensión histórica. Rectificación de rumbos. La inquisición	IV	217

	Núm.	Pág.
FRANCISCO ARELLANO BELLOC. Presencia de Miguel Hidalgo y Costilla	V	173
ALIRIO UGARTE PELAYO. Presencia de Bolívar en los problemas actuales de América	V	204
MAURICIO DE LA SELVA. El Salvador: noticias histórico-políticas	V	225
EUSEBIO DÁVALOS HURTADO. El Instituto Nacional de Antropología e Historia	VI	125
JESÚS SILVA HERZOG. Un esbozo de la revolución mexicana (1910-1917)	VI	135
FRANÇOIS CHEVALIER. Un factor decisivo de la revolución agraria de México: el levantamiento de Zapata (1911-1919)	VI	165
ESTUARDO NÚÑEZ. El Amazonas en el afán científico de los viajeros Herndon y Gibbon	VI	188

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Ensayos

JOSÉ LUIS CANO. Tres poetas frente al misterio (Darío, Machado, Aleixandre)	I	227
CLAUDE L. HULET. La segunda generación romántica argentina	I	232
VERA F. BECK. América en la obra de algunos poetas españoles	I	249
ERNESTO MONTENEGRO. El encantamiento de Federico Gana	I	260
FERNANDO LEÓN DE VIVERO. La respuesta de "La Pitito"	I	278
EMILIO ORIBE. El cántico espiritual	II	211
MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ. Cinco poemas	II	214
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Suramérica al encuentro de su estilo	II	219
HOMERO CASTILLO. Mariano Latorre, orígenes de una vocación literaria	II	228
GUILLERMO DE TORRE. Emilia Pardo Bazán y las cuestiones del naturalismo	II	238
F. FERRÁNDIZ ALBORZ. Luis Araquistain, su obra en su tiempo	II	261
MAURICIO DE LA SELVA. Novela y poesía	II	276

	Núm.	Pág.
HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA. <i>Secreta sem- janza</i> .	III	197
RAMÓN XIRAU. <i>La última Tule de Alfonso Reyes</i> .	III	203
FERNANDO ALEGRÍA. <i>Nicanor Parra, el anti- poeta</i> .	III	209
CONCHA ZARDOYA. <i>Valores cromáticos de la poesía de Garcilaso</i> .	III	221
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. <i>Los problemas del cine. Neo-realismo a vida o muerte</i> .	III	238
TUDOR VIANU. <i>Sobre los caracteres específicos de la literatura rumana</i> .	III	254
AGUSTÍN YÁÑEZ. <i>El mentado "Amarillo"</i> .	III	275
A. VALBUENA BRIONES. <i>La poesía gauchesca</i> .	IV	235
ALEJANDRO LORA RISCO. <i>Introducción a la poesía de César Vallejo</i> .	IV	261
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS. <i>Los ojos de los en- terrados</i> .	IV	278
OCTAVIO PAZ. <i>Tres poemas</i> .	V	243
VICTORIA OCAMPO. <i>Un regalo de Sarmiento</i> .	V	247
JORGE J. CRESPO DE LA SERNA. <i>Julio Ruelas (1870-1907). Perfil del hombre y su obra</i> .	V	250
RAÚL BOTELHO GOSALVEZ. <i>La novela en Bo- livia</i> .	V	266
FRANCISCO FERNÁNDEZ SANTOS. <i>El otro</i> .	V	282
FERNANDO DÍEZ DE MEDINA. <i>Un ciprés en la Villa de Este</i> .	VI	205
MANUEL MALDONADO DENIS. <i>Boris Leonid Pasternak (1890-1960)</i> .	VI	210
ALLEN W. PHILLIPS. <i>Sobre "Sinfonía en gris mayor" de Rubén Darío</i> .	VI	217
MARGARITA NELKEN. <i>Segunda Bienal Inter- americana de México</i> .	VI	225
J. RUBIA BARCIA. <i>La Pardo Bazán y Unamuno</i> .	VI	240
DANIEL TAPIA. <i>El teatro español de México y su director Álvaro Custodio</i> .	VI	264
FRANCISCO ARELLANO BELLOC. <i>El tallador</i> .	VI	272

Notas

El cuento y la novela en hispanoamérica, por FRANCISCO MONTERDE

I 282

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: *Nuestro Tiempo*.—H. de N. E.: *Hombres de Nuestra Estirpe*.—A. del P.: *Aventura del Pensamiento*.—P. del P.: *Presencia del Pasado*.—D. I.: *Dimensión Imaginaria*).

	Núm.	Pág.
ABAD CARRETERO, Luis.— <i>Bergson y el instante</i> . (A. del P.)	II	129
ALEGRÍA, Fernando.— <i>Nicanor Parra, el anti-poeta</i> . (D. I.)	III	209
ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio.— <i>El fracaso de París</i> .— <i>Reflexiones sobre la coexistencia pacífica</i> . (N. T.)	IV	27
ARCINIEGAS, Germán.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	24
ARELLANO BELLOC, Francisco.— <i>Presencia de Miguel Hidalgo y Costilla</i> . (P. del P.)	V	173
— <i>El tallador</i> . (D. I.)	VI	272
ASTURIAS, Miguel Ángel.— <i>Los ojos de los enterrados</i> . (D. I.)	IV	278
AUB, Max.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	37
BATAILLON, Marcel.— <i>Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima</i> . (P. del P.)	IV	197
BECK, Vera F.— <i>América en la obra de algunos poetas españoles</i> . (D. I.)	I	249
BENITES BALUARTE, Carlos.— <i>Patografía y arte</i> . (A. del P.)	V	163
BOTELHO GOSALVEZ, Raúl.— <i>La novela en Bolivia</i> . (D. I.)	V	266
BROWN, Sara.— <i>Un fragmento histórico de la inconformidad</i> . (A. del P.)	VI	67
BRUGHETTI, Romualdo.— <i>Tiwanaku: etapas de su arte</i> . (P. del P.)	I	171
BUENO, Miguel. — <i>Los principios lógicos supremos</i> . (A. del P.)	V	152
CANO, José Luis.— <i>Tres poetas frente al misterio (Dario, Machado, Alcixandre)</i> . (D. I.)	I	227
— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	34
CARDOZA Y ARAGÓN, Luis.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	41
— <i>Guatemala en 1960</i> . (N. T.)	VI	28
CARRIÓN, Benjamín. — <i>Hacia la Segunda Independencia. Ecuador en 1959</i> . (N. T.)	I	60

	Núm.	Pág.
CASO, Alfonso.— <i>Valor histórico de los Códices Mixtecos.</i> (P. del P.)	II	139
CASTILLO, Homero.— <i>Mariano Latorre, orígenes de una vocación literaria.</i> (D. I.)	II	228
CASTRO LEAL, Antonio.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	20
CÓRDOBA, Diego.— <i>México honra al poeta Andrés Bello Blanco.</i> (H. de N. E.)	V	99
COSSÍO DEL POMAR, Felipe.— <i>Suramérica al encuentro de su destino.</i> (D. I.)	II	219
CRESPO DE LA SERNA, Jorge J.— <i>Julio Ruelas (1870-1907). Perfil del hombre y su obra.</i> (D. I.)	V	250
CUATRECASAS, Juan.— <i>El sentido hipocrático de Marañón.</i> (H. de N. E.)	IV	80
CHÁVEZ, Ignacio.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	14
CHEVALIER, François.— <i>Un factor decisivo de la revolución agraria de México: "El levantamiento de Zapata" (1911-1919).</i> (P. del P.)	VI	165
DÁVALO HURTADO, Eusebio.— <i>El Instituto Nacional de Antropología e Historia.</i> (P. del P.)	VI	125
DÍAZ-CASANUEVA, Humberto.— <i>Secreta semejanza.</i> (D. I.)	III	197
DÍAZ DOIN, Guillermo.— <i>La Organización de Estados Americanos y la no Intervención.</i> (A. del P.)	III	73
DÍEZ DE MEDINA, Fernando.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	23
—, <i>Un ciprés en la Villa de Este.</i> (D. I.)	VI	205
DONOSO, Ricardo.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	30
DORTICÓS TORRADO, Osvaldo.— <i>Cuba y México.</i> (N. T.)	IV	11
ECHAVARRÍA, Salvador.— <i>El arte como conocimiento.</i> (A. del P.)	I	132
FABELA, Isidro.— <i>La Sexta y Séptima Conferencias de Cancilleres ante el derecho positivo internacional.</i> (N. T.)	VI	9
FERNÁNDEZ, Miguel Ángel.— <i>Cinco poemas.</i> (D. I.)	II	214
FERNÁNDEZ MÉNDEZ, Eugenio.— <i>Libros sobre América.</i> (N. T.)	I	84
FERNÁNDEZ SANTOS, Francisco.— <i>El otro.</i> (D. I.)	V	282
FERNÁNDEZ SUÁREZ, Álvaro.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	35
—, <i>Antípodas de un sistema: Andalucía y el País Vasco.</i> (A. del P.)	III	110

	Núm.	Pág.
FERRÁNDIZ ALBORZ, F.— <i>Luis Araquistain su obra en su tiempo.</i> (D. I.)	II	261
FLORES, Edmundo.— <i>La economía de plantación.</i> (N. T.)	VI	47
FLORES OLEA, Víctor.— <i>Izquierda, subdesarrollo y guerra fría.—Un coloquio sobre cuestiones fundamentales.</i> (N. T.)	III	53
FUENTES, Carlos.— <i>Izquierda, subdesarrollo y guerra fría. Un coloquio sobre cuestiones fundamentales.</i> (N. T.)	III	53
GALLEGOS, Rómulo.— <i>Un hombre cabal.</i> (H. de N. E.)	V	108
GAOS, José.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	38
—.— <i>Alfonso Reyes o el escritor.</i> (H. de N. E.)	V	111
GARCÍA REYNOSO, Plácido.— <i>La asociación latinoamericana de libre comercio.</i> (N. T.)	III	23
GARCÍA TERRÉS, Jaime.— <i>Izquierda, subdesarrollo y guerra fría.—Un coloquio sobre cuestiones fundamentales.</i> (N. T.)	III	53
GARRIDO, Luis.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	17
GINER, Francisco.— <i>Un año más de Cuadernos Americanos. —Discursos.</i> (N. T.)	II	55
GIRBAU LEÓN, Vicente.— <i>España y la guerra fría. I. El cerco diplomático.</i> (N. T.)	IV	41
—.— <i>España y la guerra fría. II. España en la guerra fría.</i> (N. T.)	V	53
GONZÁLEZ, Manuel Pedro.— <i>José Batlle y Ordóñez.</i> (P. del P.)	III	171
GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes.</i> (N. T.)	II	19
GONZÁLEZ PEDRERO, Enrique.— <i>Izquierda, subdesarrollo y guerra fría.—Un coloquio sobre cuestiones fundamentales.</i> (N. T.)	III	53
GORTARI, Eli de.— <i>La era de la energía nuclear.</i> (A. del P.)	V	133
GUILLÉN, Fedro.— <i>El Congreso de Maracay.</i> (N. T.)	IV	59
HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl.— <i>Sobre la revolución intelectual de nuestro siglo.</i> (A. del P.)	I	112
HULET, Claude L.— <i>La segunda generación romántica argentina.</i> (D. I.)	I	232
LEÓN DE VIVERO, Fernando.— <i>La respuesta de "La Pitito".</i> (D. I.)	I	278
LÓPEZ MATEOS, Adolfo.— <i>México y Cuba.</i> (N. T.)	IV	9

	Núm.	Pág.
LORA RISCO, Alejandro.— <i>Introducción a la poesía de César Vallejo</i> . (D. I.)	IV	261
MALDONADO DENIS, Manuel. — <i>Boris Leonid Pasternak (1890-1960)</i> . (D. I.)	VI	210
MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> (N. T.)	II	21
— <i>Un año más de Cuadernos Americanos. — Discursos</i> . (N. T.)	II	51
— <i>Pedro Henríquez Ureña. Evocación iconomántica, estrictamente personal</i> . (H. de N. E.)	V	73
MONTERDE, Francisco.— <i>El cuento y la novela en hispanoamérica</i> . (D. I.)	I	282
— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	42
MONTENEGRO, Ernesto.— <i>El encantamiento de Federico Gana</i> . (D. I.)	I	260
NELKEN, Margarita.— <i>Segunda Biental Interamericana de México</i> . (D. I.)	VI	225
NICOLAU D'OLWER, Luis.— <i>Resurrección de Menandro</i> . (P. del P.)	I	180
NÚÑEZ, Estuardo.— <i>El Amazonas en el afán científico de los viajeros Herndon y Gibbon</i> . (P. del P.)	VI	188
OCAMPO, Victoria.— <i>Un regalo de Sarmiento</i> . (D. I.)	V	247
OLIVAR BERTRAND, R.— <i>Prim, un Archivarón del siglo XIX</i> (P. del P.)	I	208
ORIBE, Emilio.— <i>El cántico espiritual</i> . (D. I.)	II	211
ORTEGA Y GASSET, Eduardo.— <i>Comprensión histórica. — Rectificación de rumbos. — La Inquisición</i> . (P. del P.)	IV	217
ORTIZ, Fernando.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	29
PALACIOS, Alfredo L.— <i>Una revolución auténtica en nuestra América</i> . (N. T.)	V	7
PALENCIA, Ceferino.— <i>El doctor don Gregorio Marañón en su obra literaria</i> . (H. de N. E.)	IV	92
PAREJA DÍEZCANSECO, Alfredo.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	32
PAZ, Octavio.— <i>Tres poemas</i> . (D. I.)	V	243
PEÑUELAS, Marcelino C.— <i>El siglo XVIII y la crisis de la conciencia española</i> . (P. del P.)	II	148
PERRÍN, Tomás G.— <i>Dos jornadas — la de plata y la de oro — en la vida de Gregorio Marañón</i> . (H. de N. E.)	IV	73
PEYRI, Antonio.— <i>Comentarios al problema del poder</i> . (A. del P.)	II	119

	Núm.	Pág.
PHILLIPS, Allen W.— <i>Sobre "Sinfonía en gris mayor"</i> de Rubén Darío. (D. I.)	VI	217
PICÓN SALAS, Mariano.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	50
PRIETO, Indalecio.— <i>La ideología de Marañón</i> . (H. de N. E.)	IV	110
REFORZO MEMBRIVES, J.— <i>La personalidad polifacética de Marañón</i> . (H. de N. E.)	IV	132
ROA KOURÍ, Raúl.— <i>Un año de revolución cubana</i> . (N. T.)	III	42
RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	47
—.— <i>Existencia y destino del hombre según José Ortega y Gasset y Jean Paul Sartre</i> . (A. del P.)	III	89
RUBIA BARCIA, J.— <i>La Pardo Bazán y Unamuno</i> . (D. I.)	VI	240
SÁENZ, Vicente.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	27
SALGADO, Antonio.— <i>La institución libre de enseñanza y la educación en España</i> . (A. del P.)	I	164
SAMAYOA CHINCHILLA, Carlos.— <i>Causas que más influyeron en las derrotas de los ejércitos indígenas durante las guerras de la conquista</i> . (P. del P.)	III	133
SÁNCHEZ, Luis Alberto.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	48
SELVA, Mauricio de la.— <i>Libros sobre América</i> . (N. T.)	I	73
—.— <i>Novela y poesía</i> . (D. I.)	II	276
—.— <i>El Salvador: noticias histórico-políticas</i> . (P. del P.)	V	225
—.— <i>El Salvador en 1960</i> . (N. T.)	VI	35
SERRANO PONCELA, Segundo.— <i>Godoy y los ilustrados</i> . (P. del P.)	II	180
SILVA HERZOG, Jesús.— <i>¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro</i> . (N. T.)	I	18
—.— <i>El mexicano y su morada</i> . (N. T.)	III	7
—.— <i>Un esbozo de la revolución mexicana (1910-1917)</i> . (P. del P.)	VI	135
SOLER, Ricaurte.— <i>El pensamiento sociológico de Mariano Otero</i> . (P. del P.)	I	192
SOSA LÓPEZ, Emilio.— <i>El hombre y sus peligros en nuestro tiempo</i> . (A. del P.)	I	91
—.— <i>La naturaleza humana y el sentimiento del sacrificio</i> . (A. del P.)	IV	153
TANNENBAUM, Frank.— <i>La política en la América Latina</i> . (A. del P.)	II	90

	Núm.	Pág.
TAPIA, Daniel.— <i>El teatro español de México y su director Alvaro Custodio</i> . (D. I.)	VI	264
TELLO, Manuel.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	13
TORRE, Guillermo de.— <i>Emilia Pardo Bazán y las cuestiones del naturalismo</i> . (D. I.)	II	238
TORRES BODET, Jaime.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	11
TORRIENTE, Loló de la.— <i>La revolución y la cultura cubana</i> . (N. T.)	IV	13
UGARTE PELAYO, Alirio.— <i>Presencia de Bolívar en los problemas actuales de América</i> . (P. del P.)	V	204
USIGLI, Rodolfo.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	44
VALBUENA BRIONES, A.— <i>La poesía gauchesca</i> . (D. I.)	IV	235
VIANU, Tudor.— <i>Sobre los caracteres específicos de la literatura rumana</i> . (D. I.)	III	254
VHRA ALTAMIRANO, Napoleón.— <i>El mercado común latinoamericano y nuestra industrialización</i> . (A. del P.)	II	67
VILLEGAS LÓPEZ, Manuel.— <i>El primer día, otra vez...</i> (N. T.)	I	53
—.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	36
—.— <i>Los problemas del cine. Neo-realismo a vida o muerte</i> . (D. I.)	III	238
VILLORIO, Luis.— <i>Un año más de Cuadernos Americanos</i> (N. T.)	II	59
WRIGHT MILLS, C.— <i>Izquierda, subdesarrollo y guerra fría. Un coloquio sobre cuestiones fundamentales</i> . (N. T.)	III	53
XIRAU, Ramón.— <i>Homenaje a Alfonso Reyes</i> . (N. T.)	II	41
—.— <i>La última Tule de Alfonso Reyes</i> . (D. I.)	III	203
YÁÑEZ, Agustín.— <i>El mentado "Amavillo"</i> . (D. I.)	III	275
YOUNG, Frederic H.— <i>William James, sicólogo, moralista y pragmatista</i> . (A. del P.)	I	148
—.— <i>La filosofía contemporánea en los Estados Unidos: 1900-1950</i> . (A. del P.)	IV	174
ZARDOYA, Concha.— <i>Valores cromáticos de la poesía de Garcilaso</i> . (D. I.)	III	221
ZAVALA, Silvio.— <i>El mundo americano en la época colonial</i> . (P. del P.)	III	150
ZEA, Leopoldo.— <i>Latinoamérica y la guerra fría</i> . (N. T.)	I	7

SE ACABO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 31
DE DICIEMBRE DE 1960 EN
LOS TALLERES DE LA EDI-
TORIAL CVLTVRA, T. G.,
S. A., AVENIDA REPUBLICA
DE GUATEMALA NUM. 96,
MEXICO, D. F. SIENDO SU TI-
RADA DE 2.150 EJEMPLARES

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	" " "	25.00	2.50
1946	" " "	25.00	2.50
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	" 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	" 2	20.00	2.00
1951	Números 5 y 6	20.00	2.00
1952	" 1, 2, 3, 4 y 6	20.00	2.00
1953	" 2, 3 y 6	20.00	2.00
1954	" Agotados		
1955	" "		
1956	" 1, 2, 4 y 5	17.00	1.50
1957	" 1 al 5	17.00	1.50
1958	" 1, 2, 3 y 6	17.00	1.50
1959	Números 1, 2, 3, 5 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 75.00
Otros países de América y España Dls. 7.30	
Europa y otros Continentes	„ 8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México	\$ 15.00
Otros países de América y España Dls. 1.40	
Europa y otros Continentes	„ 1.65



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

SUR

FUNDADA EN 1931
Y DIRIGIDA POR
V I C T O R I A O C A M P O

Redacción y Administración: -
SAN MARTIN 689, BUENOS AIRES
T. F. 31-3220 y 32-2879

Jefe de Redacción:
JOSE BIANCO

COMITE DE COLABORACION:

ERNEST ANSERMET	EDUARDO MALLEA
ADOLFO RIOY CASARES	EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
ALBERTO LUIS BIXIO	H. A. MURENA
JORGE LUIS BORGES	SILVINA OCAMPO
CARLOS ALBERTO ERRO	MARIA ROSA OLIVER
WALDO FRANK	ALFONSO REYES
ALBERTO GIRRI	FRANCISCO ROMERO
ALFREDO GONZALEZ GARAÑO	ERNESTO SABATO
EDUARDO GONZALEZ LANUZA	JULES SUPERVIELLE
RAIMUNDO LIDA	GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION:

Número suelto \$ 25.00.

SUSCRIPCION ANUAL:

Argentina y países limítrofes:	Otros países:
Anual \$ 120.00	Anual 6 Dls.
Número suelto ... \$ 25.00	Número suelto: ... 1 \$US

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

Director-Editor (permanente): ALFREDO A. ROCCIANO.

Department of Romance Languages,

State University of Iowa, Iowa City, Iowa.

Director Literario (1959-1961): JOHN E. ENGLEKIRK,

Department of Spanish and Portuguese,

University of California, Los Angeles.

Comisión Editorial (1959-1961): Alceu Amoroso Lima, Donald F. Foguel-
quist, Ernesto Mejía Sánchez, Helena Percas, Allen W. Phillips,

Aníbal Sánchez Reulet y José Vázquez Amaral.

Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU,

Department of Romance Languages,

Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y
Europa.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al
Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir
la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noti-
cias literarias; textos y documentos para la historia literaria mo-
derna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía
hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en
América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States

Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Costo Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilla, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Lorenzo Alcaraz.

NOVEDADES

CORONA DE SOMBRA

por Rodolfo Usigli
(3a. Edición)

Precios:

México	España y América	Europa
\$15.00	1.50 Dls.	1.75 Dls.



"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS
	Pesos Dts.
1.—GANARAS LA LUZ, por <i>León Felipe</i>	(agotado)
2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, SU VIDA Y SU OBRA, por <i>Antonio Castro Leal</i>	(agotado)
3.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (I), por <i>Juan Larrea</i>	10.00 1.00
4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00 1.00
5.—ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por <i>Paul Rivet</i>	(agotado)
6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, por <i>Waldo Frank</i>	(agotado)
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por <i>Enrique González Martínez</i>	(agotado)
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por <i>Eduardo Villaseñor</i>	18.00 1.60
9.—MARTÍ ESCRITOR, por <i>Andrés Iduarte</i>	(agotado)
10.—JARDÍN CERRADO, por <i>Emilio Prados</i>	8.00 0.80
11.—JUVENTUD DE AMÉRICA, por <i>Gregorio Bermann</i>	(agotado)
12.—CORONA DE SOMBRA, por <i>Rodolfo Usigli</i> (tercera edición).....	15.00 1.50
13.—EUROPA-AMÉRICA, por <i>Mariano Picón Salas</i>	18.00 1.60
14.—MEDITACIONES SOBRE MÉXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	10.00 1.00
15.—DE BOLÍVAR A ROOSEVELT, por <i>Pedro de Alba</i>	10.00 1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por <i>Oceano Paz</i>	(agotado)
17.—LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i>	10.00 1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por <i>Gustavo Valcarlos</i>	(agotado)
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. CLOSAS Y SEMBLANZAS, por <i>Manuel Pedro González</i> (empastado)	(agotado)
20.—SIGNO, por <i>Honorato Ignazio Magaloni</i>	10.00 1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	12.00 1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00 1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00 1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por <i>Germán Arciniegas</i>	(agotado)
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por <i>Miguel Alvearres Acosta</i>	12.00 1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Alvearres Acosta</i>	15.00 1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por <i>Dora Isella Russell</i>	3.00 0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por <i>Luis Quintanilla</i>	5.00 0.50
29.—DIMENSION MAGINARIA, por <i>Enrique González Rojo</i>	10.00 1.00
30.—AMÉRICA COMO CONCIENCIA, por <i>Leopoldo Zea</i>	(agotado)
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i>	10.00 1.00
32.—ACTO POÉTICO DE <i>Germán Pardo García</i>	10.00 1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milenario. Versión castellana de <i>León Felipe</i>	10.00 1.00
34.—SANGRE DE LEJANÍA, por <i>José Tiques</i>	10.00 1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por <i>Fernando Benítez</i>	12.00 1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00 1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cosío del Pomar</i>	18.00 1.60
38.—OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	18.00 1.60
39.—LA BATALLA GUATEMALA, por <i>Guillermo Torriello</i>	20.00 1.80
40.—EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00 0.50
41.—POESÍA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	12.00 1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	18.00 1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por <i>Luis Cardoso y Aragón</i>	(agotado)
44.—RAZÓN DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	18.00 1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por <i>Graciela Alvarez</i>	9.00 0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Alegria</i>	7.00 0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	35.00 3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por <i>Germán Pardo García</i>	15.00 1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por <i>Ficence Magdaleno</i>	9.00 0.90
50.—INCITACIONES Y VIBRACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	15.00 1.50
51.—VIDA Y SENTIDO por <i>Luis Abad Carretero</i>	35.00 3.50
52.—PACTO CON LOS ASTROS, <i>Galaxia y otros poemas</i> , por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00 1.50
53.—LA EXPOSICION, <i>Divertimiento en tres actos</i> , por <i>Rodolfo Usigli</i>	15.00 1.50
54.—EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS por <i>Jesús Silva Herzog</i>	15.00 1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00 0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gaoa</i>	5.00 0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José G. Zuno</i>	6.00 0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Núms. 1 al 100, por <i>Angel Flores</i>	30.00 3.00

REVISTA; SUSCRIPCION ANUAL PARA 1961 (6 núms.)

MEXICO	75.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	7.30
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	8.80

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	15.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.40
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	1.85

Ejemplares atrasados, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Luis Padilla Nervo

El problema del desarme. Convivencia pacífica o aniquilamiento total.

Manuel Sánchez Sarto

John F. Kennedy, el Presidente para una era nueva.

Benjamín Carrión

Teoría y plan de la Segunda Independencia.

Víctor L. Urquidí

Problemas fundamentales de la economía mexicana.

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Diego Córdoba

Personalidad, obra y paradigma de Juan José Arévalo.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Antonio Gómez Robledo

Filosofía y derecho.

Alfonso Reyes

Un gran hombre de ciencia. Homenaje a H. Moissan.

PRESENCIA DEL PASADO

Juan Comas

Las culturas agrícolas de América y sus relaciones con el viejo mundo.

Ricardo Donoso

Antecedentes de la emancipación hispano americana.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

José Agustín Balseiro

Elegía a la muerte de Alfonso Reyes.

Justina Ruiz-de-Conde

Para una vida de Antonio Machado.

Ermilo Abreu Gómez

Diálogo de Don Quijote.

Jorge J. Crespo de la Serna

José David Alfaro Siqueiros, pintor.

Raúl Botelho Gosálvez

La escultura telúrica de Marina Núñez del Prado.

Pascual Plá y Beltrán

La pena y la nada.

Mauricio de la Selva

Tres novelistas de nuestra América.

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO DE 1960

Printed in Mexico